Homenaje a la escritora a través de relatos protagonizados por sus personajes secundarios



Mi querida Jane Austen



Arlene Sabaris
Christine Cross
Evangeline Cruz
Isabel Jenner
Julianne May
Mayeda Laurens
Mia Heywood
Noa Alférez
Raquel Gil Espejo





Selecta

Mi querida Jane Austin

Christine Cross · El corazón en juego
Noa Alférez · Una cita junto al mar
Evangeline Cruz · Floreció el jardín tras la tormenta
Raquel Gil Espejo · Las estaciones del corazón
Julianne May · Por un suspiro
Mayeda Laurens · Al final del espino
Isabel Jenner · El castillo de Blaise
Arlene Sabaris · Boceto de una melodía
Mia Heywood · Siempre nos quedará la piratería

Selecta

El corazón en juego

Christine Cross

«Si uno de los planes para ser feliz falla,
la naturaleza humana busca otro alternativo».
Mansfield Park

Cuando se me propuso participar en esta antología en homenaje a Jane Austen, autora a la que admiro, me puse a pensar en todos los personajes de sus obras, buscando a quién quería darle una segunda oportunidad. Y fue esta frase, colocada a modo de introducción y pronunciada por la señora Grant en la novela *Mansfield Park*, la que me dio la pista que necesitaba.

La señorita Mary Crawford me parecía un personaje fascinante, a la vez que controvertido. No solo posee una gran belleza, sino que su carácter vivaz, su locuacidad, su inteligencia y su carisma resultan atractivos. Hay en ella bondad, aunque también carece de principios morales firmes y es egoísta, lo que provoca que pierda el amor de Edmund Bertram en favor de Fanny, la protagonista de la obra. Al término de esta, Mary no solo se queda sola, puesto que su querido hermano la abandona, sino que, además, su reputación queda dañada a causa de las acciones de Henry.

Decidí, pues, ofrecerle una nueva oportunidad para encontrar el amor, porque de los errores se aprende si reflexionamos sobre ellos, ¿y quién dice que Mary no tuvo ocasión de hacerlo? Espero, querida lectora, que este relato sea de tu agrado.

Christine Cross

Prólogo

La señorita Mary Crawford, de Hill Street, Londres, contaba en su haber con una dote de veinte mil libras. Además, era poseedora de otras virtudes: su belleza, un carácter vivaz y encantador que la hacían popular entre la buena sociedad, una gran inteligencia y un ingenio vivo.

Junto a su hermano Henry, y tras la muerte de sus padres, había sido criada por su tío, el almirante Crawford, de la Marina Real Británica, y la esposa de este, quien se dedicó a darle todo cuanto deseaba. Como consecuencia de la poco esmerada educación que recibió su espíritu, adolecía de una excesiva ambición y carecía de principios morales firmes. Defectos que la misma vida —justa e implacable como era— se encargó de corregir.

Y lo hizo alejándola del bullicioso Londres y enviándola a un pequeño pueblo de la campiña inglesa que, sin lugar a dudas, ni siquiera aparecía en los mapas. No es que se mereciera aquel exilio, al menos así lo creía ella, porque el único culpable de los infaustos acontecimientos que condujeron a la ruina de su familia fue su hermano Henry. Al fugarse con la señora Rushworth, había destrozado la reputación de ambos, pisoteado el apellido Crawford y arruinado las oportunidades de Mary de casarse con Edmund Bertram.

Si bien durante su estancia en Mansfield Park, Mary le había comentado a la señorita Fanny Price que «había que perdonar siempre el egoísmo porque no tenía cura», la distinguida sociedad de Londres no debía de ser del mismo parecer que ella, pues, a pesar de su belleza, su ingenio y su dote de veinte mil libras, le había vuelto la espalda en lugar de ofrecerle su perdón. Motivo por el cual, se hallaba en ese momento en un remoto pueblo, alejado de la mano de Dios. Una gaviota emitió un ensordecedor graznido justo cuando pasó volando por encima de su cabeza, mientras ella sujetaba su exquisito sombrero para que no saliera despedido a causa del intenso viento que soplaba.

—¿No crees que es encantador? —le preguntó su hermanastra, la señora Grant, con la que vivía en Londres y que, a tenor de su carácter amable y caritativo (consecuencia quizá de haber estado casada con un clérigo), había decidido acompañarla en su destierro.

Por supuesto que cualquier pueblo de la zona costera del condado de Devon le habría resultado encantador a la joven si conviniera a sus propósitos, pero, puesto que no era el lugar más conveniente para encontrar un marido adecuado, Mary se limitó a suspirar, pensando que el paso del tiempo —y quizá algún otro escándalo— sepultaría el pecado de los Crawford y podría regresar a Londres.

Capítulo 1

Ocho meses después

En el tiempo que llevaba afincada en aquella pequeña población costera, Mary Crawford no contó con más entretenimiento que el mercado que se celebraba cada martes en la plaza del pueblo —y, dado que siempre vendían la misma mercancía, pronto se disipó su interés—, una espectacular tormenta que desató la furia del mar con olas gigantescas que no deseaba volver a ver en su vida, varios días festivos en honor del santo patrono, que estuvieron amenizados por bailes campestres, y, por supuesto, debía incluir el incidente de la carreta. A pesar de la falta de modales del aldeano que la conducía, aún le arrancaba una sonrisa el recuerdo de verlo correr tras el pequeño barril que se le cayó de la parte trasera del carro, rodando cuesta abajo, mientras le gritaba a ella que lo detuviera. Una orden que, obviamente, se limitó a ignorar, por lo que recibió una mirada furibunda del hombre cuando pasó a su lado y un improperio que le hizo rechinar los dientes.

Además de todo esto, también podía mencionar la asistencia al parto de la señorita Cathy, una experiencia que nunca olvidaría.

La señorita Cathy era una gata de raza persa, con un hermoso pelaje grisáceo y cara de pocos amigos. Aunque pertenecía a una de sus vecinas, para dar a luz había elegido el pequeño cobertizo en el

jardín del *cottage* que ella y la señora Grant habían alquilado. Los seis gatitos que nacieron le proporcionaron entrañables momentos de diversión en los siguientes días, si bien, el transcurso de los meses dio paso al desinterés.

Así pues, el único pasatiempo que le procuró una distracción más duradera fueron los largos y solitarios paseos por la costa. El ejercicio le resultó vigorizante y el silencio que lo acompañaba apaciguó sus sentimientos desasosegados, permitiéndole reflexionar sobre los errores de su conducta en el pasado.

—¿Vas a dar un paseo, querida? —le preguntó la señora Grant, que se hallaba en la cocina horneando un pastel de carne.

Mary asintió con la cabeza y ató con firmeza bajo la barbilla las cintas de su sombrero, mientras procuraba no pensar en cuánto desearía poder cambiar este por uno nuevo, más a la moda, aunque solo fuera para impresionar a las gaviotas.

—Necesito moverme. No puedo permanecer aquí todo el día, sin hacer nada.

La señora Grant, que adoraba a su hermana, pasó por alto el tono quejicoso que acompañó a sus palabras.

—Hay muchas cosas que hacer en la casa —respondió, sin pretender imponerle ningún quehacer—. Puedes cuidar del jardín, dedicarte a bordar o ayudarme en la cocina. Todas ellas son tareas que te servirán cuando te cases y seas señora de tu propio hogar.

Dejó un momento de amasar y emitió un largo suspiro cuando acudieron a su mente los recuerdos de su estancia en Mansfield. Cuando sus hermanos llegaron a vivir con ella y su esposo a la rectoría, viendo la extraordinaria belleza con la que Mary había sido bendecida, no consideró que el primogénito de un baronet fuese demasiado para una joven tan agraciada y en posesión de una dote de veinte mil libras. Sin embargo, y aunque su plan se vio frustrado

por el inapropiado comportamiento de Henry, aún conservaba la esperanza de que realizara un buen matrimonio.

—Mi querida hermana, no veo cómo puedo llegar a ser señora de mi propio hogar cuando ni siquiera soy capaz de encontrar un marido propio. Si estuviéramos en Londres, tal vez la situación sería distinta, puesto que allí abundan los caballeros, pero aquí solo he visto rudos marineros de aspecto ajado y modales groseros.

—Bueno, también hay algunos señores terratenientes y otros notables, que forman parte del Concejo del Pueblo, y está el hijo del señor alcalde, que es bastante atractivo —añadió la señora Grant.

Mary soltó un resoplido.

—Lástima que lo pierda cada vez que abre la boca. Es un joven pagado de sí mismo, que cree que todas las mujeres deberían caer rendidas a sus pies. —Negó con la cabeza, como si considerara intolerable dicho pensamiento—. Y por lo que respecta a los terratenientes que mencionas, el señor Ellman casi me dobla la edad y, aunque no conozco aún al señor Wyndham, probablemente sea tan rico en años y arrugas como en tierras.

La mirada que la señora Grant le dirigió estaba tan cargada de estupor como llenas de harina sus manos.

—Me pregunto desde cuándo te has vuelto tan cínica, querida.

Estas palabras fueron dichas cuando la señorita Crawford ya había salido por la puerta que daba al jardín trasero, a pesar de lo cual, alcanzó a escucharlas. En realidad, Mary no creía que su cinismo, si es que alguna vez había carecido de él, se hubiera acrecentado. Se trataba tan solo de que la vida le había enseñado que casarse por conveniencia podía ser un camino hacia el acomodamiento, mas no hacia la felicidad. Y todas las horas que había transcurrido en soledad, reflexionando, la habían llevado a concluir que quizá resultaría más beneficioso elegir un compañero de vida por amor

que por su título o el peso de su bolsa.

Claro que, aquello era más fácil de decir que de hacer, pues el amor no pululaba en el aire como las mariposas en un jardín, dispuesto a dejarse atrapar por cualquiera. Y dado que, hasta hacía bien poco, la única persona que había ocupado su corazón había sido ella misma, tampoco contaba con la suficiente experiencia como para reconocer dicho sentimiento, si acaso aparecía en su vida.

En esos pensamientos andaba, cuando se dio cuenta de que no había tomado el desvío que bajaba hasta la playa y que constituía su rutina habitual. Durante unos instantes dudó si volver sobre sus pasos, para ceñirse a lo conocido, o continuar por la carretera principal y explorar lo inexplorado. Pero como nunca había sido una persona temerosa, a la que frenaran los obstáculos, decidió continuar adelante y disfrutar de lo desconocido.

Caminaba en sentido contrario al pueblo, por lo que estaba segura de que si hallaba un sendero que descendiera a la playa, una vez allí se vería libre del olor a pescado que desprendían las barcas varadas en la arena, así como de las voces —a veces ininteligibles— de los pescadores que limpiaban las redes. Fue esta seguridad la que la impulsó a tomar un camino escarpado que conducía hasta una solitaria cala, protegida por unas enormes rocas.

—Es un lugar estupendo para que la señora Grant y yo disfrutemos de un picnic en alguna ocasión —reflexionó en voz alta cuando llegó abajo y recuperó el aliento que le había robado el dificultoso trayecto de descenso.

No podía decirse que la señorita Crawford tuviera mal gusto. El lugar era, sin duda, un pequeño paraíso. La arena estaba limpia y las olas la acariciaban con suavidad, moviéndose a un constante ritmo de vals. El aire era puro y el sol no dañaba la piel, pues la enorme pared de roca ofrecía su sombra como un refugio. Además, había un

saliente que podía usarse como un banco desde el que contemplar el mar.

Satisfecha consigo misma por haber descubierto aquella joya inigualable, se despojó de los delicados botines hasta los tobillos, para no estropearlos con la arena, colocándolos sobre una piedra, de modo que pudieran servirle también como indicador del camino de regreso, y se dispuso a disfrutar de su afortunado retiro, sentada sobre el saliente rocoso y acompañada por el tranquilizador ronroneo del mar.

El paseo habría sido un éxito, indudablemente, de no ser porque la señorita Crawford, perdida en sus silenciosos pensamientos, terminó por quedarse dormida y porque la situación se tornó complicada cuando subió la marea.

Apenas despertó, se encontró con que la pequeña cala había desaparecido, engullida por el agua, lo mismo que sus preciosos botines. El temor la asaltó y el corazón comenzó a latirle con más fuerza, imponiéndose al sonido del mar que, en aquel momento, asemejaba para ella el rugido de una fiera, presta a devorarla.

No tenía la seguridad de que el agua no siguiera subiendo y alcanzase el saliente sobre el que ella se encontraba, pero la perspectiva de arrojarse al mar e intentar alcanzar la pendiente —en la que tampoco era capaz de divisar un sendero en medio de aquel desorden de piedras y rocas— le parecía una locura. Así pues, asustada y sin saber qué hacer, encomendó su alma al Creador.

Su plegaria se vio interrumpida por un ligero sonido que traía el viento. Alguien se acercaba por la carretera, entonando una cancioncilla. Y aunque no atinó a reconocer la tonada, fue para sus oídos música celestial. Sobre todo, cuando fue acompañada por un par de ladridos. Desestimando el pensamiento de lo inadecuado que resultaba para una dama lo que estaba a punto de hacer, comenzó a

gritar.

—¡Socorro! ¡Necesito ayuda! —Una cara arrugada con una boca babeante asomó desde lo alto del camino y Mary agitó los brazos, con la esperanza de que, tras el espécimen canino, apareciera el dueño del mismo—. ¡Aquí!

El alivio la inundó, hasta hacerle saltar las lágrimas, cuando la figura de un hombre se recortó contra el límpido cielo azulado.

—¿Qué demonios hace ahí abajo?

Capítulo 2

La señorita Crawford siempre había sido una buena conversadora, capaz de animar cualquier reunión social por aburrida que esta fuera. Siempre tenía la pregunta adecuada o la respuesta perfecta. En esta ocasión, sin embargo, de haber contestado a aquella insolente cuestión según lo que se le pasó por la mente habría parecido una verdulera del Covent Garden. Por tanto, tuvo que tomar una honda respiración antes de dirigirse al desconocido conservando los modales de la dama que era.

—Me he quedado dormida y la marea ha subido. Ahora no sé cómo salir. ¿Puede ayudarme?

Aunque el hombre no parecía tener prisa por acudir en su auxilio, al menos el perro se mostró más solidario, pues había descendido por el sendero con un trote juguetón, si bien enseguida volvió a subir la pronunciada pendiente. Mary esperaba que para traer consigo a su dueño.

Por suerte, este obedeció las órdenes ladradas por el animal y bajó hasta donde le permitió el agua, cuyo vaivén golpeaba las rocas, formando una espuma blanca.

—¿No puede nadar hasta aquí?

—No sé nadar.

La confesión sonó como un gruñido saliendo entre los dientes

apretados de la señorita Crawford. La situación le estaba alterando los nervios, a pesar de que se tenía por una persona calmada y juiciosa. Claro que, nunca se había encontrado con un salvador menos dispuesto a salvar a alguien que aquel caballero, quien, finalmente, pareció aceptar el hecho de que tendría que ir a buscarla. Retiró el ancho bolso de piel que le colgaba del hombro y se sentó para quitarse las botas de caña alta que llevaba puestas.

En vista del tiempo que tardaba en descalzarse, Mary sospechó que aquella tarea debía exigir un esfuerzo titánico. Eso, o el hombre estaba esperando a que la impaciencia la hiciera arrojarse al agua, aunque se ahogara en el intento.

Cuando, por fin, su rescatador —acompañado por su fiel amigo canino, que parecía divertirse más que ellos dos— se introdujo en el mar, lo escuchó resoplar con fastidio al percatarse de que el agua apenas le cubría hasta los muslos. No obstante, continuó su avance, procurando mantener el equilibrio a pesar de los embates de las olas, hasta llegar al saliente.

—Supongo que no estará dispuesta a mojarse el vestido —dijo el desconocido, dirigiendo una mirada apreciativa a la prenda.

Si hubieran estado tomando el té o paseando por Hyde Park, la señorita Crawford se habría sentido halagada con aquella mirada, pero, en las circunstancias actuales, su tolerancia para los desastres e imprevistos parecía estar alcanzando su límite y le picaba la nariz por las ganas de llorar. Así que se limitó a responderle con el mayor aplomo del que fue capaz.

—Supone usted bien, caballero.

—Bien, no se hable más, entonces. Si me concede su permiso, me tomaré la libertad de cogerla en brazos para llevarla al otro lado.

Mary asintió, y casi antes de terminar de agitar la cabeza, ya se había arrojado a los brazos masculinos, que la sujetaron con

firmeza. Sintiéndose más segura, se permitió echar un vistazo a su salvador. De cabello rubio y facciones agradables, debía rondar los cuarenta años. No cabía duda de que se trataba de un caballero, y uno que le resultaba familiar, por lo que no pudo evitar preguntarse si se habrían cruzado alguna vez en Londres. Mientras intentaba darse a sí misma una respuesta, alcanzaron tierra firme sin sufrir ningún percance.

—Le estoy muy agradecida, señor…

—Joseph Mallord William Turner.

La presentación vino acompañada por una reverencia que habría quedado mucho más elegante de haber estado calzado el caballero, aunque, como la misma Mary iba descalza, se encontraban en igualdad de condiciones. De cualquier modo, la señorita Crawford se hallaba más concentrada en hurgar en su memoria, buscando alguna referencia de aquel nombre. Y la encontró.

—¿Es usted el famoso pintor?

—Me halaga que me haya reconocido.

—Por supuesto, tuve la oportunidad de ver su obra, *Anibal cruzando los Alpes*, en la exposición de verano de la Royal Academy, hace tres años, en Somerset House. Una pintura magnífica, con esa contraposición entre la luz y la oscuridad…

Un oportuno ladrido interrumpió el animado discurso de Mary y le hizo darse cuenta de que aquel no era el momento ni el lugar para aquella conversación. Sobre todo, cuando el señor Turner recogió el objeto por el que su fiel amigo, un bulldog de pelaje rojizo y blanco, había reclamado la atención y lo puso ante la mirada de ella, sosteniéndolo precariamente entre dos dedos.

—¿Es suyo?

El elegante botín de piel presentaba el aspecto de una rata empapada y, por supuesto, aunque echó un vistazo alrededor, no

encontró la pareja. A pesar de lo embarazoso de la situación, no le quedó más remedio que admitir que era de su propiedad y que resultaba inservible, para concienciar al señor Turner de que no podría subir hasta la carretera descalza.

—De casualidad, no habrá traído usted una montura, ¿verdad? —le preguntó, esperanzada. La perspectiva de caminar hasta el *cottage* en aquellas circunstancias, además de inadmisible, le parecía desalentadora y un peligro para sus delicados pies.

—Pues no, pero…

El bulldog soltó un alegre ladrido y, con una energía que la señorita Crawford admiró con envidia, remontó la escarpada subida. Casi antes de que llegara a la cima, una figura, oscurecida por el sol que le daba de espaldas, se asomó por el borde.

—¡Ah, Richard! Llegas caído del cielo. ¿Podrías bajar y echarnos una mano?

En el tono del pintor había un evidente matiz de alivio que Mary no supo cómo interpretar. Sin embargo, lo que sí comprendió fue que el señor Turner no estaba dispuesto a cederle sus botas, porque, apenas apareció el otro hombre, había comenzado a ponérselas.

Richard Wyndham, que ya descendía por el camino con la misma energía y facilidad admirable que el bulldog, era amigo del pintor —uno de los pocos que este tenía, a pesar de ser casi quince años más joven que él—. Hijo de George Wyndham, tercer conde de Egremont y mecenas del señor Turner, había heredado de su padre el gusto por el arte, por lo que había congeniado enseguida con el excéntrico artista. Y si bien estaba acostumbrado a las rarezas de este, le sorprendió encontrarlo en aquella peligrosa cala, junto a una joven dama.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó, tras asegurarse con un somero

vistazo de que ambos se encontraban ilesos.

—¡Oh!, pues la señorita Crawford…

Mary pasó la mano sobre el antebrazo de Turner y ejerció una ligera presión.

—No creo que a su… sirviente le interesen los detalles de mis circunstancias —dijo, forzando una sonrisa educada tras observar la vestimenta del recién llegado.

El señor Turner estaba dispuesto a corregir el desafortunado error de la joven, pero al ver que su amigo negaba con la cabeza, se encogió de hombros. A pesar de la cuantiosa renta que le proporcionaban las tierras de las que era propietario, los barcos de pesca que poseía y otros negocios en los que había invertido, Wyndham era más bien un hombre modesto, que prefería la tranquilidad del campo antes que vivir en el bullicioso Londres o que ocupar un sitio en la Cámara de los Lores. Cosa, esta última, de todo punto imposible, pues Richard era uno más entre los cuarenta hijos ilegítimos que había procreado el conde con alguna de sus quince amantes.

Al ver que tanto este como la joven parecían estar aguardando una respuesta por su parte, intentó resumir la situación.

—La señorita Crawford precisa que la subas en brazos hasta el camino principal.

—¿En brazos?

Mary observó cómo las negras cejas del sirviente se elevaban en un gesto de total incredulidad y notó el rubor que calentó su propio rostro. A pesar de la insolencia que mostraba, no pudo sino constatar que se trataba de un hombre sumamente atractivo, con esos ojos grisáceos, de mirada penetrante, y el cabello negro tan ondulado que parecía cincelado por la mano de algún escultor. La nariz recta le otorgaba un aspecto patricio, y la mandíbula era firme

y cuadrada. En cuanto a los labios, prefirió no fijarse en ellos, pues sentía un ronroneo en el estómago y el corazón había comenzado una veloz carrera dentro del pecho. Sobre todo, cuando se percató de que se trataba del mismo hombre del incidente de la carreta.

Por fortuna para ella, fue eximida de dar alguna contestación, pues el señor Turner lo hizo por ella.

—Bueno, no puede subir a pie porque está descalza.

Como si hubiera sido una señal convenida, todos bajaron la mirada al suelo. En medio del círculo que formaban los tres, el pequeño bulldog se entretenía mordisqueando el elegante botín femenino.

Capítulo 3

El ascenso no le habría resultado costoso al señor Wyndham de no haber sido porque la señorita Crawford no dejaba de removerse entre sus brazos, dificultándole la tarea de mantener el equilibrio en aquel terreno escabroso.

—Si no deja de moverse, la arrojaré al mar —declaró con gravedad.

De continuar así, cabía la posibilidad de que resbalaran por la pendiente, y Richard no deseaba echar a perder las hermosas botas hessianas de reciente adquisición.

Mary no tomó en vano aquella amenaza y, como consecuencia, se detuvo de inmediato y se aferró con los brazos al cuello del hombre, por si acaso cumplía su ultimátum. A pesar de las innumerables ocasiones en que la joven se había dedicado a flirtear con los distintos caballeros que conocía, todo había sido muy inocente y, por supuesto, nunca había estado en brazos de ningún hombre, menos aún de uno tan fuerte y de músculos tan definidos como aquel. Con todo, su agarre era delicado y firme a la vez, lo que la hacía sentirse extrañamente segura.

—Espero que no se deje llevar por el rencor y pretenda vengarse —le comentó mientras intentaba distraerse con el paisaje, aunque se tratase de un árido camino, en lugar de hacerlo con el sensual

aroma que desprendía la piel de su cuello, tostada por el sol: una mezcla de sándalo y cítricos.

El señor Wyndham se mostró un poco perplejo ante el comentario de la joven. Desde luego, él no era una persona excesivamente sociable, pero, a pesar de su amenaza, se consideraba a sí mismo un caballero y había sido educado en los buenos modales, tanto en su hogar como en el colegio de Eton, que había frecuentado durante su adolescencia.

—Señorita… —Había olvidado el nombre de la dama, quizá fascinado por la exquisita perfección de su rostro y la vivacidad de sus ojos oscuros.

—Crawford, Mary Crawford, señor.

—Bien. No comprendo qué motivo cree que pueda tener yo para vengarme de usted.

—El incidente de la carreta —replicó con llaneza y un exceso de brevedad. Luego apretó los dientes, como si hablar de aquel suceso le hubiera provocado un repentino dolor de muelas.

Wyndham no tardó en recordar el episodio y se detuvo con cierta brusquedad en mitad de la subida, permitiéndose sentir la dulce presión de los senos femeninos cuando la joven se asió con más fuerza a su cuello. La respuesta que estuvo a punto de brotar de sus labios: «¿Acaso me considera usted tan mezquino como para hacer eso?», tuvo que acallarla, pues habría estado fuera de lugar, teniendo en cuenta que ella lo consideraba un sirviente. Error que él no deseaba subsanar, ya que, aunque no era contrario a relacionarse con damas solteras cuyo único fin en la vida era el matrimonio, le molestaba que estas se acercaran a él atraídas por su riqueza más que por su persona y, sobre todo, que lo desdeñaran al tener conocimiento de la irregularidad de sus orígenes, algo que a él mismo le tenía particularmente sin cuidado.

—Fue una estupidez por mi parte pedirle que detuviera aquel barril —reconoció con sinceridad, mientras reemprendía la marcha—. Le pido una disculpa si mi comportamiento la ofendió.

Richard Wyndham se guardó para sí mismo el pensamiento de que la culpa de tal suceso la tenía ella, o, más bien, el delicioso balanceo de sus caderas al caminar. Durante la reunión con el concejo del pueblo y el vicario, había ofrecido sus servicios en lo que precisaran para la organización de los festejos del santo patrono, y aquella mañana había ido con uno de sus sirvientes a recoger los barriles con la bebida que se serviría durante la celebración del banquete comunal. Mientras conducían las mulas, había notado que las cuerdas que sujetaban las barricas se habían aflojado y descendió de la carreta para ajustarlas. Fue en ese momento cuando la joven, que subía desde la playa, pasó a su lado por la carretera y él se distrajo con la delicada figura, de piel blanca como la nieve y caminar seductor. Sus manos se volvieron torpes y volcaron el barril que había depositado en el suelo, echándolo a rodar.

—Acepto sus disculpas y lamento haberme reído de usted —se sinceró ella a su vez.

—¿De qué se reía?

Recordaba la rutilante sonrisa de la joven, que le arrancó a él un improperio al sentir el inoportuno aguijonazo del deseo cuando vio los suaves labios distenderse en una curva de perfecta simetría en aquel rostro de exquisita belleza.

—¡Oh!, no de usted, naturalmente, sino de la situación. Me pareció divertida —comentó, al tiempo que encogía los hombros con delicadeza.

—Ya, supongo que en Londres no tiene oportunidad de disfrutar de escenas como esa.

Si Mary fue consciente del sutil matiz de sarcasmo que tiñó la voz

masculina, decidió ignorarlo y se dejó llevar por la curiosidad, del mismo modo que se dejaba llevar por los fuertes brazos del hombre, que no había perdido el aliento mientras ascendían.

—¿Cómo sabe que provengo de Londres?

—Por su acento refinado y sus ropas elegantes.

De haber querido, el señor Wyndham podría haber ampliado la respuesta, ya que sabía reconocer el valor monetario de las prendas que llevaba la dama, así como la primorosa manera en que habían sido confeccionadas, suponía, por alguna de las mejores modistas de la capital. Además, estaba también la confianza en sí misma que poseía la joven.

—Es usted muy observador.

Aunque no era el mejor halago que había recibido de una mujer, quizá sí que era el más sincero, y por eso mismo le agradó.

—Procuro serlo.

—Eso es encomiable —lo elogió—. Sin duda, su actitud le proporcionará la oportunidad de mejorar su posición…

La señorita Crawford detuvo el discurso al considerar que sus palabras podían suponer una ofensa para el hombre, por evidenciar su condición de sirviente. Además, también atravesó su mente otra consideración, más sorprendente que la anterior, la de que nunca antes en su vida se había preocupado por la posibilidad de ofender a cualquier persona con un estatus inferior al suyo.

Observó de reojo a su portador. Al rubor que ya asomaba a las mejillas de Mary se sumó un turbador hormigueo en el estómago al ver la sonrisa torcida, un tanto burlona, que inclinó los labios sensuales y bien definidos del hombre cuando se giró para mirarla. Remojó los suyos, que sentía resecos —«probablemente, a causa del polvo», se dijo—, y emitió un pequeño chillido de alarma ante la sorpresa que le provocó el inesperado tropiezo de él cuando ya casi

alcanzaban la cima.

Por fortuna para ambos, y gracias a los reflejos de Wyndham, no acabaron rodando de nuevo hasta la cala y lograron llegar a la carretera principal.

—Lamento el traspié —se disculpó—. Espero no haberla asustado.

—No se preocupe —lo tranquilizó. Ciertamente, el corazón le latía con inusitada fuerza, si bien no se debía tanto al resbalón como a la cercanía de él, que le provocaba sensaciones extrañas que no había experimentado antes. Incomodada por ese descubrimiento, echó un vistazo alrededor antes de responder—: ¿No han traído un caballo o una carreta?

El que respondió a la pregunta fue el señor Turner, de quien Mary se había olvidado por completo, a pesar de haber sido su salvador.

—Habíamos salido a dar un paseo, buscaba un paisaje que pudiera servirme de inspiración para mis pinturas.

—Siento haberle arruinado la mañana.

El señor Turner sonrió de una manera enigmática.

—En absoluto, su presencia la ha convertido en una delicia. El paseo ha sido de lo más interesante, yo diría, incluso, divertido —aseguró, mientras clavaba una mirada chispeante en su amigo. Luego, añadió con pragmatismo—: De cualquier forma, lo importante ahora son sus pies. Uno de sus botines está perdido y el otro es irrecuperable, a menos que quiera usted perder alguno de sus dedos en el intento por arrebatárselo a Squishy.

Mary observó su botín, o lo que quedaba de él, y la manera en que el pequeño bulldog lo mordisqueaba con fruición, y negó con la cabeza, golpeando sin querer la mejilla de su caballero de brillante armadura, lo que le recordó que aún continuaba en sus brazos. Ella era más bien menuda y ligera de peso, pero el trayecto que habían realizado de aquel modo no era como atravesar el umbral de la casa

como recién casados.

¿Por qué le vino aquella imagen a la mente? La señorita Crawford no habría sabido decirlo en ese momento, aunque no le causó rechazo ni disgusto alguno, fuera del cosquilleo en su estómago, al que no terminaba de acostumbrarse y que se acrecentaba cada vez que el aliento masculino le rozaba el cuello. Se sentía como una tetera a la que el agua hirviendo hacía temblar la tapa, dando la sensación de que iba a saltar por los aires de un momento a otro.

—¿Señorita Crawford…?

—Discúlpeme, señor Turner, me he distraído. ¿Qué me decía?

—Estaba sugiriendo que, puesto que la mansión del señor Wyndham se encuentra cerca y yo me alojo en ella, podemos ir allí. Seguramente, alguna de las jóvenes doncellas pueda prestarle un calzado adecuado. Además, puede regresar a casa en carruaje, si así lo desea.

William Turner concluyó su declaración con una sonrisa que, a pesar de su rubio cabello, poco tenía de angelical. Su mirada no abandonó el rostro de la dama, a riesgo de caer fulminado, como partido por un rayo, si se atrevía a levantar los ojos y encontrarse con los furibundos de su queridísimo amigo y anfitrión.

Capítulo 4

Richard se preguntó qué demonios se proponía William, pues aunque admitía para sí que la señorita Crawford había despertado su interés y, sin duda alguna, su deseo —a juzgar por las ganas que sentía de probar esos labios plenos que ella había mojado con la punta de su lengua, haciéndolo tropezar, y de posar los suyos sobre la delicada piel de su cuello, especialmente, en el hueco que había detrás de la pequeña y graciosa oreja que asomaba bajo el ala del sombrero—, no tenía intención de iniciar ningún tipo de relación, condenada de antemano al fracaso, pues la dama volvería a Londres. A pesar de todo, mantuvo silencio y aguardó, con cierta expectación, la respuesta de ella.

Mary, ignorante de lo que rumiaban las mentes de aquellos dos caballeros y de que uno de ellos era el dueño de la mansión a la que había sido invitada, sopesó la cuestión cuidadosamente. Por muy cómoda que se encontrara en brazos del atractivo sirviente, no estaba segura de que a él no le fuese gravosa la situación, por lo que no podía permanecer así durante mucho más tiempo. Sin embargo, tampoco la seducía la idea de visitar la mansión del anciano señor Wyndham, y volver al *cottage* a pie estaba fuera de toda cuestión.

—No quisiera causarle molestias al señor Wyndham —respondió,

finalmente, acompañando sus palabras con un suave suspiro.

—No debe preocuparse por eso, mi joven amiga —dijo Turner—. Aunque no es un caballero muy sociable, puedo asegurarle que tiene buen corazón y estará encantado de ayudarla en lo que necesite.

El tono risueño de William contrastó con el gesto irritado de Richard que, por fortuna, no pudo ver la señorita Crawford, sumida como estaba en sus propias reflexiones sobre cuál sería el proceder más adecuado. Habida cuenta de que ya había pasado demasiado tiempo a solas con dos hombres, no importaría si infringía una vez más las reglas de etiqueta y decoro al presentarse en casa de un caballero sin haber sido presentados con anterioridad.

—Está bien, pero no importunemos al señor Wyndham. Si me prestan algo de calzado, me sentiré satisfecha.

—Si ese es su deseo, estoy seguro de que Richard encontrará algo adecuado para usted —aseguró Turner—. ¿No es así?

El aludido se limitó a emitir un gruñido como respuesta y se encaminó hacia su propia casa, precedido por el alegre ladrido de Squishy, que había enterrado su tesoro en algún lugar desconocido.

Caminaron por la carretera principal y, después de poco más de un kilómetro de recorrido, tomaron un desvío por un sendero que atravesaba un agradable bosque. Mientras el pintor avanzaba, silbando una tonadilla, Mary no soportó más el silencio.

—Espero que el señor Wyndham se encuentre bien de salud —comentó.

Dado que el señor Wyndham era él mismo y gozaba de una envidiable energía y fortaleza, no pudo evitar cuestionar los motivos que llevaban a la señorita Crawford a preocuparse por su bienestar.

—Así es. ¿Por qué lo pregunta?

—¡Oh!, por nada en especial. Solo he supuesto que, dada su avanzada edad, es normal que sufra algunos achaques —dijo,

trayendo a su memoria el recuerdo del señor Grant, que descansara en paz.

—Señorita, ¿conoce usted al señor Wyndham?

Su extrañeza debió de ser patente en el tono con el que se expresó, porque vio el rubor que asaltó de inmediato las mejillas de la joven.

—No he tenido ese placer, ya que no hemos sido presentados todavía.

—Entonces, ¿lo de su avanzada edad también es una suposición?

Mary arqueó las delicadas cejas. Ningún sirviente se había atrevido a cuestionar sus declaraciones de aquel modo, claro que tampoco ninguno la había llevado en brazos antes. No estaba segura de que cómo debía reaccionar ante tal situación, pero como el hombre parecía un buen conversador y ella se encontraba a gusto con él, optó por responder:

—El señor Ellman, a quien tuve el placer de conocer durante los primeros días de mi estancia en el pueblo, ya que el *cottage* en el que nos alojamos mi hermana y yo se encuentra en sus tierras —explicó, aunque no tuviera necesidad de aportar tantos detalles a un simple sirviente—, me habló de su buen amigo, el señor Wyndham.

—Y de ahí dedujo que ambos tenían la misma edad —concluyó él.

—¿Acaso no es así?

—El señor Wyndham es algunos años más joven que el señor Ellman —respondió, sin especificar cuántos.

—¡Oh! Comprendo.

En realidad, en ese momento le importaba poco la edad del anciano, su mayor preocupación era el tiempo que llevaba ya en brazos del sirviente. Había caminado un largo trecho y seguramente sentía los brazos doloridos.

—Estamos en los terrenos del señor Wyndham. Todo esto que ve

a su alrededor le pertenece —dijo Richard.

Aunque no solía hacer alarde de su riqueza, en esa ocasión, se sintió impulsado a ello. Era como agitar una pluma de ganso frente a un gato, quería saber si la señorita Crawford se lanzaría con avidez sobre aquella información. Desde luego, la vista desde donde se encontraban era espléndida. Habían salido del bosque y frente a ellos se extendían las verdes praderas de la campiña y los campos de cultivo, con las colinas de fondo. Al final del sendero se alzaba la impresionante casa solariega de estilo isabelino, de ladrillos grandes, numerosas chimeneas y ventanales, e imponentes balaustradas.

La vista lo llenó de orgullo, pues cuando el conde, su padre, le entregó las tierras y la casa, esta se encontraba casi destartalada. Le llevó unos cuantos años volver productiva la tierra y recuperar el esplendor de la mansión, pero lo había logrado. Miró a la dama, y la admiración que chispeó en sus ojos lo llenó de complacencia, lo mismo que sus palabras.

—Es maravillosa —declaró, extasiada ante la visión de aquel mausoleo de piedra que el sol doraba con su luz.

A pesar de todo, Mary no pudo evitar el desasosiego que la invadió al ver cuan largo era aún el trayecto que les quedaba por recorrer. De hecho, el señor Turner se había sentado sobre una piedra junto al sendero, había sacado de su bolso un cuaderno y un lápiz y se había puesto a dibujar mientras esperaba que lo alcanzaran.

—Cuesta miles de libras mantenerla. Es una pena que el señor no se haya casado —«todavía», añadió para sí mismo— y no tenga herederos a quienes legar la inmensa fortuna que posee.

Con aquellas palabras, el señor Wyndham volvió a agitar la pluma de ganso, aguardando una respuesta.

Mary asintió, pasando por alto el desliz del hombre, quien, debido

a su estatus social, seguramente debía de ignorar que era señal de mala educación hablar de dinero con una dama. Además, las reflexiones sobre su conducta en el pasado le habían hecho comprender que las riquezas, tal como venían se iban, y que en la vida pesaban mucho más las acciones y el comportamiento de un caballero que su bolsa. Tom Bertram, heredero de la baronía de Sir Thomas Bertram, se involucró en juergas y apuestas, adquiriendo deudas que llevaron a su padre a perder la parroquia de Mansfield, que había sido asignada a su hermano Edmund. Este, sin embargo, a pesar de la estrechez y austeridad con la que vivía en su condición de clérigo, era inmensamente feliz al lado de su amada esposa, Fanny.

—Sí que lo es —respondió al fin. La boca de Richard se torció en un gesto de cinismo, un tanto dolido porque la señorita Crawford resultara ser como el resto de las damas que conocía—. Sobre todo, porque una gran fortuna no es suficiente compañía para aliviar un corazón solitario. El amor, en cambio, proporciona tanto alegría como consuelo en los infortunios, calidez en las frías noches de invierno y un oído atento en el que verter las penas. El amor es un valioso tesoro que pocos encuentran y, entre estos, algunos lo desdeñan, condenándose a sí mismos a un triste final.

Richard quedó gratamente sorprendido con aquella respuesta que, más allá de las palabras, parecía impregnada de una sabiduría experiencial. Y su interés por la señorita Crawford aumentó de modo considerable, haciéndole comprender que, quizá, llevaba entre sus brazos una preciosa carga: nada más y nada menos que a la futura señora Wyndham.

Capítulo 5

La tarde del domingo era un buen momento para hacer una visita de cortesía y tomar el té, al menos eso había dicho el señor Turner cuando tuvo la amabilidad de invitarlas a ella y a la señora Grant.

Recorrían el camino hacia la casa del señor Wyndham en un pequeño landó —el que solían usar para asistir al oficio dominical—, conducido por la señora Grant, con una lentitud solo comparable a la de las nubes que perezosamente atravesaban el cielo en un día de verano.

—¿Estás segura de que el señor Wyndham no se molestará por invadir su casa, mi querida hermana? —preguntó esta.

La señorita Crawford se encogió de hombros con elegancia.

—Bueno, no es como si fuéramos el general Bonaparte con todo su ejército, dispuestos a invadir Inglaterra. Además, la mansión es tan grande que ni siquiera notará nuestra presencia.

—Mentar al diablo puede acarrear desgracias —repuso, santiguándose.

Mary no respondió a aquel comentario. Ese demonio de Napoleón, que en los primeros meses de ese año había escapado de su exilio en la isla de Elba y que había vuelto a ser derrotado por las fuerzas aliadas al mando del duque de Wellington en la batalla de Waterloo, le importaba mucho menos que aquel otro de cabello negro y ojos

como la plata que la había llevado en brazos, a pesar de sus protestas, hasta la misma puerta de la casa solariega.

Ella se había negado a entrar y había aguardado, sentada en un banco del primoroso jardín, a que le trajera el calzado. También había declinado su ofrecimiento de llevarla en carruaje hasta el *cottage*, pues su cercanía alimentaba en ella extrañas sensaciones que no sabía cómo manejar. Y, sin embargo, después de los días que habían transcurrido desde el bochornoso episodio de la cala, deseaba volver a verlo. Sentía un cosquilleo en el estómago ante la perspectiva de encontrarse de nuevo con él, si bien no estaba segura de que fuera a suceder, pues no era de recibo que los sirvientes tomaran el té con sus señores.

En algún momento, había llegado a pensar que tal vez Richard fuera el administrador de las tierras o desempeñara cualquier otro cargo más preponderante en la mansión, ya que su porte y sus maneras no eran las de un simple sirviente. ¿Tenía ella acaso la esperanza de que fuera así? En otro tiempo, había rechazado a Edmund Bertram —lo que redundó en un beneficio para su querida Fanny, quien ahora lo tenía como esposo— por ser un simple clérigo. No pensaba cometer de nuevo el mismo error…

—¿Cómo es? —preguntó la señora Grant.

—¿Richard?

—Me refería al señor Turner, querida. ¿Quién es Richard? —inquirió llena de curiosidad.

—¡Oh! Es el sirviente del señor Wyndham, el que me llevó en brazos hasta la mansión. —Le había contado lo sucedido a su hermana cuando, ese mismo día, llegó la invitación del pintor, a pesar de lo cual, la sola mención de aquel hecho tuvo la virtud de hacerla sonrojar de nuevo, por lo que se apresuró a distraer a la señora Grant respondiendo a su pregunta—. El señor Turner es un

hombre de mundo y un extraordinario artista, con solo catorce años fue admitido en la Real Academia de Arte de Londres. Y también, como todos los artistas, es algo reservado y excéntrico, aunque se portó conmigo con gran amabilidad. Tendrá alrededor de cuarenta años y es bien parecido.

—¡Ay, Señor! Si mi querido esposo, que Dios lo tenga en su gloria, viviera todavía habría sabido cómo conducirse ante un hombre de su talento, pero me temo que yo no sabré estar a la altura.

La inquietud que sentía la señora Grant se transmitió al rucio que tiraba del landó, el cual, por unos momentos, emprendió un ligero trotecillo, aunque enseguida volvió a su andar pausado.

—No creo que debas preocuparte por nada, mi querida hermana, nunca has carecido de locuacidad. Además, en caso de que no supieras qué decir, siempre puedes preguntarle por sus obras. No hay nada que halague más a un artista —aseguró, convencida.

Mientras hablaba, el carruaje enfiló el sendero de grava que conducía a la mansión. La casa solariega se alzaba como telón de fondo de un bucólico paisaje que provocó una exclamación admirativa por parte de la señora Grant. La misma señorita Crawford reconoció que lucía igual de hermosa que la primera vez que la vio; sin embargo, su pensamiento pasó de largo por la belleza de aquellas piedras centenarias para asentarse en sus moradores, concretamente en uno de ellos. Su corazón comenzó a latir con fuerza, al ritmo del golpeteo sobre el recebo de los cascos del caballo, que había acelerado su trote.

Cuando entraron en la zona de giro del carruaje, la señora Grant detuvo el pequeño landó frente a la escalinata de acceso a la entrada principal, donde aguardaba el señor Turner, acompañado por Richard, cuya visión provocó un nuevo aleteo en el estómago de Mary, sobre todo, al ver que se acercaba para abrirles la portezuela y

ayudarlas a descender.

Apoyó la palma en la de él, más grande y cálida, y tuvo que sostenerse con firmeza, pues una súbita tensión le debilitó las piernas cuando escuchó el suave susurro junto a su oído.

—Me alegro de que haya venido, señorita Crawford.

Ella correspondió a sus palabras con un ligero cabeceo. Aunque su pretensión fue acercarse con diligencia al señor Turner —para poner algo de distancia en el escaso espacio que mediaba entre su cuerpo y el de Richard, cuyo aroma masculino parecía envolverla por completo—, falló del modo más estrepitoso posible cuando Squishy salió a la carrera desde un parterre del jardín y se lanzó sobre ella, haciéndola trastabillar al enredarse entre sus piernas. No llegó a caer, o, más bien, cayó entre los fuertes brazos de Richard, que enlazó su cintura de tal manera que rozaba sus senos. Aunque Mary nunca había sido como otras damas, más propensas a los desmayos, temió que le fuese a dar un vahído en ese mismo instante.

—¡Squishy, quieto!

La orden del señor Turner apaciguó un poco al animal, que se mantuvo a distancia, con la lengua fuera y gruñendo por lo bajo.

—¡Válgame el cielo! —exclamó la señora Grant, que había descendido del carruaje por su propio pie y miraba contrariada las manchas de polvo en el vestido de muselina de su hermana—. Debe haber sido porque la señorita Cathy se ha sentado en tu regazo.

Mary ejerció un poco de presión sobre el brazo de Richard, que parecía renuente a soltarla, y se apartó de él, evitando mirarlo.

—No sabía que tenía usted una hija —comentó el pintor, con el ceño fruncido.

—¿Qué? Por supuesto que no —se apresuró a negar ella. Se volvió hacia Richard, pero la mirada de este era indescifrable. Luego, aclaró —: La señorita Cathy es una gata persa, señor Turner.

—¡Ah! Lamento el malentendido. Ahora comprendo la actitud de Squishy. Le ruego que lo perdone, es muy juguetón y le gusta demasiado la caza. Si lo desea, puedo pedirle a una de las doncellas que se ocupe de limpiar su vestido.

—No es necesario —dijo, al tiempo que daba unas palmadas sobre la falda para sacudir la tierra que se le había adherido—, le agradezco el ofrecimiento. Permítame presentarle a mi hermana, la señora Grant.

—Es un placer, señora.

—El placer es todo mío, señor Turner, es un honor conocer a un hombre de su talento —aseguró con efusividad. Un primoroso rubor coloreó sus mejillas—. Le agradezco la invitación a tomar el té.

—Y yo me alegro de que hayan aceptado —replicó, al tiempo que le ofrecía su brazo con galantería—. No siempre tengo oportunidad de poder conversar con dos damas tan hermosas.

Richard esbozó una sonrisa burlona al escuchar las palabras, pues William evitaba tener dichas oportunidades, ya que prefería la soledad. Sin embargo, había preparado aquel encuentro para que él pudiera conocer mejor a la señorita Crawford, aunque no sabía bien cómo podía hacerlo desempeñando el papel de sirviente. De cualquier forma, la idea no le pareció mal cuando se la propuso, teniendo en cuenta que había pasado un tiempo considerable desde la última vez que una mujer atrajo su interés. Aceptó celebrar el té esa tarde porque el domingo era el día libre de los criados.

Su mirada se desvió hacia la joven, que sonreía por algo que acababa de decir Turner, y el corazón le tembló en el pecho. Sin duda, poseía una gran belleza, pero lo que más lo atraía era esa vitalidad que irradiaba su rostro. Los ojos oscuros se iluminaban con un brillo especial, provocando que la piel marfileña resplandeciera. Cuando estaba junto a ella, su cuerpo y su alma parecían rebullir de

energía contenida. Tenía ganas de vivir.

—Usted es el joven que ayudó a mi querida hermana. —La voz lo sobresaltó y se volvió a mirar a la señora Grant. Tardó un instante en procesar sus palabras y asentir—. Le estoy muy agradecida.

—Me alegro de haberle sido de utilidad —repuso cortés.

La mirada de la mujer estaba cargada de ingenuidad, a pesar de lo cual, Richard sintió que lo estaba evaluando.

—Ya que nos hemos presentado, ¿qué les parece, entonces, si entramos a tomar el té?

La intervención de William libró al señor Wyndham de escudarse tras la habitual fachada de arrogancia que solía usar cuando no deseaba hablar de sí mismo, y se preguntó si la señora Grant lo veía como un posible objetivo matrimonial para su hermana. La idea no le desagradó.

Capítulo 6

Era la primera vez que Richard Wyndham asistía a tomar el té, en su propia casa, como invitado, pues la señora Grant, tras intercambiar unas palabras con el señor Turner, había insistido en que se sentara con ellos.

La perspectiva, desde luego, era diferente a lo que estaba acostumbrado. No debía participar en demasía en la conversación, exponiendo sus opiniones y puntos de vista, ni comportarse como si fuera el dueño de la mansión. Por suerte, fue la señorita Crawford quien se ofreció a servir el té, mientras que William llevó el peso de la conversación, que tras los preliminares de cortesía se centró en la pintura. Como consecuencia de ello, y puesto que ya había escuchado en innumerables ocasiones al pintor, le sobrevino el aburrimiento. No se quejó, pues eso le permitió dedicarse al exclusivo placer de contemplar a la dama.

—¿Usted pinta, señorita Crawford?

—Me temo que no soy demasiado habilidosa con los pinceles, señor Turner, aunque disfruto contemplando las obras de quienes sí han recibido ese don.

—¡Ah!, pero a mi querida Mary le encanta la música —intervino la señora Grant, siempre pronta a mencionar las bondades de su hermana—. Deberían oírla tocar, es una extraordinaria arpista.

—¿Toca usted el arpa? —inquirió Richard, sorprendido—. Debe de ser un instrumento difícil de aprender.

—Tanto como cualquier otro. La música, como muchas cosas en la vida, es cuestión de paciencia.

—¿Y qué otros talentos posee?

Mary agradeció la pregunta del señor Turner, pues eso le permitió desviar la mirada de la penetrante de Richard. Aquellos ojos grises le resultaban hipnóticos y necesitó concentrarse para responder, aunque no tuvo tiempo de hacerlo, ya que la señora Grant se adelantó.

—¡Oh! Es una excelente amazona, señor.

—Yo no diría tanto, aprendí a montar hace poco tiempo —repuso Mary con modestia, recordando que había sido Edmund Bertram quien le enseñó durante su estancia en Mansfield—. Aunque es cierto que me encanta y es algo que echo de menos, ya que no he tenido oportunidad de hacerlo desde mi llegada.

—A eso podemos ponerle remedio, señorita Crawford —señaló Turner, esbozando una sonrisa triunfante—. Richard puede llevarla a los establos para escoger una montura y acompañarla a dar un paseo.

—Pero, quizá el señor Wyndham se moleste si en su ausencia usamos…

—No se preocupe, querida, estoy seguro de que no le importará. Richard puede dar fe de ello, ¿no es cierto?

El aludido asintió.

—Hay que ejercitar a los caballos, así que sería de gran ayuda dar ese paseo, si le apetece… —añadió, mirando a la joven.

—Estaré encantada.

La señora Grant sonrió condescendiente y encantada de poder acaparar toda la atención del señor Turner, quien esperaba que su

amigo supiera valorar el enorme sacrificio que hacía por él.

—Entonces, con su permiso, nos retiramos —dijo Richard, al tiempo que se ponía de pie y le ofrecía la mano a la señorita Crawford para ayudarla a levantarse.

—Gracias. —Lo miró, aunque desvió enseguida la vista hacia su hermana—. Será un paseo corto.

Abandonaron la salita y él la guio por los pasillos interiores de la mansión, mientras le mostraba la biblioteca, un despacho y otras dependencias, hasta llegar a un pequeño jardín, muy cuidado. Un pequeño sendero de piedra conducía a las caballerizas. Había hecho todo aquel trayecto a propósito, porque deseaba conocer sus impresiones. De este modo podría saber qué clase de mujer era y si sería capaz de amarlo por sí mismo y no por su fortuna.

—¿Le gusta la casa?

Mary asintió. Se había preguntado el motivo de aquel rodeo y ahora comprendía mejor sus razones.

—Es sencilla y elegante a la vez —dijo tras meditar la respuesta—. Quien la amuebló y decoró tiene buen gusto.

—Si esta fuera su casa, ¿cambiaría algo? A las mujeres siempre les gusta llevar a cabo reformas —añadió al ver el gesto de sorpresa en su rostro.

—Considero que un hogar es mucho más que sus paredes o sus adornos, es el corazón de quienes lo habitan —repuso mientras avanzaban hacia los establos—. La felicidad proviene de las personas, no de las cosas.

La señorita Crawford sabía bien lo que decía. Había querido conseguirse un esposo que pudiera ofrecerle fortuna y comodidades, pero tras su estancia en Mansfield había comprendido que, aun consiguiéndolo, ella seguiría sintiéndose sola, porque las riquezas no podían suplir el cariño ni el afecto. Durante la boda de Fanny y

Edmund, todo lo que había sentido era envidia, y habría dado lo que fuera por ser ella la que se casara en aquella pequeña rectoría.

—Vaya, no solo es usted una mujer bella, sino también sabia —la alabó—. Es una dama perfecta.

Ella se volvió hacia él, buscando en sus palabras algún atisbo de burla. No lo encontró, aunque no podía estar segura.

—En absoluto —lo contradijo—. Soy muy consciente de mis imperfecciones, señor mío.

—¿Por eso no se ha casado? —Se dio cuenta demasiado tarde de lo improcedente de su pregunta y maldijo para sí—. Eso ha estado fuera de lugar. Lo lamento mucho.

—Acepto sus disculpas —dijo tras unos instantes de silencio—. Sin embargo, aunque en parte es cierto que ese es el motivo, debe saber que ese conocimiento de mí misma es de adquisición relativamente reciente. La vida me lo inculcó, no sin cierto dolor, y yo decidí convertirme en una aplicada alumna. Por eso, solo me casaré con el hombre que me acepte con mis defectos, tal como soy.

Richard quedó sorprendido ante semejante declaración, aunque no consiguió evitar sentir algo de recelo, pues, de algún modo, se había visto reflejado en sus palabras. Se preguntó si alguien le habría hablado de él y sabía, en realidad, quién era. No pudo hacerse eco de sus propios pensamientos, poniéndolos en palabras, porque llegaron a las caballerizas.

—¿Le gustan los caballos, señorita Crawford?

Mary acarició el morro de una yegua de pelaje grisáceo con largas crines blancas.

—He descubierto que son animales magníficos y leales. ¿Sabía que cada caballo, al igual que las personas, es único e irrepetible, con su propia personalidad? —Se sonrojó al percatarse de que, con toda probabilidad, él sabía sobre caballos mucho más que ella

misma. Para ocultar su bochorno, echó un vistazo a los demás cubiles—. Debería buscar uno que se ajuste…

—Lo encontrará —aseguró él, que había contemplado, fascinado, el brillo en los ojos de la joven mientras acariciaba a la yegua y el suave tono rosado que le había teñido las mejillas, igualando el color de sus labios coralinos. Y a pesar de que era un caballero y, por lo tanto, un hombre de honor, no pudo negar que deseaba besarla. Decidió, pues, que, si tenía ocasión durante el paseo y encontraba en la dama una buena disposición hacia él, daría satisfacción a ese deseo.

—¿Un caballo apropiado para mí?

—Un hombre adecuado para su corazón —respondió Richard, poniendo un punto final a la conversación que ambos habían mantenido antes de llegar a las caballerizas.

La señorita Crawford tardó unos instantes en comprender cuál era la razón de aquellas palabras. Una vez que lo tuvo claro, no supo cómo reaccionar, aunque percibió los acelerados latidos de su corazón que repetían en un eco infinito: «¿Y si fueras tú?».

—¿Cree que podría montar esta yegua? —preguntó a la postre, evadiendo sus propios sentimientos. Siempre había tenido una mente ágil, quizá un tanto mezquina y calculadora, pero no estaba acostumbrada a poner el corazón en juego.

—Desde luego, Estrella es briosa, aunque manejable. No le dará problemas.

Cuando salieron de los establos, y tras recorrer un buen trecho del camino, Mary comprobó que Richard había estado en lo cierto. No le costó entenderse con la yegua y su miedo inicial se disipó, pudiendo disfrutar del paseo y de la compañía. Él le habló de las tierras y le fue mostrando los preciosos paisajes y los lugares más importantes.

—Espero que le haya gustado el paseo —le dijo, una vez de vuelta

en las caballerizas.

—Mucho. El lugar es precioso, se respira paz.

—Sí, hay una gran diferencia entre pasear aquí y hacerlo en Hyde Park —comentó Richard mientras ayudaba a la señorita Crawford a descender de la yegua.

Mary había percibido el tono burlón de sus palabras, pero, sobre todo, se había percatado del desliz que había cometido y que le hacía pensar que ella estaba en lo cierto en cuanto a sus suposiciones.

—Creo que me ha mentido, Richard. Usted no es un simple sirviente.

Él, que acababa de depositarla en el suelo, se detuvo, con las manos todavía puestas en la cintura femenina. Una súbita tensión lo agarrotó, aunque enseguida se deshizo de ella. Si había descubierto quién era, ya no tenía sentido ocultarlo.

—¿Por qué lo dice? —Soltó a la joven y dio un paso atrás.

—Su forma de hablar, sus modales… Además, ha visitado Hyde Park… Es usted el administrador de la casa y las tierras, ¿no es cierto?

—Así es —confirmó, pues era verdad que se ocupaba de ello—. ¿Le importa?

—En absoluto. Ni el título ni su oficio hacen al hombre, sino su corazón.

Capítulo 7

El corazón de Richard había demostrado ser, a ojos de la señorita Crawford, una verdadera joya. Cuanto más tiempo pasaba a su lado, más le gustaba, hasta el punto de que se había enamorado de él. Era un hombre íntegro, de grandes valores, buen conversador y, a pesar del gesto grave que solía dibujar su rostro, también sabía reír. Sin embargo, aunque él parecía gozar de su compañía, en los últimos días lo había notado más inquieto y nervioso, y le preocupaba que el interés que había manifestado por ella no alcanzase sus afectos ni su corazón.

Ese temor la acompañó desde el momento en que tomó conciencia de sus sentimientos y se acrecentó con el paso de los días y ante las ausencias, cada vez más prolongadas, de él. Tras pasar un agradable verano entre paseos a caballo y a pie, varias cenas en la mansión —en las que, por suerte, no estuvo presente el señor Wyndham— y algunas tardes de té, se encontraban ya a finales de septiembre. La llegada del otoño había traído consigo un clima más fresco y una gran actividad en el pueblo, que se preparaba para la fiesta de la Cosecha. A causa de dicho acontecimiento, Richard y Mary se vieron menos de lo que a ella le habría gustado.

Tuvo la sensación de que, en esas ocasiones, el señor Turner

intentó consolarla procurándole distracción, como si supiera cuál era la causa de la tristeza que empañaba su mirada.

—Entonces, ¿volverá a Londres, señor Turner? —preguntó la señorita Crawford durante una velada en la mansión.

—Sintiéndolo mucho, así es. Me están esperando en la Real Academia de Artes para exponer algunas de las obras que he concluido, aunque no pienso marcharme hasta que terminen los festejos.

—Lo echaremos de menos.

—El sentimiento es recíproco, querida. Debo decir que mi estancia ha sido mucho más divertida gracias a su agradable compañía —aseguró.

—Es una pena que el señor Wyndham no haya podido acompañarnos hoy tampoco —señaló la señora Grant.

—Desde luego, es un hombre muy ocupado. —Esbozó una sonrisa burlona, al tiempo que desviaba la mirada hacia Richard, que frunció el ceño. Decidió cambiar el rumbo de la conversación—. ¿Volverán ustedes pronto a Londres?

En honor a la verdad, la señorita Crawford no había pensado en ningún momento en su regreso a la bulliciosa ciudad. Le agradaba la vida en el campo, más de lo que había imaginado, y, sobre todo, le agradaba Richard. Sin embargo, en este juego del corazón no estaba segura de llevar una mano ganadora y aunque nunca le había importado tomar riesgos, en este caso se imponía la prudencia.

—No lo sé con certeza. Es posible que pasemos aquí las navidades, al fin y al cabo, Londres se queda vacía durante esos días y no hay mucho que hacer allí.

Richard contempló el semblante de la joven, aliviado por su respuesta. Había decidido contarle la verdad sobre su identidad y, por lo tanto, necesitaría tiempo para lograr que lo perdonara y para

convencerla de que se casara con él. No sabía cuál de las dos cosas iba a costarle más.

La mirada que la señora Grant dirigió a su hermana cuando esta entró en la salita estaba cargada de afecto y de orgullo, no solo a causa de la belleza que irradiaba. Reconocía que había cambiado —quizá podría decir, más bien, que había «madurado»— en el tiempo que llevaban viviendo en el pueblo. Aunque mantenía el carácter vivaz, el ingenio y el sentido del humor, se mostraba menos superficial y materialista. Prueba de ello era el vestido, elegante pero sencillo, que había escogido para la celebración de esa noche, con la que daba comienzo la fiesta de la Cosecha.

—Estás preciosa, querida. Alabo tu buen gusto. Estoy segura de que llamarás la atención de muchos caballeros esta noche.

Mary asintió, complacida, si bien solo deseaba cautivar a un único caballero.

—Muchas gracias. Tú también luces maravillosa, hermana.

—Aprecio tus palabras. Viniendo de ti, cuyo afecto es sincero, no puedo por menos de creer que sea cierto. Pero si continuamos intercambiando cumplidos nos perderemos el inicio de los festejos y, debo decir, que estoy deseando conocer al esquivo señor Wyndham. Tengo entendido que se ha ocupado de la mayor parte de la organización y que llevará a cabo el discurso de apertura de las celebraciones.

Realizaron el trayecto hasta el pueblo en el carruaje. El ambiente festivo de las calles, engalanadas para la ocasión, levantaron el ánimo abatido de la señorita Crawford, que echaba de menos a Richard y que había terminado por aceptar que tendría que renunciar a él, pues no era correspondida en sus afectos. Quizá se trataba de un castigo que la vida le imponía por haber despreciado a

Edmund Bertram solo por el hecho de carecer de un título. Este pensamiento la acompañó mientras caminaban hasta la plaza central, donde habían levantado un estrado en torno al que se hallaban reunidos casi todos los habitantes, vestidos con sus mejores galas.

—¡Queridos ciudadanos! —exclamó en ese momento el alcalde, elevando la voz para atraer la atención de la gente—. Sé que todos estáis deseando que comience el baile, así que seré breve y solo os pediré que recibamos como se merece al hombre que ha hecho posible que podamos disfrutar de esta noche y de las que le seguirán. Demos un aplauso al señor Wyndham, nuestro organizador y el principal benefactor de la fiesta de la Cosecha.

Un atronador estruendo se alzó en la plaza. Mary se puso de puntillas, mirando a su alrededor, para tratar de localizar a Richard y al señor Turner.

—¡Oh, cielos!

No fue el asombro de la señora Grant lo que atrajo la atención de su hermana, sino la voz que resonó en el silencio que precedió a los entusiastas aplausos y que tan bien reconocía. La sangre abandonó su rostro y un dolor lacerante le atravesó el corazón. ¿Todo ese tiempo se había burlado de ella, ocultándole la verdad?

—¿Te encuentras bien, querida?

Mary negó con la cabeza.

—Lo siento, yo… Necesito un momento…

Alejándose hacia un grupo de árboles que había a un lado de la plaza, lejos del bullicio, se acomodó en un banco y trató de calmarse. Un molesto zumbido en los oídos le advirtió de que podía desmayarse. Cerró los ojos y respiró hondo una y otra vez, hasta que el corazón dejó de latir con ímpetu, aunque no de doler.

—Señorita Crawford…

El cuerpo se le tensó, pero de inmediato rechazó el sentimiento de rabia y desencanto que lo causaba. Para ser justa, tampoco ella había sido totalmente sincera, pues nunca le había hablado de la verdadera razón por la que se encontraba en el pueblo.

—Señor Wyndham.

Al ver que no añadía nada más, Richard suspiró y se sentó junto a ella. La luz de los faroles bañaba la figura femenina con una pátina dorada, otorgándole una belleza sin igual, etérea, inalcanzable.

—Mientras viví en Londres, descubrí que mi condición de hijo ilegítimo de un conde era un «defecto» que las damas podían pasar por alto si venía acompañado de unas buenas rentas —le confesó.

—Y usted creyó que yo podría ser igual que ellas de saber quién era.

—No —aseguró, convencido, y deseando borrar el matiz de tristeza que escuchó en su voz—. Su extraordinaria belleza es suficiente reclamo para que cualquier caballero, incluso con un título, pida su mano, Mary. Probablemente, en Londres contaba usted con varios pretendientes.

La señorita Crawford se sintió mal al escuchar esas últimas palabras. Aunque sabía que debería contarle la verdad, no se atrevía.

—En eso se equivoca, Richard —dijo, en cambio.

—Entonces, es que deben estar ciegos. —Tomó una de las manos de ella, que descansaban sobre su regazo, y se animó al ver que no la retiraba—. Si no le desvelé mi identidad fue porque quería estar seguro de que la mujer de la que me he enamorado podía amarme por lo que soy y no por lo que poseo.

Mary se volvió hacia él con los ojos agrandados por la sorpresa y el corazón latiendo con tanta fuerza que temió que abandonara su pecho.

—¿La mujer de la que se ha enamorado? —repitió con voz trémula por la emoción.

—Sí, usted, Mary. —Depositó un beso, lleno de calidez, en el dorso de su mano—. Incluso cuando creyó que yo era tan solo un simple sirviente, me trató con respeto y amabilidad, como a una persona, no como si fuera invisible. La amo, señorita Crawford, pero el temor a que mis afectos no sean correspondidos me ha silenciado hasta ahora. Por eso le ruego que me diga si, a pesar de haberle ocultado la verdad, tengo esperanzas de que mi corazón sea el depositario de los suyos.

El aire escapó entre los labios femeninos como la temblorosa llama de una vela agitada por una ligera brisa.

—Richard, yo…

—Si va a rechazarme, le ruego que…

Ella lo silenció, cubriendo sus labios con los dedos. En sus ojos parecían brillar innumerables estrellas.

—¿Cómo podría, cuando cada latido de mi corazón pronuncia su nombre? —El rubor le tiñó las mejillas por sus atrevidas palabras, aunque se sentía incapaz de contener su dicha tanto como su miedo —. Pero hay algo que debe saber, el motivo por el que vine aquí…

—¿Me ama tal como soy? —la interrumpió él—. Eso es todo lo que me importa.

—Lo amo sin reservas. Mi corazón es y será siempre suyo, Richard.

Epílogo

Un año después

El sonoro tañido de las campanas de la iglesia acompañó la salida de los recién casados, que se apresuraron a pasar bajo una lluvia de pétalos hasta el carruaje que los aguardaba, tirado por un par de rucios tan blancos como la nieve.

El conde de Egremont se había volcado en la celebración de la boda, a la que había asistido buena parte de la alta sociedad londinense, que no deseaba desairar a este ni perderse el acontecimiento que, seguramente, sería fuente de cotilleos durante mucho tiempo.

Ninguno de los presentes pudo negar que los novios formaban una extraordinaria pareja, no solo por la belleza de ambos, sino, sobre todo, por la felicidad que irradiaban, despertando la envidia en muchos corazones. Envidia que los dos ignoraron, centrados como estaban en mirarse el uno al otro con embeleso.

—¿Estás segura de que no te arrepentirás? —preguntó Richard a su recién estrenada esposa cuando el carruaje partió, algunas horas después del banquete en la mansión del conde.

La señora Wyndham detectó un matiz de preocupación en su tono y se apresuró a eliminarlo esbozando una resplandeciente sonrisa.

—Lo estoy. No echaré de menos Londres —repuso con decisión—.

Es verdad que anhelaba una vida ahí, entre muselinas y sedas, bailes, cenas y veladas, pero eso fue antes de conocerte.

—¿Y ahora? ¿Qué es lo que quieres ahora? —insistió, deseoso de darle incluso la luna si se la pidiera.

Mary apoyó la palma de la mano sobre el pecho de Richard y notó los firmes latidos de su corazón. Cada uno de ellos representaba un segundo de felicidad compartida.

—Todo lo que quiero está aquí, esposo mío. Mi mundo eres tú.

Él la atrajo contra su costado.

—Te amo, señora Wyndham —susurró, inclinando la cabeza a un suspiro de los labios femeninos—. Hagamos girar este mundo con nuestro amor.

Sus bocas se fundieron en un beso tan dulce como la miel y tan profundo como sus sentimientos, sellando un juramento que perduraría mass allá de la eternidad.

Una cita junto al mar

Noa Alférez

Nota de la autora

Todas las historias de Jane Austen tienen algo de especial y un proyecto como este es un verdadero regalo para todo aquel que ame la novela de romance histórico. Sanditon es la obra que la autora no pudo acabar, y sus doce capítulos fueron escritos cuando la enfermedad ya había hecho mella en ella. Continuar esta historia inconclusa supone intentar realizar un tributo a una autora que nos enseñó que incluso lo más cotidiano podía transformarse en algo eterno bajo su mirada. Clara Brereton es una figura apenas esbozada en Sanditon, que quedó suspendida en el tiempo por el silencio que dejó la muerte de Jane Austen. Clara es una joven huérfana y sin recursos que es acogida por lady Denham, una pariente con una gran fortuna. Su destino jamás llegó a definirse y en este relato nos tomaremos la libertad de imaginarla, de darle voz, de regalarle aquello que la autora no alcanzó a contar.

Noa Alférez

Capítulo 1

En un pueblo tan pequeño como Sanditon, cualquier acontecimiento, por pequeño que fuera, despertaba gran expectación. Lady Denham, sentada a la mesa de la familia Parker, dio un sorbo a su taza de té antes de repetirlo por cuarta vez esa tarde. En las últimas dos semanas, el suceso que había mantenido agitados y abatidos a los habitantes de aquel pequeño enclave de la costa, era el fallecimiento del médico del pueblo.

—¿Quién lo iba a decir? —se lamentó Tom Parker con su rostro amable ensombrecido—. Se veía saludable, y todavía le quedaba al menos un lustro para alcanzar el medio siglo.

—Esto no nos beneficiará en nuestro propósito, señor Parker —opinó lady Denham haciéndose aire con su abanico. Pensar siquiera en la posibilidad de que su empresa fracasara hacía que su ánimo se agitase. Tanto ella como Parker habían invertido demasiado tiempo y dinero para conseguir que Sanditon se convirtiese en el destino de moda, para atreverse siquiera a imaginar lo contrario—. Sanditon debe ser considerada un lugar al que la gente acude con la seguridad de que su salud se vea mejorada sobremanera. Si ni el mismísimo médico del pueblo puede librarse de una enfermedad con tan dramático final ¿cómo convenceremos a las familias para que se trasladen aquí a tomar baños marinos y respirar nuestro aire puro

para librarse de sus dolencias?

—Tiene razón, señora. Pero me consta que el doctor Simmons no llegó a aprobar las máquinas de baño, ni tan siquiera lo vimos mojarse los pies ni una sola vez —intervino la señora Parker.

—Cierto. También cuestionó las propiedades de la leche de mis burras, quién sabe si el desenlace habría sido otro de no haber sido tan escéptico. —Lady Denham torció el gesto, y si Tom Parker no la tuviera por una mujer decente, habría pensado que estaba convencida de que la muerte del doctor Simmons constituía un justo escarmiento—. Por más que los dos lo sepamos no tenemos prueba de ello. Siempre he tenido mis reservas sobre traer a un médico hasta aquí en lugar de potenciar nuestros remedios naturales. Si bien esperaba que el hombre no dejase este mundo de forma tan abrupta.

—La única conclusión es que quizá deberíamos pensar en la posibilidad de construir un camposanto, no hay pueblo que se precie que no cuente con uno.

—Si la idea es espantar a los visitantes, adelante con ello, señor Parker. Pero otro doctor…

—Ciertamente, lo ocurrido es una desgracia, lady Denham, pero estoy convencido de que, si Sanditon ha de florecer, no nos faltarán hombres de ciencia deseosos de establecerse aquí. La ubicación es privilegiada, el aire saludable, y estoy seguro de que pronto hallaremos un sustituto digno que atienda a nuestros visitantes y a nosotros mismos.

Clara escuchaba en silencio. En apariencia, nada en su porte delataba otra cosa que una cortés elegancia y el más digno decoro, pero en su interior cada palabra sobre la muerte del médico era como un aldabonazo en el alma. Apenas unas semanas atrás había sentido un interés secreto, tímido pero profundo, por aquel caballero

cuya discreción y gentileza contrastaban con el bullicio de otros visitantes. Ahora, su nombre se reducía a un comentario casual durante el té, a un inconveniente que solucionar con premura, y ella debía disimular la punzada de pérdida como si nada le afectara. Se preguntó a sí misma qué tipo de sentimiento había albergado por él. Sin duda no habían llegado al último escalafón en cuanto al amor se refería, mas también dolía la pérdida de algo que no había podido materializarse. ¿Estaría entristecida por perder a ese hombre o solo la atormentaba la idea de tener que conformarse sin vivir una historia de amor?

Y no era porque no tuviese unas perspectivas matrimoniales más que aceptables. En la última fiesta ofrecida en Sanditon House en la que lady Denham se había encargado de invitar a lo más granado de la sociedad que tenía a mano, el hijo de un conde se mostró bastante interesado en ella. Aunque no le hacía sombra a sir Edward Denham, su sobrino, que parecía no tener ningún pudor a la hora de dejar claro con su actitud que bebía los vientos por Clara. Solo había un pequeño problema. Ambos, tanto el futuro conde como sir Edward, lo hacían por la posibilidad más que probable de que Clara Brereton se convirtiese en la heredera de la anciana.

Clara alzó la vista apenas un instante, captando el contraste entre la ambición entusiasta del caballero y el pragmatismo imperturbable y amargo de su pariente. Ella hacía tiempo que se había acostumbrado al carácter de lady Denham, y a pesar de ser fría y algo desconfiada, siempre le estaría agradecida por su ayuda. De no ser por ella, nunca habría podido acceder a relacionarse con el círculo de amistades en el que se encontraba ahora. Ser la protegida de lady Denham le había proporcionado la posibilidad de soñar con un futuro mejor. No quería pecar de desagradecida, pero a menudo se sentía atrapada en la dependencia hacia ella, consciente de que

su propia vida estaba tan marcada por los designios ajenos, como Sanditon lo estaba por las esperanzas y temores de quienes ponían todo su esfuerzo en hacerlo prosperar.

El señor Parker estiró el cuello al ver a través de la ventana que alguien se acercaba por el camino de entrada, y sonrió para sus adentros al cerciorarse de que se trataba del cartero. A pesar de que la cortesía mandaba, durante unos segundos su atención estuvo más pendiente del sonido de la puerta que de la conversación con sus invitadas. Cedió el protagonismo de la reunión a su esposa, y se excusó para salir unos segundos, incapaz de contener su impaciencia. La llegada de la correspondencia siempre era para él un momento de regocijo. Disfrutaba leyendo las cartas que le enviaban sus hermanos, aunque en la mayoría de las ocasiones solo relataban una retahíla de síntomas y enfermedades, que de ser ciertos ya habrían acabado con ellos hacía tiempo. Sonrió al pensar que cualquiera de ellos podría ocupar el puesto del galeno a pesar de carecer de estudios, ya que conocían más enfermedades que la mayoría de los doctores. Ansiaba que llegase el verano para volver a disfrutar de su visita y así poder mostrarles los beneficios de Sanditon para su salud.

En esta ocasión la misiva venía firmada por Sidney, el pequeño de la familia y el más saludable y vivaz de todos. Cuando pensó en la necesidad de encontrar un nuevo médico barajó la posibilidad de viajar a Londres para encontrar uno él mismo, pero entonces tuvo la genial idea de recurrir a Sidney, que gracias a su carácter perspicaz y a sus contactos encontraría una solución a su problema. Tom leyó la breve carta con premura en busca de lo que estaba buscando, la confirmación de que su encargo había sido realizado.

Volvió al salón entusiasmado, agitando las hojas como si fueran una bandera.

—Lo tenemos. El nuevo médico está en camino.

Capítulo 2

Mi estimada señorita Brereton:

Ruego sepa disculparme por mi atrevimiento al dedicarle estas líneas. El pudor hace que mi pluma vacile al deslizarse sobre este papel, mas siento que me urge hablar de lo que siento.

Si con estas letras la ofendo de alguna manera le ruego que las lance al fuego, yo sabré aceptar su negativa, sabiendo que ya dejé los albores de la juventud tiempo atrás. Cuando la otra tarde pude contemplarla más de cerca descubrí en usted la perfección.

Desde entonces su imagen se me representa como un dulce sueño difícil de alcanzar, ya que mi escasa vanidad no me permite siquiera anhelar semejante dicha.

Con el más profundo respeto, me atrevo a esperar una respuesta, si le place dármela, confirmándole que de no hacerlo no variará ni un ápice la buena opinión que su persona merece.

Su humilde servidor.

Doctor M. Simmons.

Clara abrazó la carta contra su pecho ignorando la prudencia que

le sugería no arrugarla, ya que aquel era el único recuerdo al que podría aferrarse para evocar al que pudo ser su gran amor. La había leído al menos una docena de veces en las últimas semanas y había disfrutado del pequeño pellizco de nerviosismo que le producía esconderla entre sus objetos personales para que nadie pudiese encontrarla. Ya no habría más cartas ni más miradas sutiles. Volvió a releerla y cayó en la cuenta de que ni siquiera conocía qué nombre se escondía tras esa M misteriosa garabateada en el papel. ¿Se podía amar a alguien sin conocerlo apenas?

El doctor Simmons no era atractivo como sir Edward. Ni tampoco poseía su soberbia, o esa leve chispa de malicia que brillaba en sus ojos cuando algo no salía como esperaba. Tampoco era un experto en la contradanza como el hijo del conde Preston; y estaba segura de que el doctor no le habría hablado con tanta superioridad de todos los lugares del mundo que había visitado. Quizá por eso el médico carecía de arrogancia. Le faltaban las virtudes que otros creían fundamentales, al igual que tampoco había mostrado los defectos que a Clara le habían parecido imperdonables. Pero, quizá no fuese buena idea juzgar un hombre en base a las carencias de otros. En cualquier caso, ya no tenía sentido martirizarse. Él no volvería.

Suspiró al recordar la tarde a la que Simmons se refería en aquella carta y que pudo ser el detonante de su repentino amor. Clara había eludido la vigilante compañía de lady Denham y había acudido con su amiga Georgiana a dar un paseo por el malecón. Georgiana Lambe era una joven heredera criolla procedente de las Indas Occidentales, que poseía una gran fortuna y una delicada salud. Le costaba integrarse en aquel mundo en el que podía sentir el rechazo de muchos por sus orígenes, en contraposición a la devoción con la que admiraban su dinero. Clara y Georgiana habían encontrado un

punto de apoyo la una en la otra. Esa tarde el viento soplaba con fuerza, y la señorita Lambe había requerido sentarse en uno de los bancos para descansar un poco antes de reanudar el camino de vuelta a casa. Clara había mirado con anhelo un acantilado que se alzaba al final del malecón. Dar un brioso paseo, y escalar por las afiladas rocas hasta llegar a la cima y poder contemplar el mar que se extendía a los pies la hacía sentir libre. Georgiana la había mirado con complicidad entendiendo su deseo.

—Vamos, ve. Mi doncella me acompañará mientras me recupero —había dicho con una sonrisa.

Clara asintió y apuró el paso para no hacerlas esperar demasiado, y con más agilidad de la esperada, a pesar de que su ropa era muy poco apropiada para tal ejercicio, pronto llegó a la cumbre. Respiró hondo disfrutando del aire marino, y tuvo que reconocer que Parker tenía razón. Había algo curativo en aquella brisa impregnada de sal. Se dispuso a desandar el camino cuando una ráfaga de viento le arrancó el pañuelo con el que se protegía el cabello. Ahogó un grito de consternación, se trataba de un regalo de lady Denham y la mujer no pasaría por alto su ausencia. Descendió con cautela hacia la vertiente contraria del acantilado, hacia el lugar por el que había visto caer la pañoleta. Se sorprendió al no encontrar nada entre las afiladas piedras y miró a ambos lados confundida.

—¿Busca esto?

Clara dio un grito de sorpresa al escuchar una voz emergiendo de entre los riscos. Se sonrojó al ver aparecer al doctor Simmons en mangas de camisa, con su pañuelo en la mano.

—Sí —admitió extendiendo los dedos para recuperarlo—. Ha sido el viento.

El doctor Simmons asintió sin saber qué más decir, impactado por la serena belleza de Clara, y por lo inapropiada que resultaba la

situación de encontrarse a solas.

—Gracias —musitó ella, dándose la vuelta para marcharse.

—Señorita Brereton —la detuvo con la esperanza de arañarle un segundo más al tiempo—. Me alegro de haberle servido de ayuda. Tal vez volvamos a vernos, suelo venir por aquí a buscar erizos y cangrejos.

Ella asintió soltando una risa nerviosa mientras se alejaba, pero cuando la vio girarse para dedicarle una última mirada él se sintió feliz.

Al día siguiente Clara volvió a pasear hasta los riscos, mientras su amiga la esperaba respirando el aire fresco que según Tom Parker tanto bien le haría. Tal y como había dicho, el doctor había acudido fiel a su tácita cita. Casi no hablaron, más que un par de observaciones sobre el tiempo y las vistas, hasta que él, en un alarde de osadía, había deslizado la carta en la mano de la joven sonrojándose tanto o más que ella.

Clara volvió al presente con un suspiro entrecortado. Dobló la carta y tras esconderla en el forro de su maleta de viaje, el único lugar donde creyó que esta estaría a salvo, se acercó a la ventana para contemplar el paisaje que se extendía al otro lado. Tras las colinas ondulantes y las copas de los árboles, a lo lejos se veía el mar de color azul oscuro. Recordó vagamente la respuesta que le había escrito al doctor cobijada en las sombras aquella misma noche, en la que aceptaba de buen grado su interés, y que le había hecho llegar sin dilación.

Ahora, que podía pensar en ello con dolor pero con más calma, cayó en la cuenta de que el médico, ocupado en visitar a pacientes que vivían a varias millas de Sanditon, nunca tuvo oportunidad de recibirla. Ahora esa nota aguardaba en su consulta, intacta,

esperando a que alguien se atreviese a leerla. Un pensamiento inquietante ensombreció su ánimo. ¿Y si alguien descubriera aquel secreto? Su honor estaba en juego, y su corazón, aunque herido, seguía deseando proteger aquel sentimiento incipiente que tan cuidadosamente había plasmado en aquellas letras.

Clara siempre había sido discreta, y había aprendido que pasar desapercibida a menudo era una herramienta eficaz para conseguir lo que deseaba. Solo así, con infinita paciencia y discreción, había podido enterarse de boca del señor Parker que esa misma mañana acompañaría a la mujer que se encargaba de limpiar la consulta y la casa que el doctor Simmons había ocupado en Sanditon, para recoger los enseres personales y así poder enviárselos a su familia. De paso adecentarían el lugar para cuando el nuevo médico llegase. Esa sería su única oportunidad para recuperar la carta y así salvaguardar su secreto, y pensaba aprovecharla.

Capítulo 3

Clara se arrebujó en su abrigo a pesar de que la temperatura esa mañana era bastante agradable. Sin embargo, el frío parecía haberse instalado en sus huesos. Se detuvo frente a la casa del doctor, un pequeño y coqueto edificio en Trafalgar Square, cuya planta baja estaba destinada a la consulta. Miró con una sensación extraña las cortinas echadas en las ventanas, y se imaginó por un instante cómo habría sido su vida si el desenlace no hubiera sido tan triste. Quizá aquel habría llegado a ser su hogar. Movió la cabeza para borrar ese pensamiento, sin saber muy bien qué hacer. No podía permanecer más tiempo allí parada o la gente que iba y venía, paseando o comprando en los comercios, empezaría a sospechar de su presencia. Estaba a punto de dar un paso adelante cuando la cortina de una de las ventanas se descorrió con un gesto brioso. Se llevó la mano al pecho para contener los latidos de su corazón. La ventana se abrió y en ella apareció el rostro sonrosado de Remy, la chica que había sido encargada de preparar la casa que había ocupado el doctor Simmons. La joven, concentrada en sus quehaceres, no se percató de la presencia de Clara, y volvió adentro para continuar su labor.

—Señorita Brereton, qué encantadora coincidencia encontrarla aquí.

Clara se dio la vuelta, sobresaltada, al escuchar la entusiasta voz del señor Parker justo a su espalda.

—Buenos días, señor Parker. —El caballero se mantuvo frente a ella con una sonrisa amable y expectante, dejándole a las claras que no se iría de allí hasta saciar su curiosidad. Clara se tomó unos instantes para inventar una excusa que justificase su presencia y tras titubear, argumentó lo que le pareció más creíble—. He venido a comprar unos hilos para mi bordado. La señora Philip recibe el género los miércoles.

—Oh, qué afición tan entretenida. La dejo que siga con su ocupación. Yo he venido a asegurarme que la casa y la consulta del médico estén perfectas y no falte de nada. El nuevo doctor llegará pronto y no queremos causarle una mala impresión.

—¿En serio? ¿Cuándo? —se interesó con demasiada intensidad.

—Recibí una carta justo ayer, informándome de que ya estaba en camino. Espero que esté aquí antes de que acabe la semana. Si me disculpa…

El señor Parker se tocó el ala del sombrero se dispuso a cruzar a calle.

—¡Señor Parker! —lo detuvo alzando la voz, y Tom se giró para mirarla—. Me gustaría ser de ayuda.

El caballero se detuvo y la miró con una sonrisa amable.

—No es necesario, señorita Brereton. No sé si es buena idea que usted asuma labores de limpieza, a lady Denham puede que no le guste la idea.

—Insisto. Puedo hacer un inventario rápido para ver si se necesita reponer alguna cosa o… Lo ocurrido ha sido algo muy trágico, me sentiría mejor si pudiese aportar un granito de arena. ¿Qué seria de esta comunidad si no dejamos a un lado la altivez en pos de la humanidad?

—Es loable su inquietud, señorita. —El hombre suspiró complacido por su respuesta, y ella no pudo evitar sentirse mal por haberlo engañado—. Está bien, entonces. Puede revisar si falta algo en la cocina, por ejemplo.

Ambos se adentraron en la casa del doctor en el momento en el que un estruendo llegaba desde el piso de arriba. El sonido de cristales al romperse contra el suelo les anunció que la criada había tenido algún percance y el señor Parker se apresuró a subir por si necesitaba ayuda. Clara titubeó unos instantes, sintiendo que faltaba a sus propios principios, pero tras tragar saliva se acercó hasta el mueble que había junto a la puerta para rebuscar en los cajones. Al no encontrar nada decidió que debía reunir toda la osadía que tenía y buscar en la consulta. Aprovechando que en el piso superior se afanaban en recoger los trozos de un jarrón roto, se atrevió a abrir la puerta que daba a la consulta del doctor sintiendo que estaba profanando algo sagrado. Pronunció una oración en voz baja y se dirigió hacia la mesa. Sobre ella se acumulaban los documentos con los expedientes de los pacientes, algunos libros de consulta, frascos y varios utensilios metálicos que ella no tuvo tiempo de observar. Sus ojos se clavaron en el tomo de cartas ordenadas que esperaban ser abiertas. Se dijo a sí misma que solo echaría un vistazo rápido y luego todo volvería a su lugar. Sus secretos y los del médico quedarían enterrados en el olvido, a salvo de los oídos y las lenguas indiscretas. Quiso convencerse de que lo hacía por él y no por ella, así sentiría menos deshonroso aquel asalto. Las pasó entre sus manos con rapidez hasta que reconoció su propia caligrafía en una de ellas. Suspiró de alivio, incluso se permitió esbozar una sonrisa triunfante, e intentó guardarla en el bolsillo de su falda para marcharse de allí antes de que alguien la encontrara con una actitud tan indigna. Las manos le temblaban tanto que el sobre se resbaló

entre sus dedos y con un revoloteo fue a parar bajo la mesa. Clara se arrodilló para poder alcanzarlo, tan azorada que ni siquiera escuchó los pasos enérgicos que acababan de adentrarse en la consulta. Al levantar la vista se topó con unas botas masculinas que ocupaban su campo de visión. Muy despacio fue subiendo la mirada, temiendo que el señor Parker la hubiese descubierto. Sin embargo, los ojos que la observaban ceñudos no eran los suyos sino los de un joven desconocido que no hizo ningún ademán por ayudarla a levantarse.

—¿Quién es usted y qué hace aquí? —preguntó Clara con brusquedad poniéndose de pie con el corazón queriendo saltar en su pecho.

El caballero la observó unos instantes evaluándola con tanta intensidad que ella se sonrojó aún más. Su mirada se desvió hacia el sobre que ella apretaba entre sus dedos.

—En todo caso, debería ser yo quien hiciese esa pregunta. Está usted en mi consulta, revolviendo entre mis cosas.

Clara no tuvo tiempo de asimilar la información y antes de que pudiese reaccionar él le quitó la carta de la mano de un tirón. Ella abrió la boca para recriminarle su acción pero se quedó sin habla cuando el caballero leyó el destinatario en voz alta y esbozó una sonrisa de suficiencia.

—De hecho, está usted hurgando en una correspondencia que no le pertenece. Yo soy el doctor Simmons.

—Si es una broma, no tiene gracia. El doctor Simmons ha abandonado este mundo.

—No lo es. Mi primo por desgracia ha fallecido, y por eso estoy aquí. Soy el doctor Conrad Simmons. Y exijo que me explique lo que se trae entre manos de manera furtiva.

Clara sintió que palidecía y que las piernas dejarían de sostenerla

en cualquier momento; avergonzada por haber sido descubierta en un acto tan imprudente, recogió apresurada sus faldas con el rostro encendido de vergüenza, y decidió que salir de la estancia era la única alternativa posible. Apenas pudo articular un balbuceo como excusa, pues la humillación que la impulsaba a escapar era más fuerte que cualquier razonamiento. Sin pensar en lo descortés que resultaba, esquivó al nuevo médico y huyó de allí antes de que el señor Parker, cuyos pasos ya resonaban en la escalera fuese testigo de su humillación.

El doctor Simmons, sin embargo, permaneció inmóvil en el mismo lugar donde la había sorprendido. En su mano sostenía todavía el sobre que había arrebatado a la joven, pero su atención ya no se fijaba en el papel, sino en la ausencia que ella había dejado tras de sí. Era como si el aire de la habitación hubiera cambiado con su repentina partida. Quiso convencerse de que lo correcto sería enfadarse por aquella intromisión, juzgar su falta de decoro y prudencia, o incluso sospechar que había algún trasfondo turbio detrás. ¿Sería una ladrona, tal vez? Contra toda lógica, tuvo que contenerse para no sonreír. Miró la carta que ahora se veía arrugada entre sus manos y la guardó en el bolsillo de la chaqueta al escuchar pasos que se acercaban.

Tom Parker se asomó a la puerta de la consulta y se detuvo sorprendido por su presencia allí.

—Oh, discúlpeme. No me diga que usted es…

—Soy el doctor Conrad Simmons. Anuncié mi llegada por carta, aunque creo que el correo no es todo lo rápido que desearía.

—Recibí sus noticias, pero es cierto que aún no lo esperaba. Por suerte, todo está listo para que pueda instalarse de inmediato. —El señor Parker acortó la distancia que los separaba y estrechó su mano con brío—. Soy Tom Parker, doctor. Espero que a pesar de que

el motivo que lo ha traído hasta Sanditon ha sido muy triste, pueda llegar a encontrar en nuestro pequeño pueblo un hogar en el que poder ser feliz.

Conrad asintió, atrapado por la entusiasta conversación de Parker, que se empeñaba en convencerlo de todas las bondades de aquel lugar. Y quizá lo hubiera conseguido si no fuese porque él se había quedado enganchado de los ojos claros de aquella hermosa joven que había huido de manera furtiva.

Capítulo 4

Clara Brereton caminaba lentamente por los senderos del jardín de Sanditon House, la lujosa mansión de lady Denham, dejando que la brisa jugara con los mechones sueltos de su cabello, acariciando al pasar los bordes de los setos perfectamente recortados. Sus pensamientos, no obstante, estaban muy lejos de la serenidad que la rodeaba. La aparición del joven doctor Simmons en la consulta la había dejado inquieta y la idea de que ahora él fuese el guardián de sus secretos más aun.

A lo lejos, un silbido melodioso rompió el murmullo del viento que mecía las hojas. Clara se detuvo con curiosidad para identificar el origen de aquella alegre tonada, que provenía del camino que bordeaba la propiedad, y que se escuchaba cada vez más cerca. Movida por un impulso que ella misma no supo explicar, se deslizó detrás de una arboleda espesa que delimitaba el jardín y se ocultó entre la tupida barrera que formaban las ramas y los arbustos, procurando no hacer el menor ruido para observar al visitante. Distinguió a través de las hojas una figura masculina que avanzaba con paso enérgico. Llevaba el sombrero en la mano y el abrigo desabrochado para hacer más llevadera la caminata desde el pueblo. El sol de la tarde iluminaba su cabello rubio, despeinado por la brisa. Caminaba con elegancia a pesar de su paso vigoroso, una actitud

muy distinta a la afectación exagerada en los gestos de los caballeros que Clara había conocido en los bailes que se organizaban en Sanditon.

Clara sintió que el aire se volvía más denso a su alrededor. Su corazón empezó a latir con fuerza, y se amonestó en silencio por aquella emoción que la dominaba y hacía bullir su sangre. No debería mirarlo así, con esa curiosidad un tanto insana; las señoritas no observaban de manera furtiva a los caballeros como si fuesen un suculento pedazo de pastel. Y, sin embargo, no podía apartar la mirada de él.

El doctor Simmons continuó su paseo sin sospechar que era objeto de tal escrutinio, o al menos eso creyó ella hasta que, de pronto, su silbido cesó y se detuvo abruptamente. Giró lentamente la cabeza, como si hubiera percibido algo, un leve movimiento, un crujido, el temblor de una rama. O simplemente la fuerza de unos ojos vigilando sus movimientos.

Clara se agachó instintivamente, conteniendo el aliento. La sangre le subió al rostro y dejó de respirar unos instantes. ¿Qué pensaría de ella si la hallaba allí, escondida como una colegiala indiscreta? De nuevo quedaría en evidencia ante él. Tras unos segundos que a ella le parecieron eternos, el médico volvió a ponerse en marcha en dirección a la mansión.

Solo entonces ella se permitió respirar de nuevo, aunque el aire le pareció más tibio y su pulso más rápido que de costumbre. No sabía si se debía a la angustia de haber estado a punto de ser descubierta o a la turbación que aquel hombre, tan distinto de los que había conocido, había despertado en ella. ¿Era solo el miedo de saberse comprometida por aquella carta imprudente, o algo más profundo, más inquietante, que comenzaba a germinar en su interior? Quiso pensar que su ánimo y sus sentimientos no eran tan volubles y se

sintió culpable por haber pensado solo un instante en sustituir con tanta rapidez el afecto que había empezado a sentir por el fallecido doctor.

Se preguntó qué habría llevado a ese hombre a visitar la mansión y su estómago se contrajo de nerviosismo al pensar que era posible que quisiera delatarla como la ladrona de cartas que había asaltado la consulta. Pensar que podría haber hablado con Parker sobre lo sucedido la aturdió y pensó en demorarse todo lo posible para no encontrarse con él. Tras recorrer los jardines unos minutos con el ánimo alterado, decidió entrar en la casa y enfrentar lo que tuviera que ocurrir, no era ninguna cobarde. Con paso firme caminó por el sendero de grava, tomó aire y se adentró en la mansión ignorando el pellizco de su estómago.

Lady Denham levantó la cabeza de su taza de té en cuanto ella apareció en el umbral, y a pesar de su sonrisa, Clara captó su desagrado de inmediato. No estaba bien hacer esperar a las visitas, y menos hacer acto de presencia con las mejillas sonrojadas por la caminata y el pelo un tanto desordenado. No importaba, ese hombre la delataría en cualquier momento arruinando su reputación.

—Oh, aquí estás —anunció la anciana con una sonrisa forzada—. Doctor Simmons, esta es la señorita Clara Brereton. Como le he dicho, mi prima está pasando una temporada indefinida conmigo.

Clara hizo una reverencia mientras él se apresuraba a ponerse de pie y hacer lo propio. Evitó mirarlo a los ojos. A su ya de por sí vergonzoso comportamiento anterior, habría que añadir que lady Denham a estas alturas le habría contado con detalle que ella no era más que una huérfana empobrecida de la que se había apiadado, y aunque le estuviera inmensamente agradecida, no podía evitar sentirse una carga y avergonzarse por ello. Esperó unos segundos a

que él la delatara pero cuando al fin alzó la mirada solo encontró un gesto de controlada sorpresa y una pizca de complicidad en sus ojos de color avellana, como si no hubiese esperado encontrarla allí. Él había decidido no desvelar que Clara había entrado en la consulta y a juzgar por su reacción, ni siquiera habló con el señor Parker de ello, o ya sabría su nombre. Tras unas cuantas palabras de cortesía entre ellos fue la anciana quien llevó el hilo de la conversación.

—Es una casualidad muy conveniente para todos que usted estuviese dispuesto a dejar Londres, doctor. La repentina muerte de su primo ha debido ser un jarro de agua fría para la familia.

—Sí, sin duda. Por eso no dudé en ocupar su lugar. Él tenía mucha fe en este proyecto y creí que era mi deber seguir sus pasos.

—Espero que al menos sea más abierto de mente que él, Dios lo tenga en su gloria. Prométame que al menos intentará tomar los baños de mar ahora que empieza a llegar el buen tiempo. Y me complacería que tuviera en cuenta recetar leche de burra para algunas enfermedades. Mis burras están disponibles y le aseguro que el resultado es abrumador.

—Sopesaré la idea —aceptó mirando a Clara de soslayo, que permanecía en silencio, mortificada ante la posibilidad de que él hablara de la carta que custodiaba.

—Y no olvide lo de la cena. Vendrá gente muy influyente. ¿No es así, Clara?

—Sí, lady Denham. Sería un honor que el doctor nos acompañase.

—Está bien. Si mis obligaciones me lo permiten, asistiré a su cena. Y en cuanto a los baños, me gusta bastante el mar. Y pasear. Así que no descarto unir ambas aficiones. Y ahora, si me lo permiten, tengo que marcharme, debo atender varios asuntos, entre ellos mi correspondencia.

Clara se atragantó con el té al sentir su mirada intensa y un poco

burlona sobre ella. Su secreto estaba en sus manos, y aunque no parecía un hombre sibilino, no podría estar del todo tranquila hasta saber si pensaba usar lo que sabía de ella.

El doctor se despidió cortésmente de las damas y se marchó de la mansión, dejando a Clara con los nervios a flor de piel. Si había pensado por un momento que podría ignorar la presencia de ese hombre en Sanditon estaba muy equivocada.

Capítulo 5

La novedad del joven y apuesto doctor fue el combustible que necesitaba Sanditon para animar las conversaciones. En los primeros días, su consulta se vio desbordada por todos los lugareños, algunos realmente enfermos y otros exagerando sus dolencias o molestias con tal de poder cotillear un poco. No hubo dama respetable que no sintiera un súbito dolor de cabeza, ni caballero que no se quejara de un reuma inoportuno. El pobre doctor Simmons, que había llegado con la intención de ejercer la medicina con seriedad, pronto comprendió que la epidemia que abatía a aquel pueblo costero era el aburrimiento, y el remedio que todos encontraban más a mano era cotillear.

Lady Denham, siempre dispuesta a pronunciar juicios categóricos, fue la primera en declararse satisfecha con el nuevo médico a pesar de sus reticencias, no tanto por sus conocimientos como por su carácter y su porte, más aún cuando descubrió que su padre era de sangre azul.

—Tiene modales —mostró su aprobación mientras tomaba el té con sus sobrinos —. Y, lo que es más importante, una buena presencia y fortaleza física. Eso inspira confianza. Nadie quiere ser atendido por un hombre con aspecto de llamar a San Pedro en cualquier momento.

Clara sonrió débilmente dándole la razón y bajó la vista hacia su taza de té. No se atrevió a responder. Aún podía sentir la vergüenza del encuentro en la consulta, aquel instante en que su secreto y su corazón se habían visto tan peligrosamente expuestos.

—Dicen que estudió en Edimburgo —añadió sir Edward, el sobrino de lady Denham con fingido desinterés—. Pero ya se sabe cómo son esas universidades del norte, sus estudiantes resultan ser demasiado idealistas. Necesitamos gente con los pies en el suelo y con humildad.

—Al contrario, sir Edward —intervino Clara con desacostumbrada franqueza—, un poco de idealismo no hace daño a nadie. Aunque no deberíamos pecar juzgando al doctor Simmons antes de tiempo. Parece un hombre sensato y es humilde en el trato.

Sir Edward Denham no disimuló cuánto le desagradó su defensa pero prefirió no añadir nada más al respecto. Su tía intervino dándole la razón a Clara y la conversación continuó entre comentarios sobre los baños, el clima y los posibles visitantes de la temporada. Pero Clara apenas prestaba atención, concentrada en no dejar entrever que observaba minuciosamente cada detalle del doctor Simmons desde la distancia, cada vez que se cruzaba con él.

Había logrado mantenerse en un discreto segundo plano desde aquel primer encuentro, evitando toda oportunidad de coincidir con el médico. No obstante, el destino parecía empeñado en conspirar contra su propósito. Cada tarde, al pasear por el malecón junto a su amiga la señorita Lambe y algunas otras damas de Sanditon, escuchaba comentar su buena educación, su voz agradable, o el modo cortés con que tomaba el pulso a sus pacientes y escuchaba sus achaques con infinita paciencia.

—Clara, no puedes imaginar cuántas señoras han desarrollado de pronto fiebres y jaquecas misteriosas —le dijo una tarde la señorita

Lambe mientras paseaban, en un alarde de osadía—. A este paso, el doctor necesitará otro médico que lo asista a él para curar su cansancio.

—Un hombre discreto y apuesto en Sanditon, es una tentación irresistible para la especulación. —Clara forzó una sonrisa, aunque el comentario le dolió más de lo que hubiera querido admitir—. En cuanto la gente se acostumbre a su presencia, dejará de suponer una novedad. Además, no parece el tipo de hombre que deja de lado su profesión para ceder a la llamada de… otras cosas.

—Parece que lo conoces muy bien —apuntó Georgiana mirándola con curiosidad al ver su ceño fruncido.

—No, no es eso. Solo observo cómo se comportan los demás, y el doctor me parece un hombre íntegro.

—En ese caso, si eres tan observadora, dejaré que seas la encargada de hacer una selección adecuada de mis posibles pretendientes —bromeó enlazando el brazo con el de su amiga. Ambas rieron con complicidad—. El mercado matrimonial se está convirtiendo en un terreno pantanoso.

—No creo que sea la más adecuada para ello, acabarías con un marido guapo y atento, pero sin una moneda en el bolsillo.

—Acepto. Mis bolsillos ya están bastante llenos.

Clara rio y se esforzó en hablar con ligereza de temas más triviales. No debía darle más relevancia a algo que no era de su incumbencia. ¿Por qué habría de importarle tanto lo que las demás pensaran del doctor Simmons? ¿Por qué aquella inquietud cada vez que escuchaba su nombre? Ella nunca había sido una joven enamoradiza, al contrario, podía presumir de que las dificultades que había vivido la habían hecho mantener los pies en el suelo. Apenas recordaba ya aquel sentimiento fugaz que la había hecho interesarse por el primer doctor Simmons y eso la llenaba de culpabilidad.

El incidente de la carta seguía inquietándola, y quería pensar que su interés en él se debía solo a eso. Pero Simmons guardaba silencio; su reserva era absoluta, lo cual, paradójicamente, la hacía enfurecer temiendo que él no le diera ninguna importancia a su existencia.

Aquella tarde, al cruzar el paseo cerca del acantilado, Clara divisó a lo lejos la silueta inconfundible del doctor, acompañado de Tom Parker. Ambos hablaban animadamente, y él gesticulaba con el sombrero en la mano. La luz de la tarde teñía de oro su cabello y, por un instante, Clara se sorprendió pensando que aquel hombre era todo lo que cualquier mujer podía desear. Al menos lo que ella deseaba.

Desvió la mirada enseguida, avergonzada de sus pensamientos. Simmons y el señor Parker llegaron hasta ellas, y el médico se inclinó para saludarla con un gesto que en cualquier otro hubiese sido solo cortesía. Su mirada intensa, detenida sobre ella unos segundos más de lo necesario, bastó para despertar en Clara la misma agitación que había intentado sofocar desde su primer encuentro. Parker hablaba a borbotones con entusiasmo sobre las familias que habían confirmado su estancia durante el verano en Sanditon pero Clara y Conrad Simmons no podían prestarle atención, con sus miradas conectadas por un hilo invisible.

—¿Suele pasear por aquí, señorita Brereton? —preguntó él aprovechando que Parker saludaba a unos vecinos, a pesar de conocer la respuesta. Su vista la buscaba cada tarde entre el resto de la gente que paseaba por allí y encontraba una satisfacción inexplicable al reconocer su elegante figura entre las demás.

—Sí. No sé si será beneficioso para el cuerpo, pero puedo asegurar que sí lo es para el ánimo. Me gusta subir al acantilado. Aunque sé que no está bien visto que una joven… —Clara se mordió

el labio, arrepentida de haber hablado demasiado.

—Tomaré en cuenta su recomendación, si me lo permite. Sin duda ese ejercicio será mucho más placentero que beber leche de burra.

Ella soltó una carcajada cantarina y él sintió que su pecho se caldeaba con una emoción desconocida.

—¿Vendrá esta noche a la cena? —le preguntó sin pensar que pudiese sonar demasiado osada.

—Si usted reafirma esa invitación, no me atreveré a rechazarla.

Clara asintió ilusionada justo en el momento en que Parker volvía a unirse a ellos.

Si había algo que según lady Denham demostraba el buen gusto de un anfitrión era la cantidad de candelabros que adornaban la estancia, y tal vez por eso, esa noche, la mansión vista desde lejos parecía una luminosa antorcha.

—Mi querida Clara, esta noche será la ocasión perfecta para que observe a los jóvenes casaderos de las familias influyentes de la zona. Vendrá un futuro conde y un baronet que enviudó el año pasado. Es hora de que empieces a considerar tu futuro, y… —añadió la anciana moviendo la cabeza—, no me gustaría que desaprovecharas las oportunidades que se presentan en Sanditon. Mi sobrino Edward me ha vuelto a confesar el interés que tiene en ti.

—Lady Denham, no quiero ser desagradecida, pero creo que sir Edward y yo… me atrevo a decir que no somos compatibles. Sus intereses…

—Hablemos claro, hija. Edward tiene un gran corazón y un espíritu tendente a la exaltación. No sé si sería adecuado para tu carácter más sereno. O puede que precisamente por eso os acoplaseis bien. En cualquier caso, debo pensar seriamente en esa posibilidad.

Clara asintió con discreción, sintiendo un rubor que subía a sus

mejillas. Ambas sabían que sir Edward gozaba de un sentido del honor demasiado heroico, tanto que rozaba el ridículo y, lo que era aún peor, que el máximo interés que tenía en Clara era el asegurarse acceder a la fortuna de su tía si esta iba a parar a ella.

El corazón le latía con fuerza al recordar los breves encuentros con el doctor Simmons, y la idea de que él también estaría presente en la velada le producía una mezcla de nerviosismo y expectación.

Los invitados, entre los que se encontraban los Parker, la señorita Lambe y el hijo de lord Preston (un conde muy bien posicionado), iban llegando puntuales a la mansión. Sir Edward Denham, mientras tanto, no perdió la oportunidad de situarse cerca de Clara, intentando imponerle su presencia, y dejar claro al resto de comensales, no más de una docena, que su relación con ella era un hecho.

—Ah, señorita Brereton, me alegra poder compartir esta cena, que ojalá sea la primera de muchas esta temporada. Espero que la velada cumpla con sus expectativas. —Su mirada fugaz hacia el doctor Simmons que acababa de llegar y saludaba a la anfitriona, delató que en él veía a un rival—. Aunque me temo que la presencia de algunos advenedizos pueda enturbiar el buen ambiente.

—Debería ser más comedido en su juicio, sir Edward.

—¿Acaso su bondad no le permite verlo, señorita Brereton? Solo hay que observar su apariencia —afirmó señalando al doctor con la cabeza—. Si no fuera por su apellido y el título que lleva colgado de su brazo podría pasar por cualquier jornalero de tres al cuarto.

—No lo veo tan claro como usted, señor. —Clara se volvió para enfrentarle sin poder ocultar su indignación—. Quizá sea porque mis orígenes son humildes. O porque no soy más que otra advenediza que viene a usurpar un lugar que por nacimiento no me corresponde.

—¿Va todo bien? —La voz profunda y decidida tras ellos los sobresaltó, y al girarse, Clara se encontró con la mirada ceñuda de Simmons, que observaba a sir Edward como si estuviese a punto de saltar a su cuello.

—Sí, doctor. Ya sabe cómo son las damiselas. La presión de una cena de gala o cualquier otra circunstancia banal puede alterar sus delicados nervios —opinó sir Edward con falsa camaradería.

Tanto Simmons como Clara lo fulminaron con la mirada y solo la oportuna llamada del mayordomo para trasladarse al comedor los salvó de iniciar una discusión. Sin pedir permiso, el doctor le tendió el brazo a Clara para acompañarla sin importarle que sir Edwards maldijera entre dientes.

Durante la comida, Simmons se mantuvo pendiente de Clara, su presencia serena y amable contrastando con los intentos de sir Edward de monopolizar su atención, así como el protagonismo entre todos los invitados. Cada palabra de Simmons, cada gesto sutil, cada mirada furtiva, parecía destinada a recordarle a Clara que conocía algo que todos los demás ignoraban. Una duda ensombreció el semblante de la joven un instante. Podría ser que el joven doctor hubiese malinterpretado las palabras escritas en aquella carta y la hubiese tomado por una joven sin principios.

Sir Edward, que había permanecido demasiado tiempo en silencio tolerando que la conversación girase en torno al médico, decidió que era momento de intervenir.

—Dígame, doctor. —Edward saboreó el vino de su copa antes de hablar, mirando al joven con condescendencia—. ¿No le resulta extraño que un caballero con su educación elija una profesión tan servil?

—¿Servil? —repitió Simmons, con una afilada sonrisa que no disimulaba que estaba haciendo un esfuerzo por controlar su

indignación.

—Sí, ya sabe —continuó sir Edward—. La medicina es admirable, por supuesto, pero no deja de ser una ocupación poco distinguida a mi parecer. Uno esperaría que el hijo de un caballero dedicara su tiempo a algo más elevado. Quizá la política, el clero… o, en fin, la administración de una finca.

Lady Denham alzó las cejas, disfrutando en silencio de aquella provocación, que si su intuición no fallaba, pronto recibiría su merecido. Clara carraspeó al sentir que se le apretaba un nudo en su garganta, tan ofendida como si el comentario hubiese ido dirigido a ella misma. Simmons, sin embargo, no pareció alterarse.

—Le aseguro, sir Edward —respondió con calma—, que no hay nada más elevado que aliviar el sufrimiento humano. Y, en cuanto a la distinción que cree que me falta, espero que no acuse su ausencia si alguna vez necesita mis servicios.

La mesa quedó en un silencio tan denso que podría haberse cortado con un cuchillo, y que ni siquiera el locuaz señor Parker se atrevió a interrumpir. La señorita Lambe, que no llevaba bien las situaciones tensas, soltó una risita nerviosa tras su servilleta, y la señora Parker cambió de tema de manera apresurada, alabando el punto perfecto del cordero. Sir Edward, sin embargo, no estaba dispuesto a darse por vencido, una vez que mordía una presa le gustaba destrozarla por completo.

—No me malinterprete, doctor —prosiguió—. Admiro su vocación. Pero, dígame, ¿no le resulta difícil moverse en ciertos círculos sociales? Ya sabe, algunas casas valoran más el linaje que el talento.

—En absoluto, sir Edward. Procuro manejarme en lugares en los que se valora más la inteligencia que el brillo de un blasón —replicó Simmons con un tono de voz tan bajo que sonó peligroso. Todos en aquella mesa pensaron en silencio que a sir Edward más le valía

gozar de una salud de hierro mientras Simmons siguiese en Sanditon.

Clara no pudo evitar mirar al doctor con admiración y con un sentimiento que poco a poco se abría paso en su interior sin lógica ni juicio. El resto de la cena transcurrió entre frases corteses y sonrisas tensas, mientras los invitados se esforzaban en simular que aquel tenso intercambio no había tenido lugar. Cuando los criados retiraron el postre, lady Denham levantó su copa.

—Brindemos por el doctor Simmons —anunció con solemnidad—. Que su estancia en Sanditon sea larga y que no necesitemos sus servicios con demasiada frecuencia.

El brindis fue respondido con un murmullo de aprobación y algunas risas. Pero mientras Clara levantaba su copa, sus ojos se posaron en Simmons que desviaba su mirada intensa hacia ella. Fue un gesto breve, que bien podía haber sido casual, y sin embargo bastó para que su pulso se acelerara de nuevo.

Capítulo 6

Tras la cena, el doctor Simmons fue el primero en marcharse. Lo hizo con la misma discreción con la que había llegado, despidiéndose con galantería de lady Denham y de los invitados. En el salón, el bullicio de las conversaciones continuaba; los caballeros hablaban con entusiasmo de las nuevas reformas que acometer en el pueblo y las damas hacían un repaso de los futuros eventos sociales que animarían la temporada de verano próxima a comenzar.

Clara, sin embargo, no les prestaba atención, sumida en el vertiginoso torbellino que crecía en su interior. Sus ojos se habían quedado fijos en la puerta por la que el doctor acababa de desaparecer. No sabría explicar por qué, pero un impulso la empujó a levantarse de su asiento. Aprovechando que nadie reparaba en ella, todos enfrascados en la conversación que tenían entre manos, Clara abandonó el salón y salió en busca del aire fresco de la noche.

El jardín estaba tenuemente iluminado por antorchas que titilaban con la brisa que traía el olor del mar. A lo lejos, distinguió una sombra que se marchaba por el sendero principal. Era él. Clara sintió un nudo en el estómago al entender que no podía soportar que se alejase. No tenía muy claro qué pretendía, solo sabía que debía alcanzarlo.

Sujetándose el ruedo del vestido, echó a correr, con el rumor de

sus faldas y el crujido de la grava bajo sus zapatos anunciando su presencia. Simmons se detuvo y giró la cabeza.

—¿Señorita Brereton? —preguntó sorprendido, y un tanto preocupado—. ¿Ocurre algo? —Yo… Solo quería… —titubeó, mientras recuperaba la respiración. Su cabeza zumbaba y no solo por el esfuerzo, sino por algo mucho más intenso que estaba empezando a nublar su razón. Se sintió ingenua e insegura y su voz pronunció lo único que se le ocurrió—. Gracias.

—¿Gracias? —repitió él, sin comprender, expectante. Alargó la mano para sujetar la suya, pero en el último instante cerró los dedos y dejó que el gesto se desvaneciera.

—Sí. —Clara apretó la tela de su vestido para contener el temblor de sus manos, con la respiración aún desigual—. Por no decir nada sobre la carta, y sobre mi presencia en la consulta.

El semblante del doctor cambió de inmediato. La expresión segura de su rostro fue sustituida por una sombra de incomodidad, casi de enojo.

—Así que se trata de la carta —pronunció al fin, desviando ligeramente la mirada—. Hubiera preferido no recordar el asunto.

Hubo un silencio incómodo que duró más de lo razonable. Clara sintió que debía explicar algo, aunque no sabía qué. Lo vio titubear, y por primera vez desde que había llegado al pueblo, creyó intuir un gesto de inseguridad en él. Entonces, Simmons levantó la mirada que había clavado en el suelo, y la miró con intensidad.

—¿Lo amaba? —preguntó con brusquedad.

—¿Cómo dice? —Clara agitó la cabeza como si a Simmons acabaran de salirle dos cabezas de su cuello ante la inesperada cuestión.

—A Milton. A mi primo —insistió él, dando un paso hacia adelante con los puños apretados por la frustración, como si no poder retener

la pregunta fuese un agravio contra sí mismo—. ¿Lo amaba usted?

Clara se quedó sin palabras, más sorprendida por la revelación del nombre de pila del doctor que por la relevante cuestión que él exigía conocer. El doctor le había parecido un hombre amable, atento, y durante el breve espacio de tiempo que duró esa ilusión, pensar en ese incipiente amor había aliviado una soledad que no se atrevía a confesar. Pero amor… No podía calificarlo de esa manera tan categórica. De todas formas, reconocer eso le parecía una ofensa hacia el difunto.

—Era un buen hombre —admitió por fin, en voz baja—. Lo respetaba.

—Respetar no es amar —replicó Simmons, con un tono que sonó más dolido de lo que él mismo habría querido.

Clara se sintió acorralada, y pensó que definitivamente él había malinterpretado el ardor que ella había mostrado en aquella maldita carta hacia un hombre con el que apenas había cruzado una mirada. Se sintió expuesta y cuestionada, como si tuviese que defenderse de un pecado que no había cometido.

—¿Y a qué viene esa pregunta, doctor? Ya es bastante indigno que haya profanado los secretos guardados en una carta que no iba dirigida a usted para querer ahondar en el asunto.

—Porque quisiera entender qué clase de afecto puede inspirar en usted un hombre. ¿O es que prefiere usted las atenciones de sir Denham? Él parece tener bastante claro que es el dueño de su voluntad.

El rostro de Clara se encendió de indignación y él pudo notarlo a pesar de la oscuridad que lo rodeaba.

—No tiene derecho a juzgarme, ni a escudriñar mis sentimientos. No soy propiedad de nadie.

Simmons le sostuvo la mirada, como si esas palabras lo hubiesen

atravesado. Dio un paso atrás, respirando hondo, consciente de que se había dejado llevar por un sentimiento que no podía controlar.

—Tiene razón, señorita Brereton. —Su voz volvió a sonar serena y controlada, fingiendo que aquel ramalazo apasionado no había existido nunca—. No tengo ningún derecho; como su doctor, solo puedo aspirar a cuidar los males más terrenales, algo que espero que no suceda. Su alma es solo responsabilidad suya.

Se dio media vuelta y avanzó unos pasos por el camino.

—Espere —rogó ella confundida por su propia reacción.

—Es mejor que me marche, y usted debe volver dentro. Por cierto —añadió con un atisbo de sonrisa—, creo que usted tenía razón en algo.

—¿En qué, doctor? —preguntó ella, aún alterada, ansiosa por tener algún hilo que siguiera conectándolos.

—En lo que mencionó el otro día —respondió él, mirándola con una mezcla de ironía y ternura que pretendía ocultar un sentimiento más profundo—. Pasear por los acantilados es, sin duda, un excelente remedio para el ánimo.

Clara lo miró, sin comprender del todo si aquello era una disculpa velada o una invitación.

—Iré cada día —continuó él, mientras reanudaba la marcha—. Hasta que consiga las respuestas que necesito.

Simmons se alejó entre las sombras, dejándola confundida y con el corazón acelerado, incapaz de decidir si aquel encuentro había sido un reproche, una promesa o el comienzo de algo que ninguno de los dos sabía cómo detener.

Capítulo 7

Clara había dado mil vueltas aquella noche a las palabras del doctor Simmons. Sabía que no le costaría demasiado encontrar el momento para poder pasear sin la supervisión de lady Denham, ahora que la mujer se encontraba tan preocupada por organizar la temporada estival que estaba a punto de comenzar, y pasaba la mayor parte del tiempo escribiendo a sus amistades para comentarles las bondades de Sanditon o revisando que las casas que servirían para el hospedaje estuvieran a su gusto. Estaba ansiosa por dar un paseo que le permitiese encontrarse con el doctor de manera casual, si es que eso era lo que él había sugerido. Pero aquella mañana el destino tenía otros planes para ella.

El señor Parker, animado por su inagotable entusiasmo, había convocado a varias personas en la playa. Una nueva máquina de baño, recién reparada según sus propias mejoras, debía ser probada antes de la llegada de los visitantes estivales.

El vehículo era una imponente estructura de madera pintada en color blanco con líneas azules, montada sobre cuatro ruedas que crujían más de lo que cualquiera consideraría conveniente. Una pequeña escalinata lateral permitía acceder al interior, donde dos damas podían cambiarse cómodamente. En el otro extremo, una cortinadescendía hasta el agua, ofreciendo la discreción

indispensable para el baño femenino.

—¿No es espléndida? —proclamó el señor Parker con orgullo, frotándose las manos con energía—. ¡Es mucho más estable que las de cualquier otro balneario!

Miss Lambe, envuelta en un chal, miró a Clara con cierta reserva, ya que ambas estaban destinadas a ser las encargadas de verificar las bondades del invento.

—¿Está seguro de que es estable, señor Parker? Las olas son altas y el viento parece bastante fuerte hoy.

—Oh, nada que deba preocuparnos, mis queridas damas —aseguró él con una sonrisa—. Solo un poco de brisa marina.

Clara, a su lado, observaba cómo dos hombres empujaban el artilugio que habían trasladado con la ayuda de dos mulas, hasta la orilla. El mar, que estaba empezando a encabritarse, lanzaba olas cada vez más furiosas contra las rocas y las crestas se coronaban de espuma azuzadas por el viento.

—Tal vez deberíamos esperar a que el tiempo mejore —murmuró ella, con tono prudente, sin querer desilusionar al caballero.

Pero Parker, deseoso de exhibir su invención ante sir Edward y los curiosos allí congregados, insistió en que todo era perfectamente seguro.

—¡Sanditon no puede darse el lujo de retrasar su progreso! —exclamó, agitando las manos—. Los visitantes vendrán a tomar baños, gracias a que ustedes habrán certificado que todo está perfecto. Si hasta el doctor Simmons ha acudido a presenciar esta prueba definitiva de que todo marcha según lo debido.

Clara dirigió una mirada furtiva al promontorio donde varios hombres contemplaban aquella dichosa máquina y de inmediato la figura de Simmons destacó entre todas las demás. Su porte fuerte no perdía la elegancia ni aunque el viento zarandease los faldones

de su abrigo o despeinase su cabello. Incluso a esa distancia percibió la calidez de sus ojos sobre ella, y tuvo la sensación de que estaban solos en el mundo.

Animadas más por la cortesía que por la convicción, la señorita Lambe y Clara subieron a la máquina, seguidas por la *dipper*, una mujer robusta y sonriente encargada de asistirlas durante el baño. En el interior, el espacio era reducido y puede que por eso resultase más cálido. Había un banco de madera, toallas limpias y un espejo pequeño clavado en la pared, y tuvieron la impresión de estar en una habitación en miniatura que ni de lejos podía ofrecer la comodidad que Parker proclamaba con entusiasmo.

—Es más estrecho de lo que imaginaba —opinó Georgiana, quitándose los zapatos con cierta torpeza—. Solo espero que el agua no esté demasiado fría. Detesto el agua fría.

—Lamento decirte que no estará a tu gusto, amiga —añadió Clara, sintiendo que la estructura se balanceaba con un crujido al ser empujada por los hombres hacia el mar. Miró a los lados con preocupación, pero quiso convencerse de que Parker lo tendría todo controlado. Ambas comenzaron a deshacerse de sus pesados vestidos, aunque ninguna sentía una especial ilusión por sumergirse en el agua helada, por muy reconstituyente que resultase.

Aguantaron la respiración al notar que de nuevo empujaban el vehículo, con más determinación esta vez, hasta que el agua cubrió gran parte de las ruedas y las olas comenzaron a golpear los laterales. El crujir de la madera se mezcló con el rugido del viento e instintivamente se cogieron las manos.

—No pasará nada. —Clara sonrió, aunque por dentro no estaba segura de su afirmación.

Las jóvenes se desvistieron con dificultad, procurando mantener el equilibrio, mientras la máquina se movía cada vez más, como si el

mar se hubiese enfurecido por su intromisión. La *dipper* les tendió las manos, instándolas a acercarse al extremo que daba al agua.

—Vamos, niñas —las animó la mujer, que ya se encontraba sumergida hasta la cintura intentando controlar los tiritones provocados por la temperatura del agua—. Un par de zambullidas y estarán como nuevas.

Pero justo entonces, una ola más alta que las anteriores rompió con fuerza contra el costado de la estructura. La máquina se estremeció, los tablones crujieron y las tres mujeres gritaron al ver que se escoraba irremediablemente hacia el mar.

—¡Dios mío, se va a volcar! —exclamó Clara, agarrándose del banco.

Desde la playa, los caballeros habían notado el peligro aunque ninguno se atrevía a dar el primer paso. El señor Parker, que había palidecido, se quitó el sombrero y corrió hacia el agua. Sir Edward lo siguió, sin perder la ocasión de alzar la voz dramáticamente, viendo su sueño de convertirse en un héroe más cerca que nunca.

—¡A por ellas! ¡Que nadie se atreva a impedirme el rescate! ¡Las salvaré!

El agua les llegaba ya a la cintura cuando ellos alcanzaron el vehículo. La puerta lateral se había abierto de golpe y las olas azotaban el interior sin piedad, y era más que probable que en pocos minutos acabase arrastrando el vehículo. La señorita Lambe, con la ayuda de la *dipper*, logró salir primero de aquel habitáculo que se había convertido en una trampa. Parker la sostuvo por los brazos y con eficacia y delicadeza la llevó tambaleante hasta la orilla.

Clara, en cambio, había quedado atrapada en el interior, sujetándose a la pared mientras la máquina se ladeaba peligrosamente y el agua comenzaba a invadirlo todo. Sir Edward, decidido a convertirse en el héroe de la jornada, llegó hasta ella y no

se le ocurrió nada mejor que sujetarla de los tobillos para arrastrarla hacia el exterior.

—¡La tengo! —clamó, al tiempo que tiraba de ella sin refinamiento —. ¡Está a salvo, señorita Brereton!

Pero su gesto torpe solo consiguió que Clara se soltase de su punto de apoyo y cayera al agua empapándose por completo. Clara temblaba, su pelo y su ropa se adherían a su piel, y la vergüenza la paralizaba casi más que el frío, mientras intentaba deshacerse de los brazos de sir Edward que pretendía alzarla contra su cuerpo.

Fue entonces cuando una voz más firme, más grave, y mucho más autoritaria, se impuso sobre el tumulto, interrumpiendo aquel despropósito.

—¡Apártese, señor Denham!

El doctor Simmons había corrido desde la playa en cuanto vio que el mar estaba empezando a reclamar lo que era suyo y entró al agua sin dudar. Las olas le llegaban a medio cuerpo, pero avanzó con decisión hasta llegar donde estaba Clara. Con un certero empujón apartó a Denham que maldijo por lo bajo, y que a regañadientes se hizo a un lado al ver que no tenía la pericia ni la fuerza necesaria para sacarla de allí.

—Ya basta de exhibiciones heroicas —atajó con tono cortante la tímida queja de sir Edward, que todavía pretendía convencerlo de que lo tenía todo controlado.

Luego se quitó la chaqueta y cubrió a Claracon ella, protegiéndola de las miradas curiosas que se agolpaban en la orilla. Ella, helada y con los dientes castañeteando, apenas podía articular palabra. A pesar de que la tela de la chaqueta estaba húmeda, la proximidad de aquel hombre que, pese al caos, parecía ser el único en conservar la calma, irradiaba un calor reconfortante que la hizo sentirse a salvo.

La condujo hacia tierra firme, sin soltarla, ignorando las excusas de Parker y los murmullos de los vecinos, que se apresuraban a dar su opinión sobre lo que había ocurrido. Sin importarle las miradas ni los comentarios que vendrían después, el doctor la abrazó para cubrirla, aceptando el abrigo que alguno de los presentes le tendió. Ella intentó separarse un instante pero él se lo impidió. Simmons se inclinó para susurrarle al oído, y a pesar de que en su turbación no llegó a entenderlo del todo, sus palabras le resultaron alentadoras y más cálidas que cualquier abrigo.

—Ha sido muy valiente por intentarlo, pero ahora ha llegado el momento de dejarse cuidar.

La fiebre de la víspera había remitido, pero la señorita Georgiana seguía cansada y sin ánimos para levantarse de la cama. Clara había acudido de inmediato a visitarla en cuanto su dama de compañía, la señorita Griffiths, la había avisado de que estaba enferma por culpa del chapuzón del día anterior. Observó a su amiga, y por inercia volvió a posar la mano en su frente para comprobar la temperatura. Suspiró y tomó asiento a su lado.

La escena en la playa se repetía una y otra vez en su mente. Las olas cada vez más furiosas, la torpe intervención de sir Edward y, sobre todo, los ojos del doctor Simmons al cubrirla con su chaqueta. Aquella mirada protectora y cargada de algo que ella no se atrevía a nombrar la había perseguido toda la noche.

Un buen rato después estaba junto a la ventana, abrigada con un chal, cuando unos rápidos golpes en la puerta anunciaron que su amiga tenía visita. Clara sintió un sobresalto cuando el doctor Simmons apareció en el umbral acompañando a la señorita Griffiths.

—Señorita Brereton —saludó con cortesía—, vengo a asegurarme de que la señorita Lambe no haya sufrido consecuencias por el

incidente de ayer. He pasado también por la casa de lady Denham pero me ha comunicado que usted se encontraba perfectamente.

—Es muy amable de su parte, doctor —repuso Clara, sonrojándose bajo su intensa mirada—. Creo que no tiene fiebre, pero ha pasado una mala noche. Está agotada.

—Es cierto —añadió la señorita Griffiths—. Estos sobresaltos dejan a cualquiera sin fuerzas.

Tras examinar a la señorita Lambe, el doctor confirmó que se trataba de un leve enfriamiento y tras sacar de su maletín un par de frasquitos con los medicamentos necesarios por si la paciente empeoraba se dispuso a marcharse.

—Le acompañaré a la salida —se ofreció Clara, con más énfasis del que había pretendido. Él asintió y bajaron las escaleras uno junto al otro, en silencio.

—El señor Parker confía en que, con unas pequeñas reparaciones, el artilugio quedará en perfecto estado —dijo Clara al llegar al recibidor, tratando de llenar el silencio.

—Ojalá así sea —opinó el doctor, inclinando levemente la cabeza —, aunque sugeriría un poco de prudencia en su uso, especialmente en días de mala mar. Y, si me permite el atrevimiento, añadiría que fuese el mismísimo señor Parker quien se ofreciese voluntario para probar sus creaciones.

Clara no pudo evitar soltar una carcajada que se transformó en un suspiro ahogado cuando él sujetó su mano.

—Me asusté cuando vi que aquella cosa estaba a punto de volcar con usted dentro —admitió él con la voz convertida en un susurro ronco.

Aquel contacto tan inocente y a la vez tan íntimo la recorrió de la cabeza a los pies, haciendo que todo su ser se estremeciera.

—Yo, en cambio, sabía que no podía pasarme nada malo si usted

estaba cerca.

Hubo un silencio. Afuera, el viento agitaba las ramas del jardín ajeno a la deliciosa tensión que los unía. Simmons deslizó el pulgar sobre el dorso de la mano de Clara que aún sostenía, y sintió una descarga de emoción.

—No le quepa ninguna duda sobre ello, Clara. Así será. Siempre.

Un denso silencio cayó sobre ellos, envolviéndolos con su magia en un instante que estaba condenado a ser eterno e inolvidable. Pero sabían que no era sensato prolongarlo más, y muy a su pesar, el doctor soltó su mano.

—Doctor. —Clara hizo una breve pausa antes de continuar, con apenas un susurro—. Tengo por costumbre dar un paseo al amanecer por el malecón cuando tengo ocasión. Ya le dije que era bueno para el ánimo. Mañana iré sin falta.

Clara sintió el calor subiendo por las mejillas pero no se permitió arrepentirse por su osadía, especialmente al ver la sonrisa pícara en los ojos de Simmons. La invitación era tan sutil que casi podía fingir no haberla entendido, pero la forma en que él la miraba disipaba cualquier duda. Cuando la puerta se cerró, Clara apoyó una mano en su pecho, justo donde el corazón latía con fuerza, como si ya caminara con largos pasos por aquel malecón, sabiendo que alguien la esperaría al salir el sol.

Capítulo 8

Clara Brereton salió de la casa de lady Denham cuando el amanecer apenas despuntaba en el horizonte. El aire olía a sal y a hierba húmeda, y la brisa fresca agitaba los pliegues de su chal. Caminaba deprisa, conteniendo el temblor de sus manos, fingiendo que el frío del amanecer era el responsable de aquel desasosiego que en realidad nacía de su corazón. Por primera vez desde su llegada a Sanditon, o puede que incluso desde mucho antes, Clara se sentía dueña de sus propios pasos. No era cierto que tuviese por costumbre salir a solas al amanecer, pero era la mejor opción que se le había ocurrido para poder escabullirse de la mansión sin dar demasiadas explicaciones. Puede que aquel esfuerzo no diese sus frutos y que Conrad Simmons no acudiese a su cita junto al mar, pero tenía que intentarlo.

Las calles estaban desiertas, y el rugido del mar cada vez más cercano acompañaba su respiración agitada. A lo lejos, el malecón se recortaba contra un cielo todavía azul oscuro, y más allá, aparecieron los acantilados, envueltos en una bruma plateada que difuminaba sus formas. Era allí donde él le había dicho que encontraría respuestas. Y ella había decidido arriesgarse a dárselas.

Quizá todo había sido un malentendido. Quizá sus miradas no significasen nada más que cortesía, o amabilidad, o una complicidad

que no los llevaría a ninguna parte. Pero algo dentro de ella —algo que ni la prudencia ni el miedo podían silenciar— la empujaba a seguir hacia delante con paso firme.

Cuando llegó al borde del acantilado, el mar seguía golpeando más abajo contra las rocas ajeno a todo lo que le rodeaba como si ella no estuviese allí, como si el mundo no estuviese al otro lado. El viento le azotó el rostro, y ella se arrebujó en su chal, mirando el horizonte. El sol empezaba a romper el velo de la noche, tiñendo el cielo de colores anaranjados.

Entonces vio una figura que avanzaba por el sendero, recortándose contra la claridad del amanecer. Caminaba con paso decidido, aunque al llegar a unos metros de ella pareció dudar, como si temiera alterar la frágil belleza de aquella estampa.

Clara sintió que el corazón le golpeaba el pecho. No supo si por miedo, por alivio o por esa certeza tan irracional que la había traído hasta allí, que la había hecho relegar todas sus dudas a un rincón lejano.

—Está aquí —susurró sin darse cuenta.

Simmons se detuvo ante ella, con el rostro iluminado por la primera luz del día. Durante unos segundos ninguno de los dos habló. Bastaba la mirada que compartían, tan intensa, que era capaz de mostrar sin palabras lo que sentían y pensaban.

Por fin, él se atrevió a romper el silencio.

—Pensé que quizá usted no acudiría a la cita —admitió sin disimular su alivio al ver que no había sido así.

—Y yo pensé que quizá no había sido demasiado contundente a la hora de citarle —respondió ella, intentando sonreír, aunque sus labios no dejaban de temblar.

—Parece que ambos hemos subestimado nuestra determinación.

Clara bajó la vista con timidez, y él dio un paso más, con cautela.

—Señorita Brereton —dijo entonces, sacando algo de su bolsillo—, tengo algo que le pertenece.

Ella reconoció el sobre antes de que él terminara la frase. La carta. Aquella carta que había enviado a Milton Simmons y que nunca debió haber sido leída por nadie. Él la sostuvo entre sus dedos, sin entregársela todavía, como si temiera que ese fuese el único vínculo que los mantenía unidos.

—Podría habérsela devuelto antes, pero… —vaciló, buscando las palabras adecuadas para expresar lo que quería decir. Él era un hombre de ciencia que se perdía en los detalles cuando debía hablar de sentimientos—. No quise hacerlo hasta comprender lo que contenía. No sus palabras, sino lo que esto significaba para usted. Debo reconocer que he estado bastante celoso de este maldito papel que contiene los secretos que yo no me he atrevido a arrebatarle.

Ella levantó la mirada sin comprender, hasta que se fijó en el lacre que permanecía sellado.

—No la ha leído.

—No —respondió él enseguida—. No la he leído, jamás osaría profanar algo tan íntimo. Pero desde que la vi por primera vez en mi consulta, me he odiado por anhelar hacerlo.

Clara respiró con alivio, aunque su rostro seguía encendido. Él era más honesto de lo que ella había aspirado, y había sido su cómplice con su silencio.

—Podría decirle que era una carta sin importancia, pero en el momento en el que la escribí era el reflejo de una esperanza que acababa de iniciarse —confesó, débilmente—. Parece que haya pasado una eternidad desde entonces. Me siento muy distinta. Pero le agradezco que haya sido capaz de anteponer el honor a la curiosidad.

Él sostuvo su mirada.

—No ha sido fácil. Quería saber qué le decía a Milton —confesó—. Quería fingir, aunque fuera por un instante, que esas palabras estaban dirigidas a mí. Que yo era el depositario de sus pensamientos, el confidente de su alma.

Ella lo observó, conmovida y negó con la cabeza, preguntándose si habría sido capaz de sentir por Milton lo que sentía por Conrad. Probablemente no. Como si hubiese leído sus pensamientos él volvió a hacerle la pregunta que le había torturado desde que la vio por primera vez.

—¿Lo amaba? —inquirió, con una mezcla de incertidumbre y resignación. Necesitaba averiguarlo aunque no sabía cómo se sentiría si la respuesta de Clara era un sí.

Clara respiró hondo, mirando hacia el mar que empezaba a encenderse con la luz del sol, reflejando su brillo como si fuese un espejo.

—Amaba la idea de estar enamorada —se atrevió a confesarse a sí misma por fin—. La ilusión de vivir algo intenso, mágico, que me hiciera sentirme viva. Pero apenas lo conocía. No hubo más cartas, ni promesas, ni más sentimientos que un deseo fugaz que se esfumó cuando él dejó este mundo. Me sentí culpable por… por haber permitido que mi corazón siguiese sintiendo.

Simmons guardó silencio unos segundos antes de hablar, batallando consigo mismo. La entendía, y no había sospechado cuánto se asemejaban sus pensamientos. No podía evitar sentirse culpable por el alivio que le producía que Clara no hubiese estado enamorada de su primo.

—He luchado contra mi conciencia, Clara —reconoció, y se atrevió a sujetar su mano mientras hablaba—, contra el deber de honrar la memoria de mi primo y respetar sus sentimientos. Pero no he podido dejar de desear estar con usted.

Clara se quedó inmóvil, hipnotizada por el contacto de su mano tibia sobre la suya y por la manera apasionada en la que hablaba.

—La he buscado en cada paseo. La he vigilado desde la ventana de mi consulta mientras usted caminaba por las calles de Sanditon. He escuchado cada palabra pronunciada sobre su persona con la esperanza de descifrar el enigma que usted supone. Ha sido un sentimiento que ha brotado de mí de manera irracional, algo para lo que no estaba preparado. Jamás creí poder enamorarme de esta manera tan intensa, tan inevitable.

Ella tragó saliva, temblando por dentro, sorprendida de que las palabras de Simmons pudiesen describir con tanta certeza sus propios sentimientos.

—Yo he sentido lo mismo —murmuró acercándose más a él, como si todo el aire que se interponía entre ellos fuese un obstáculo insoportable—. He estado a punto de volverme loca, pensando que lo que sentía no podía ser correspondido. Que no tenía derecho a pensar en usted de esa manera. Pero lo he sentido cerca de mi corazón desde el primer momento. Cuando sir Edward lo cuestionó durante la cena, tuve que hacer acopio de toda la prudencia que pude reunir para no defenderlo con uñas y dientes.

Simmons frunció el ceño, al escuchar ese nombre que tanto le desagradaba, pero al final sonrió con sorna.

—Ese pobre diablo no puede herirme, Clara. Son sus inseguridades las que hablan por él.

Clara le devolvió la sonrisa y se contuvo para no levantar la mano y acariciar su hermoso rostro. No quería parecer demasiado atrevida pero necesitaba sentir su piel en contacto con la suya, descubrir el tacto de su barba en la palma de la mano, aprenderse el olor de su colonia y cada uno de sus gestos.

—Cuando caí al agua —continuó—, entre las olas y el frío, solo

pensé en usted. Confiaba en que sería usted quien me salvara. Tenía la certeza de que lo haría.

Él dio un paso hacia ella, hasta que sus cuerpos se rozaron y se atrevió a abrazarla por la cintura. Nunca había experimentado ese dolor sordo en el pecho, esa sensación de que no cabía más felicidad dentro de él.

—Lo haría mil veces. —Conrad apoyó la frente contra la suya y disfrutó de su cercanía como si no hubiera nada más mágico que permanecer allí, mientras el día se desperezaba lentamente en compañía de la mujer que le había robado el corazón—. Nunca creí en el amor, Clara. Siempre lo consideré una fantasía, un riesgo que no merecía la pena correr. Y sin embargo es real.

Ella lo miró con dulzura al notar que su voz se quebraba de emoción y alzó los dedos para acariciar sus labios.

—Y yo nunca creí en la posibilidad de ser feliz. Pero existe.

—Existe—repitió él, con en un susurro inclinándose hasta casi rozar sus labios.

—Sí. Existe.

Ella soltó una alegre carcajada de la más pura felicidad. El sonido fue como una dulce melodía para Conrad, y, sin pensarlo, la atrajo hacia sí. Ella no opuso resistencia, ansiaba su contacto tanto como él. Se abrazaron con fuerza, como si hubiesen esperado toda una vida para atrapar ese instante. El viento envolvía sus figuras, agitando sus ropas, entrelazando sus siluetas contra la claridad del amanecer, pero ellos no percibían nada que no fuese la cercanía de sus corazones.

Él la miró a los ojos, y con una sonrisa radiante, murmuró:

—Al final tenían razón quienes decían que había algo curativo en Sanditon. Siento que mi alma se ha curado.

Clara sonrió, con los ojos brillantes por las lágrimas de emoción

que se esforzó en contener. No quería llorar, solo quería reír y disfrutar de aquella sensación maravillosa, de aquel cosquilleo que la recorría de la cabeza a los pies.

—Entonces, no hay mejor medicina que el amor.

Él bajó la cabeza, y sus labios se encontraron como si hubieran nacido para compartir aquella dicha. Fue un beso lento, reverente, tan lleno de ternura que el mundo pareció desdibujarse a su alrededor. Cuando se separaron, el sol ascendía ya sobre el horizonte, tiñendo las olas de un resplandor dorado. Clara miró la carta que aún tenía en la mano y la sostuvo ante sus ojos.

—Acompáñeme —le pidió y él no dudó ni por un momento.

Conrad intuyó sus intenciones y la guio hasta el borde del acantilado sin soltarla de la mano. Desde allí, el mar se extendía a sus pies, misterioso y eterno. Como la vida, como el amor. Clara levantó la carta y, con un último suspiro, depositó un beso rápido sobre el papel.

—Que las palabras que un día escribí viajen ahora libres. Que el mar las lleve hasta donde él descansa.

Simmons deslizó la mano por su cintura y la miró con devoción, sintiéndose el hombre más afortunado del mundo por haberla encontrado. Clara dejó que el viento le arrancara el sobre de los dedos y sonrió. La carta se elevó en el aire, girando brevemente antes de caer hacia el mar, donde las olas la recibieron y la arrastraron lejos, hacia la eternidad.

Clara lo miró con emoción, y él la besó de nuevo, compartiendo cada uno de los sentimientos que su rostro reflejaba.

—He caminado sola mucho tiempo, Conrad. ¿Qué cree que nos espera a partir de ahora? —preguntó temerosa de que aquel sueño que empezaba a esbozarse no pudiera hacerse realidad.

—Todo lo que podamos construir juntos, Clara.

Tomados de la mano, descendieron hacia el malecón, donde los habitantes de Sanditon pronto comenzarían a reunirse como cada día. Y así, caminando junto al mar, se dejaron acompañar por las primeras luces de la mañana, atreviéndose a soñar por primera vez con un futuro juntos.

Floreció el jardín tras la tormenta

Evangeline Cruz

Cada vez que releía Orgullo y Prejuicio me conmovía la triste figura de la enfermiza Anne de Bourgh, quien probablemente, si no hubiera sido por la aparición de Elisabeth Bennet, hubiera conseguido casarse, sin demasiado esfuerzo, con el caballero más atractivo e interesante de la comarca, se hubiera marchado a vivir a Pemberley y todo habría concluido con un «y fueron felices y comieron perdices»… o no.

Sin embargo, Anne perdió el premio gordo, y no se le conoció ningún otro de consolación, por lo que debemos suponer que ella seguiría sumida en su rutinaria y aburrida vida, carente de conversaciones audaces, inteligentes, con una madre acaparadora que la amaba, pero que la sobreprotegía debido al carácter absorbente de una y la constitución enfermiza de la otra, incapaz de dejarla sacudir un poco las alas y dar algún lustre a su opaca persona.

Así que, y que me perdone mi admirada Jane Austen, elegí a Anne de Bourgh como protagonista y me arriesgué a liberarla de las tinieblas, el aburrimiento y la indolencia en la que su vida transcurría. ¿Y si la señorita de carácter insípido guardaba una rica vida interior y era capaz de sucumbir a la pasión?

Floreció el jardín tras la tormenta está escrito desde el cariño y el profundo respeto a tan excelente escritora. Espero que te guste.

Evangeline Cruz

Capítulo 1

Los asistentes al sepelio distraían los minutos, mientras el obispo alargaba inmisericorde el sermón bajo la molesta lluvia, dirigiendo miradas al encapotado cielo y a la pequeña figura femenina que presidía tan triste reunión. Vestida por completo de negro, con un discreto sombrero a juego y un velo que ocultaba sus rasgos, la frágil muchacha se llevaba, de vez en cuando, un primoroso pañuelo blanco hasta los ojos y parecía secar las lágrimas, aunque bien pudiera ser que estuviera resfriada teniendo en cuenta su constitución, y que el pañuelo tan solo llegara a su nariz.

Aquella joven de la que solo se entreveía una fina y pálida porción de la muñeca, la que quedaba sin cubrir entre el guante y la manga del vestido, era sustentada por su dama de compañía, la señora Jenkinson, mucho más corpulenta y menos atribulada que su pupila. A pesar de su entereza, Jenkinson de vez en cuando amagaba un suspiro y de su boca salían juiciosas frases del estilo de «No somos nadie» o «¡Qué gran pérdida!», muy bien traídas ante la importancia de la situación.

A decir verdad, todos los asistentes al entierro mantenían digna compostura, nada de alaridos o aspavientos, la finada tenía ya una edad y, aunque de constitución aparentemente fuerte y carácter fiero, es bien sabido que tarde o temprano todo lo que comienza

tiene su fin y todo nacimiento…

Pero no era este el fin de nuestra protagonista, ni mucho menos…, sino el de su madre, lady Catherine de Bourgh, quien sintiéndose algo indispuesta unos días antes, decidió irse a dormir sin consultar a doctor alguno. Aquel dolorcillo en el brazo que se extendía hasta el pecho hubiera debido ser inspeccionado por el más cercano galeno, llegado hacía poco tiempo a Rosings Park. Sin embargo, la dama no estaba dispuesta a ponerse en otras manos que en las de su médico de toda la vida quien se hallaba pasando unos días en Londres.

Decidida a posponer su malestar hasta que su médico de confianza regresara, momento en el que ella aprovecharía para reclamarle lo poco oportuno de su viaje, lady de Bourgh se fue a dormir molesta, pero confiada en que su cuerpo obedecería sus deseos como todo el mundo había hecho desde siempre.

Así pues, se recluyó en su alcoba sin menoscabar en repetidas órdenes e instrucciones, tanto a sus sirvientes como a su única hija Anne y aquella fue la última vez que se la oiría. Sus últimas palabras fueron para ella: «No olvides ajustarte la cofia antes de ir a dormir que mañana lloverá y se te encrespará ese pelo tan rebelde que tienes». ¡Cuánta razón tenía! Llovió y bajo el sombrero Anne ocultaba su alborotado e inusitadamente rebelde cabello.

Varios días antes la doncella personal de lady Catherine la encontró dormida, cosa poco habitual pues era una mujer de poco sueño y ligero. Tras llamarla varias veces y sacudirla con tacto, la encontró tan fría y serena que por poco se muere, a su vez, del susto, cuando se percató de lo mal que pintaba el asunto. Con estas palabras informó a la gobernanta, quien, a su vez, personándose en la alcoba y constatando el hecho, mandó llamar al médico y al rector Collins, su vecino más cercano, que vivía a una milla escasa de la residencia principal.

Una vez fueron enviados los mensajes, tomó aire y se dirigió a la alcoba de la señorita de Bourgh quien ya estaba vistiéndose ayudada por las hábiles manos de su institutriz la señora Jenkinson. Llamó a esta última aparte y le susurró lo ocurrido.

Algo debió imaginarse, la joven Anne porque tras oír exclamar a su dama de compañía «¡Ay, por Dios!», la recibió de vuelta con la tez sumamente pálida, incluso más de lo habitual en ella.

La gobernanta acompañó a la señora Jenkinson en el momento de dar las nuevas, pero se situó discretamente tras ella pensando que hubiera sido mejor esperar a que el médico se personarse para lanzar la noticia, ya que de esta manera podría prestarle su ayuda si la joven se desmayaba o sufría alguna clase de síncope.

Sin embargo, y para sorpresa de ambas, Anne recibió la noticia con la sorpresa pintada en su rostro, pero no aulló, lanzó alaridos, o se mesó el cabello. Se limitó a sufrir un ligero desvanecimiento y, para evitar caer al suelo, se apoyó sobre el tocador, dejando fluir sentidas lágrimas que sonaban como el maullido desolado de un gatito.

Cuando se encontró algo más animada, dentro de lo que tan terrible pérdida representaba, Anne se encaminó hasta la alcoba de su madre y se despidió de esta a solas, mientras la atribulada señora Jenkinson, su dama de compañía desde que era una niña, preveía que tendría que acabar auxiliándola ante un previsible desmayo. No sucedió así, por fortuna, y para cuando llegó el doctor y certificó su fallecimiento, la joven Anne de Bourgh ya se había encerrado en su alcoba dejando que la gobernanta y el señor Collins, que llegó tan deprisa como le permitieron sus piernas y se empeñó en dar su sentido pésame a la joven tras una puerta que ella se negó a abrir, se ocuparan de los trámites pertinentes, entre ellos avisar a los parientes más cercanos.

Anne aludió un gran pesar que le impedía el trato con todos aquellos que se fueron acercando hasta la mansión para acompañarla o comprobar con sus propios ojos que la temida, aunque robusta, lady de Bourgh había pasado, finalmente, a mejor vida.

Los criados se encargaron de preparar el regio salón donde se velaría el cadáver a lo largo de varios días, detuvieron los relojes de la casa y cubrieron todos los espejos, como dictaba la tradición.

Durante aquellos sombríos días, llegaron familiares y amistades que acompañaron la augusta persona de la dama, se condolieron de la soledad en que quedaba su única hija, de la que era bien sabido su constitución frágil y enfermiza por lo que no pusieron mucho empeño en molestarla en su alcoba, donde permanecía encerrada, día tras día, incapaz de asomarse, de soportar una pérdida tan terrible. No faltó uno solo que no se cuestionara qué iba a ser de la pobre Anne de Bourgh ahora que su madre no estaba.

De entre la familia más allegada todos esperaban con impaciencia los sobrinos más queridos de la difunta, el coronel Fitzwilliam y el señor Darcy.

El coronel fue el primero en llegar desde Londres y excusó a su primo Darcy y a su familia, ya que se encontraban de viaje por Europa y probablemente la misiva con las terribles nuevas tardaría en llegar a sus manos. En seguida las dudas y decisiones sobre el entierro y asuntos de gobierno de la casa recayeron sobre él, al ser el pariente más cercano. Nadie quiso molestar a Anne, quien seguía encerrada en su alcoba y que tampoco quiso recibir a su primo.

El vicario Collins, que deseoso por agradar, se había estado tomando más atribuciones de las que le correspondía, eso sí, aderezadas con abundantes lágrimas y suspiros por «tan irreparable pérdida», vio relegado su estatus de momentáneo privilegio en la

casa mientras el coronel no estuvo. Al ser dispensado de sus competencias al frente de la situación, se consoló pensando en el hermoso panegírico que escribiría y leería durante las exequias de la difunta, unas páginas de rendida admiración y profundo y arrebatador sentimiento que serían recordadas por todos los presentes y pasarían a la posteridad como ejemplo de sermón funerario.

Lamentablemente, sus deseos se vieron truncados en favor de los de lady de Bourgh quien había dejado dispuesto en su testamento y últimas voluntades un detallado documento con sus exigencias llegado el día: un carruaje tirado por no menos de cuatro caballos negros, enjaezados con cintas negras, y flores blancas recién cortadas, adornos en plata… y una misa a pie de tumba ofrecida por alguien de rango no inferior a un obispo.

William Collins expresó repetidas veces su malestar en la estricta intimidad de su dormitorio a su esposa, la paciente Charlotte Lucas, por ser excluido de forma tan flagrante y haber perdido la oportunidad de asombrar al mundo con la belleza de su discurso, pero no tardó en confortarse al saber que lady de Bourgh le había nombrado ayudante del obispo en el evento, y que seguiría manteniendo su estatus en Rosings Park en tanto su heredera no dictara lo contrario. No todos los días tenía uno la oportunidad de ser ayudante de un obispo, se dijo, y el tiempo que no dedicaría a la escritura de su sermón lo emplearía en idear originales alabanzas hacia su nueva benefactora la señorita de Bourgh. Con seguridad, un hombre de su imaginación y talento, se dijo, encontraría alguna virtud, alguna belleza en aquella joven de hermosura tan apagada.

La muchacha no salió de su habitación hasta el mismo día del entierro, vestida por completo de negro y con un velo que ocultaba su sufrimiento, y, a pesar de los consejos de los más cercanos, quiso

acompañar el carruaje mortuorio hasta el cementerio familiar, donde su madre reposaría entre los suyos, junto a su fallecido padre, sir Lewis de Bourgh.

El coronel Fitzwilliam se situó a su lado mientras la señora Jenkins lo hacía al otro un paso por detrás en tanto no llegaron al lugar sagrado. La lluvia que había comenzado temprano, no dio tregua y tras casi tres cuartos de hora, el obispo dio por acabado el sermón, el ataúd ocupó su lugar, acompañado de una rosa blanca que Anne dejó caer sobre él con actitud desmayada, y la tierra comenzó a cubrirlo.

Aquel fue el fin de lady Catherine de Bourgh, quien no había conseguido que su malestar se plegase a sus deseos, ni tampoco el clima. Se hubiera llevado un disgusto si hubiera presenciado lo muy deslucido que quedó el cortejo fúnebre bajo la lluvia. O bien pudiera ser que hubiera pensado que era justo que el cielo llorase su irreparable pérdida.

La difunta dejaba una hija, aún menor de edad, un gran patrimonio y una cuantiosa fortuna, además de un abultado documento con sus últimas voluntades que sería leído en presencia de sus más allegados en cuanto su cuerpo descansara bajo tierra tras haber sido larga y profusamente llorado.

Después de regresar del camposanto decidieron posponer la lectura del testamento, en tanto aquellos que debían estar presentes no se hubieran cambiado de ropa y revitalizado los entumecidos y helados huesos con una sopa bien caliente. A nadie se le pasó por alto que aquella demora no hubiera gustado para nada a la aristocrática dama, pero dado que su hija no se opuso y, con voz delicada y rota de dolor tras el velo que la ocultaba, los emplazó hasta la tarde, se sintieron libres de toda culpa y aliviados de que los trámites funerarios hubieran acabado, al fin.

Los asistentes al sepelio se marcharon en cuanto los carruajes estuvieron preparados y solo los convocados a la lectura del testamento, a excepción del ausente señor Darcy, permanecieron en la mansión.

Capítulo 2

El abogado de la familia los reunió antes del té en el despacho de imponentes proporciones de la casa Rosings que había pertenecido al fallecido sir Lewis.

Para sorpresa de los asistentes, disculpó a la principal heredera, la señorita Anne de Bourgh, con quien adujo haber estado hablando minutos antes y que ya era conocedora al dedillo de los entresijos de los documentos, no solo porque él la había informado personalmente, sino porque, además, estuvo presente cuando este fue redactado a petición de su madre, y presenció todas y cada una de las modificaciones que se le hicieron. En concreto en una ocasión, en la que la tutoría de la señorita de Bourgh pasó de manos de su primo el señor Darcy a las de su otro primo el coronel Fitzwilliam.

Esto fue lo primero que expuso el abogado y su ayudante ante los presentes.

Para el coronel el asunto no fue sorprendente. Lady Catherine se había disgustado sobremanera con su sobrino Darcy, de quien siempre pensó que se convertiría en el esposo de su hija. Cuando este prefirió casarse con una joven que ella no aprobó en absoluto, dejó de hablarle durante casi un año, recuperando después, poco a poco, y a costa del interés del propio Darcy y su encantadora esposa

Elisabeth, parte del aprecio de la señora. Y aunque la dama en cuestión había ido a visitarlos a su casa de Pemberley esto no había sido suficiente como para volver a considerarlo de nuevo como tutor de su hija.

Así pues, la responsabilidad había recaído sobre las espaldas del caballeroso coronel Fitzwilliam, de unos treinta años de edad, quien suspiró resignado ante la noticia.

Tras esta aclaración, se procedió a la lectura y reparto de los bienes en los que lady de Bourgh se mostró regularmente generosa con sus sirvientes y empleados, jardineros, cocheros, cocineras, etc. y mantuvo los privilegios de cada uno en tanto su heredera universal, su hija Anne, no decidiera lo contrario. El abogado hizo especial mención a que los bienes de esta última y sus finanzas serían administrados por su asesoría con el visto bueno de ella en cada momento y si, por azares del destino, esta llegaba a casarse, seguiría decidiendo sobre su patrimonio y, en ningún caso, su esposo podría disponer de este a su antojo.

Aquella cláusula causó la sorpresa general entre los presentes porque… ¿cómo se suponía que la muchacha iba a encontrar un esposo si no era en virtud de la magnífica posición que este alcanzaría y la posibilidad de manejar un vasto patrimonio y un imperio económico? En cuanto se supiera que quien casara con Anne de Bourgh debería hacerlo por su persona, ya que los privilegios de su economía solo serían manejados por ella en connivencia con sus asesores, la joven atraería los pocos pretendientes que su belleza y su gracia personal alcanzaran. Es decir, y siendo sinceros, tenía bastante complicado contraer matrimonio.

Su madre la había protegido de buscavidas e interesados, y a la vez la había situado al nivel de la más pobre de las doncellas, sin una dote con la que atraer e interesar a un caballero. A juicio de la

mayoría, Anne de Bourgh solo podría aportar un físico mediocre y un vigor casi inexistente.

El coronel Fitzwilliam caviló que la intención de su tía había sido buena, pero que la había condenado a una existencia vacía de afectos masculinos. Se preguntó que opinaría su silenciosa y reservada prima sobre esto o si tendría alguna opinión propia, ya que a lo largo de toda su vida mientras estuvo de visita en su casa apenas la había escuchado expresarse más que en unas pocas ocasiones y su voz era tan suave y sus opiniones tan irrelevantes que no podía recordar nada en concreto que hubiera dicho.

Una vez hubo acabado la lectura del testamento, los sirvientes volvieron a sus tareas, tristes pero confortados ante la pérdida por una paga extra, la señora Jenkinson subió a ver cómo se encontraba su discípula, el señor Collins se marchó contento de mantener sus privilegios y de haber sido recompensado con una generosa cantidad por sus servicios prestados y el coronel decidió que meditaría sobre el hecho de que era ahora el responsable de su prima.

Como cotutor de su otra prima Georgiana, hermana de Darcy, no había tenido nunca el más mínimo problema, ni sobresalto, su hermano se había ocupado siempre de todo. No era el caso ahora de Anne, ya que el devenir de la joven le correspondía en exclusiva a él.

Caviló, animado, que aquello no le supondría demasiada preocupación, ya que la muchacha era tímida y obediente, se encontraba perfectamente amparada por su dama de compañía y, ante los términos del testamento, no cabía la pena esperar que una turba de pretendientes acudiera hasta su puerta. ¿Querría la joven, pasado el correspondiente luto, ser presentada en sociedad? Su madre, recordaba, no lo había hecho aludiendo al clima infecto de Londres que empeoraría el estado de salud de su hija y a su poca vitalidad para soportar aquel ajetreo. Quizás Anne ni siquiera

pensara en ello, en cualquier caso, no era el momento de plantearlo.

Imbuido en sus pensamientos se encontraba en el imponente salón de diario del palacio cuando oyó el llanto y los lamentos de la señora Jenkinson. El susto lo dejó petrificado y tan pronto pudo reaccionar, ordenó a sus piernas que acudieran de inmediato al encuentro de la mujer. En su cabeza una idea terrible se abría paso.

—¿Qué ha ocurrido? —le espetó a la señora Jenkinson tan pronto se topó con ella en el pasillo. La mujer no acertaba a expresarse —¡Hable, por Dios!

—Es la señorita Anne… —acertó a decir, sofocada. El coronel Fitzwilliam comenzó a correr en dirección a las escaleras, tanto como le permitían sus largas piernas—. ¡Me ha despedido! —añadió.

Se detuvo en seco y contempló asombrado a la mujer, con una expresión en su rostro que exigía una explicación. La compungida señora Jenkinson, se enjugó las lágrimas.

—Apenas puedo creerlo… —explico entre sollozos entrecortados—. ¡Me ha dicho que me tome unas vacaciones, que vaya a visitar a mi hermana que vive en Escocia y que ya me llamará cuando me necesite!

—¿Eso le ha dicho la señorita de Bourgh? —le preguntó incrédulo.

—Después de tantos años a su lado… Es obvio que me dispensa de mis servicios…

—Quizás comprenda que esos años merecen la recompensa de un tiempo libre junto a los suyos —la consoló, firmemente convencido de que su prima no sería capaz de sobrevivir sin las directrices de aquella mujer que había estado junto a ella desde que él recordaba.

—Oh, pero al preguntarle cuando debería estar de vuelta, ella me ha asegurado que serán unas largas vacaciones y que, si me surge un trabajo en otra casa, no dude en tomarlo, pues dice que es hora de que ambas tomemos caminos diferentes.

—¡Caramba! Eso no parecen vacaciones, desde luego.

—He intentado sacarla de su error, aduciendo los deseos de su madre y su incapacidad para gestionarse diariamente. Sin embargo, creo que eso la ha molestado. Se ha mostrado furiosa… ¿Cómo es posible? Una muchacha que ha sido siempre tan dócil…

Fitzwilliam sopesó sus palabras un momento.

—Hablaré con ella y veré cuáles son sus argumentos. Una joven de su edad no puede estar sin una dama de compañía.

—Por favor, coronel, hágala entrar en razón…

Fitzwilliam pensó que aquel arrebato de independencia de su prima debía tener una explicación y que había elegido un momento delicado para hacerlo; estaba decidido a marcharse tan pronto como dejara algunos asuntos arreglados y dispusiera los próximos meses de la vida de Anne. Ahora que no contaba, al parecer, con la presencia de la señora Jenkinson se complicaba todo. ¿Se trataría de un arrebato caprichoso de Anne al verse dueña de sus decisiones o tal vez la muchacha se había trastornado de alguna manera ante la muerte de su madre? Subió las escaleras dejando atrás a la sollozante señora Jenkinson.

No llegó a hablar con Anne, ya que se encontró en el pasillo que conducía a su alcoba con la gobernanta.

—La señorita de Bourgh me ha pedido que le diga que lo acompañará durante la cena —le informó esta.

El coronel entendió entonces que la joven se animaba, al fin, a dar la cara tras días de encierro y que durante esa comida tendrían ocasión de hablar sobre lo ocurrido y sobre su futuro, que a su pesar y en tanto no encontrara un esposo, hasta que cumpliera la mayoría de edad lo ataba irremisiblemente a él.

Capítulo 3

Los criados prepararon una mesa exquisita como tenían por costumbre y el coronel esperó a su joven tutelada admirando el encantador paisaje que desde las ventanas del comedor ofrecía la hacienda de Rosings.

No la oyó llegar y una tos tímida lo sacó de sus pensamientos. Acudió rápido a disponer de su silla y la ayudó, caballeroso, a sentarse.

Tomó asiento frente a ella y aprovechó que la joven parecía interesada en contemplar el plato de sopa que le estaban sirviendo para fijarse con detalle en su rostro, que no veía desde hacía mucho.

No le pareció que su fisonomía hubiera cambiado significativamente en vista de los últimos acontecimientos. Su cara seguía teniendo la palidez mortecina de aquellos que no gustan del sol, lucía ojeras, quizás más pronunciadas de lo normal y su cabello de un color rubio desvaído estaba peinado de forma desordenada en un moño que no la favorecía en absoluto y que dejaba escapar algunos mechones descuidados que le daban cierto aspecto ridículo y desastrado.

Cuando la joven levantó la cabeza, le llamó poderosamente la atención sus ojos azules, lo más destacable y hermoso de su persona, quizá, que brillaban con determinación, pensó en un primer

momento, aunque después consideró que quizás se tratara de algún malestar, alguna fiebre que hacían que resplandecieran, dejando en segundo término unos labios finos y rosados, un cuello esbelto y grácil en un cuerpo delgado, pequeño, casi adolescente.

Inconscientemente, Anne se apartó un mechón de cabello y algo parecido a un amago de sonrisa flotó sobre su rostro.

—Me he peinado yo sola… —Se justificó la joven susurrando al encontrar la reprobación en la mirada del caballero. El coronel fue a hablar, pero ella concluyó rápida—. Ya le he pedido a la gobernanta que me busque una doncella.

Fitzwilliam se congratuló de que la propia joven hubiera sacado a colación el despido de la institutriz. Aprovechó para hablar sobre el asunto.

—Entonces, ¿es cierto lo de las vacaciones indefinidas que le has otorgado a la señora Jenkinson?

Anne asintió sin mirarlo a los ojos.

—¿Y crees que es una buena idea haberte desprendido de ella que conoce a la perfección tus gustos y hábitos?

Anne tragó saliva. Mantuvo su silencio durante unos segundos y después contestó enfrentando su mirada con la del caballero.

—No eran mis gustos ni mis hábitos, eran los de mi madre —continuó con voz temblorosa—, y ante un cambio sin demasiadas consecuencias que le he propuesto, pero que es de vital importancia para mí, se ha negado en redondo a obedecerme.

El coronel abrió la boca, asombrado de la explicación y de la resuelta determinación de la muchacha.

—Anne, ¿podría saber de qué cambio se trata?

—Quiero dormir sola —dijo firme y sin titubeos.

—¿Compartías habitación con la señora Jenkinson… aún?

—Mi madre así lo había dispuesto. Desde que tengo uso de razón

no he dormido nunca sola. Recuerdo a la señora Jenkinson como mi compañera durante más tiempo, pero antes tuve otras institutrices que no fueron del agrado de mi madre. Despedí a algunas con lágrimas en los ojos, puesto que me trataron con ternura, comprensión y cariño. No es el caso de la señora Jenkinson, pero esta agradaba a mi madre con su devoción y pleitesía y no mostrando hacia mi persona afecto alguno que hiciera pensar a mi madre que pudiera desplazar su lugar en mi corazón. Efectivamente, así ha sido, tengo que decir, aunque esto también rebaje mi persona. Después de muchos años el apego que siento por la señora Jenkinson es de una naturaleza que no me impide despedirla.

El caballero parpadeó tras haber escuchado la explicación de la joven con una atención que jamás le hubo prestado en sus pocos años de vida. La muchacha se había expresado con voz dulce y algo apocada, pero con una claridad fuera de toda duda.

—Tal vez te asuste dormir sola por primera vez.

—No, no lo creo. Más bien lo celebraré.

Las palabras de la muchacha lo asombraban de continuo. Sin saber muy bien qué decir ante las últimas, fijó la vista en el plato de sopa que ya se enfriaba y la animó a comenzar con la cena.

A lo largo de la comida intercambiaron algún comentario sobre el menú y sus respectivas preferencias. Fitzwilliam encontró en la joven Anne una tímida conversadora, pero a la vez, una muchacha cuyas opiniones le interesaban, no solo porque siempre había pensado que no las tenía, sino porque era capaz de expresarse con una soltura nunca antes mostrada.

Después del postre la muchacha reprimió un bostezo y él, aunque interesado por seguir conversando con ella sobre otros temas para comprobar hasta donde llegaba el alcance de su razonamiento, tuvo que permitirle marcharse.

—Entiendo que estés cansada. Ha sido un día lleno de acontecimientos. —Ella asintió, taciturna. Él prosiguió—. ¿Es definitivo entonces tu deseo de sustituir a la señora Jenkinson por una doncella?

—Así es, solo para mi arreglo personal. Tendrá un horario a tal efecto y yo no compartiré mi alcoba nunca más.

Una leve sonrisa asomó a los labios del coronel cuando pensó en la posibilidad de que la pequeña Anne encontrara a alguien de su gusto que le hiciera cambiar de opinión sobre el tema, pero la expresión inocente de la muchacha le hizo recriminarse sus sórdidos pensamientos.

—Comparto entonces tu decisión y si ya lo has hablado con la gobernanta y ambas os encargáis de su elección, no tengo nada más que decir.

—¿Por qué debería hacerlo?

—¿Qué?

—¿Por qué debería intervenir en el asunto?

El coronel se quedó estupefacto ante lo que consideró una pregunta descarada y, por fin, al cabo de unos segundos, consiguió recobrar el habla.

—Soy tu tutor, sé que eres consciente de ello.

—Pero no soy una niña pequeña, soy muy capaz de desenvolverme. Cuento con una situación privilegiada, tengo a un ejército de sirvientes a mi disposición, coronel Fitzwilliam. Quiero que sepa que no tiene que preocuparse por mi persona, en absoluto. En poco más de un año alcanzaré la mayoría de edad y se verá liberado de mi tutela —le dijo levantándose de la mesa para marcharse a su alcoba.

—No me siento sometido a causa de mi nueva responsabilidad, no es algo que me asuste —añadió en su defensa el caballero.

Anne sonrió de forma enigmática y haciendo una ligera reverencia musitó: «Buenas noches», dejándolo perplejo y pensativo.

«¿Quién era esta Anne que se escondía tras la apariencia de una muchacha sosa e incapaz, y que acababa de descubrirse como alguien de lo más interesante?».

Capítulo 4

A pesar de las noches anteriores en las que había dormido poco a causa del velatorio de su fallecida tía, el coronel Fitzwilliam no conseguía dormir y se revolvía entre las sábanas incapaz de encontrar una postura que lo favoreciera a tal efecto.

Incómodo, se levantó, deambuló por la alcoba durante unos minutos y decidió bajar por si un paseo por la enorme mansión acompañado de alguna clase de licor surtía efecto relajante.

Caminaba en dirección al salón principal cuando vio una luz que salía de la biblioteca. Pensó que algún sirviente habría olvidado apagarla y entró para comprobar, con sorpresa, que era la propia Anne de Bourgh quien se servía de aquella lamparita para leer, completamente absorta, un libro que acogía entre sus manos.

—¡Anne! —la llamó sin miramientos, sin caer en la cuenta de que su inesperada aparición podría haberle causado un gran susto y la correspondiente pérdida de sus sentidos.

La muchacha dio un respingo sobre el diván y el libro cayó al suelo.

El coronel lo recogió y leyó el dramático título que en letras doradas destacaba en la portada: *La tempestad*.

—Shakespeare… —exclamó en voz alta, sin reponerse de su sorpresa aún.

La muchacha se incorporó de su asiento donde había disfrutado de una tranquila lectura hasta el momento y tomó el volumen de sus manos.

—¿Lees a Shakespeare? —Anne asintió—. ¿Y lo entiendes?

Las cejas se alzaron en el rostro macilento de la muchacha.

—Es un escritor que ahonda en temas muy complejos, aunque universales. Yo desconozco la mayoría de ellos por mi propia experiencia, el amor, la ambición, la traición…, pero soy perfectamente capaz de entenderlos e imaginarlos.

El caballero comprendió por el tono de su respuesta que la joven se había molestado ante su extrañeza. Sin embargo, era comprensible, se dijo. Nunca hubiera imaginado que Anne tuviera preferencia por ese tipo de lecturas y que pudiera llegar a comprenderlas cuando a la vista de todos se mostraba tan callada, tan sumisa y tan… ignorante, hecho que su madre ayudaba a reforzar cuando se condolía de que su hija, a causa de su mala salud, no avanzaba académicamente al ritmo que a ella le hubiera gustado.

—Creí que no leías…

—Mi madre no me permitía… ciertos libros. En cuanto mi padre murió, restringió mis visitas a la biblioteca si no era bajo supervisión y para leer volúmenes cuidadosamente escogidos por ella. Pensaba que mi delicada constitución y mis nervios se resentirían ante estas lecturas, por lo que tuve que adoptar el hábito de leer de noche, cuando nadie me vigilaba, una vez la señora Jenkinson comenzaba a roncar y yo tenía la seguridad de que tal situación se prolongaría a lo largo de varias horas.

—¿Y… solías leer de noche con asiduidad? —quiso saber Fitzwilliam quien no salía de su asombro.

—Tanto como podía, a veces hasta el amanecer. Era la única forma

de poder continuar con la placentera afición que heredé de mi padre y elegir libros de mi agrado.

—Pero… te costaría mucho levantarte por las mañanas…

—Muchísimo, no lo niego, aunque teniendo en cuenta de que a lo largo del día me dedicaba a dormitar y reflexionar sobre lo leído, mientras mi madre disponía a su antojo, y por tanto ninguna obligación me exigía, y tenía, además, la oportunidad de una reparadora siesta después de comer… no podía quejarme.

—¿Y no caíste en la cuenta de que tu falta de sueño te convertiría, a ojos de tu madre, en una persona enfermiza, perezosa y torpe?

—¡Ah! Pero mi madre anhelaba una hija que la necesitara por completo, que no pudiera disputar su sabiduría, su salud y, mucho menos, sus decisiones. Enfrentarse a ella era una batalla perdida de antemano, por lo que me dejé llevar y la hice feliz convirtiéndome en alguien inútil e ignorante ante sus ojos.

—Anne…, ese eterno cansancio que todos veíamos en tu persona era, en realidad, los hábitos de una vida nocturna. Vivías de noche y dormitabas de día…

—Soy un ave nocturna cual Nictímene. La luz del día hiere mis ojos, azuza mi timidez y mi poca importancia. Por eso prefiero la noche.

—Una historia trágica la de esa joven lesbia, convertida en lechuza, el símbolo de la sabiduría.

Una sonrisa deliciosa alumbró el rostro de la joven de Bourgh.

—Oh, pero yo no presumiría en modo alguno de atesorar cierta sabiduría… Es tanto lo que me queda por aprender que probablemente nunca alcance a ser experta en materia alguna.

—Eso es algo inherente al ser humano. Yo mismo, sin ir más lejos, no dejo de asombrarme ante los descubrimientos que he hecho a lo largo del día sobre tu persona…

Anne bajó la cabeza azorada, al detectar un rastro de admiración en la voz de su primo. Este permaneció en silencio durante unos instantes hasta que reconoció lo impropio de la situación, ambos en camisón y bata, charlando en una estancia en penumbra.

—Será mejor que te vayas a dormir —le propuso —. A partir de ahora no tendrás que leer a escondidas, descansarás por las noches y durante el día podrás leer tanto como quieras.

—Gracias, coronel —contestó ella con voz entrecortada, que sonó como un sollozo apagado—. ¿Le dirá a la señora Jenkinson que se marche, entonces?

—No te quepa la menor duda, aunque solo si me prometes que se acabaron estos hábitos nocturnos y que por la mañana saldremos a dar un paseo por el jardín.

La joven asintió y él la vio marcharse en dirección a la puerta, con el cabello despeinado, largo hasta la cintura, la figura delgada, los delicados y pequeños pies desnudos.

—Anne, ¿por qué estás descalza?

—Supongo que es una manera de sentirme libre de ataduras…

—Ya eres libre… No pongas en peligro tu salud.

La muchacha frunció el ceño, pensativa un momento, después sonrió.

—Libre… eso ha sonado como música en mis oídos.

El caballero correspondió a su sonrisa y sintió un pellizco de compasión por aquella joven en lo más hondo de su corazón.

Capítulo 5

Tan pronto amaneció el coronel Fitzwilliam se levantó de la cama e hizo tiempo hasta el desayuno visitando los establos y dando un paseo por el bosque cercano a la mansión. Reflexionaba sobre todo lo acontecido durante el día anterior y se preguntaba si no lo habría soñado. Aún era incapaz de creer que la apocada, tímida e insulsa Anne de Bourgh escondiera en su interior a una muchacha curiosa, inteligente, que, sin embargo, se había resignado al destino que su madre le había impuesto desde pequeña.

Regresaba a la mansión cuando fue recibido en la puerta por la señora Jenkinson.

—Coronel Fitzwilliam —reclamó—, ¿consiguió hablar con la señorita de Bourgh y la hizo entrar en razón?

El caballero carraspeó levemente antes de responder.

—Señora Jenkinson, ¿querría decirme cuál fue la petición que le hizo la señorita y a la cual usted se negó?

El rostro de la mujer empalideció de súbito. Masculló algunas palabras sin sentido antes de responder.

—Coronel, permítame decirle que lady de Bourgh siempre fue extremadamente cuidadosa con su hija y que sus hábitos y horarios fueron pensados para el absoluto bienestar de su persona.

—No lo dudo en modo alguno, pero no responde usted a mi

pregunta…

—Yo…, eh, la señorita de Bourgh insistió en dormir sola, algo a lo que su madre se oponía por completo. Temía que sufriera de pesadillas e incluso alguna vez la habíamos encontrado vagando sonámbula por los pasillos de la mansión.

La expresión en el rostro del coronel llamó la atención de la sirvienta. Hubiera esperado cierta sorpresa, incomodidad, incluso susto o aprensión ante sus palabras, pero lo que encontró fue una sonrisa socarrona asomando a sus labios.

—He sido informado por la propia señorita de Bourgh de sus hábitos nocturnos y sepa que respeto su decisión.

—Pero, pero… —la atribulada señora Jenkinson no acertaba a creer que el tutor de la joven respaldara tan equivocada decisión—. Creo que usted no comprende…

—Lo comprendo a la perfección, señora Jenkinson. Le agradezco en nombre de mi prima y de mi difunta tía los servicios prestados con tan extraordinario celo a lo largo de los años y sepa que le pagaremos el mes en curso y los dos siguientes para que tenga tiempo de buscar otra mansión y otra discípula acorde a su talento, aunque, tal vez quiera retirarse una vez se haga efectivo el generoso beneficio testamentario de lady de Bourgh.

La indignación que la mujer mostraba ante la decisión del coronel se apaciguó un tanto ante la mención de las asignaciones económicas que recibiría. Caviló que no sería mala idea marcharse recibiendo una paga adelantada de dos meses en los que no tendría que aguantar a la impertinente señorita de Bourgh, pues preveía que aquella rebeldía que había mostrado tras la muerte de su madre acabaría pasándole factura. Se iría con la cabeza muy alta, por tanto, y esperaría a que fuera a buscarla cuando los caprichos y antojos de la joven se tornasen aún más disparatados. Entonces,

decidiría si volver o abandonarla a su suerte.

—Está bien, como desee. Pasaré algunas semanas con mi hermana en Escocia y les dejaré mi dirección por si me necesitaran, aunque le aviso, coronel, que una vez comience a prestar mis servicios a otra familia, mi lealtad será para con ella.

—Es muy comprensible, señora Jenkinson. Le deseo buen viaje, entonces.

La mujer irguió la cabeza ante lo que consideró una falta de tacto y empatía por parte del caballero y, muy digna, se dio la vuelta para marcharse a la alcoba donde había dormido aquella noche, situada en las dependencias de los criados, y disponerse a preparar sus maletas que habían permanecido vacías creyendo que la sensatez y madurez del coronel lo harían ponerse de su parte.

Fitzwilliam entró en la mansión y se encaminó a la sala del desayuno. Al entrar comprobó que la joven Anne ya se encontraba allí, sirviéndose ella misma el té.

Llevaba el pelo suelto, aunque perfectamente peinado, solo sujeto por unas horquillas a ambos lados de la cabeza que le daban un toque juvenil y encantador. El color oscuro de su ropa de luto contrastaba con el dorado de su pelo.

—Buenos días —la saludó. Ella volvió su mirada hacia él, no lo había oído entrar. Bajo sus ojos se marcaba una ligera sombra oscura—. ¿Has dormido bien, Anne? —quiso saber, sentándose frente a ella.

—He dormido mucho mejor que estos últimos días, ¿y usted?

—No suelo dormir mucho, pero he descansado, sí.

—¿Le apetece un té?

El caballero asintió asombrado de que la muchacha se manejara sin necesidad de que nadie le sostuviera la taza o la empujara a comer. En aquel momento, la cocinera se acercó trayendo una

bandeja con bollos de mermelada y miel. Le ofreció a la señorita.

—Están recién hechos, señorita de Bourgh. Sé que son sus favoritos, por favor, pruébelos.

—Gracias, Missy —Anne eligió con delicadeza uno y se lo llevó a los labios. Probó un bocado del pastelillo y de su garganta salió algo parecido a un gemido de placer—. Siempre te salen deliciosos.

—Me alegro de que le guste, señorita.

La cocinera se dirigió entonces al coronel quien tomó uno al azar y le dio las gracias, sin dejar de contemplar a su pupila que saboreaba el pastelillo mientras sus labios se teñían del atractivo color rojo de la mermelada de fresas. Si algún un espectador lo hubiera observado en aquel momento, hubiera captado una expresión de lo más curiosa en el rostro masculino, un brillo extraño en sus ojos, los labios entreabiertos por donde la punta de la lengua asomaba para humedecerlos… una expresión que, en suma, mostraba, sin querer, algún tipo de anhelo.

No apartó la mirada un solo momento, absorto en el fascinante espectáculo de ver comer a la muchacha. Lo hacía con placer y delectación y acabado el dulce incluso se permitió lamer los restos invisibles de este que habían quedado sobre sus dedos.

En aquel momento se dio cuenta de que estaba siendo observada por el coronel y, avergonzada, bajó la cabeza.

—Lo siento —murmuró—. Va a pensar que soy una salvaje y que soy incapaz de comportarme en la mesa.

Por toda respuesta, el coronel se metió su bizcocho en la boca y procedió a relamerse unos cuantos dedos para sorpresa de Anne, quien no pudo reprimir una carcajada ante el arrebato del serio coronel.

—¿Me acompañará a dar un paseo tan pronto hayamos terminado el desayuno? —le preguntó el caballero con la boca llena.

Anne asintió, alegre, mientras mordía a su vez con fruición otro de aquellos bollos, sin perder de vista al caballero quien le sonreía encantado con los dientes manchados de mermelada.

Capítulo 6

Después de desayunar se encaminaron hacia los jardines traseros de la mansión que comenzaban a estallar en una sinfonía de alegres flores tras el letargo triste del invierno. Aunque cualquier entorno hubiera invitado a un paseo delicioso, los verdes prados, los bosques de robles y arces… Fitzwilliam decidió que no agotaría a una muchacha poco acostumbrada a la luz del sol y a caminar en su primer paseo.

Pretendía inculcarle un gusto por aquellas caminatas que a su entender ayudaban a fortalecer no solo el cuerpo, sino además la mente y el espíritu. Tan pronto como la joven encontrara una doncella y se habituara a pasear en su compañía, él pensaba retirarse a sus ocupaciones habituales en Londres y se mantendría al tanto a través de cartas o esporádicas visitas. Ahora que Anne había decidido tener opiniones propias y dirigir su vida, no pensaba impedirle que lo hiciera si demostraba tan buen juicio como hasta el momento.

Tras caminar un rato en silencio, el caballero inició la conversación:

—No tienes que preocuparte por la señora Jenkinson. Le he agradecido sus servicios de tu parte y le he prometido una paga de dos meses. Está recogiendo sus pertenencias para marcharse a

Escocia.

—Sea en buena hora —respondió cavilosa Anne.

—Me advirtió de que eres sonámbula.

—¿La creyó?

—Supuse que sería algún tipo de treta que inventaste.

—Tuve que hacerlo. Me pillaron en un par de ocasiones y fingí deambular dormida. Es por ello que me habitué a caminar descalza, para hacerlo más creíble.

—Y entonces tu madre ordenó a la señora Jenkinson que durmiera en tu habitación…

—Oh, no. Ya lo hacía antes. Fue entonces cuando esta comenzó a cerrar con llave por dentro. Pero yo sabía dónde la guardaba y en cuanto se quedaba dormida se la quitaba.

—Siento mucho que tuvieras que pasar por todo eso —le dijo de corazón, apenado por sus circunstancias, que la asemejaban a un delicado pájaro enjaulado.

—La lectura fue mi salvación frente al mundo tan limitado que mi madre quiso para mí. No la critico, sé que lo hizo para protegerme, impelida por su amor maternal. Mis destemplanzas y fiebres de niña la asustaron sobremanera y eso unido a mi timidez dieron una impresión de mí que, quizá, no me favoreció.

—Eres muy generosa, Anne. Siento mucho que tu madre no te comprendiera, no llegara a vislumbrar como eras en realidad.

—Oh, pero, coronel, eso tuvo sus ventajas. Nunca tuve que tomar una sola decisión de importancia y aunque pueda parecer triste, era práctico saber que todo había sido dispuesto de antemano. En realidad, el hecho de no asistir a un baile de presentación o acudir a la temporada de Londres me satisfacía muchísimo. Si hubo algo que me contrarió fue la decisión pactada entre mi madre y mi pobre tía Anne Darcy, por la que llevo el nombre, de casarme con mi primo.

El coronel recordó cómo se daba por sentado en la familia que Anne y su primo Fitzwilliam Darcy acabarían unidos en matrimonio algún día. Fue toda una sorpresa el hecho de que el serio y orgulloso Darcy desdeñara a su prima por la encantadora, aunque exenta de fortuna, Elisabeth Bennet. Aquello supuso la ruptura durante un año de todo trato entre lady de Bourgh y su sobrino favorito. El coronel cayó en la cuenta de inmediato que nunca había pensado en cómo le había sentado a la joven Anne que su eterno prometido la dejara plantada.

—¿Te apenó que él finalmente no…?

—No me apenó el hecho de que buscara su felicidad y esta se encontrara en brazos de una desconocida. Por lo poco que he podido tratarlos sé que son muy felices y me alegro de veras por el señor Darcy. Lo cierto es que mi primo me daba cierto respeto e incluso… temor, aunque quizás esta no sea la palabra correcta para expresarlo. Me parecía tan decidido, tan severo, tan categórico en sus afirmaciones que temía alejarme de Rosings para volver a ser una sumisa en otras tierras. Si le encontraba alguna ventaja al casamiento era la de dejar de vivir bajo la influencia de mi madre y comenzar a disponer de mi vida, pero no sabía si el señor Darcy me lo permitiría o acabaría ocupando su lugar.

—Entonces... ¿no te lastimó que Darcy se casara con otra joven?

—No más que darme cuenta de que tal vez perdía una oportunidad de ser independiente… En realidad, no había atracción alguna entre mi primo y yo.

Caminaron un poco más en silencio, cada uno sumido en sus propias cavilaciones. El caballero comenzó a hablar de nuevo.

—Era obvio que tu madre se encontraba ajena a tus pensamientos…

—Intenté hacerle ver que no me importaba demasiado para tratar

de apaciguar su aflicción, pero me miraba con reproche, como si no supiera lo que estaba diciendo. Para ella la decisión de su querido Darcy era un desprecio hacia la casa de Bourgh y en concreto hacia su persona. No le preocupaba que yo pudiera sentirme lastimada por sentimientos de carácter amoroso, en absoluto. Lo que debía preocuparme era que sus deseos no se habían visto cumplidos y las dos familias y legados no llegarían a unirse.

—Esa fue una decisión que tomó sin consultarte.

—Era una mujer tremendamente práctica. En cuanto mi primo nació, ella y su hermana decidieron que el primer vástago femenino que la casa de Bourgh alumbrara, se casaría con el heredero de Pemberley. Ya ve, nos comprometieron desde la cuna. Sé que mi madre hubiera preferido a un heredero varón, pero al tenerme, años después, se consoló pensando que Pemberley y Rosings acabarían unidas. Imagínese que catástrofe fue el hecho de que mi primo no le hiciera caso…

—Pude comprobarlo… ¿Y ahora, Anne? ¿Crees que podrás encontrar a alguien que te haga compañía, un esposo…?

La joven sonrió y se iluminaron sus ojos azules destacando sobre un rostro que había cambiado su color, habitualmente macilento, por un ligero y saludable sonrosado a causa del paseo.

—La única compañía que ahora necesito es la de una doncella que sepa arreglarme el cabello, un gestor que lleve mis finanzas convenientemente y a mi cocinera Missy.

—Ni siquiera has nombrado a tu tutor aquí presente… —añadió el coronel sonriendo, aunque con cierto resquemor en el fondo.

—Su compañía me es muy grata, coronel. Además, es el único que me conoce de verdad, no lo olvide. Pero sé que no soy más que una molestia para un soltero acostumbrado a vivir a su aire. Si lo convierto en algo imprescindible para mí, ambos nos sentiremos

atados, yo no podré ser independiente y usted lamentará su obligación para conmigo.

—Anne…

—Siéntase tranquilo con respecto a mi persona. Intentaré no molestarle demasiado, en poco tiempo será usted libre. Y yo le agradeceré infinitamente su compañía y el tiempo que me dedicó mientras me acostumbraba a una vida en la que debo ser capaz de actuar, pensar y valerme por mí misma.

—No me molestas, en absoluto, y me sentiré dichoso si te ayudo, de alguna forma, a sentirte independiente, aunque, en realidad, creo que lo estás haciendo realmente bien y que mi presencia no es más que un adorno innecesario.

—Oh, no… claro que no lo es. Yo… adoro su compañía. Lo único que me apena es ser una carga para usted.

—Tengo que confesarte que, al principio, pensé que lo serías a causa de tu dependencia, pero ahora que te conozco no puedo más que lamentar no haberte prestado la debida atención antes, haber descubierto quién se encontraba detrás del personaje de la apocada Anne de Bourgh y haberte podido ayudar a mostrarte como realmente eras.

—No hubiera podido hacerlo, en forma alguna. Mi madre me moldeó en apariencia tal y como ella quiso que fuera y yo me plegué a sus deseos. No hubiera consentido que su hija fuera de otra manera, que hubiera expresado opiniones propias, que hubiera bailado con un caballero.

—¿Nunca hubo un baile para ti?

—Se dictaminó, con bastante razón, que era demasiado torpe para bailar y que se trataba de un ejercicio agotador, por lo que si alguna vez asistí a alguno me limité a permanecer sentada.

Un sentimiento parecido a la indignación fue creciendo en el

pecho del coronel, pero nada expresó, habían llegado hasta la puerta de entrada y acabado su paseo.

—Ha sido un paseo delicioso, coronel —continuó la joven —pero como no estoy acostumbrada a tanto ejercicio me va a dispensar y reposaré un rato en la biblioteca. Me encuentro emocionada por la posibilidad de elegir el libro que me plazca a la luz del día. Espero que mi madre se encuentre muy ocupada en las esferas celestiales junto a mi padre y conocidos y no se le ocurra asomarse por Rosings —quiso bromear, pero una sonrisa triste asomó a su rostro.

El coronel Fitzwilliam asintió y la vio caminar en dirección a la biblioteca, una figura pequeña y grácil que ocultaba un mundo interior inmenso y sorprendente, que no se cansaba de escuchar.

Capítulo 7

Meses más tarde en Pemberley

Hacía tiempo que el coronel Fitzwilliam no pisaba un salón de baile. No le apetecía en realidad, aunque antes, hacía menos de un año, hubiera disfrutado del bullicio, la danza, las charlas y los encuentros con encantadoras y hermosas jóvenes.

Si asistía en esta ocasión a uno, era porque Darcy se lo había pedido, casi suplicado. Su esposa Elisabeth iba a dar un baile en su propiedad para agasajar a una de sus hermanas menores y él temía encontrarse ajeno a aquel ambiente. Además, añoraba las charlas con el coronel.

En cuanto se reunieron, se pusieron al día sobre las últimas novedades. Darcy le recomendó a un viaje por Europa como el que ellos habían disfrutado y avanzada la conversación, el militar no pudo menos que hacerle la pregunta que le quemaba en los labios.

—¿Has estado últimamente en Rosings?

—¡Ah! Nuestra pequeña Anne… ¿Cómo pude olvidar comentarlo sabiendo que eres su tutor?

—¿Está bien? ¿Le ha ocurrido algo? —preguntó inquieto.

—En absoluto, puedes estar tranquilo. La hemos encontrado animada y con una salud inmejorable. Como sabes, no pudimos llegar a tiempo para el entierro, pero pasamos unos días con ella

tras nuestro regreso del continente e incluso Georgiana quiso quedarse durante varias semanas a su lado. Se han convertido en las mejores amigas. Nunca hubiera imaginado que mi prima, la señorita de Bourgh, fuera una muchacha tan instruida y con una conversación tan interesante, aunque tímida… supongo que eso es un rasgo característico de la familia —dijo sonriendo con timidez, a su vez, aunque con el encanto de la sonrisa turbadora y poco frecuente de los Darcy.

—Eso parece… —asintió el caballero—. ¿Tenéis pensado invitarla alguna vez?

—Por supuesto. Ya lo hemos hecho y Georgiana se encuentra expectante ante su llegada, pero Anne nos ha pedido esperar hasta su mayoría de edad, que tendrá lugar pronto, a principios de mayo. ¿Por qué crees que lo habrá hecho? ¿Creerá que no le vas a dar tu permiso?

—Espero que no piense eso de mí, me extrañaría, yo… —El coronel pareció sumirse en hondos pensamientos y Darcy no le insistió, aunque añadió—: Espero que no te importe que celebremos una pequeña fiesta cuando alcance la mayoría de edad. Será algo privado, teniendo en cuenta que apenas hará un año del fallecimiento de su madre. Le preguntaremos si desea un pequeño concierto, o tal vez un baile privado… Ningún daño puede hacer a su madre, que en paz descanse, el que su hija se divierta un poco…

—Te has vuelto un caballero de lo más libertino, Darcy. Quién lo diría de una persona tan estricta y observadora de las normas sociales.

Darcy sabía que el coronel se burlaba de él y que en el fondo no le estaba haciendo reproche alguno, tan solo divirtiéndose a su costa. Sonrió—. La vida nos ha cambiado a todos en los últimos años —dijo refiriéndose a él y a su prima Anne—, y creo que para bien.

Darcy se marchó ante el reclamo de Elisabeth y pronto el coronel los divisó bailando juntos y felices. Contemplarlos sonrientes en el salón de baile, le recordó una vez más uno de sus últimos encuentros con Anne en Rosings, donde había permanecido durante semanas tras la muerte de su madre.

Había alargado tanto como pudo su estancia allí, aludiendo su responsabilidad para con su joven pupila, pero finalmente había concluido, a su pesar, que no era la responsabilidad la que lo ataba a Anne, sino sus propios sentimientos. Unos sentimientos que había ignorado cobardemente día tras día, porque le parecían inapropiados, estrafalarios, caprichosos…

Salió del salón y buscó el frescor del espléndido jardín de la mansión. Allí se dejó llevar por sus recuerdos.

Recordó que la noche antes de marcharse de Rosings le había pedido a uno de los criados que tocaba el violín que lo hiciera para Anne y para él y le había dado una sorpresa a la muchacha tras la cena.

La había guiado hasta uno de los salones de la mansión y la animó a escuchar algunas melodías que el violinista había ensayado a la perfección. Después, y tras conocer que aquello era del agrado de Anne, la tomó de la mano y la llevó con elegancia hasta el centro de la estancia, donde la acogió entre sus brazos para enseñarle a bailar los sencillos movimientos de un vals.

Permaneció atento a la expresión de la joven. En su rostro vio la sorpresa, la timidez, pero también el placer de compartir un baile por vez primera.

Con paciencia, el caballero le fue enseñando los pasos y pronto se movieron al compás con la energía y vigor que la danza requería. Ambos acabaron la melodía con una sonrisa en los labios y el rubor en el rostro de la muchacha.

El coronel le hizo una señal al muchacho y este se escabulló discretamente, dejándolos a solas. Los rayos de luna que entraban por los amplios ventanales y algunos candelabros iluminaban la sala y sus figuras, que permanecían unidas aún tal y como lo hicieron durante el vals, una de sus manos entrelazadas y la otra sobre la espalda de ella y sobre el hombro de él.

La joven no se apartó, pero bajó la cabeza para que él no vislumbrara su semblante.

—Anne… quisiera decirte, yo…

—Ha sido muy amable, coronel, por tomarse la molestia… —dijo apartándose de su contacto.

El caballero echó de menos la tibieza de su cuerpo en cuanto este le faltó. Dio un paso hacia ella, que era incapaz de mirarlo a los ojos. Decidió declararse al fin, tras días de desazón e inquietud, contarle lo que su corazón albergaba, las emociones que ella le provocaba.

—No me gustaría que este fuera nuestro último baile. Comprendo que no es apropiado que ahora nos dediquemos a estas cosas, pero… llegarán tiempos mejores, Anne, y yo… quisiera pasarlos contigo.

La joven levantó la cabeza y el caballero se encontró con unos grandes y brillantes ojos azules que lo miraron asustados.

—Coronel, no…, no lo entiendo.

—Quisiera… hacerte mi esposa, Anne.

Si el coronel hubo esperado el reflejo de la alegría, de la felicidad en el rostro de la muchacha se equivocó por completo. Una expresión apesadumbrada envolvió su semblante y un suspiro triste salió de sus labios.

—Oh… pero, yo… no quiero casarme.

Aquella actitud tan contraria a lo que él había esperado, a sus propios sentimientos, lo paralizó un momento. Cuando reaccionó, se

dio cuenta de que había malinterpretado las sonrisas, las miradas y las emociones de la muchacha. Anne lo estimaría como a su tutor, pero no lo amaba. Se sintió ridículo. Pensó que ella saltaría de emoción ante su propuesta, que lloraría de felicidad y agradecimiento y lo que había descubierto, en realidad, era que había sido un iluso.

Él, un caballero con amplia experiencia en el mundo, se había enamorado de una inexperta muchachita y había sido rechazado por esta.

Durante días había estado cavilando sobre la posibilidad de dejar atrás su soltería, de unir su mundo al limitado mundo de Anne y abrirle puertas y ventanas, enseñarle la vida más allá de los límites de Rosings. Lo habría disfrutado, habría saboreado cada nuevo aprendizaje, cada expresión de sorpresa y de felicidad en su rostro. Había sopesado cuidadosamente lo que supondría matrimoniar, perder su libertad y, finalmente, había apostado por el hechizo de aquella muchacha que ya no le parecía sosa, incapaz o insulsa. Ninguna de sus conversaciones lo aburría, se estaba volviendo más y más sana, más bonita, conforme cambiaba sus antiguos hábitos por unos más saludables, habían hablado incluso de pasar alguna temporada en Bath o en Brighton.

Cuando se dio cuenta de que él ya no estaría allí para acompañarla, lo embargó la tristeza y cierta ira, al interiorizar el rechazo de ella. ¡Qué demoledor desánimo el sentirse rechazado!

—Pero, Anne… ¿qué ocurre? Creí, yo creía firmemente, que…

—Lo siento —le contestó Anne compungida—. Siento mucho si yo le he dado a entender de alguna forma… Oh, ¡qué estúpida he sido! Nunca quise ponerlo en este aprieto…

La muchacha estaba a punto de salir corriendo. Él se vio en la obligación de dejar las cosas claras.

—No te preocupes por lo que ha sucedido, con seguridad me he precipitado. Debí ser más consciente de tus sentimientos. Puedes seguir contando conmigo como tu tutor, pero comprende que, después de esto, deba alejarme de Rosings.

Anne asintió, su rostro oculto entre las sombras no le permitió mostrar su expresión afligida. Después de unos segundos en los que ambos permanecieron en silencio, ella hizo una sencilla reverencia y salió deprisa.

Conforme subía la escalera como si llevara atadas unas piedras a sus pies, sintiéndose más cansada que nunca y apretando con su puño el lugar donde su dolorido corazón latía triste y desacompasado, Anne se permitió dejar fluir libres las lágrimas.

Nunca había soñado con la posibilidad de amar o ser amada por caballero alguno. Ella siempre se había considerado demasiado ignorante, estúpida e insípida para que alguien del género masculino la hubiera tenido en cuenta. Si su corazón había palpitado emocionado alguna vez había sido ante la presencia de su primo el coronel, el único que la saludaba con cortesía y no la ignoraba como a un objeto vulgar, el único que le había mostrado en alguna ocasión una sonrisa. No podía más que agradecerle a la vida que, ante la desgracia de perder a una madre, hubiera sido el atento coronel el que la hubiera acompañado en esos momentos.

Sin embargo, su declaración le pareció tan inesperada, tan absurda, que lo primero que pensó era que el coronel le pudiera estar gastando alguna clase de broma perversa. Pero no, él no era así. Estaba segura de que el caballero estaba confundido y sentía que era su deber cuidarla hasta el punto de matrimoniar con ella.

Se trataría, una vez más de su caballerosidad y de su espíritu de sacrificio. Así que había hecho lo correcto: negarse a encadenarlo a un compromiso que acabaría aborreciendo, tarde o temprano, y los

haría infelices.

Le dolía en el alma la decisión que había tomado, la primera de importancia en toda su vida, quizás incorrecta, pero la más sensata y justa, intentó convencerse. Ella no lo ataría y seguiría su camino, intentando tomar las riendas de su existencia, tomando sus propias decisiones, aunque estuvieran equivocadas.

A la mañana siguiente cuando bajó a desayunar el coronel ya la esperaba para despedirse. Anne tuvo que prometerle que le escribiría puntualmente para informarle acerca de su salud, etc. y en cuanto lo hizo, él entró en el carruaje para marcharse rumbo a Londres.

Desde entonces, no la había vuelto a ver y sus cartas eran tan impersonales como breves y esporádicas. Nada sabía de sus sentimientos e intereses, de sus progresos o sus anhelos desde que la dejó frente a la entrada de su espléndida mansión.

Capítulo 8

El coronel aún permaneció durante unos días más en Pemberley disfrutando de la caza y de paseos a caballo con Darcy, quien lo encontró inusualmente taciturno y pensativo.

Disfrutó de charlas con su otra pupila, Georgiana, y con la señora Darcy y prestó especial interés, sin ser consciente, a las opiniones de ambas mujeres sobre Anne de Bourgh, en las que la ensalzaban por su decidida valentía, tras la pérdida de su madre, por su despertar a la vida, como lo llamó Elisabeth, impresionada de conocer a la auténtica Anne que se escondía tras la tímida y apocada muchacha. Georgiana estaba entusiasmada ante la idea de que su prima pasara unos días en su casa para celebrar su mayoría de edad y deseaba su pronta llegada con impaciencia.

La señora Darcy le preguntó amablemente por su opinión acerca de los progresos de la muchacha, con un interés honesto y sincero, y el coronel no pudo menos que expresarse con titubeos y cierto sonrojo. Aquello le pareció a la dama, a la que no se le escapaba nada que se saliera de los cauces normales, de lo más peculiar e inusitado.

Constató, entonces, que cualquier conversación en la que el nombre de Anne apareciera, atraía de forma inmediata la atención del caballero, pero a pesar de las constantes alusiones al tiempo que

este pasó en Rosings, apenas comentaba cosa alguna.

Antes de partir de vuelta a su hogar en Londres, Darcy le pidió encarecidamente que llevara a Rosings una carta que era de vital importancia para Georgiana, además de una invitación tan formal como pudiera darse entre primos hermanos para que pasara junto a ellos el día de su cumpleaños. Ni por un momento iban a consentir que Anne lo hiciera a solas.

Este ofrecimiento se hizo extensivo al coronel Fitzwilliam, y Darcy le recordó que a partir de entonces dejaría de ser el tutor de la joven y ella pasaría a tener todos los derechos sobre su persona y sería libre de tomar sus propias decisiones sin necesidad de consultarle.

Darcy pensó que esto lo alegraría, pero el semblante atribulado del coronel lo dejó inquieto. ¿Sería posible lo que Lizzy le había dado a entender en una conversación privada? ¿Sería a causa de estas sospechas por lo que su esposa le había rogado encarecidamente que fuera el propio coronel Fitzwilliam el que llevara la carta a Anne?

Lo cierto es que algunos días más tarde el coronel se disponía a entrar a caballo en Rosings Park. Al pasar frente a la propiedad de los Collins vislumbró al sacerdote y no pudo menos que detenerse a saludarlo. El vicario se deshizo en parabienes y cumplidos y entre tanta palabrería le informó que la señorita de Bourgh y su propia esposa Charlotte, se habían convertido en buenas amigas y se encontraban en ese momento dando un paseo por el bosque cercano a sus dominios.

Preguntado por su localización, William Collins le indicó gustoso, y el coronel partió rumbo a su encuentro. Su intención era saludar a Anne delante de terceras personas y retomar su destino sin volver a pisar la mansión siquiera. Huir de su presencia ante la cual se sentía atormentado, como un jovenzuelo enamorado por primera vez,

admitió cabizbajo.

Las encontró caminando por el sendero que el sacerdote le indicó. Anne sonreía complacida ante algún relato de la señora Collins, quien conseguía ponerla de buen humor, todo lo contrario que su exasperante esposo.

En este momento a salvo de la presencia del vicario, los ojos de Anne chispeaban, el ejercicio teñía de un rubor delicioso su rostro, pálido pero saludable, algunos bucles de su cabello se escapaban de forma encantadora de su recogido y sus movimientos al andar resultaban lánguidos y sensuales, rebosantes de salud.

La joven se detuvo un momento a recoger una flor del camino para añadirla a otras que llevaba en un cesto. Al levantar la mirada reconoció al caballero que se acercaba a caballo hasta donde se encontraban.

—El coronel Fitzwilliam… —musitó, casi susurrando, mudando su rostro alegre a uno más serio.

Charlotte apreció el cambio en el semblante de la dama y sonrió levemente. Desde que lady de Bourgh murió y, especialmente, desde que el coronel se marchó, había procurado paliar las horas de soledad de la joven, aunque pronto se dio cuenta de que Anne era feliz con la cabeza metida entre los libros y que su carácter tímido, aunque bondadoso y su cultivada conversación atraían a una legión de antiguas amistades de su madre e incluso admiradores de su persona que acudían a verla a Rosings para presentarles sus respetos y tener el placer de su compañía.

Sin embargo, Charlotte había descubierto que a quien Anne de Bourgh admiraba y añoraba era a su tutor. Todas las cualidades, las virtudes más exquisitas, los sentimientos más dulces salían de sus labios cuando se trataba de la persona del coronel.

No debía estar muy errada al pensar que la joven, en realidad,

estaba enamorada de tan ensalzado caballero. Así que, tras el saludo y la bienvenida de cortesía, Charlotte Collins aludió un recado urgente para marcharse a su casa, que se encontraba muy próxima, y dejó en manos del caballero el acompañar a su pupila hasta la mansión.

Tras haber sido contestadas las correspondientes preguntas de cortesía del coronel y este le hubo explicado el motivo de su aparición por aquellos lares, entregándole de inmediato la carta y la invitación de los Darcy, ambos guardaron un embarazoso silencio que ocultaba todo lo que sus corazones anhelaban decir, pero que ambos sujetaban con firmeza.

Anne lo había echado mucho de menos desde su partida. En aquellos últimos minutos de su despedida, ella había entrevisto el dolor del caballero, su congoja, y se había preguntado si no estaría cercenando su felicidad de la misma forma que lo hacía con la suya propia.

Los meses sin verlo habían sido una tortura. Las cartas que se había obligado a escribirle en nada mostraban lo que sentía por él, lo que su corazón añoraba. Al escribir su diario, la joven se desahogaba, se preguntaba si no habría soñado con su declaración, si él la habría meditado en profundidad, si aún albergaría algún sentimiento amable por ella.

Y pasados varios meses de nuevo lo encontraba a su lado, caminando juntos, él llevando las riendas del caballo para andar a su paso, ambos mudos, torpes.

El coronel inició la conversación. Ella volvió a reconocer un sentimiento de inferioridad ante su incapacidad por haber permanecido callada. No se atrevió a mirarlo a los ojos, para que no viera su pesar y su desazón.

—Me alegro de verte tan alegre y vital, Anne, tan hermosa.

—Gracias. He seguido sus consejos, coronel. Buena alimentación, nueve horas de sueño y paseos al aire libre tanto como el tiempo lo permitiera.

—Supongo entonces que acudirás a Pemberley a encontrarte con tus primos.

—Lo haré en cuanto sea posible. Echo mucho de menos las charlas con Georgiana y con la señora Darcy.

—Tal vez incluso estés dispuesta a pasar la temporada con ellas en Londres —se aventuró a decir entre expectante por verla en la ciudad y temeroso por exponerla a los ojos de otros caballeros que pudieran ser de su agrado.

Anne mostró una encantadora sonrisa.

—En ese aspecto me temo que no coincidiremos. Me he vuelto mucho más sociable, pero no hasta el punto de que quiera pasarme meses ocupada en constantes compromisos y conversaciones frívolas y vacías. Puede que Rosings sea demasiado grande para mi insignificante persona, pero lo prefiero con mucho a Londres.

—¿Insignificante, Anne? ¿Por qué te defines así?

—Bueno, sé lo que valgo y lo que puedo aportar y en reuniones con gente desconocida no me hallo cómoda, soy incapaz de hablar del tiempo o de otras obviedades, me limito a ser un simple adorno, así que…

—¿Y por eso te crees menos válida que quien es un recipiente vacío que solo sabe repetir trivialidades?

Anne lo encaró, sonrojada.

—Sé que no seré nunca una persona que encaje en la sociedad al uso. Mis defectos son interminables. No tengo costumbre, ni paciencia, ni tampoco interés en cierto tipo de relaciones sociales. De hecho, elijo con sumo cuidado a aquellos que me son más próximos. Nunca podría ser la perfecta compañera de un caballero

sociable y de mundo que… —La muchacha calló de súbito reconociendo que con sus palabras había desvelado más de lo que pretendía.

El coronel Fitzwilliam se detuvo y ella hizo lo mismo. Comenzó a hablar con una sonrisa en sus labios.

—Creo que acabas de definir el carácter de los Fitzwilliam con cada una de tus palabras. De hecho, yo debo ser la oveja negra de la familia si me defines como un caballero sociable y de mundo… ¿Soy yo ese caballero, Anne?

—Sí, lo es para mí.

—¿Y te parecen cualidades o quizás todo lo contrario?

—Admiro su don de gentes, su capacidad de adaptarse a cualquier situación, incluso la de lidiar con una joven tonta y asustada que apenas conoce nada de la vida.

—Tú no eres ninguna tonta, Anne, aunque te lo hayan hecho creer durante mucho tiempo. Nunca encontré una dama más interesante y sorprendente en toda mi vida y que despertara tanto mi curiosidad y mi necesidad de estar junto a ella. Concedo que estuvieras asustada, yo también lo habría estado en tu lugar, pero deja de considerarte inferior porque no lo eres en absoluto —le aseguró con absoluta firmeza.

—Yo… le agradezco que piense así de mí… Su opinión sobre mí me es muy importante.

—Tú eres la que debe tener el mejor concepto sobre tu propia persona porque te lo mereces, pero si te importa lo que yo piense…, ten la seguridad de que me eres muy querida y de que, aunque cumplas la mayoría de edad, estaré junto a ti siempre que lo desees.

—¿No me guarda rencor por… lo que ocurrió después de bailar el vals?

—¿Cómo podría hacerlo, Anne? Te quiero demasiado.

—¿Me quiere? —Anne bajó un momento la mirada, avergonzada. Sin embargo, armándose de un valor que nunca supo que tenía, lo miró a los ojos y se atrevió a preguntar—: ¿Cómo un tutor a su pupila?

Fitzwilliam negó.

—Te amo como un hombre puede amar a una mujer, con toda su alma, con toda la fuerza de sus deseos, con el ansia de protegerla, de sentirla y de hacerla feliz. Vivo bajo tu hechizo desde hace mucho tiempo y todos estos meses alejado de ti me han hecho el hombre más desdichado del mundo.

Estaban tan cerca que podían ver el brillo en los ojos del otro, sentir su respiración. Él esperó su respuesta conteniendo su dolor ante un nuevo rechazo, pero aliviado por haber dado salida a sus sentimientos.

Ella depositó su mano suavemente sobre el pecho del caballero y suspiró.

—Mi querido coronel, he soñado tantas veces con este momento…, pero es aún más perfecto que en mis sueños. Creí que nunca tendría la oportunidad de decirle lo mucho que yo… lo amo.

—Anne…, ¿es cierto que me correspondes? —le preguntó poniendo su mano sobre la de ella que reposaba sobre el pecho masculino, acariciándola con suavidad y envolviéndola en una mirada que desprendía el brillo de un preciado y oculto anhelo.

Ella asintió con una sonrisa alegre y él la tomó por la cintura y la levantó en volandas.

—¡Me haces tan feliz! —exclamó, a la vez que la volvía a depositar en el suelo y la envolvía entre sus brazos. Ella se deleitó con su calor y su embriagador aroma masculino—. ¿Te convertirás en mi esposa?

—En cuanto cumpla la mayoría de edad.

—¿Podremos esperar tanto? —se lamentó el coronel.

—Serán solo unas semanas… ¿Te parece bien que vayamos informando a nuestros queridos Darcy y tomando algunas decisiones al respecto? ¿Querrás que nos case Collins?

—Se hará lo que tú decidas, querida.

Una carcajada alegre y cantarina salió de la garganta de la joven. Él le propuso acudir al encuentro de Collins para informarle y que comenzara con los preparativos, absolutamente ilusionado y feliz de convertirla en su esposa. Ella le pidió prolongar su secreto durante un rato mientras disfrutaban de un paseo tomados de la mano, mirándose a los ojos.

El aire tibio de la tarde acariciaba sus mejillas, el corazón palpitaba de gozo ante la sonrisa del ser amado y el leve roce de sus dedos tejía promesas de caricias y de la dicha por venir.

En aquellos momentos la pareja se hallaba tan entusiasmada y absorta en su propia felicidad y deseos que no cayó en la cuenta de lo contenta y complacida que se hubiera sentido lady de Bourgh ante el destino de su hija, que la había unido por méritos propios con un caballero tan noble y recomendable como el coronel.

Aún tendría que hacer frente Anne a muchas inseguridades y miedos heredados, ya lo hacía constantemente con valentía, pero ahora que su amado caminaría a su lado ningún obstáculo le parecería insalvable, ningún recelo volvería a atenazarla jamás.

Las estaciones del corazón

Raquel Gil Espejo

Nota de la autora:

Cuando Jane Austen publicó *Orgullo y prejuicio* en 1813, ofreció a sus lectores un retrato vivo de las costumbres, aspiraciones y contradicciones de la sociedad inglesa de su tiempo. Entre bailes y visitas de cortesía, Austen desplegó la ironía más aguda y la ternura más sutil para mostrar cómo las pasiones humanas —el orgullo, la vanidad, el amor verdadero— encontraban su lugar en un mundo regido por conveniencias y apariencias.

En el corazón de esa obra se encuentran Elizabeth Bennet y Fitzwilliam Darcy, cuyo entendimiento mutuo, tras vencer malentendidos y prejuicios, ha cautivado a generaciones de lectores. Pero como ocurre con todos los universos ricos y complejos, las páginas de Austen dejan entrever vidas apenas esbozadas, personajes secundarios cuya historia merece contarse.

Entre ellos, destaca Georgiana Darcy. En *Orgullo y prejuicio* aparece como una joven reservada, dulce, aún bajo la sombra de su hermano mayor y de las expectativas sociales. Austen nos la muestra apenas en fragmentos: tímida en compañía, afectuosa en lo privado, marcada por la imprudencia de un intento de seducción que pudo comprometer su honor... Es, en suma, un personaje lleno de posibilidades no exploradas, con la semilla de una evolución propia.

Esta historia nace de ese silencio, de imaginar cómo Georgiana, desde la seguridad de Pemberley y bajo la guía afectuosa de

Elizabeth, pudo crecer más allá de su timidez inicial. No como una heroína de salones brillantes, sino como una joven que aprende a escuchar su propia voz.

Las estaciones del corazón es, así, un homenaje al espíritu de Austen, a su delicado retrato de la vida doméstica y social, y a la convicción profunda de que cada mujer —aun la más callada— guarda en su interior un mundo digno de ser contado.

Raquel Gil Espejo

Capítulo 1

Pemberley, verano de 1813

Georgiana Darcy era alta a pesar de su juventud, con una silueta esbelta que se movía siempre con naturalidad, aunque cierta reserva parecía acompañar cada uno de sus pasos. Su piel era clara, de un tono delicado que acostumbraba a sonrojarse, y ese leve rubor en las mejillas realzaba la dulzura de su expresión.

El cabello, de un castaño suave que en la luz del sol parecía dorarse, solía llevarlo recogido con sencillez, dejando escapar algunos rizos sueltos que enmarcaban su rostro. Sus ojos, grandes, reflejaban más a menudo timidez que osadía, pero cuando se animaban a sostener una mirada dejaban entrever una inteligencia despierta y un corazón sincero.

Aunque era más bonita que su hermano, como muchos murmuraban, no era su hermosura lo que marcaba la diferencia, sino el aire de modestia que la envolvía: nunca parecía consciente de su atractivo, y esa misma falta de artificio hacía de ella una jovencita aún más cautivadora.

Había en Georgiana un contraste insistente: la elegancia natural de una joven de familia ilustre y, al mismo tiempo, la vulnerabilidad de alguien que buscaba aún la seguridad en sí misma.

***

El sol caía sobre los jardines tiñendo de oro las fuentes y los senderos. Elizabeth, recién casada, había organizado una pequeña reunión en Pemberley para recibir a unos amigos de su tía Gardiner. Entre los invitados, Georgiana se fijó en un joven que no le resultaba familiar.

De semblante tranquilo, cabello y ojos oscuros, y tez pálida, su expresión atenta contrastaba con el bullicio de quienes lo rodeaban. Apenas hablaba. Más bien, se limitaba a observar; detalle que despertó la simpatía de la joven Darcy.

—Georgiana —dijo Elizabeth llevándola hacia él—, permíteme presentarte al señor Nathaniel Ashworth. Pertenece a una familia de Derbyshire, aunque ha pasado temporadas en Londres con su tío, dedicado a asuntos de comercio y finanzas —sonrió con complicidad —. Es hombre de inclinaciones tranquilas, lector constante y amante de la música. Durante las últimas semanas ha acompañado a mis tíos Gardiner, antes de continuar su viaje hacia el norte.

—Es un honor, señorita Darcy… He oído hablar de su destreza al piano. —Inclinó la cabeza con respeto.

Georgiana bajó la vista. Un leve rubor había sonrojado sus mejillas.

—No soy tan diestra como dicen… —murmuró.

Elizabeth sonrió con la picardía que la caracterizaba.

—Siempre se empeña en negarlo. Quizás pueda convencerla para que toque esta tarde.

—Lo puedo intentar —sonrió.

—No se moleste… —dijo Georgiana—. Prometo pensarlo.

Pasadas unas horas, en las que las miradas entre la señorita Darcy y aquel recién llegado no cesaron de cruzarse, primero en los

jardines y más tarde en el salón, se sentó frente al piano. Sus dedos recorrieron las teclas con suavidad, y Nathaniel, desde un rincón, centró toda su atención en ella.

El murmullo inicial del piano se fue convirtiendo en una melodía serena que fue llenando la estancia. Cada nota, leve y precisa, parecía brotar del alma de Georgiana y volar hacia cualquier recodo de aquella sala, rozando las paredes como si fueran ecos de un suspiro.

Nathaniel observaba el movimiento de sus manos, tan delicado como firme, y ella le transmitía una calma insólita que, al mismo tiempo, le agitaba el pecho con un calor inesperado y, muy probablemente, difícil de describir.

Georgiana, consciente de la atención que había suscitado en él, sintió un ligero temblor en sus dedos. No era el miedo habitual que la atenazaba en público, sino una vibración distinta fruto, tal vez, de una complicidad muda, vibrante, que parecía crecer entre ellos.

La melodía se tornó más intensa, y a cada acorde, los pensamientos de ambos se iban entrelazando. Nathaniel creyó escuchar, en esas notas, su propio anhelo de cercanía, el deseo de descifrar lo que se ocultaba muy dentro de ella. Georgiana cerró los ojos un instante y sintió que aquella música ya no era solo suya. Él parecía acompañarla en un dúo invisible.

Cuando la última nota se desvaneció en el aire, el silencio los envolvió en una especie de velo sutil.

Nathaniel, sin mover un solo músculo, se permitió apenas respirar más profundo, temiendo que un gesto brusco pudiera romper la frágil magia que los envolvía. Notó un estremecimiento que le recorrió el cuerpo. Sentía que las notas aún vibraran dentro de él. Lo sorprendió la certeza de que, de un modo inexplicable, habían compartido algo íntimo, más allá de la música, más allá de las

palabras. Era como si, durante aquellos instantes, hubiesen estado envueltos en un mismo latido.

Georgiana bajó lentamente las manos del teclado y las dejó reposar sobre su regazo. Su pecho subía y bajaba con suavidad, pero en su interior sentía un torbellino de emociones desconocido hasta ese momento: se trataba de un temblor dulce, un murmullo ardiente que la mantenía suspendida entre la timidez y una dicha nueva e inesperada.

Elevó los ojos y los clavó en los suyos, tan negros, con una mezcla de pudor y valentía. No había sonrisa en sus labios, pero en su mirada brillaba una luz tenue tan vulnerable como poderosa. Nathaniel la sostuvo, quedó atrapado por la profundidad de aquel gesto; y en ese cruce silencioso, ambos tuvieron la certeza de que habían sido vistos de verdad, en lo más hondo, sin máscaras ni artificios.

El tiempo se volvió lento, espeso, como si la realidad misma aguardara el desenlace de esa vibración invisible. Nada en aquel instante reclamaba prisa; al contrario, cada segundo se alargaba para permitir que la emoción se asentara en sus almas.

Tembloroso, con el corazón latiendo algo descompasado, se puso de pie —fue consciente de que aún temblaba por dentro y por fuera —, trató de calmar su respiración, y se acercó con paso lento.

—¿Podría mostrarme ese pasaje otra vez, señorita Darcy? — preguntó señalando la partitura—. No soy músico, pero me parece que ahí hay algo distinto, me atrevería a afirmar que… más íntimo.

Ella lo miró sorprendida. Nadie acostumbraba a notar esas sutilezas.

—Es… una variación que añadí yo misma. No está escrita — confesó con timidez.

—Creo que ya entiendo por qué su música conmueve tanto… no

se limita a repetir lo que otros han escrito —sonrió.

Georgiana, por primera vez en mucho tiempo, elevó la mirada sin sentir que debía esconderse.

—Quizá… —dijo en voz baja—, quizá la música es el único lugar donde me atrevo a hablar con claridad.

Capítulo 2

Londres, invierno de 1813

La ciudad brillaba bajo la luz de los faroles, y el frío envolvía los carruajes que transitaban las calles con apremio. Los Darcy habían ido a visitar a los Gardiner, y Georgiana los acompañaba.

En una velada organizada por lady Matlock, Georgiana entró al salón con el corazón agitado. No solía disfrutar de esas reuniones, donde las miradas parecían escrutar cada palabra y cada gesto. En cambio, esa noche se presentaba distinta: nada más llegar vio a Nathaniel Ashworth, quien conversaba con su primo Edward Gardiner.

Él también notó su presencia en cuanto se dejó ver por el gran salón, y con un gesto discreto, se inclinó a modo de saludo. Ella respondió con una leve sonrisa.

Pasada una larga hora, en la que no habían cesado de observarse en la distancia, aprovechando que un grupo de jóvenes se dispuso a bailar y acapararían las miradas, Nathaniel decidió acercarse.

—Señorita Darcy, ¿me permitiría invitarla a pasear por el invernadero? —preguntó con voz tranquila.

Georgiana vaciló un instante, pero asintió. Caminaron entre los naranjos y camelias en flor, iluminados por lámparas de aceite. El silencio, lejos de ser incómodo, les resultaba natural.

—No siempre me siento en casa en estos salones —dijo Nathaniel —. Hay quienes conversan con tanta ligereza que temo no tener nada que aportar.

Georgiana lo miró con sorpresa.

—Pensaba… que solo a mí me ocurría. Siempre me parece que mis palabras llegan tarde, o demasiado bajas.

—Entonces, quizá es que escuchamos más de lo que hablamos. Y eso, créame, no es un defecto.

Se detuvieron frente a una fuente pequeña, donde el agua caía por uno de los surtidores en un hilo cristalino.

—Traía esto para mostrárselo a su hermano —Nathaniel señaló una partitura que llevaba en la mano—, pero he pensado que tal vez le interese a usted también. Se trata de una melodía sencilla que encontré en un manuscrito antiguo. No sé leerla bien, y… bueno, me preguntaba si podría usted tocarla alguna vez.

—Será un honor intentarlo. —Tomó la hoja con cuidado.

Al devolverle la mirada, descubrió que en sus ojos había una calma que la hacía sentir menos sola. En ese instante comprendió que, incluso en medio del bullicio de Londres, había encontrado un lugar donde podía respirar sin miedo.

***

Londres, febrero de 1814

Señorita Darcy:

Confío en que reciba estas líneas con la misma serenidad con que fueron escritas. Permítame agradecerle una vez más la generosidad con que aceptó examinar aquella breve partitura que tuve el atrevimiento de mostrarle en casa de

lady Matlock.

Desde entonces, cada vez que me detengo a escuchar el sonido del piano en algún salón, mi memoria insiste en devolverme no la melodía ajena, sino la que usted interpretó aquella noche, con la delicadeza de quien habla en voz baja a un amigo.

Si algún día encuentra en esas notas algo digno de conservar, me sentiré afortunado. No porque la música sea mía, sino porque habrá pasado por sus manos, que saben dar sentido a lo que de otro modo sería apenas un trazo en el papel.

No deseo importunarla con palabras largas. Tan solo añadiré que, si la ocasión lo permite, me agradaría escuchar su opinión sobre otros pequeños fragmentos que he hallado en mis lecturas. Creo que en la música, como en la vida, hay conversaciones que no requieren demasiado ruido para ser verdaderas.

Con afecto,

Nathaniel Ashworth.

***

Pemberley, marzo de 1814

Estimado señor Ashworth:

He recibido su carta con sincera gratitud. Le ruego no considere impertinente que le confiese cuánto alivio me produjo leer en sus palabras una afinidad que pocas veces encuentro en compañía ajena.

La partitura que me confió sigue sobre mi piano. La he tocado varias veces en estos días de lluvia, y en cada repetición descubro un matiz distinto. No sé si la música posee realmente esas variaciones o si es, más bien, que la mirada con que uno la escucha cambia de un día a otro. En cualquier caso, ha sido para mí un motivo de reflexión y, debo admitir, también de consuelo.

Usted escribe que, en la vida, como en la música, existen conversaciones que no requieren demasiado ruido. Creo entender lo que quiere decir. Y si me atrevo a responderle es porque hallo en ese silencio compartido algo que no me asusta, sino que me acompaña.

No me considero hábil para las palabras, pero tal vez la música pueda continuar expresando lo que la timidez me impide decir. Así pues, si llegara a encontrar más fragmentos que considere dignos de atención, me sentiré honrada de intentar darles voz.

Con afecto,

Georgiana Darcy.

***

La mañana estaba cubierta de neblina cuando Georgiana dejó su carta en manos del mensajero. Por un instante, al ver cómo el carruaje se alejaba por el sendero, sintió que una parte de sí misma viajaba en aquel sobre lacrado.

Nunca había escrito con tanta sinceridad a alguien que no fuese su hermano o Elizabeth. Le había costado encontrar las palabras, había sentido que cada una de ellas pedía permiso antes de ser

puesta en el papel. En cambio, al leerlas de nuevo, no hallaba vergüenza, sino una extraña serenidad.

Se preguntó si Nathaniel recibiría su respuesta con el mismo recogimiento con que ella había leído la suya. Tal vez sonriera, o tal vez pensara que era demasiado breve. Pero más allá de esas dudas, había algo nuevo que la acompañaba: la certeza de que su voz —aunque tímida, aunque vacilante— podía llegar a otra persona y ser escuchada.

Mientras caminaba de regreso hacia la casa, con el aire húmedo rozándole las mejillas, Georgiana se sorprendió murmurando una melodía que no recordaba haber aprendido. Era suya, y al mismo tiempo parecía brotar de aquel silencio compartido que ya los unía.

Capítulo 3

Pemberley, otoño de 1814

El viento del norte había comenzado a teñir las hojas de ámbar y oro. Georgiana descendió por el sendero que bordeaba el lago. Caminaba sola, pero no se sentía así. En su bolso de viaje llevaba la carta de Nathaniel, ya un poco desgastada de tanto releerla. No habían hablado aún de compromiso alguno, pero su mutua inclinación era tan clara como la brisa que se alzaba en el campo.

Pemberley se había transformado en un hogar lleno de vida desde que Elizabeth vivía allí. A menudo, Georgiana se sorprendía a sí misma sonriendo mientras leía en voz alta junto a su cuñada en las tardes lluviosas. Había encontrado en ella no solo una amiga, sino una especie de espejo donde podía ver lo que significaba ser una mujer con pensamiento propio.

—Georgiana —dijo Elizabeth una mañana mientras caminaban entre las glicinas—, ¿te has planteado lo que quieres hacer o ser en tu vida? No lo que se espera de ti, sino lo que tú deseas.

La pregunta la desarmó por completo. ¿Qué deseaba ella? ¿Casarse con Nathaniel, o seguir descubriéndose en silencio, como si su alma fuera un jardín que florece con lentitud?

***

Londres, diciembre de 1814

En la temporada de invierno, los Darcy viajaron a Londres para visitar a la tía de Elizabeth. Georgiana fue incluida en un par de recepciones, no para ser exhibida —como temía—, sino para comenzar a elegir, poco a poco, su lugar en el mundo.

Le fascinaba la ciudad: su ruido, sus luces, las conversaciones a media voz en los salones, los paseos por los jardines de invierno de Covent Garden… Pero también le fatigaba.

En un rincón del salón de lady Matlock, Georgiana observaba con cierto vértigo a los jóvenes y damas que reían con desparpajo, mientras ella se aferraba a su abanico como si de un escudo se tratase.

Aguardaba el regreso de Nathaniel a Londres mientras se conformaba y reconfortaba con sus cartas, que llegaban con regularidad e incluían descripciones de la vida en el campo, pequeños dibujos en los márgenes —una hoja de roble, una nota musical, un cuervo bajo la lluvia—, reflexiones sobre música…

«Extraño nuestras caminatas. Extraño su silencio, que nunca me pesa… y me descubro buscando su presencia incluso en una sala vacía», escribió en una de ellas.

Llegó a Londres en ese mismo invierno, en una velada en casa de los Gardiner. Georgiana tocaba una pieza al piano cuando lo vio entrar. La nota se le escapó de los dedos, y un leve rubor en las mejillas la delató. Él no dijo nada, pero la miró como si hubiese viajado durante días solo por presenciar ese momento.

Cuando encontró el instante preciso, Nathaniel se sentó a su lado, junto al fuego, y le habló con esa calma que siempre la reconfortaba.

—Señorita Darcy —susurró—, me pregunto a menudo si la música que compartimos no es más que eso… o si me atrevería a llamarla

otra cosa.

Ella lo miró con los ojos muy abiertos, sin parpadear.

—No es solo música —dijo, y su voz apenas tembló—. Al menos para mí, no lo ha sido nunca.

***

Pemberley, primavera de 1815

La primavera había llegado con el olor a tierra húmeda y flores silvestres. El jardín estaba salpicado de lilas recién abiertas y el canto de los ruiseñores parecía flotar en el aire como un murmullo. Fue entonces, en una de esas tardes en las que volvían a pasear por los jardines, cuando Nathaniel se volvió hacia Georgiana. Sus ojos tenían un brillo especial. No lo hizo con dramatismo ni grandes discursos. Solo le tendió una partitura que era el fruto de las horas que habían compartido frente al piano. Ella la recibió con curiosidad, y al abrirla descubrió, en la portada, una dedicatoria trazada con su letra firme:

«A la dama que me enseñó a escuchar con el corazón».

Georgiana levantó la mirada. Estaba sorprendida y emocionada.

—¿Querría usted, señorita Darcy… aceptar compartir su vida conmigo, así como ha compartido esta música? —preguntó Nathaniel en un susurro.

El silencio entre ambos duró apenas un instante, aunque a ella le pareció eterno. Georgiana sintió cómo su corazón se agitaba, temeroso y dichoso a la vez. Sus ojos se humedecieron, pero logró controlar la emoción. Solo dejó escapar un suspiro.

—Sí… sí, quiero —respondió con serenidad.

Le tendió su mano y Nathaniel la tomó con delicadeza. No hubo más palabras. El aroma de las lilas, el canto de los pájaros y el leve

temblor de sus dedos entrelazados bastaban para sellar su promesa.

***

El verano en Derbyshire parecía haberse vestido de gala para aquel día. El cielo, despejado y azul, se extendía sobre los campos bañados por el sol, y el aire cálido traía consigo el perfume de las flores silvestres. Bajo los grandes robles de Pemberley, todo estaba dispuesto para la boda de Georgiana Darcy.

Las sillas, alineadas en semicírculo, habían sido adornadas con guirnaldas de madreselva y lazos de lino. Entre los invitados se hallaban los tíos Matlock, algunos vecinos distinguidos y un reducido número de amistades cercanas, dado que los novios habían deseado una ceremonia más íntima alejada de la pomposidad de los grandes salones.

Georgiana apareció en los jardines del brazo de su hermano. Llevaba un vestido de muselina blanca, sencillo pero elegante, y en el cabello una corona de rosas pequeñas. Su paso era firme, aunque sus mejillas estaban teñidas de un leve rubor. Darcy, a su lado, caminaba con porte solemne. Jamás había parecido tan protector ni tan orgulloso.

Al llegar junto a Nathaniel, hizo una breve inclinación de cabeza.

—Cuide de ella con todo su corazón —murmuró en voz baja al entregar la mano de su hermana.

—Así lo haré —respondió Nathaniel con gravedad, aunque sus ojos, brillantes por la emoción, estaban fijos en Georgiana.

La ceremonia transcurrió con la serenidad que ambos deseaban. Cuando llegó el momento de los votos, la voz de Georgiana, que años atrás apenas se habría atrevido a elevar, sonó clara y segura. Elizabeth, entre los invitados, apretó con discreción la mano de su

esposo, conmovida por la transformación de la joven.

—Sí, quiero —pronunció ella con una convicción que llenó de ternura a todos los presentes.

—Los declaro marido y mujer —declaró el vicario haciéndose acompañar de una sonrisa.

Un viento ligero agitó las ramas de los robles y algunas flores cayeron sobre los recién casados. Georgina lo interpretó como una bendición natural y divina.

En los jardines, había mesas dispuestas con frutas frescas, pasteles, vinos y limonadas. Los niños correteaban por el césped, mientras las damas conversaban animadamente y los caballeros alzaban copas en discretos brindis. Elizabeth permanecía cerca de su cuñada, quien no había dejado de recibir felicitaciones.

—Nunca te he visto tan feliz, querida. Y créeme, la felicidad te embellece mucho más que el más fastuoso de los adornos —le susurró con afecto en un instante de calma.

Georgiana sonrió y apretó con gratitud la mano de su cuñada.

Darcy, por su parte, se mantuvo atento, observando desde cierta distancia. Aunque su semblante conservaba la seriedad habitual, sus ojos lo traicionaban: en ellos se veía el alivio de un hermano que había temido demasiado tiempo por la fragilidad de su hermana y que ahora la contemplaba erguida, segura de sí misma, y entregada a un afecto verdadero.

Al caer la tarde, se abrió el salón que daba al jardín, donde habían preparado un piano. Los invitados se reunieron alrededor y Georgiana se sentó al teclado. No tocó para complacer ni para ocultarse tras la música, sino porque era su modo de expresarse.

Nathaniel, apoyado en el marco de la puerta, la contemplaba en silencio. No apartó la vista de ella ni un instante, y en sus facciones se leía con claridad lo que muchos hombres no habrían sabido

expresar con palabras: aquel sonido, esa música nacida del alma de su esposa, era para él el tesoro más precioso del mundo.

Los invitados callaron, como hechizados, y al finalizar la pieza un aplauso cálido y sincero llenó la estancia. Los ojos de Georgiana buscaron solo a Nathaniel, y en ese intercambio silencioso se selló, más que en los votos o en la firma de un acta, la unión de sus destinos.

***

Lejos de partir a un nuevo hogar, como cabía esperar, la pareja decidió permanecer en Pemberley[1]. Nathaniel, habiendo hallado en la vasta finca un ámbito de paz y prosperidad que coincidía con sus inclinaciones, aceptó de buen grado la hospitalidad de los Darcy; pero, sobre todo, y a pesar de tratarse más de una excepción que de la regla, accedió a la voluntad de su esposa.

Elizabeth acogió esta resolución con una complacencia sincera. Siempre había deseado para Georgiana no solo la dicha conyugal, sino también la seguridad de permanecer en un entorno que le era tan querido.

Capítulo 4

Pemberley, otoño de 1816

Georgiana Ashworth aún recordaba con precisión la primera vez que cruzó la antigua capilla de piedra junto al mercado de Lambton. Iba del brazo de su esposo, y se detenía cada pocos pasos, saludando con timidez a los granjeros, a las viudas de manos agrietadas por el frío, a los niños harapientos que la miraban con curiosidad.

Al principio, la llamaban La Joven Señora Darcy. Para muchos, no era más que la hermana del hombre más poderoso del condado, pero Georgiana tenía otros planes.

Durante el primer invierno de su matrimonio, comenzó a visitar discretamente las casas más pobres del distrito, llevando cestas de pan, mantas y medicinas, con la excusa de conocer mejor a la comunidad. Lo hacía sin gran ceremonia, ni acompañada de criados. Solo con Nathaniel, o incluso sola, cubierta por una capa de lana gris.

—No puedo vivir en esta tierra —le dijo una tarde a Elizabeth— y fingir que el mundo termina en los muros de Pemberley. Mi música no servirá de nada si no alivia algo más que el silencio.

***

Primavera de 1817

Fue en la primavera del año siguiente cuando Georgiana encontró su verdadero propósito tras descubrir, durante una reunión con el vicario local, que muchas niñas campesinas no sabían leer ni escribir.

—Hay talentos ocultos entre los setos —le dijo Nathaniel—. Solo necesitan tierra fértil donde crecer.

Esa misma semana, Georgiana organizó una pequeña clase en una sala vacía del antiguo molino a la que acudieron cinco niñas de distintas edades. Comenzó a enseñarles a leer salmos y poemas sencillos, les hablaba de compositores y flores, de palabras nuevas y de la dignidad de tener una mente propia. A veces, Elizabeth también las acompañaba.

—Toda mujer debería tener derecho a pensar por sí misma—les decía—. Incluso si nadie pide su opinión.

La escuela fue creciendo de un modo casi milagroso. Pasado un año, atendía a veinte niñas que acabaron convirtiéndose en treinta. Los vecinos empezaron a enviarles también a sus hijos más pequeños. Georgiana no era una revolucionaria, pero su compasión práctica y constante se ganó el respeto hasta de los más escépticos.

***

Verano de 1818

Georgiana recibió una invitación inesperada: lady Matlock, en Londres, le escribía para pedirle que participara en una reunión benéfica de damas interesadas en promover la educación en el norte de Inglaterra.

—No soy una oradora, ni una dama influyente —dijo Georgiana al leer la carta—. Solo soy alguien que escucha.

Nathaniel, desde su escritorio, elevó la mirada y posó sus ojos negros en ella.

—Precisamente, por eso te han llamado.

En la capital, Georgiana, acompañada por su esposo, quien, como acostumbraba, la observaría en la distancia, fue recibida con cortesía, aunque con cierta condescendencia.

—Quién sea yo… no es relevante —comenzó a decir cuando tuvo el turno de palabra—. Lo importante son los nombres de las niñas que hasta hace un año solo sabían rezar de memoria. Ahora, escriben sus propios pensamientos. Y cuando una niña escribe su pensamiento, está construyendo un futuro que ya no depende del azar…

Su discurso no fue largo, pero sí honesto, sin adornos ni pretensiones.

—Ha dicho usted lo que muchas sentimos y no nos atrevemos a pronunciar —le confesó lady Beaumont, una de las damas más influyentes de Londres, cuando se acercó a felicitarla.

Al regresar a casa, Georgiana sintió que algo había cambiado. No se trataba tan solo de la forma en que la miraban los vecinos, sino de su propio reflejo, de lo que ella veía cuando se miraba en el espejo o en el agua de alguna de las fuentes.

Ya no era la joven temerosa que había llorado en secreto por el engaño de Wickham, ni la hermana menor que se escondía tras la música. Era una mujer de acción serena; una figura respetada, aunque nunca altiva; una señora de Pemberley, aunque jamás reclamara el título.

***

Pemberley, otoño de 1819

En la última reunión del año en la escuela, una niña pequeña, con trenzas desordenadas y manchas de tinta en los dedos, le entregó a Georgiana un cuaderno.

«Gracias por demostrarnos que podemos tener alas», había escrito en su interior.

En los labios de Georgiana se dibujó una sonrisa, y lo cerró con delicadeza. Al alzar la vista, supo que había encontrado su lugar, no solo como esposa, hermana o música, sino como voz de su comunidad, sembradora de semillas invisibles que algún día crecerían tan altas como los robles de Pemberley.

Capítulo 5

Pemberley, enero de 1820

El invierno había llegado con una dureza insólita. La nieve cubría los caminos, las cosechas se habían visto mermadas por las heladas tempranas, y la enfermedad empezó a propagarse por los pueblos cercanos a Lambton. No se trataba de una fiebre común, sino de un brote de tifus que afectaba sobre todo a los más pobres.

Georgiana se implicó desde el primer momento: organizó una campaña de distribución de alimentos y ropas, destinó una parte de los fondos de Pemberley a reforzar el pequeño dispensario y reconvirtió la escuela en un refugio temporal para las madres con hijos enfermos.

—No podemos cerrar las puertas cuando el frío entra por las rendijas de otras casas —dijo con firmeza al mayordomo, que al principio se mostró reticente.

Nathaniel, siempre a su lado, apoyaba cada decisión, aunque empezaba a preocuparse por el agotamiento que su esposa trataba de disimular.

—No te lo tomes tan a pecho, cariño.

—No sé hacerlo de otro modo, lo sabes —susurró.

—Ya… —La atrajo hacia él y la besó en los labios—, pero no quiero que te cueste la salud.

En cambio, no todos en el condado compartían su visión ni eran tan comprensivos como él.

Lady Agatha Ravenshaw —tía materna de Georgiana— recibió una carta anónima que no tardó en difundirse por algunos de los salones de Derbyshire.

«¿Una señora de su clase compartiendo espacios con mendigos y enfermos?, ¿exponiéndose a la enfermedad como si fuera una enfermera? Es imprudente. Es impropio. Es casi... escandaloso».

Algunas damas se excusaban con simpatía para no asistir a los eventos de caridad. El vicario, aunque agradecido por la ayuda, insinuó que era preferible preservar la dignidad del nombre Darcy, incluso en tiempos difíciles.

Georgiana sintió, por primera vez desde su infancia, el peso invisible del juicio social. No era explícito, pero se percibía en los silencios prolongados o en las miradas esquivas.

Una tarde de mediados de mes, recibió la visita de lady Matlock.

—Mi querida Georgiana —le dijo con una suavidad envenenada—, es admirable tu entrega, pero recuerda que una dama de tu posición tiene otras formas más... discretas de ayudar.

Georgiana sonrió, con una calma templada por el paso de los años, por el trabajo y la compasión.

—¿Acaso la discreción sirve a los que no tienen pan ni fuego?

***

Cuando la tragedia golpeó con fuerza llevándose a Betsy, una de las niñas más queridas por Georgiana, de ocho años, que falleció a causa del tifus, se encerró en su sala de música y no tocó una sola nota.

—No puedes salvar a todos, amor mío —le dijo Nathaniel mientras

la abrazaba con fuerza—. Pero puedes seguir siendo la razón por la que otros aún viven.

Al día siguiente, tras dejarse vencer por el dolor y después de volverse a aferrar a la esperanza, Georgiana regresó a la escuela, más pálida, más silenciosa, pero igual de decidida. Asumió el luto, pero no el silencio.

***

Fue Elizabeth, una vez más, junto a su esposo, quien se convertiría en su mayor apoyo.

—No te defiendas en susurros. Escribe. Haz que te lean —le sugirió tan observadora como siempre.

Movida por esas palabras, Georgiana redactó una carta dirigida a los vecinos del condado que fue publicada en la *Gazette* de Derbyshire.

«No actúo como una Darcy, ni como una Ashworth, sino como alguien que ha conocido el privilegio y ha comprendido que, si no se transforma en servicio, se pudre. No pretendo recibir elogios. Solo invito a que, en tiempos difíciles, nuestras casas sean menos palacios y más puentes».

La carta causó gran revuelo. Hubo quienes criticaron sus palabras duramente; pero otros —incluso antiguos opositores— empezaron a donar alimentos, mantas o libros. De todo, lo más inesperado, y lo que hizo que el corazón de Georgiana se templara, fue el paso dado por las damas jóvenes del condado, quienes comenzaron a reunirse semanalmente en la escuela para enseñar a leer a los más pequeños.

***

Cuando llegó la primavera, el tifus remitió. La comunidad, aunque marcada por las pérdidas, había aprendido a trabajar unida.

—Señora Ashworth... tenía usted razón —le dijo el vicario haciéndose acompañar de una sutil reverencia.

Georgiana paseaba por el sendero de los castaños cuando se cruzó con él. No respondió, se limitó a sonreír, serena, y continuó caminando.

Mientras el aire olía a lilas y a tierra húmeda, sintió que había sobrevivido no solo a la enfermedad de otros, sino a la más silenciosa: el miedo al juicio ajeno. Y, en lo más profundo de su alma, supo que lo peor había pasado: al sostener la dignidad de los demás, había afianzado la suya propia.

Capítulo 6

Pemberley, octubre de 1820

La casa olía a manzanas cocidas y a lavanda seca. El aire otoñal flotaba suave entre las cortinas y el fuego crepitaba bajo la gran chimenea del salón del este. Georgiana, ya muy avanzada en su embarazo, descansaba en una silla junto a la ventana, observando cómo las hojas caían sobre los caminos que conducían al bosque.

—No hay fuerza como la que nace de ser mujer —le dijo Elizabeth una mañana mientras le trenzaba el cabello—, pero no tienes por qué demostrar nada. Solo deja que la vida siga su curso y verás cómo tú también naciste para esto.

Georgiana sonrió, con una mezcla de gratitud y temor. Aunque era una mujer serena, no podía evitar el nerviosismo que acompañaba a lo desconocido.

—¿Y si no soy lo bastante fuerte? ¿Y si...?

Elizabeth la interrumpió al cogerle la mano.

—Lo serás. Lo eres ya… ¿Sabes por qué? —Negó con la cabeza—, porque lo amas antes incluso de conocerlo, y eso, mi querida cuñada, es ser madre… Lo sé porque yo también lo sentí así con cada uno de mis hijos.

***

Las contracciones comenzaron una noche sin luna. La casa se llenó de pasos apresurados, susurros en las escaleras y velas encendidas en las esquinas. Nathaniel, pálido pero sereno, no se separaba de la puerta de la habitación. Elizabeth entró con la comadrona. Darcy aguardaba junto a su cuñado.

En el interior, Georgiana respiraba con dificultad, entre el sudor, la emoción y el dolor creciente; pero cuando sus ojos se cruzaron con los de Elizabeth, encontró un ancla. Su cuñada, su amiga, la que siempre le hablaba con verdad y sin juicio, estaba allí, a su lado, y jamás la soltaría.

—Estás haciendo esto por él —le dijo—, y por ti. Cada dolor te acerca más a sus manos, a su voz, a sus ojos… Ya viene.

Fue justo al despuntar la aurora, cuando la niebla aún dormía sobre los campos de Pemberley, que se oyó el primer llanto. Se trató de un sonido breve, delicado, pero inconfundible: vida.

Georgiana rompió a llorar. Elizabeth la abrazó con cuidado, y la comadrona depositó al niño sobre su pecho. Era pequeño, cálido, de mejillas redondas y expresión serena.

Nathaniel entró, emocionado; y, al verlos, dejó escapar una exclamación apenas audible. Se acercó con reverencia y se arrodilló junto a la cama. Besó la frente de su esposa con ternura contenida.

—Es perfecto —susurró—… Como tú.

***

Más tarde, cuando Georgiana dormía, Darcy entró en la recámara.

Nathaniel le entregó al recién nacido con cuidado.

—Es tan... pequeño —susurró.

Se acercó a la cama de su hermana. Georgiana abrió los ojos al sentir su presencia. Darcy, normalmente tan reservado, la miró como

no lo hacía desde que era una niña.

—Estoy orgulloso de ti —dijo con voz grave—. De todo lo que eres.

Ella no pudo responder de inmediato. Se limitó a asentir, emocionada. Había esperado toda su vida una frase así de él. En ese instante, se sintió completa.

—Gracias, hermano —susurró.

—Y… ¿alguien me va a decir cómo se llama este hombrecito?

—Henry Fitzwilliam Ashworth… Por el hermano que me crió con amor, y el primo que me enseñó a confiar en mí misma —respondió sin titubear.

Nunca olvidaría que el coronel Fitzwilliam le prestó su consuelo tras el engaño de Wickham con falsas atenciones amorosas para quedarse con su fortuna. Tampoco, sus palabras: un error no define quién eres.

Darcy se volvió con mesura. Nadie comentaría las lágrimas que habían empañado sus ojos.

Esa noche, mientras el viento acariciaba los árboles y la chimenea crepitaba suave en la habitación, Georgiana entonó una melodía al oído de su bebé. Se trataba de una vieja canción que su madre le había cantado a ella.

Nathaniel se sentó junto a ellos y la observó en silencio. Ya no era solo su esposa: era una madre, una guía, una fuerza silenciosa en el corazón de Pemberley.

Y cuando Henry se quedó dormido, con los labios curvados en una sonrisa inconsciente, supieron que el mundo, a pesar de todo, era un lugar donde aún había cabida para los milagros.

Capítulo 7

Primavera de 1825

Cuando llegó la invitación oficial, Georgiana pensó que se trataba de un error. Como remitente figuraba la Academia para la Educación de Señoritas y Damas de Composición Literaria de Derbyshire, una institución prestigiosa y, hasta entonces, dominada por discursos dictados por clérigos y caballeros.

Sacudió la cabeza, pero no parecía tratarse de un error.

La directora, la señora Templewood —una viuda culta y enérgica— había seguido el trabajo de Georgiana durante años.

Desplegó la carta, y leyó.

> *Mi muy admirada señora Ashworth,*
>
> *Deseamos escuchar de labios de una mujer lo que la escritura, la educación y la conciencia social significan en nuestras vidas. No solo como adorno, sino como destino. Su nombre inspira a nuestras alumnas. Su voz, aunque escasa en palabras públicas, resuena con claridad. Le rogamos que acepte dar el discurso de clausura del presente curso.*
>
> *Con admiración,*
>
> *Martha Templewood.*

Georgiana aceptó, con modestia. Y luego, con determinación.

Durante semanas, escribió y corrigió, rompió hojas, cambió frases, y releyó a Mary Wollstonecraft en secreto.

La noche antes del acto, caminó sola por los jardines de Pemberley, ensayando en voz baja.

Nathaniel, que la observaba desde el umbral con Henry dormido en brazos, sonrió.

—No olvides quién eres cuando estés frente a ellas. Tú no les hablas desde un púlpito, les hablas desde el futuro que merecen —le dijo cuando se volvió a reunir con ellos.

La respuesta de Georgiana fue besar sus labios, rodearlo por la cintura y apoyar la cabeza sobre su hombro.

***

Cuando Georgiana subió al estrado, llevaba un vestido azul claro, el cabello recogido con sencillez y el manuscrito entre las manos. Su voz, clara y templada, comenzaría a recorrer el salón con serenidad y fuerza contenida.

—Cuando era niña, me enseñaron a tocar con delicadeza, a caminar en silencio, a no hablar demasiado. Me enseñaron a ser buena, pero no a pensar en mí como una creadora de cambio. Y, sin embargo, aquí estoy.

Un murmullo suave se alzó entre el público. Algunas profesoras se inclinaron hacia delante, expectantes; las jóvenes contenían la respiración.

—Durante mucho tiempo pensé que el mundo ya estaba escrito, y que a nosotras solo nos correspondía vivir en los márgenes de ese libro; pero aprendí que también podemos ser autoras de nuevas páginas. La educación no debe enseñarnos solo a obedecer, sino a cuestionar con respeto, a mirar más allá de las cortinas bordadas y

las buenas maneras, a entender que ser mujer no es una limitación, sino una forma de fuerza aún por explorar.

Su mirada recorrió la sala y se fue deteniendo en los rostros juveniles.

—Quiero que sepáis que vuestra voz tiene valor. No dejéis que os definan solo por los salones que pisáis, sino por las preguntas que os hacéis. Leed con hambre, escribid sin miedo, enseñad con paciencia. Y cuando nadie espere vuestra voz, alzadla. No para gritar, sino para construir.

El silencio era profundo, y la tensión casi podía palparse. Georgiana respiró hondo, y prosiguió con suavidad.

—Habrá quienes os digan que calléis, que vuestras ideas son demasiado atrevidas, que no conviene perturbar el orden. Pero recordad: el orden no siempre es justicia. Vuestra tarea no es solo agradar, sino comprender, crear, sembrar… Y esas semillas, aunque invisibles al principio, pueden transformar un campo entero.

Algunas jóvenes se miraban entre sí con los ojos brillantes, otras inclinaban la cabeza conmovidas. Georgiana alzó un poco más la voz, sin perder la calma.

—No tengáis miedo de equivocaros. El error es maestro más sabio que el silencio impuesto. No temáis a quienes os juzguen por ser demasiado apasionadas o demasiado independientes. Ellos temen la libertad que vosotras estáis aprendiendo a ejercer. —Se detuvo un instante para sonreír. —Yo misma, durante años, pensé que mi única voz era la música. Hoy comprendo que la vida entera puede ser música, y que cada palabra, cada acto de generosidad, cada idea compartida, es una nota en la gran sinfonía del mundo. No dejéis que nadie os convenza de que vuestra melodía carece de importancia.

El aplauso estalló, primero tímido y luego unánime, largo y

honesto. Algunas jovencitas se pusieron de pie; muchas otras, lloraban en silencio.

Desde la primera fila, Elizabeth tenía los ojos humedecidos. Aplaudía con entusiasmo al tiempo que la miraba con un orgullo fraternal, como si viera en ella el fruto de un largo florecimiento. Darcy, sentado a su lado, mantenía la seriedad que lo caracterizaba, aunque su mandíbula se relajó.

—Nuestra Georgiana ha encontrado por fin su voz —murmuró mientras se inclinaba hacia su esposa, quien asintió sin apartar la vista del estrado.

Nathaniel, de pie junto a un grupo de profesores, no aplaudía aún. Tenía la mirada fija en su esposa, con el gesto contenido de aquel que se sabe demasiado emocionado para disimularlo. Cuando al fin juntó las manos, lo hizo despacio, como si cada palmada fuese un acto de reverencia personal.

En el fondo de la sala, una joven de apenas trece años, de rostro pecoso y cofia sencilla, se secaba las lágrimas con el pañuelo. No conocía a Georgiana más que de nombre, pero aquellas palabras habían encendido en ella un fuego que no se apagaría jamás.

En medio del murmullo de abanicos, de lloros discretos y de un aplauso que se prolongaba más allá de lo que era costumbre, Georgiana comprendió que aquel no era solo un discurso: era un legado.

Capítulo 8

Pemberley, verano de 1830

El sol caía suave sobre los campos cuando el pequeño Henry Ashworth, de nueve años, corrió entre los setos del jardín para buscar a su madre. Los festejos estaban a punto de comenzar.

Georgiana lo recibió con un abrazo y se alisó la falda del vestido de lino blanco. No esperaba nada especial aquel día. En cambio, la más reparadora de las sorpresas la esperaba en los jardines principales.

Allí, bajo una pérgola decorada con rosas trepadoras, se reunían decenas de personas: damas del condado, niñas y niños de su antigua escuela, la señora Templewood con sus alumnas, el vicario, el doctor, incluso un par de diputadas locales llegadas de Londres. El centro lo ocupaba un pequeño escenario de madera adornado con lazos azules.

Elizabeth se acercó y tomó su mano.

—Georgiana..., esto es en tu honor.

—¿En mi honor? —preguntó desconcertada.

Nathaniel subió al estrado con Henry tomado de la mano.

—A veces, las personas más influyentes no aparecen en los libros de historia, sino en los cuadernos de las niñas que aprendieron a leer gracias a ellas. Este homenaje no es solo a mi esposa, sino a

una sembradora de ideas, una protectora silenciosa, una amiga del alma de este lugar. Esto, mi amada Georgiana, es para ti. —Señaló un banco de piedra recién instalado bajo el roble más antiguo del jardín que contenía una inscripción.

«A Georgiana Darcy Ashworth, cuya voz cambió más vidas que cien discursos. Madre, maestra, mujer valiente. Pemberley floreció con ella».

Georgiana, conmovida, se llevó una mano al corazón. No por vanidad, sino por el amor que sintió rodeándola. Era un amor distinto al de los bailes y los aplausos, sembrado en años de constancia, ternura y firmeza.

Elizabeth la abrazó en silencio. Darcy, que no era hombre de grandes palabras, le ofreció una reverencia.

—Has hecho más de lo que yo jamás soñé, hermana —susurró.

Y Georgiana, rodeada de sus antiguas alumnas, de su familia, de flores y de la brisa cálida del verano, sintió que la vida le había dado mucho más de lo que nunca se atrevió a soñar.

Cuando los invitados se retiraron y la casa volvió a llenarse de silencio, salió al jardín.

***

Nathaniel la encontró sentada en el banco recién inaugurado, aquel que llevaba su nombre. Se acercó despacio y, sin decir nada, se acomodó a su lado. Por un instante permanecieron en silencio, escuchando el murmullo del viento entre las ramas.

—No esperaba nada de cuanto ha pasado hoy —dijo—. Y, sin embargo, ha sido más de lo que nunca soñé.

Nathaniel tomó su mano.

—No ha sido un homenaje, Georgiana… Ha sido un espejo.

—¿Un… espejo? —sonrió.

—Sí, mi amor… Solo han querido devolverte un reflejo de todo lo que has dado.

Ella lo miró, conmovida, y lo besó en la comisura de los labios.

—¿Sabes? —murmuró—. Cuando era joven, pensé que solo podría expresarme a través del piano. Creí que la música era mi única voz.

—Y lo fue —respondió él con ternura—. Pero no era suficiente, no para alguien tan maravillosa como tú… Todos hemos escuchado tu música, y tu voz.

Georgiana apoyó la cabeza en su hombro. El jardín dormía en calma, y bajo la luna, entre el perfume de las flores y el calor de su esposo, comprendió que no necesitaba más. Ni grandes salones, ni discursos… Solo ese instante, esa mano entrelazada con la suya, y la certeza de haber encontrado en Nathaniel la nota más constante de toda su melodía.

Y allí, bajo los robles de Pemberley, continuaría su historia con un acorde sereno destinado a perdurar en la memoria de quienes la habían amado. En la vida de Georgiana, como en la música, había habido silencios y estallidos, inviernos y primaveras, pero siempre supo abrazar con gracia lo que el tiempo traía: las estaciones del corazón.

Por un suspiro

Julianne May

Nota de la autora

El siguiente relato es la historia de amor de Elizabeth Elliot, hermana mayor de la protagonista de la novela *Persuasión*.

Sé que es un personaje controversial, si así se lo puede recordar, pero, al unirme a este maravilloso proyecto, mi corazón latió con fuerza cuando pensé en dar un final feliz a esta jovencita, conocida por ser tan bella como vanidosa.

Espero que disfruten de este homenaje a Jane Austen, en el que el corazón triunfa, una vez más, en nombre del amor.

Prólogo

Bath, Camden Place, marzo de 1815

«Casada…», suspiró Elizabeth al tiempo que pensó en el volumen de honor en el que su padre, sir Walter Elliot, había inscrito con muy buena voluntad el nombre del matrimonio de Anne y el capitán Frederick Wentworth.

Miró a su alrededor y, tranquila al saber que estaba sola en la sala, se recostó sobre el diván en el que hacía más de una hora había estado sentada.

Miró el techo de la residencia, que hacía ya largos meses ocupaban, y, envuelta en una repentina ola de rabia, cerró los ojos sin molestarse en limpiar la lágrima que le rodó por una de las impolutas mejillas.

No era justo. No para ella, la más hermosa de las hermanas Elliot, la mayor, el ejemplo de dama que, estaba segura, las otras dos habían percibido como inalcanzable. Era conocida por ser el vivo reflejo del baronet Elliot, uno de los hombres más elegantes del reino —se atrevía a pensar— y el más bello de Bath, sin ninguna duda. Ella era Elizabeth Elliot, una de las señoritas más destacadas y alabadas por los caballeros, y aun así, allí estaba: sola… y soltera.

Cierto era que no envidiaba a sus hermanas por los esposos que habían conseguido. Que Mary se hubiera casado con Charles

Musgrove, heredero del hidalgo de Uppercross, había sido una sorpresa, mas si se lo hubieran propuesto a ella, estaba claro que jamás habría aceptado. Era una obviedad que la estirpe de Charles jamás habría sido suficiente para el lugar que ocupaba ella al ser la hija mayor de sir Walter. Y esto le quedaba más claro cuando pensaba en el matrimonio de su hermana menos querida. Si bien no podía negar que Anne había logrado hacerse con un buen partido —un hombre de aspecto formidable con veinticinco mil libras de fortuna no era para nada despreciable—, la realidad era que lejos habría estado la posibilidad de que un capitán como aquel hubiera podido siquiera soñar con que ella le obsequiara una mirada.

«Mucho menos un suspiro», pensó burlona, aunque con una media sonrisa repleta de amargura.

Sin embargo, no importaban las innumerables razones por las que ella jamás se hubiera fijado en esos hombres. La verdad era que ninguno de ellos, ni nadie similar, se había molestado en mostrar interés en su corazón. Y luego de la enorme decepción que le había causado el señor Elliot —su primo—, dudaba de llegar a entender a los hombres, pues no borraba de la mente el rumor que se había deslizado acerca de este. Que, al parecer, hubiera tenido la intención de casarse con Anne había sido una de las peores noticias que Elizabeth había recibido, pero que este hubiera aceptado tener bajo su protección a Penélope Clay —su querida amiga— allí, en Londres, fue la estocada final que terminó por destruirle el ego.

Todavía no comprendía cómo era que aquella viuda —con su diente sobresalido y unas pecas que ni la loción Gowland había sido capaz de eliminar— hubiera captado la atención del señor Elliot. O, mejor dicho, «hechizado», pues no se le ocurría otra idea. Y lo peor de aquel terrible giro era que, muy a su pesar, había perdido las constantes y tan necesarias adulaciones que le dedicaba la señora

Clay a ella y a su padre. Por muy conveniente que fuera tener cerca a la señorita Carteret y a lady Dalrymple —sus «primas» nobles—, resultaba un placer a medias contar con su compañía, dado que no era lo mismo seguir y adular a otros sin ser, a la vez, seguidos y adulados. Y como si aquello hubiera sido poco, que el impresionante y colorido coronel Wallis hubiera regresado a Marlborough para quedarse con su desmejorada esposa no era una cuestión menor.

Aun así, Elizabeth era muy consciente de lo agradecida que debía estar por que la vizcondesa viuda y su hija hubiesen decidido quedarse unos meses más en Laura Place. Por muy dolida que estuviera por no poder disfrutar de Londres, no era tan necia como para no comprender que quedarse en Bath era lo más sabio si de verdad aspiraba a mejorar su situación financiera. Anne ya no estaba con ellos, y las recomendaciones de lady Russell —en cuanto a moderación en gastos banales— no eran muy bien recibidas por sir Walter.

No obstante, y por fortuna, el baronet sí prestaba atención a los deseos que Elizabeth manifestaba. Y así pues, aunque ella debió tragarse el orgullo, supo que declarar a Bath como un lugar en extremo superior a los placeres que Londres pudiera ofrecer fue un sacrificio necesario, pues solo Dios sabía la perdición que significaba para su padre la ciudad de las anheladas temporadas.

Aún recostada, sin importarle las formas, inspiró profundo y exhaló el dolor.

«¿Por qué? ¿Por qué a mí?», se preguntó mentalmente y se llevó una mano al pecho.

Por muy hermosa que fuera, por mucho que hombres y mujeres hablaran acerca de su belleza, lo cierto era que su única esperanza se había desvanecido con la partida abrupta y decepcionante del señor Elliot. Y, para entonces, no solo había quedado en un ridículo

encubierto, sino también en una soledad peligrosa, rodeada de personas que le auguraban, según su percepción, un destino con cierto brillo de rango, tal vez, pero frívolo y, definitivamente, solitario.

Volvió a inspirar, preparada para otro largo y frustrante suspiro, pero la voz de su padre la interrumpió.

—¿Elizabeth? —inquirió el baronet, con una ceja alzada y ciertamente sorprendido por encontrar a la más refinada de sus hijas echada sobre unos de los divanes.

En cuanto escuchó la voz de sir Walter, abrió los ojos y, de inmediato, se incorporó hasta sentarse tal como se esperaba que lo hiciera «la señorita Elliot».

—Padre… No te esperaba. Me has sorprendido. Creí que compartirías la tarde con lady Dalrymple. —Sonrió, y sus mejillas se sonrojaron.

Sir Walter arqueó el ceño.

—Pues, si de sorpresas hablamos, encontrarte tendida como lo estabas hasta hace un momento ha sido la más destacable en lo que llevamos en Bath, Elizabeth… —Meditó por unos segundos y se corrigió antes de que su hija volviera a hablar—. Bueno, en realidad, creo que sería la tercera más sorprendente. El premio se lo lleva el matrimonio de Anne, mientras que el segundo lugar, el terrible abandono de la señora Clay.

—O la traición del señor Elliot… —susurró ella sin que se le desdibujara la sonrisa acartonada.

El baronet frunció el entrecejo.

—¿Cómo has dicho?

—Que sin lugar a dudas es un hecho, padre. —Y curvó los labios de forma aún más exagerada.

Algo confundido, él parpadeó sin cesar, mas no alcanzó a

intervenir, pues uno de los sirvientes los interrumpió.

—Correspondencia —soltó el criado al tiempo que extendió la bandeja en dirección al baronet y, de forma inesperada, agregó—: Urgente.

Al instante, tanto los ojos de Elizabeth como los de sir Walter se abrieron como pelotas de cróquet, y no tardaron en mirarse con alarma.

En un pestañeo, la mano del baronet tomó la carta y, tras romper el lacrado, desplegó el papel para hundirse en las letras de una de las compañías que más habían disfrutado desde que hubieron llegado a Bath.

Elizabeth se esforzó sobremanera por conservar la calma, mas, cuando notó cómo la expresión de su padre pasó de una alarmante a una gris y desconsoladora, la ansiedad la dominó.

—Padre… —Avanzó hasta quedar a solo unos pasos de él, pero al ver que aún no reaccionaba, insistió—: Padre, por favor, ¿qué es lo que ha ocurrido?

Sir Walter Elliot inspiró profundo y, tras exhalar la terrible emoción que lo invadió, alzó la mirada hacia su hija mayor y habló:

—La esposa del coronel Wallis… ha muerto.

Capítulo 1

Bath, Camden Place, meses después

Como si haber sacrificado la idea de quedarse en Londres no hubiese sido una de las peores decisiones de su vida, soportar el ambiente lúgubre en Bath se convirtió, para Elizabeth, en una pesadilla.

Cierto fue que la muerte de la bonita, rica y tonta señora Wallis fue impactante, pues, además de la juventud que esta gozaba, su apuesto esposo no había perdido oportunidad de mencionarles lo mucho que iba mejorando su salud. Quizá los últimos días, aquellos en los que Anne había anunciado su compromiso con el capitán Wentworth, la señora había sufrido una ligera desmejoría, mas nada mencionable, al menos para el coronel.

No obstante, la partida a mejor mundo de una de las señoras más bellas de Bath, según sir Walter —quien no dejaba de contar horrorizado la superioridad en cantidad de rostros poco agradables respecto de los hermosos en aquella ciudad—, había impactado de un modo tan abrumador al baronet que, en cuanto surgía cualquier tipo de conversación, este se las ingeniaba para acabar concluyendo que, de haber estado allí la señora Wallis, el ambiente habría sido uno mucho más feliz.

Elizabeth no estaba segura de ello —lo poco que en realidad

sabían de la esposa de Wallis había sido a través de él u otras amistades—, pero lo que sí era una certeza era que la ausencia del coronel, con sus atenciones y halagos constantes, había marcado una gran diferencia en los últimos meses. Tanto que lady Dalrymple y la señorita Carteret ya les habían anunciado a ella y al baronet sus intenciones de marcharse de Laura Place en lo breve. Y Elizabeth no las culpaba. El coronel no solo era un experto a la hora de animar los ambientes, sino que también era un digno ejemplo de belleza masculina que no solo ellas, sino también los hombres, disfrutaban al contar con su compañía.

Aun así, fue evidente que las circunstancias dominaron al pobre coronel. La situación entre Francia y el reino, sumado a la pérdida de la señora Wallis, lo envolvió en un estado frío, solitario y bastante parco si se recordaba la personalidad colorida de tiempo atrás, cuando había sido presentado.

Los primeros días, tras la pérdida, fueron terribles para el coronel, pero ni Elizabeth ni nadie de su círculo más cercano fue capaz de descifrar lo que ocurrió luego, pues, al cabo de una semana, sin siquiera despedirse, partió de Bath. Solo gracias a los rumores que una tal señora Rooke deslizó entre los sirvientes —aquella mujer que, al parecer había estado a cargo del cuidado de la señora Wallis —, Elizabeth se enteró de que el coronel había marchado directo a Londres, entre otras cuestiones, por asuntos militares. Luego no hubo más noticias… hasta esa tarde.

—¡Elizabeth! ¡Elizabeth! —clamó sir Walter al entrar en la sala de música donde su hija mayor tocaba en el piano una desoladora melodía sin nombre.

De inmediato, ella cesó la música y giró el rostro hacia su padre, cuya expresión de asombro le heló la sangre.

—Oh, no… ¿Otra desgracia? Por favor, no, padre. No podría

soportarlo. Ni eso ni más detalles de la victoria de Wellington sobre Napoleón.

Al instante, la enérgica sonrisa del baronet provocó que Elizabeth suspirara del alivio.

—¡Claro que no! Y hasta me atrevo a pensar que bailarás de la alegría cuando te enteres.

Ella entrecerró la vista.

—Si la noticia es que lady Dalrymple y su hija nos acompañarán hoy por la noche, creo que dejaré el baile de la alegría para otra ocasión —soltó cortés y con una sonrisa que intentó, inútilmente, ocultar el hastío y la decepción.

—Bueno, aunque es cierto que cenaremos con las primas, la noticia es mucho más alentadora. —Sonrió y la miró con picardía.

—¿Alentadora? —Elizabeth frunció el ceño y clavó la cristalina mirada en la idéntica de su padre—. ¿Acaso… se trata del señor Elliot? —inquirió insegura, medio confundida.

El baronet chasqueó la lengua. El último nombre que quería escuchar era el de su sobrino William Elliot, aunque tampoco el de la nueva esposa de este, la mujer que para ellos siempre sería Penélope Clay.

—Si así fuera, lejos estaría de demostrar esta dicha, Elizabeth. —Disgustado, sacudió la cabeza y, tras suspirar, retomó la palabra con una renovada sonrisa—. Se trata del coronel Wallis. Ha regresado y vendrá a Camden Place esta misma noche.

Fue un instante. Uno muy breve en el que, sin percatarse, Elizabeth esbozó una real aunque tímida sonrisa.

—El coronel Wallis… —susurró y, pensativa, perdió la vista en las teclas del piano.

No supo por qué, pero, a pesar de que este hubiera desaparecido de un momento a otro sin siquiera despedirse, saber que estaba de

regreso le provocó una extraña dicha.

—El mismo, querida. Eso sí: debido a que ha regresado junto con un primo, me he visto en la cortés obligación de invitar también a su compañía —expresó con un tono de preocupación—. No he logrado descubrir mucho de este pariente que lo escolta, pero, al enterarme de que el coronel había regresado y que las primas vendrían esta noche, concluí que era necesario y urgente invitarlo, pues sabemos lo mucho que ellas disfrutan de la compañía del coronel, ¿no crees?

Se hizo un breve silencio. Elizabeth aún pensaba en el apuesto Wallis, ese hombre que, a pesar de las circunstancias, de seguro sería el mismo de meses atrás.

Sin embargo, cuando el baronet carraspeó, pues la espera de la respuesta comenzaba a tornársele eterna, ella parpadeó varias veces y regresó a la realidad para, con renovado entusiasmo, cerrar la conversación.

—En efecto, padre. En efecto. —Y sonrió sin poder evitar la rojez en sus mejillas.

Capítulo 2

En cuanto Elizabeth recibió la noticia por parte de su padre, hizo un gran esfuerzo para disimular la emoción. Pero allí, en sus habitaciones, sola y a pocas horas de una noche que parecía renovarle las esperanzas, se sentía libre. De hecho, como nunca desde que había llegado a Bath.

Veloz, se sentó frente al tocador y, tras suspirar, sonrió de forma completa.

Estaba mal, lo sabía. Hacía unos pocos meses que el coronel Wallis había perdido a su esposa, esa mujer de la que tanto él les había hablado y que, gracias a ello, el propio sir Walter había quedado encantado.

Estaba mal, no había dudas. ¿Acaso no había sido obvio el dolor del coronel? Más aún: su partida abrupta, sin despedidas, ¿no había sido un indicio claro de lo que aquella dama significaba para Wallis?

Quizá para cualquier otra mujer sí habrían sido cuestiones más que suficientes para hacer a un lado la idea de verlo como un hombre soltero y libre, pero no para Elizabeth. Por muy indebido que fuera posar la mirada en un hombre viudo y dolido hasta los huesos, por más que aquella actitud no fuera algo esperable en una dama como ella, la mayor de las Elliot no podía evitarlo.

No era una novedad lo mucho que a Elizabeth le agradaban las

atenciones y halagos, y el coronel no tardó en descubrirlo en cuanto la conoció. Incluso, el comportamiento que había tenido con ella en el concierto que se había celebrado en el Cuarto Octogonal había sido realmente inolvidable para la hija de sir Walter. Y, aunque él jamás hubiera cruzado los límites de la prudencia, lo cierto era que una conducta tan complaciente por parte de un hombre hacia una mujer como ella no era un detalle que mereciera ser ignorado.

Se observó en el espejo, detuvo la mirada en unas imperceptibles líneas que le rodeaban los cristalinos ojos y suspiró con angustia.

Tanto tiempo aguardando por el partido ideal… Tantas esperanzas puestas en el traidor señor Elliot y ¿para qué? ¿Para terminar siendo vista como una distinguida pero pobre mujer que nunca conocería el amor?

Sí, quizá estuviera mal, pero su corazón sediento por ser correspondido le decía que no, que la vida era demasiado corta para vivir suspirando y deseando lo que otros —como sus hermanas— tenían.

Inspiró profundo y, con ello, se hizo con la valentía suficiente para dejar de pensar lo que la razón le reclamaba sin cesar.

Se puso en pie y, tras escoger el atuendo ideal para esa noche, sonrió complacida.

***

«Dios mío», pensó Elizabeth en cuanto vio a la hija de lady Dalrymple.

Aunque estuviera más que acostumbrada a las presencias de sus familiares, allí en el salón de Camden Place, lo cierto fue que no pudo evitar sentirse en extremo amenazada cuando, por primera vez, notó a la desabrida y descuidada señorita Carteret enfundada

con un atuendo que, por poco, la deja sin aliento.

¿Era cierto? ¿Cómo era que, de la noche a la mañana, aquella joven, que la mayoría consideraba del grupo de los rostros para nada agradables, luciera como una dignísima hija de vizcondes?

Observó el delicado vestido de satén celeste cielo y suspiró al notar que combinada de forma perfecta con el cabello castaño y los zafiros que —no le cabía la menor duda— lucía por primera vez.

Elizabeth inspiró profundo y, tras mirar parte de su propio atuendo, exhaló con suavidad para no levantar sospechas.

¿Sería suficiente el vestido de fina seda rosa? ¿Acaso el collar de perlas que su madre le había obsequiado antes de morir sería poco vistoso? ¡Cielos!

En cuanto al atuendo, entendía que era más que apropiado; de hecho, era el indicado. La piel de porcelana destacaba con el color elegido, y los vistos dorados del corpiño armonizaban con el tono de su cabello perfectamente recogido en la coronilla. No obstante, en cuanto al accesorio no estaba mal, pero no la convencía, además de que ya era muy tarde para cambiar de parecer.

Acarició cada una de las cuentas del collar, maldiciendo por dentro haberse dejado llevar por sentimentalismos en lugar de haber escuchado su habitual buen juicio sobre la moda, que la habría inclinado por la delicada joya de diamantes, y suspiró.

—Percibo cierta mortificación de su parte, señorita Elliot —soltó, de pronto, lady Dalrymple. Con su mentón típicamente alzado allá donde mirara, la observó de arriba abajo hasta que detuvo la vista en los ojos ansiosos de la hija sir Walter—. ¿Acaso está usted aquí solo por recomendación de su padre?

Elizabeth tragó saliva y, de inmediato, dejó de tocarse el collar. Era clave llamarse a la calma, pues las primas apenas habían arribado y todavía faltaban los invitados principales para esa velada. Mientras la

hija de la vizcondesa conversaba con sir Walter cerca de la ventana que daba al frente de Camden Place, ellas, en la otra punta del salón, permanecían sentadas en uno de los sillones a la espera de la llegada del coronel y su primo.

—Mi padre jamás se cansaría de recomendarme su compañía y la de la señorita Carteret, lady Dalrymple. Aun así, él nunca perdería el tiempo con esa sugerencia. No conmigo, pues es una obviedad lo mucho que disfruto de sus presencias. —Curvó los labios con elegancia.

Aunque de forma efímera, la vizcondesa viuda sonrió de lado.

—Es bueno saberlo, aunque no deja de resultarme preocupante el estado de sus nervios. Pocas veces he visto una jovencita como usted alterarse tanto con su collar… Aunque quizá no sea precisamente eso lo que la angustia.

Nerviosa, Elizabeth sonrió fugaz.

—¿Qué mujer no sufre de los nervios cuando de moda se trata? —replicó tratando de parecer más tranquila.

La vizcondesa alzó una ceja.

—Reconozco que lo que dice es un buen punto. Una verdadera dama, más aún, de la estirpe de nuestra familia, jamás podría permitirse ignorar lo último que dicta la moda. —Le echó un veloz vistazo—. Sin embargo, cuando se trata de una mujer como usted, esta materia no debería ser de preocupación. A menos que… —Frunció los labios, con la mirada fija en la hija de sir Walter, y continuó—: A menos que el nerviosismo se deba a una de las visitas.

Un escalofrío recorrió la espalda de Elizabeth al tiempo que tragó saliva por enésima vez. Si no había dudas de la perspicacia de la vizcondesa, con aquella extraña conversación y la renovada imagen de la señorita Carteret, la razón la llevó a cuestionarse si los intereses de ambas marchaban en la misma dirección. No obstante,

por su bien y por el de su padre, replicaría tal como la intuición le indicaba que era lo más conveniente.

—Es usted muy sabia, lady Dalrymple. Y, aunque le agradezco el halago por mi sentido de estética, lo cierto es que tiene usted razón. Para mí, si hay una cuestión en lo que la moda sirve sin igual, es en las impresiones que se dejan en los otros. Por lo tanto, me ha descubierto: ¿cómo se sentiría en mi lugar frente a una visita tan importante como lo es usted o la señorita Carteret?

La vizcondesa entrecerró los ojos al tiempo que sonrió con un atisbo de astucia. No podía negar que lo que tenía de hermosa la hija de sir Walter lo tenía de vanidosa, pero también de perspicaz. Y sin lugar a dudas que su intención era continuar conversando, mas la llegada de las visitas tan esperadas obstaculizó el plan.

—¡Coronel Wallis! —casi exclamó sir Walter, quien, olvidándose por completo de la hija de la vizcondesa, no tardó en aproximarse a los nuevos invitados.

Elizabeth apenas escuchó las presentaciones, pues sus ojos, en contra de su férrea voluntad, se dirigieron al coronel para quedarse prendados de su imponente figura.

¿Cómo era que algunas mujeres consideraban una desventaja aquel cabello color arena? Para ella, que era una erudita en materia de belleza, no le cabía la menor duda de que aquel tono no hacía más que destacar la masculina y marcada figura del coronel. Observó la sonrisa, adornada por unos hoyuelos que, de inmediato, se le antojaron tentadores y se sonrojó, aunque nada pudo hacer para disimularlo, pues, al instante, sir Walter la despertó del ensueño.

—Y de seguro recordará a mi querida Elizabeth, ¿verdad, coronel?

Wallis, con la mirada fija y penetrante, se aproximó a ella, y sin quitarle un ojo de encima, se inclinó.

—Sería imposible olvidarla, señorita Elliot… —Se irguió para mirarla con más intensidad.

Las mejillas de Elizabeth se encendieron de forma feroz, pero justo cuando se disponía a emitir una notoria exhalación, un carraspeo —odioso y hasta inapropiado para ella— cortó el abrasador momento.

Al instante, y parpadeando varias veces, el coronel se hizo a un lado y, tras dar paso a su primo, lo anunció.

—Oh, sí. Déjeme presentarle a mi primo, el… señor James Parker —soltó, aunque con un dejo de desgano que, por fortuna, solo Elizabeth percibió.

El hombre, tan alto y fornido como el coronel, se aproximó a ella y, aunque su semblante estaba muy lejos de ser uno risueño, la mirada fría y celeste hielo de él impulsó al corazón de Elizabeth a una peligrosa seguidilla de latidos salvajes.

—Es un placer conocerla, señorita Elliot. —Se inclinó.

Y cuando el caballero volvió a erguirse para hundir, una vez más, la vista en la de ella, Elizabeth, en contra de su juicio, suspiró.

Capítulo 3

En lo que duró la cena, las miradas furtivas e intensas solo pasaron desapercibidas para sir Walter que, enfrascado en contar lo mucho que había disfrutado una cena en casa de los Howard, no fue capaz de notar cómo la señorita Carteret y, en menor medida, su hija observaban al magnífico coronel Wallis.

Claro que Elizabeth no lo hizo tanto como le hubiera gustado, pues, todo lo que había imaginado hablar y preguntar esa noche quedó en el mundo de las ideas gracias a la mirada más fría que hasta entonces hubiera conocido.

«Señor Parker…», pensó con rabia y suspiró, sentada en un sillón en el salón donde la señorita Carteret —escoltada a un lado por el coronel Wallis y, por el otro, por la vizcondesa— tocaba una alegre melodía en el piano. Y aunque la furia de ver aquel trío muy feliz era inmensa, más la enardecía no comprender la reacción de su corazón en las presentaciones. ¿Cuándo un hombre le había dado tanto miedo? Nunca. O quizá hubiera sido sorpresa, pues ¿quién habría esperado una expresión tan helada como la del primo del coronel?

Elizabeth alzó la vista hacia el señor Parker —que, de perfil, estaba sentado cerca de ella, escuchando al animado baronet— y lo observó de forma estudiada.

Aunque debía reconocer que poseía un cuerpo tan fornido como el

del primo, el cabello, lejos de parecerse al del coronel Wallis, era tan oscuro como la noche y resaltaba la piel nívea. De mandíbula cuadrada y regia, se podía señalar que no tenía hoyuelos que lucir o, al menos, hasta entonces eran inexistentes dado que todavía no había sonreído. Aun así, hasta entonces, y haciendo honor a su honestidad estricta en materia de belleza, ella no podía encontrar un solo rasgo que ubicara al señor Parker en la lista de «personas poco agradables» de su padre, lo que resultaba un punto a favor del coronel respecto de las conexiones que sir Walter, sin duda, tendría en cuenta.

Sin embargo, Elizabeth no podía negar que había un detalle en ese hombre que aún la perturbaba y, cuando centró la vista en la mirada de hielo, él, como si hubiera sentido los ojos de ella sumergirse en los suyos, se enfocó en la hija mayor del baronet.

Como si un relámpago la hubiera atravesado, sintió el impacto eléctrico en el nuevo galope de su corazón que la obligó a bajar la mirada de forma inmediata.

Las mejillas se le encendieron y la respiración se le agitó al punto de que se tornó casi imposible disimular. Pero, tras cerrar los ojos por un breve momento, inspiró profundo y ordenó a la razón tomar las riendas de su cuerpo.

¿Qué era lo que le ocurría? No lo sabía, pero de lo que sí estaba segura era de que lo detestaba. Con toda el alma, lo detestaba, y si había un deseo que en ese instante deseaba cumplir era tener a aquel hombre lo más lejos posible. Sin embargo, sería difícil escapar de él si de verdad le interesaba el coronel Wallis.

—¿Y qué piensa usted, señorita Elliot?

Los ojos de Elizabeth se abrieron como platos de postre cuando la mirada fría y penetrante de él se clavó en ella. Y claro, por mucho que intentó no reaccionar, la inspiración repentina no pasó

desapercibida por el primo del coronel.

—Disculpe, señor Parker. Estaba tan enfrascada en la melodía de la señorita Carteret que no alcancé a escuchar su pregunta —replicó veloz, y bajó la vista para evitar que la agitación terminara por tornarse evidente hasta para su padre.

James alzó una ceja y contuvo la sonrisa.

—Junto con sir Walter nos preguntábamos si viajar y conocer el mundo es efectivamente bueno para la salud.

Medio confundida, medio sorprendida, Elizabeth miró al baronet, pero este, con la vista entrecerrada, no emitió una sola palabra ante la expresión de ella, pues ya había fijado los ojos en el trío que, alegre, disfrutaba del piano.

Era evidente que su padre no estaba tan interesado en la conversación, por lo que Elizabeth no tenía opción: tendría que responder pensando más de la cuenta.

—Bueno, la verdad es que no me he detenido a reflexionar ese tipo de asuntos, señor Parker. Pero, pensando en la delicadeza de la piel, no creo que viajar en demasía sea lo más sano para nadie, pero mucho menos para una mujer. De hecho, creo que nadie con buen juicio, a menos que se viera en la obligación de hacerlo, optaría por una vida de viajes.

—Es cierto; no lo había tenido en cuenta. Desde esa perspectiva, las pieles delicadas podrían sufrir más de lo imaginado, lo que restaría en términos de salud… o de belleza, por lo que entiendo usted se refiere.

No supo por qué, pero la respuesta le resultó ciertamente arrogante, y como poco le importaba el señor Parker, no se privaría de replicar.

—¿Belleza, ha dicho? —Sonrió con desdén.

Él, seguro de sí mismo, asintió.

—Sí, he dicho «belleza» porque entiendo que usted solo se niega a viajar por miedo a que su piel se vea afectada, es decir, por temor a que sufra más rojeces de lo esperado.

Elizabeth alzó una ceja, como él minutos atrás.

—¿Y no es esa una forma de preocuparse por la salud?

James sonrió.

—No he visto un solo caso en el que una persona viera perjudicada su salud por exponerse un poco a la luz del día, señorita Elliot. De hecho, hasta me atrevo a confirmar que he visto más sonrisas y vidas felices bajo el sol que en personas encerradas tratando de mantener su cutis inalterable.

Ella no pudo evitar expresar el disgusto en una mueca seguida de palabras que destilarían el enorme prejuicio y la fuerte vanidad que la dominaban.

—Estimo que semejante seguridad solo puede provenir de personas obligadas a viajar y a sufrir de la vida exterior, como cierto tipo de vendedores, o de amantes por una vida libre, sin rumbo, cuyo disfrute radica en la incertidumbre de su próxima travesía. Sin dudas, palabras muy lejanas a las nuestras y con las que mi padre o yo difícilmente podríamos estar de acuerdo, señor Parker.

Él curvó los labios de lado.

—Lo que pueda pensar un vendedor o un viajero pasional no es una cuestión de la que yo pueda hablar, señorita Elliot, aunque sería muy interesante dar con alguno para saberlo. Y si vale de algo la aclaración, mi opinión solo fue hecha desde la humilde formación que he recibido como médico. No obstante, no deseo molestarla más. —Se puso en pie y, tras sumergir la helada vista una vez más en la de ella, finalizó—: Tiene una larga velada que disfrutar. De hecho, jamás me perdonaría privarla de seguir *suspirando*… —resaltó, y apuntó hacia donde aún se divertían el coronel Wallis, lady

Dalrymple y la señorita Carteret—. Es evidente que ama las melodías interpretadas por su prima. —Y sonrió, aunque con una pizca de ofensa que Elizabeth enseguida detectó.

Le hubiera encantado replicar y tener, como casi siempre, la última palabra, pero el señor Parker no se lo permitió, pues, con toda la elegancia y la seguridad que lo envolvían, se despidió con una gentil y veloz inclinación para marchar hacia la zona del piano, donde el trío más ameno de la noche lo recibiría con mejores ánimos.

Capítulo 4

«Un médico…», pensó Elizabeth, aún rabiosa, mientras caminaba por la calle Belmont con su padre, que hablaba sin cesar, pero al que ella apenas oía.

Habían pasado varios días desde la velada en la que habían recibido al coronel Wallis, la que, gracias al señor Parker, no había podido disfrutar. Lejos había quedado la fantasía de conversar con el coronel. Lejos había quedado la posibilidad de obsequiarle más suspiros o mejillas sonrojadas. Y todo por culpa del señor Parker… y de la señorita Carteret, por supuesto.

Por un lado, el molesto primo de Wallis había entretenido durante tanto tiempo a sir Walter que ella, en un acto de cortesía, se vio obligada a quedarse con ellos. Pero como si tal incomodidad hubiera sido poco, la hija de la vizcondesa viuda no había perdido tiempo y había dejado más que claras sus intenciones con el coronel. Intenciones aprobadas de forma evidente por lady Dalrymple. Ambas damas no se habían privado de pasar la noche sonriendo de forma completamente descarada al pobre viudo —como si este jamás hubiera estado casado ni hubiera perdido a su esposa pocos meses atrás—. Y que el señor Parker la hubiera entretenido en una conversación —por demás de aburrida para ella— la había privado de la mínima posibilidad de hablar o de acercarse al coronel, pues,

en cuanto James se puso en pie y conversó un poco con el trío, no pasaron más de unos minutos que ambos caballeros se excusaron y, tras agradecer la velada, se marcharon juntos de Camden Place.

—Un simple médico… —susurró destilando la rabia.

—¿Al señor Parker te refieres? —inquirió, de pronto, sir Walter.

Sorprendida porque la hubiera oído, Elizabeth parpadeó varias veces ante la pregunta.

—Sí, por lo que ha dicho, es médico, ¿verdad?

El baronet se encogió de hombros.

—Sí, creo que sí, aunque tampoco me interesa mucho. No es que pueda mencionar alguna inconveniencia respecto del señor Parker, pero, para ser honesto, esperaba mucho más, tratándose el coronel Wallis de un caballero tan distinguido. —Horrorizado, observó una pareja que pasó al lado de ellos y suspiró—. Y más aún al ver que la lista de rostros poco agraciados crece de forma alarmante.

—Coincido, padre, aunque reconozco que es un hombre bien parecido.

—No lo niego, aunque su rango deje bastante que desear, ¿no crees?

Elizabeth suspiró. No sabía muy bien por qué, pero las exigencias del baronet comenzaban a angustiarla más de lo imaginado. No distinguía si la razón era por la edad que, de a poco, la abrumaba, o por los resultados poco deseables —como la soledad— que había cosechado a raíz de la postura que, al parecer, debía de tener por su estirpe.

—Cierto, no puede decirse mucho de su rango… Aun así, pienso que no sería lo más preocupante —se animó. La verdad era que necesitaba saber lo que su padre opinaba acerca del coronel y su situación.

Sir Walter frunció el ceño.

—¿A qué te refieres? ¿Acaso sabes de la existencia de otro familiar del coronel que pudiera decepcionarnos? Porque, si es así, no estoy preparado. Con el señor Parker es más que suficiente.

—No precisamente. Pero sí me preocupan las primas. No quiero sonar alarmante, pero creo que ha sido clara la postura de la señorita Carteret. No se ha privado de mostrar lo mucho que a ella y a la vizcondesa les ha *alegrado* el regreso del coronel.

Sir Walter inspiró profundo y exhaló, aunque con calma, lo que Elizabeth tradujo como una buena señal.

—Cierto es que apenas ha perdido a la señora Wallis… —Hizo una breve pausa y continuó—: Pero igual de certero es que el coronel es un hombre que derrocha juventud y vida allí donde se haga presente. Una naturaleza tan enriquecedora no puede dejarse marchitar por la tristeza de un luto que, estoy seguro, hasta la señora Wallis odiaría. Además, se trata de un caballero que sirve de forma noble a nuestro reino. Y, aunque no sea agradable pensarlo, creo que sí es fundamental tener en cuenta lo efímero de la felicidad. Nunca se sabe cuándo pueda surgir una nueva guerra, y por ende, cualquiera con buen juicio entendería que el tiempo para un hombre como él es oro puro y debe aprovecharlo para alimentar su felicidad. —Se hizo un breve silencio en el que Elizabeth se sintió impactada por las palabras de su padre hasta que este agregó—: Y claro, no es un tema menor el de su fortuna. Si no la disfruta ahora, junto con una buena esposa que incremente su alegría, ¿cuándo lo hará, Elizabeth?

La hija del baronet sonrió. No habría sido sir Walter sin esa última aclaración con la que, por supuesto, estaba completamente de acuerdo. Aunque era claro que no dejaría de despejar sus dudas.

—Comprendo. Y entiendo que también es evidente para ti que la señorita Carteret es la mejor compañía para él —soltó justo cuando

llegaron a la puerta de su residencia y un sirviente abrió.

Él, perspicaz, sonrió de lado.

—Estoy seguro de que la hija de la vizcondesa sería una gran compañía para el coronel, y todo el mundo vería con buenos ojos esa boda. —Elizabeth sintió una ola de desolación hasta que su padre volvió a hablar—: Pero me temo que no se compararía con una unión con una dama como tú, hija. Eso sí que sería la mejor noticia de estos tiempos en Bath. —Curvó los labios de oreja a oreja y entró para que lo asistieran como de costumbre.

Tratando de contener la alegría por la aprobación por parte de su padre, lo siguió hasta llegar al vestíbulo de Camden Place, donde un criado le entregó a este la correspondencia. No obstante, cuando se enfocó en el entusiasmado baronet, los ojos cristalinos de ella se iluminaron aún más.

—Y creo que, en breve, tendrás una gran oportunidad, Elizabeth.

Sir Walter le entregó la invitación, y ella, tras leerla, no pudo evitar la emoción. Los Howard harían un nuevo baile y era una certeza que, por el aprecio que estos también sentían por el coronel, contarían con su especial presencia.

De inmediato, Elizabeth pensó en su collar de diamantes. Esta vez, daría lo mejor de ella. Sabía lo mucho que él se fijaba en cuestiones de moda y, tal como lo había expresado su padre, sin dudas, sería un momento clave en su vida, pues, al fin, su camino podría inclinarse hacia un destino diferente al de la fría e incierta soledad.

Capítulo 5

Elizabeth se giró una vez y luego otra para asegurarse de que el vuelo de su hermoso vestido de satén blanco se moviera con la naturalidad que solo las telas más costosas tenían. Luego volvió a sentarse frente al espejo del tocador y verificó que el maquillaje, sutil pero fundamental que le había puesto la doncella, estuviera tan perfecto como lo había percibido la primera vez. Y, cuando detuvo la mirada en la fina gargantilla de diamantes, la sonrisa que brotó de sus labios fue de tanta satisfacción que hasta le dolieron las mejillas.

Estaba perfecta, como la más hermosa y digna hija de un baronet. Como la más bella de las hermanas Elliot. Y esa noche, sin duda alguna, todo Bath lo confirmaría. Mejor aún: estaba segura de que su estimado coronel Wallis sería el primero en reconocer semejante verdad. Además, por muy bella que fuera, lo cierto era que haberse enterado ese mismo día de que la señorita Carteret no asistiría por encontrarse la vizcondesa viuda afectada de salud la motivaba sobremanera. El coronel tendría solo ojos para ella.

Se acomodó la delicada tiara —que combinaba con la joya que le decoraba el cuello de cisne— y suspiró de la emoción de solo imaginarse en la residencia de los Howard, una fantasía que habría disfrutado por un rato más, de no haber sido por un llamado a la puerta que la descolocó.

—Adelante —respondió, y así la doncella que la había asistido minutos atrás ingresó a las habitaciones.

—Disculpe, señorita Elliot, pero debido a que se estaba arreglando para el baile, me han solicitado que le acerque esta misiva —mintió la joven. Bajo ningún concepto confesaría las monedas que le habían cedido para que se animara a semejante favor.

Elizabeth frunció el entrecejo.

—¿Misiva?

La criada asintió y, tras entregarle el papel, se despidió con una gentil venia.

La hija de sir Walter, completamente asombrada por recibir un mensaje personal, no esperó más y desdobló la carta de inmediato.

Estimada señorita Elliot:

Sé que es una completa locura que le escriba, pero no quería perder la oportunidad para expresarle lo mucho que ansío verla hoy en el baile de los Howard.

Sin más intenciones que confesarle mi anhelo —y rogando por que no tome esta misiva como una impertinencia—, me despido con la ilusión de verla esta noche.

Y, por supuesto, mantendré la esperanza de hacer realidad la desquiciada fantasía de que me conceda una pieza.

R.W

El corazón de Elizabeth estalló como una estampida de caballos cimarrones.

No había dudas; era un mensaje del coronel Wallis. Y, aunque habría imaginado casi cualquier cosa del animado caballero, que se hubiera impulsado a escribirle de esa manera le supo tan atrevido como excitante. En cualquier otro momento, le habría resultado una

conducta réproba y hasta escandalosa. No obstante, para ese entonces, su corazón estaba listo para aventurarse y, por lo que conocía del coronel, entendía que era un caballero con el que podía permitirse ciertas licencias.

Se miró en el espejo, inspiró profundo y exhaló. Semejante declaración le daba la oportunidad que tanto había esperado. Y, desde ya, no la dejaría escapar.

***

Aunque los Howard no tuvieran título del que vanagloriarse, el lazo que conservaban con las mejores familias nobles los había vuelto, bajo la perspectiva de sir Walter, en una conexión en extremo agradable. Lo mismo pensaba Elizabeth que, ni bien entró en la residencia, más entusiasmada de lo habitual, buscó con la mirada al coronel Wallis.

Desde ya, fue capaz de contener la ansiedad lo suficiente como para soportar las presentaciones y saludos correspondientes. Y la emoción por disfrutar de lo que creyó que sería la mejor velada de su vida le dio la paciencia necesaria para escuchar por más de un cuarto de hora a la hija de los Howard, una mujer soltera sin perspectivas serias de matrimonio.

Pero entonces, cuando pensó que no podría escapar de aquella conversación sin sentido, lo vio.

Aunque aún estaba a una considerable distancia de él, no tardó en concluir que el coronel realmente lucía formidable; y su expresión, tan risueña y atractiva como siempre. Clavó la mirada en los ojos de él, con la intención de que este le respondiera con la misma urgencia e intensidad, pero cuando creyó que el coronel se dispondría a girar el rostro en su dirección, otra imponente figura la

distrajo.

El tiempo se detuvo.

Contempló la altura, la presencia y la firmeza de la postura del caballero, y suspiró. Suspiró en contra de su razón que, insistente, le reclamaba que regresara los ojos al coronel Wallis. Pero no. Como si una mezcla entre curiosidad y magnetismo la hubiera dominado, sostuvo la vista en el irritante señor Parker. ¿Qué tenía de particular? No sabía decirlo, pero la oscuridad del cabello y la elegancia y la seriedad con las que se movía le resultaban en extremo hechizadores.

Dudó, pero observarlo ya no fue una opción, sino una exigencia que no entendía de dónde provenía. Y entonces, al sumergirse en el paisaje helado que eran sus ojos, el corazón le estalló de forma salvaje cuando James Parker se hundió en la mirada de ella con la misma intensidad.

Fueron solo unos segundos, pero para Elizabeth duraron una eternidad. Una eternidad que le envolvió el cuerpo en una deliciosa ansiedad por tenerlo más cerca, incluso en contra de su juicio. Una eternidad que, por los acelerados latidos de su corazón, no quería que en realidad terminase.

Para su fortuna, la razón dio batalla, por lo que retrocedió un paso al tiempo que tragó saliva. Y, tras lograr cerrar los ojos, al fin fue capaz de cortar el maléfico hechizo. Se dio media vuelta y marchó a paso veloz hacia una de las mesas, donde esperó que una limonada le refrescara las ideas, aunque lejos estaría de lograrlo…

—¿Se encuentra bien, señorita Elliot? Parece muy alterada.

De inmediato, Elizabeth miró a la mujer que le había hablado y abrió los ojos como pelotas de cróquet.

—¿Lady Dalrymple? —Sorprendida, parpadeó varias veces hasta que regresó la vista a la vizcondesa—. Pensé que no se encontraba

bien y que…

—Oh, no fue nada —la interrumpió—. Solo un resfrío pasajero, una tontería que no permitiría que le arruinara a mi hija la posibilidad de disfrutar… *el baile* —resaltó con media sonrisa. Y enseguida enfocó la mirada hacia donde estaba el coronel Wallis.

Elizabeth sonrió de forma efímera y, con estudiada elegancia, se giró para mirar en la misma dirección.

Un escalofrío le recorrió la espalda cuando descubrió a la señorita Carteret vestida con un exquisito sentido de la moda. Y, al parecer, no solo la había sorprendido a ella, sino también —y para su infortunio— al coronel, que le hablaba de forma muy animada sin quitarle la vista de encima. Aun así, peor fue cuando, al oírse los instrumentos prepararse para una danza, notó cómo él le solicitaba una pieza a la hija de lady Dalrymple.

Despacio, y tratando de que su rostro no expresara la angustia que la invadió, Elizabeth volvió a girarse y, tras curvar los labios de manera acartonada, se despidió de la vizcondesa para huir, cuanto antes, hacia una de las terrazas.

El corazón le latía de forma desbocada, como nunca en la vida. Y las imágenes de aquellos dos, sonrientes, la desesperaron al punto de provocar que una lágrima le rodara, rebelde, por una de las mejillas. Y entonces, cuando estuvo a pasos de salir por una de las puertaventanas, una magnífica figura masculina se interpuso en su camino de manera inesperada.

—Señorita Elliot, ¿se encuentra usted bien?

No quería alzar la vista y que él, justo él, descubriera la amargura y la decepción que la dominaban. Pero no pudo evitarlo. Por muy fríos que fueran aquellos ojos, por muy irritante que fuera la presencia del señor Parker, Elizabeth no logró hacer a un lado el hechizo de aquella voz grave y profunda. Y así, incapaz de ocultar lo

que sentía, elevó la mirada y la sumergió en la de James.

—No sabría decirle, señor Parker. Yo… —Casi se quiebra, casi se deja vencer por el dolor de su orgullo herido. Casi…, pues él, hábil y comprensivo, la contuvo justo a tiempo cuando avanzó hacia ella con la mano extendida.

—¿Me haría el honor de bailar esta pieza conmigo?

Ambos se miraron de forma penetrante y, cuando la mano de Elizabeth se posó sobre la palma de la de él, no importó la tela de los guantes, pues la electricidad que les recorrió los cuerpos fue tan abrumadora como deliciosa.

James tragó saliva y, llamándose a la calma, la guio hasta el centro del salón.

Un conocido minueto abrió el baile. Y, aunque para muchos no significaría más que una de las tantas piezas que se disfrutarían en la noche, para Elizabeth Elliot sería una danza que jamás olvidaría.

Capítulo 6

Al día siguiente, mientras Elizabeth y su padre permanecían sentados en silencio, el reloj de la sala de los Elliot aún no marcaba las once de la mañana que los comentarios acerca de la señorita Carteret y el coronel Wallis ya circulaban entre los sirvientes de Camden Place. Y no era para menos.

Aunque muchas parejas habían dado de qué hablar, lo cierto fue que los dos bailes seguidos que danzaron el coronel y la hija de lady Dalrymple fueron la comidilla suficiente para que, durante la velada —y los días siguientes—, solo se conversara acerca de la posibilidad de casamiento entre aquellos dos. Casamiento que, le gustara o no a la vizcondesa, daría qué hablar, pues el caballero en cuestión hacía solo unos pocos meses que había enviudado. Aun así, era evidente que ese gran detalle poco le importaba a la madre de la señorita Carteret, y las malas lenguas —que muchas veces solían tener razón — sostenían que la aceptación por parte de la vizcondesa se debía a que ningún hombre había mostrado, hasta entonces, «especial interés» en su hija como sí lo estaba haciendo el coronel, entendiéndose «especial interés» como «el mínimo interés».

No obstante, lo más llamativo no era, en realidad, la ligereza con la que las primas de los Elliot se tomaban el acercamiento del hombre, sino la razón por la que el coronel estuviera tan interesado

en la señorita Carteret. Si bien era notorio el cambio que esta había tenido respecto de su estética, no era motivo suficiente para que un hombre tan apuesto y rico como él —y que apenas acababa de enviudar— quisiera atreverse a un matrimonio con ella. Y, aunque muchos concluyeron que la estirpe y las conexiones que beneficiarían al coronel —en caso de que se concretase semejante unión— era una razón muy potente, las dudas persistieron en algunos otros, como en Elizabeth.

¿Por qué? ¿Por qué el coronel Wallis se había comportado de esa manera? Y más aún: ¿para qué le había enviado aquella misiva atrevida en la que había expresado un extremo interés en ella?

Una mezcla de rabia y confusión envolvió a Elizabeth al regresar del baile; no lo iba a negar. Desde el momento en que el coronel había regresado a Bath y, más aún, con la inesperada misiva que le había enviado horas antes de la velada en la residencia de los Howard, las esperanzas por un futuro junto con él se habían vuelto más reales, por lo que la ira y la decepción eran completamente comprensibles. Sin embargo, aquella terrible sensación se vio, por fortuna, menguada por el efecto inesperado de las atenciones de aquel otro hombre, ese otro caballero que, incluso en contra de su voluntad, le había robado un suspiro en cuanto lo vio.

Y, por mucho que su mente insistiera en pensar diferente, lo cierto fue que la irritación que le había provocado al conocerlo disminuyó de forma considerable a partir de la noche del baile. No era la primera vez que Elizabeth recibía las atenciones de un caballero, mas nunca ningún hombre había comprendido tanto sus sentimientos. Y que James Parker, en medio del frenesí del baile, hubiera percibido la tristeza que la embargó fue, para ella, tan inesperado como el vuelco que para entonces sintió su corazón.

Jamás olvidaría el minueto que habían bailado. Tampoco la

insistencia de él por acompañarla la mayor parte de la velada. Incluso se había animado a conversar con sir Walter, a pesar de la indiferencia del baronet, y todo solamente por ella. Solo por ella.

Las atenciones de James habían sido mesuradas y, en ningún momento, sobrepasó los límites de la sensatez ni rozaron el terreno de lo ridículo. La compañía había sido grata, la había distraído del dolor y, sobre todo, la había salvado de la vergüenza.

Perdida en el recuerdo agridulce de la noche anterior y hundida en un profundo silencio, Elizabeth bebió un sorbo de la infusión que había pedido y suspiró.

Sir Walter observó a su decaída hija y tragó saliva.

—No es mi intención dar luz a este tema, pero me es imposible hacer a un lado la decepción —expresó al fin el baronet.

Desde que se habían levantado, ni él ni ella habían emitido una sola palabra.

—Lamento mucho que te sientas así, padre. Mi intención era responder a las atenciones del coronel Wallis, mas es evidente que el rango de nuestras primas lo ha convencido por sobre mis talentos. —Bebió otro sorbo.

Sir Walter frunció el ceño y chasqueó la lengua.

—No digas sandeces, Elizabeth. Existen unas pocas ocasiones en las que el rango no es lo más importante. Y estoy seguro de que el coronel lo sabe mejor que nadie. Sin ir más lejos, él es un claro ejemplo de cómo la belleza, el porte y las conexiones son incluso más importantes que un título.

Ella alzó una ceja.

—Jamás pensé que tendrías una opinión como esa, padre.

—No debería sorprenderte. Eres mi hija, y todo Bath conoce tu superioridad en belleza y modales, Elizabeth. El coronel Wallis quedaría como un necio si no te escogiera a ti.

—Pues anoche no me eligió. —Bebió lo que le quedaba de infusión y, con la mirada hacia un lado, continuó, aunque en un susurro—: Incluso a pesar de su misiva…

Sir Walter frunció la frente.

—¿Cómo has dicho?

Elizabeth titubeó, pues no sabía qué responder, mas la interrupción de un criado la salvó justo a tiempo.

—Una visita ha llegado, sir Walter —anunció.

Los ojos del baronet se abrieron como platos de postre y no tardaron en apuntar hacia su hija.

—¿El coronel Wallis? —inquirió él con entusiasmo, mas el sirviente negó con la cabeza.

—Se trata del señor Parker.

Desilusionado, el baronet puso los ojos en blanco.

—Para haberse atrevido a visitarnos y sin aviso previo, es evidente que la conversación de ayer no lo ha aburrido tanto como a mí —bufó.

No obstante, Elizabeth, lejos de sentirse ofuscada, se animó a dar su opinión.

—Ha sido muy amable. Nos acompañó lo que duró la velada.

Sir Walter entrecerró la vista.

—¿Te sientes bien, Elizabeth? Hasta donde sabía, el solo hecho de que sea médico te resultó razón suficiente para repelerlo.

Ella inspiró profundo y alzó el mentón.

—Eso fue hasta anoche, padre. Nos guste o no, de no haber sido por la amabilidad de este caballero, habría sido muy probable que la conducta del coronel me hubiese dejado en ridículo. Creo que deberíamos recibirlo.

El baronet chasqueó la lengua al tiempo que se puso en pie.

—Pues solo espero que este exceso de amabilidad no te ciegue,

Elizabeth. Por lo pronto, que tu doncella os acompañe. Yo tengo asuntos más importantes que atender. —Y sin más, se marchó.

La hija mayor de los Elliot exhaló el aire que había contenido ante la diferencia con su padre y, tras exigir un nuevo servicio de té, solicitó que hicieran pasar al primo del coronel.

Capítulo 7

—Señor Parker —lo saludó Elizabeth sonriente en cuanto lo vio entrar, y se puso de pie, aunque no se le aproximó.

Y bien hizo, pues, a pesar de que el primo del coronel Wallis no lo notara, la hija mayor de sir Walter hacía lo imposible por disimular el inesperado estallido de su corazón. Respiró profundo, contuvo el aire y lo exhaló despacio, pero ni de esa manera fue capaz de tranquilizar su agitado pecho.

¿Sería su presencia imponente y masculina lo que tanto la intimidaba? ¿La seriedad con la que la observaba? ¿O sería, acaso, la mirada celeste hielo que, aunque glacial, parecía pretender acariciarle el alma? Elizabeth no lo sabía, pero de lo único que sí estaba segura era de que, irritante o no, con rango o sin él, ese caballero, ese gentil y noble caballero, le despertaba demasiadas sensaciones y, peor aún, incontrolables.

James, tras saludarla con la formalidad que se esperaba, se acercó hasta el sillón que ella le señaló y tomó asiento al tiempo que Elizabeth.

—Señorita Elliot, antes que nada le pido disculpas por la visita sin previo aviso. Sé que no es lo más apropiado.

—Por favor, señor Parker, es usted bienvenido. —Sonrió, aunque parpadeando más de la cuenta.

Él curvó los labios de lado, pero no respondió, pues llegó el servicio de té que ella había solicitado.

Los sirvientes acomodaron las delicias y cada una de las piezas en la pequeña mesa que separaba a Elizabeth del señor Parker, y se retiraron. Al instante, la doncella de ella se aproximó, pero la hija de sir Walter, por muy osado que resultara, la liberó de su función con un claro y gentil gesto de la mano.

—Imagino que si ha venido hasta aquí, es por algún asunto pendiente de conversación con mi padre, ¿verdad? —Vertió un poco de té en una taza y se la ofreció.

—Pues, en realidad, no, señorita Elliot. —Recibió la infusión que ella le extendió al tiempo que continuó—: He venido a verla a usted.

Ante el impacto de aquellas palabras y justo cuando las manos se rozaron en la entrega y recepción de la taza con té, las miradas de ambos se alzaron y, de forma completamente inesperada, los helados y penetrantes ojos de él se sumergieron en los de ella.

Elizabeth, envuelta por el calor que la invadió ante el contacto, tembló y, justo antes de causar un accidente con la infusión, bajó las manos hasta el regazo e inspiró profundamente, llamándose a la calma.

—¿Ha dicho que… está aquí por mí?

James, tratando de ocultar el efecto que también le había provocado ella, asintió con la cabeza y, tras agachar la vista hacia el té, bebió un poco para tranquilizarse.

—Sí, señorita Elliot. —Dejó la taza en la mesa y retomó—: Sé que no debe ser de mi incumbencia, pero no he sido inmune a lo ocurrido anoche.

El corazón de Elizabeth volvió a galopar.

—¿Se refiere al baile en la residencia de los Howard?

—Me temo que sí. —Tragó saliva y, tras armarse con valor,

continuó—: Pero también me refiero a la noche en la que cenamos aquí, en Camden Place.

La hija de sir Walter frunció el ceño.

—No alcanzo a comprenderlo, señor Parker.

James exhaló con fuerza y levantó la vista hasta clavarla en la mirada cristalina de Elizabeth.

—Sé que su corazón está profundamente interesado en mi primo, el coronel Wallis… —Impactada, ella trató de replicar a esa falta de consideración, pero él, con un gentil gesto, le suplicó que lo dejara seguir—. De verdad, lamento mucho esta intromisión, señorita Elliot, pero si lo hago es por su bien. Solo le ruego que me escuche.

—¿Bien, dice? —Ofendida, se puso en pie—. Desde el momento en que no es adecuado, no puede ser para el bien de nadie, señor.

—Tal vez no lo sea para mi primo, pero sí para usted. —Ambos se observaron con seriedad hasta que él avanzó un paso hacia ella—. Tal como todos lo hemos notado, mi primo ha dejado en claro sus intenciones ante la señorita Carteret.

Elizabeth elevó el mentón.

—No necesito que me lo recuerde, señor Parker. Tengo ojos, oídos y muy buena memoria.

—Pues espero que no los pierda nunca, señorita Elliot. —Avanzó otro paso—. En especial, si el coronel regresa a por usted.

Ella frunció el ceño al tiempo que abrió los ojos como platos de postre.

—¿Cómo dice?

—Lo que ha oído. Solo le suplico que, en caso de que él regrese a usted para manifestar renovadas intenciones, recuerde esta conversación y rechace su oferta.

Ante el fuerte pedido, Elizabeth parpadeó más de la cuenta hasta que volvió a hablar.

—No… No lo comprendo, señor Parker. —Lo observó directo a los ojos, pero, ante el inmediato hechizo de su magnética mirada, a punto estuvo de suspirar. Sin embargo, la razón la devolvió a la realidad de la conversación y, tras retroceder varios pasos, retomó la palabra—: Pues siento mencionarlo, señor Parker, pero me veo en la obligación de decir que es muy triste escucharlo expresarse de este modo sobre su primo. De hecho, por cómo se ha comportado usted ayer conmigo, jamás lo habría esperado. —E hizo la vista a un lado, como un claro gesto de decepción y rechazo.

La respuesta de Elizabeth fue como un inesperado puñal en el pecho, pero no le importó, pues, si había ido hasta Camden Place, era por el bien de ella. Solo por ella.

—Lo admito, y soy honesto al decirle lo muy culpable que me siento. —Avanzó y, serio, continuó—: Pero si me permito semejante traición al lazo de sangre que me une al coronel, es porque más desolador ha sido verla a usted sufrir entre suspiros.

Un silencio los envolvió por unos segundos en los que las miradas se fundieron aun en contra de sus voluntades. Elizabeth hizo un gran esfuerzo por contener el aire y el temblor que empezaba a dominarle el cuerpo. Y él… Él no dejaba de observarla, como si al hundirse de forma tan profunda en sus ojos hubiera alcanzado a acariciarle el alma.

No obstante, ante el estallido desenfrenado de su corazón, James comprendió que, por su propio bien y el de la señorita Elliot, debía dejar Camden Place. Decepcionado, bajó la vista, se inclinó en un veloz saludo y se retiró, aunque no sin antes obsequiarle una última exhalación de frustración que ella, para su infortunio, no percibió.

Capítulo 8

Tal como hacía cada mañana antes del desayuno, Elizabeth se aproximó a una de las ventanas y se detuvo para observar el paisaje urbano de Bath.

Habían transcurrido varios días desde el baile de los Howard y, a pesar de que sir Walter se había asegurado de mantener una entretenida vida social, Elizabeth había evitado todas las veladas en las que también había sido invitado el coronel Wallis.

El baronet, aunque había intentado llevarla consigo en más de una ocasión, comprendía cada vez que su hija se negaba a acompañarlo. Sin embargo, lo que no sabía sir Walter era que la razón que tenía su hija para tal comportamiento excedía la vergüenza de exponerse ante el coronel. Y ese motivo, por muy extraño que resultara, tenía nombre y apellido: James Parker.

No poseía título, más que el de la profesión de médico. Y aunque era claro que no se trataba de un hombre pobre, lo cierto era que la riqueza del señor Parker era tan cuestionable como su rango. No obstante, allí estaba Elizabeth, pensando en aquel caballero que, sin dar muchas explicaciones, se había comportado con ella de forma noble e, incluso, arriesgada. Y aunque le costara aceptarlo, algo en su interior le decía que este había actuado siempre desde el corazón más que desde la prudencia.

Aun así, según ella pensaba, la última conversación que habían tenido era suficiente para desconfiar. ¿Por qué se había atrevido a semejante intervención? ¿Con qué intención había hablado así del coronel? ¿Solo por su bien? No lo sabía y mucho menos lo comprendía, mas la mente le decía que no tenía sentido seguir cuestionándose. Pensar de más la abrumaría y, si eso ocurría, corría el riesgo de que la impulsividad de su corazón la dominara, una cuestión que, a fines prácticos, consideraba peligrosa.

Observó el cielo, más gris que de costumbre, y suspiró al pensar que llovería. Caminó hasta la mesa donde esperaría a su padre y, justo cuando se dispuso a sentarse, una exclamación le quitó el aliento.

—¡Elizabeth! ¡Elizabeth! —vociferó sir Walter al tiempo que entró en el salón.

La hija mayor del baronet casi muere del susto, pero, al ver el rostro de feliz emoción de él, exhaló aliviada.

—Por todos los cielos, padre. El corazón casi se me detiene. —Observó que el baronet tenía una carta entre las manos y frunció el ceño—. ¿Un mensaje de Mary? ¿Otra vez insiste con instalarse *unos días* aquí? —resaltó con desdén.

Sir Walter puso los ojos en blanco.

—¿Cuándo me has visto así de alegre por una carta de tu hermana menor? —Avanzó un paso y, retomando la alegría del inicio, siguió—: Se trata de las primas.

Elizabeth no tardó en expresar la decepción.

—Pues lo siento, padre, pero no me apetece verlas. —Se sentó.

Él negó con la cabeza.

—No tendrás que hacerlo. —Le extendió el papel y ella lo tomó—. Es una breve carta de despedida, Elizabeth. Lady Dalrymple y la señorita Carteret se han ido. Regresan a Irlanda.

Los ojos de ella se abrieron como huevos y, de inmediato, hundió la vista en el escueto mensaje.

—Pero… ¿Por qué? —Dubitativa, tras leer sin haber encontrado una sola señal del motivo por el que lady Dalrymple y su hija habían decidido irse de forma tan abrupta, tragó saliva y enseguida la invadieron más preguntas—. ¿Y el coronel? ¿Acaso también se ha ido y esa es la razón de la partida de ellas?

Sir Walter, despacio y con una enorme sonrisa, negó con la cabeza.

—El coronel Wallis sigue aquí, en Bath. Y, para más sorpresas, acabo de recibir un mensaje de él.

—¿Un mensaje? ¿Del… coronel?

—Sí, ha solicitado una audiencia conmigo. Ahora. Y, por supuesto, acepté —soltó satisfecho.

Se hizo un breve silencio en el que Elizabeth no descifró lo que sintió su corazón. Y, aunque en otro momento habría saltado de la alegría, esta vez no solo permaneció en su lugar, sino que, al recordar las últimas palabras intercambiadas con el señor Parker, no pudo más que dudar.

—El coronel… —susurró.

—El mismo, hija. —Se aproximó a ella y, cómplice, continuó—: Intuyo una gran noticia, ¿no crees? —Sonrió con excesivo entusiasmo.

Ella, aunque insegura, asintió.

—Sí, padre. Creo que así será… —Y curvó los labios, aunque de forma efímera y acartonada.

***

Mientras sir Walter conversaba con el coronel en su estudio, el

corazón de Elizabeth martilleaba feroz, aunque esta vez impulsado por una mezcla de sensaciones agridulces.

Sí, era cierto: al parecer —y al fin— se haría realidad su sueño de un matrimonio y ni más ni menos que con un hombre rico, apuesto, de carácter alegre y de rango aceptable para su padre. Un muy buen partido, en los términos que ella solía referirse, y, sin embargo, una terrible angustia la había poseído. Una profunda y desesperante amargura que, incluso en contra de su férrea voluntad, la llevaba al recuerdo de la mirada más helada y magnética que alguna vez hubiera visto.

«James…», susurró al tiempo que cerraba las manos en puños.

Rememoró la primera vez que lo vio y sonrió apenada al concluir lo respetuoso que él había sido, a pesar de las actitudes poco corteses de ella y sir Walter. Pero luego, cuando la mente la atacó con las imágenes de James, aquella noche en el baile de los Howard, Elizabeth no pudo evitar suspirar. Aquella mirada celeste hielo, profunda y hechizadora… Aquella voz grave y calma que la había contenido y distraído a lo largo de la velada… Aquellas manos que, a pesar de los guantes, la habían envuelto en una electrizante e inolvidable calidez durante la danza. Y eso sin mencionar la intrigante y arriesgada visita del día siguiente. ¿Cómo olvidarla? No estaba segura, pero, al parecer, la resolución de lo que hubieran conversado el baronet y el coronel tendría que ser suficiente para borrar de su mente y de su enceguecido corazón cualquier huella que el señor Parker le hubiera dejado.

De pronto, el imponente coronel, seguido de sir Walter, descendió las escaleras hasta llegar al vestíbulo donde Elizabeth, ansiosa, había aguardado.

—Creo que pronto celebraremos una boda, señorita Elliot —se atrevió Wallis al tiempo que, con una media sonrisa, se aproximaba

a ella para tomarle la mano.

La hija del baronet curvó la boca con timidez ante el atrevimiento, pero, al echar un fugaz vistazo a su padre —que aprobó la impertinencia—, se relajó y dejó que este le besara los nudillos.

—Y así será, coronel —completó sir Walter, alegre, ya pensando en el impacto que provocaría el anuncio del compromiso.

Elizabeth, tras aceptar el saludo de despedida, dejó que su inesperado prometido saliera de la residencia. Sin embargo, al despejarse el umbral, sus ojos dejaron de parpadear por varios segundos cuando notó que, a pasos de la entrada, se hallaba ni más ni menos que el primo del coronel.

De inmediato, y sin pensar realmente en el efecto de su reacción, Elizabeth se acercó hasta la puerta.

—¿Señor Parker?

El coronel Wallis arqueó las cejas al tiempo que la miró para luego echar un fugaz vistazo a James.

Parker, consciente del asombro de su primo, mantuvo la seriedad.

—Señorita Elliot. —La saludó con una ligera inclinación de cabeza al tiempo que se tocó el sombrero de copa.

No obstante, ella, sin pensar, continuó:

—Qué grato verlo aquí y qué pena que no haya entrado con el coronel. De haber sabido, yo…

—Gracias, señorita Elliot —la interrumpió de inmediato el coronel Wallis—. Y lamento no haberle informado antes, pero, si mi primo está aquí, es solo porque se ha ofrecido a acercarme con su coche. Pasó por mi residencia para despedirse y, al enterarse de mis intenciones para esta mañana, no dudó en ofrecerme el favor de traerme hasta aquí.

—Oh… —expresó Elizabeth medio curiosa, medio asombrada porque James hubiera decidido irse. Y, una vez más, sin analizarlo

con detenimiento, siguió, aunque enfocada en el primo del coronel —: ¿Se trata de un viaje a los alrededores de Bath, señor Parker?

James, sin poder evitar hundir la mirada en la ansiosa de ella, respiró profundo antes de responder, mas Wallis lo hizo por él.

—Creo que tal placer quedará para otro momento, señorita Elliot, pues mi primo parte mañana temprano para regresar a Londres. Al parecer, el deber lo llama. —Y sonrió, medio burlón.

Aunque ni el coronel ni sir Walter lo notaron, el brillo expectante de los ojos de Elizabeth se esfumó al instante junto con un sentido suspiro. Pero James, que no había dejado de observarla, captó cuando los labios llenos de ella exhalaron la decepción porque él hubiera decidido dejar Bath.

Sin que ninguno lo supiera, los corazones de ambos estallaron en un irrefrenable galope, mas la pronta intervención de Wallis cortó con aquel momento de desesperación encubierta.

—Pues bien. Creo que debemos retirarnos, señorita Elliot. — Sonriendo de lado, se inclinó sin dejar de mirarla y, tras guiar a su primo hacia el interior del carruaje, se despidió con otro gesto de la mano.

No obstante, Elizabeth poco registró de aquello, pues sus ojos, al servicio de su impulsivo corazón, solo observaron cómo James Parker, con una fugaz y triste mirada, se despidió de ella con el sabor de un «hasta siempre».

El coche desapareció en dirección a la calle Belmont y, solo cuando ya no fue visible, el baronet la despertó de su estado de completa confusión.

—¿Elizabeth?

La hija mayor de sir Walter se giró y, tratando de disimular la invasión de emociones que la dominaba, parpadeó varias veces.

—¿Sí?

—Vayamos adentro. Creo que tenemos mucho por organizar. —Miró el cielo—. Además, es claro que pronto lloverá.

Ella asintió y, tras sentir una fría gota rozarle la piel, espiró una vez más al recordar la melancólica mirada de James.

Capítulo 9

Era de tarde y las gotas de la lluvia ligera se deslizaban por el vidrio de la ventana a través de la que Elizabeth observaba el sol caer. Habían pasado varias horas desde la imprevista declaración del coronel Wallis y, lejos de sentir emoción, una terrible angustia la dominaba.

¿Sería la falta de una explicación por parte del coronel acerca de su repentino pedido de mano lo que la abrumaba? ¿La inexplicable partida de lady Dalrymple y su hija, la señorita Carteret? O…

«James…», susurró al ser invadida por la imagen de la última mirada que él le había obsequiado.

Y suspiró. Suspiró aun en contra de lo que su mente le exigía pensar. Y era que, le gustara o no, su corazón había librado una nueva batalla, y no estaba segura del vencedor hasta que un llamado a la puerta la regresó a la realidad.

—Adelante —soltó al tiempo que se alejó del alféizar.

Era su doncella.

—Disculpe, señorita, pero… —La criada no pudo evitar expresar la incomodidad de la situación y, sin muchas más palabras, se aproximó a Elizabeth y le entregó una carta—. Para usted. —Y veloz, se despidió para dejarla nuevamente en soledad.

La hija de sir Walter frunció el ceño, mas cuando desdobló el

papel y descubrió el remitente, el corazón se lanzó a una carrera de latidos salvajes.

Estimada señorita Elliot:

Es probable que no comprenda la razón de esta carta, pero intentaré ser lo más claro posible, por lo que empezaré por lo más urgente: no se case con el coronel. Por favor, no lo haga.

Entiendo lo que le inspira, y no la culpo. Es un hombre que siempre se ha destacado por su porte, su alegría y buen nombre; no lo niego. Pero, antes de que piense que obro de forma injusta y falsa contra mi propia sangre, permítame defenderme y explicar el motivo de mi insolente pedido.

Quizá alguna vez se haya preguntado por qué, al regresar a Bath, el coronel lo hizo junto a mí. Sé que mi presencia puede entenderse como una simple y cordial visita de un familiar a otro para apaciguar el dolor de una terrible pérdida. Pero, créame, señorita Elliot, si he acompañado a mi primo durante todo este tiempo no ha sido más que para controlar su terrible conducta.

Tras la pérdida de la señora Wallis, mi primo cayó en una profunda depresión. El llamado a cumplir su deber con el reino no lo ayudó en absoluto, y así fue como la fortuna que heredó de su esposa se esfumó en un simple abrir y cerrar de ojos. Los compañeros más allegados de él no tardaron en dar conmigo y, sin dudarlo, me puse al servicio de mi primo para auxiliarlo con las deudas, pero no fue suficiente.

Al cabo de unos días, me comentó que había recordado tener en Bath la solución a su apuro económico, y yo, iluso, sin comprender a lo que se refería, lo seguí. De más está decir

lo terriblemente decepcionado que me sentí cuando comprendí sus verdaderas intenciones.

En cuanto me confesó la idea de desposarla —y le envió a usted aquella atrevida misiva antes de la velada de los Howard —, creí que era por interés sincero. Mas cuando los ojos de mi primo no dudaron en posarse en la fortuna de la señorita Carteret —quien no disimuló el deseo de unir su vida a la de él—, comprendí que la razón por la que él buscaba esposa era precisamente para salvarse de la ruina.

Le advertí que, tarde o temprano, la vizcondesa averiguaría su verdadero estado financiero y, por ende, sus motivaciones reales, mas no le importó. Creyó que la desesperación de la señorita Carteret por casarse con un hombre como él cegaría a las dos mujeres el tiempo suficiente como para que lady Dalrymple olvidara investigarlo. Por fortuna, no fue así. Y, tal como me acerqué a advertirle a usted al día siguiente del baile, no habría dudado de hacer lo mismo con la vizcondesa y su hija, mas no hizo falta. Ellas solas descubrieron la verdad de las motivaciones de mi primo, y es claro que, para evitar verse envueltas en un escándalo, optaron por regresar a Irlanda de inmediato y antes de que cualquier rumor circulara de forma maliciosa.

En mi interior mantuve la esperanza encendida y rogué para que el coronel no intentara acercarse de nuevo a usted, mas no funcionó. Sin dar siquiera espacio a un respiro, tras la partida de la vizcondesa y su hija, no perdió el tiempo y se aprovechó de la alta estima en la que lo tiene sir Walter. De hecho, y como bien sabe, le envió una misiva para hablar con él, pero yo no lo supe hasta esta misma mañana cuando, al

enterarme de la abrupta partida de la señorita Carteret y lady Dalrymple, me acerqué a su residencia para conversar.

No tengo palabras para expresarle la desilusión que me provocó la frialdad de su impulsivo plan respecto de usted.

Y yo… Yo habría actuado en consecuencia, me habría acercado para ponerla una vez más sobre aviso, pero recordé lo ofendida que se sintió por mi primera advertencia, y desistí. Concluí que irme de Bath era lo mejor, pues resolví que usted sabría las verdaderas motivaciones de mi primo y que, aun así, lo elegía como esposo, pues, en ese momento, creí evidente su amor hacia él. Sin embargo…, esta mañana lo cambió todo.

Cuando sus ojos se sumergieron en los míos, cuando sus palabras solo se enfocaron en mí, una luz de renovada esperanza se encendió en mi interior.

Y, por eso, le suplico que me perdone. Perdóneme por esta locura, por este atrevimiento, por la insensatez de estos sentimientos que, en este preciso instante, domina mi corazón. Pero no puedo evitarlo. Necesito que sepa que, tras el encuentro de hoy, fugaz aunque en extremo memorable, no he podido hacer otra cosa que pensar en usted. Sé que no es correcto. ¡Dios, claro que lo sé! Mas perderé el juicio si no me confieso tal como mi alma lo exige.

Y es que esta mañana, tras ver sus labios llenos y dulces, tras descubrir el suspiro que de ellos brotó, lo supe, señorita Elliot: la amo.

La amo, a pesar de que mi razón grite que confesarme de esta manera es una completa locura. La amo, a pesar de que mi rango y mi fortuna jamás sean suficientes para usted y su

padre. La amo, porque por un suspiro suyo, solo por uno más, sería capaz de ir en contra de mi sangre las veces que usted o el destino me lo reclamaran.

Aun así, sé que es probable que la esperanza que esta mañana se sembró en mí no sea más que un error de juicio debido a la desesperación de mi corazón. Y si así es, señorita Elliot, le pido disculpas por este desvarío, producto de un hombre perdidamente enamorado.

Con todo el respeto que se merece, la saludo atentamente.

James

En cuanto Elizabeth leyó la última palabra, dejó caer la carta al suelo y, sin pensarlo, salió de las habitaciones como quien huye del diablo. Solo que ella no escapaba. No. Por el contrario, se liberaba, pues atrás quedarían las superficialidades que tan poco la habían nutrido en su joven vida. Atrás quedaría la sed y el hambre por rango y dinero. Atrás quedaría aquella mujer vanidosa y sin corazón, pues, por primera vez, la vida la premiaba con aquello que tanto había anhelado. Por primera vez, era capaz de entender lo que su hermana Anne había ganado al casarse con Frederick Wentworth. Por primera vez, y al fin, entendía lo que era el amor.

Con desesperación bajó las escaleras y, al dar con su doncella, no tardó en acorralarla.

—Dímelo, por favor. ¡Dímelo! —Agitada, la tomó por los hombros —. ¡Dime que fue él quien trajo la carta!

Nerviosa, y comprendiendo a quién se refería, la criada asintió de forma frenética.

—Sí, sí, señorita. Y vino solo. A pie —agregó.

De inmediato, y sin perder un segundo más, se olvidó de las formas, del tiempo y de la lluvia, pues abrió la puerta y echó a

correr en la misma dirección en que había partido el coche por la mañana.

Las gotas la mojaron más de lo esperado y la intensidad de la carrera la agitó hasta los huesos, mas solo se frenó cuando, al fin, lo divisó debajo de un paraguas.

—¡Señor Parker! ¡Señor Parker! —vociferó, pero al no conseguir llamarle la atención, se atrevió a ir más allá al exclamar el nombre de pila—: ¡James!

Al instante, el primo del coronel Wallis se detuvo y, aunque tardó unos segundos, finalmente se giró y la vio.

El tiempo, una vez más, se detuvo.

La mirada de él brilló en cuanto se hundió en la de ella, y los ojos de Elizabeth se aguaron cuando él sonrió.

—¿Señorita Elliot? —inquirió sin poder creer que quien estaba a unos pocos pasos, que quien había gritado su nombre con desesperación, era Elizabeth.

Despacio, pero sin quitarle la mirada de encima, la hija de sir Walter se aproximó y, solo cuando un paso los separaba, se detuvo.

—¿Es cierto? ¿Todo lo que ha expresado en la carta es cierto? —inquirió, agitada.

James curvó los labios con dulzura y, solo cuando se aseguró de que el paraguas también la protegiera a ella, respondió.

—Todas y cada una de las palabras que he escrito, señorita Elliot, son ciertas. Pero si necesita saber si mi primo pien…

—No me importa su primo. Tampoco lo que él piensa, y mucho menos sus verdaderas intenciones. Solo quiero saber si lo que usted siente por mí es verdadero, señor Parker.

Él la miró con intensidad.

—Prefiero «James»… Suena mejor cuando pronuncia mi nombre de pila. —Alzó una mano y, despacio, como si de una delicada

porcelana se hubiera tratado, le acarició una de las mejillas para luego volver a susurrar—: Todo es cierto. Todo. Y, si lo requiere, se lo puedo demostrar.

—¿Cómo? —murmuró ella, perdida en el vaho de sus alientos.

—Convirtiéndose en mi esposa, señorita Elliot. —Aproximó el rostro al de ella y, perdido en los labios llenos de Elizabeth, continuó —: Por favor, se lo ruego: cásese conmigo.

Elizabeth, perdida en el hechizo de su mirada celeste, cerró los ojos y, tras asentir sin dudarlo, suspiró rendida ante el poder del amor.

James soltó el paraguas a un lado y, envueltos por la lluvia ligera, la besó.

La besó con la promesa de una vida entera juntos. La besó con entrega verdadera. Pero, sobre todo, la besó feliz porque sabía que, desde entonces y hasta el fin de los días, todos y cada uno de sus suspiros solo serían por amor.

Al final del espino

Mayeda Laurens

Nota de autora

Querida lectora:

Cuando Jane Austen escribió *Lady Susan* creó algo distinto a todo lo que conocemos de ella: una novela epistolar. A través de cartas llenas de ironía y afilados comentarios, nos dejó el relato de una mujer brillante, calculadora y egoísta que poco tiene que ver con las heroínas entrañables que solemos asociar a su nombre. Era, sin duda, un ejercicio de ingenio y también una crítica feroz a ciertos comportamientos de su época.

Y, sin embargo, entre esa red de cartas donde lady Susan despliega su encanto y manipulación, aparece una voz apenas esbozada: la de su hija Federica Vernon. Callada, sometida, sin espacio para defenderse, Federica queda reducida a algo menos que un papel secundario, una víctima de la ambición materna.

La elegí precisamente por eso. Porque ya sabéis que soy de dar voz a las mujeres, sea la época que sea. Y quise regalarle un espacio propio, una vida más allá de las cartas, un relato en el que pudiera crecer, decidir y hasta rebelarse contra el destino que otros habían trazado para ella. Es por esto que me he visto obligada a prescindir de los hijos de los Vernon; confío en que puedas perdonarme esta licencia.

Eso sí, no esperes un drama desmedido ni gestos grandilocuentes esta vez: Federica no es así.

Solo me queda decirte que el estilo de Jane Austen, tan diferente al mío, es imposible de copiar (al menos, así lo he percibido yo), pero he intentado ser lo más fiel posible a él.

Espero que lo disfrutes.

Mayeda Laurens

Prólogo

Octubre de 1812. Hawthorne End

Lionel Denny, encorvado sobre la bisagra oxidada de la puerta del pajar, trabajaba con la cabeza baja y la cara enrojecida por el aire cortante del invierno. Ser dueño de una propiedad resultaba menos glorioso y mucho más laborioso de lo que imaginara en otros tiempos, sobre todo cuando no había más administrador que uno mismo.

El golpe del martillo resonaba en el aire frío de octubre. La madera y el clavo, al menos, no protestaban; no podía decirse lo mismo de su ánimo, fatigado de soledad. Desde su retiro forzoso parecía haber perdido la costumbre de la conversación y hasta del pensamiento alegre.

El sonido de cascos sobre la gravilla interrumpió su tarea. Entre los espinos que bordeaban su propiedad apareció el cartero, envuelto en su capa. Al llegar a su altura, desmontó sin ceremonia y, tras patear el suelo un par de veces y maldecir en voz baja el frío, le tendió un sobre y volvió con prisa sobre su caballo. Lionel reconoció al instante la letra del remitente y, temiendo su contenido, rompió el sello allí mismo.

Teniente Denny:

Tras su solicitud de baja presentada el pasado año y dada la reorganización prevista en el cuerpo de milicia, se le ruega confirme si su renuncia ha de considerarse definitiva o si está dispuesto a reincorporarse al servicio activo antes de fin de mes.

Coronel Forster

El mensaje no podía ser más breve ni más claro. Lionel guardó la carta en el bolsillo y pensó un segundo: volver al servicio significaba renunciar a la vida que, con tanto esfuerzo, intentaba sacar adelante y retomar un oficio que a duras penas había soportado; permanecer en Hawthorne End era aceptar la escasez y confiar en que su trabajo, tarde o temprano, rindiera fruto.

Lionel levantó la vista de la carta. La puerta seguía sin terminar y eso era lo único que importaba. Guardó la carta en el bolsillo de su chaqueta y volvió a tomar el martillo para golpear el clavo con más fuerza. Pero, pese a sus intentos, sus pensamientos no se quedaron en el trabajo.

Churchill. Lo que había dejado atrás, lo que pudo ser y no fue. Desde que desapareció de aquel círculo sin dar explicación alguna, la desgracia lo había llevado a heredar una finca al borde de la bancarrota. Y ahora, retirado, entendió por fin cómo había perdido la amistad de la mujer a la que nunca había olvidado: Federica Vernon.

Sacudió la cabeza y arremetió con más fuerza contra la valla. Primero, la puerta; después, todo lo demás.

Capítulo 1

Londres, 1794

—Ya hemos llegado, señorita. —La doncella señalaba por la ventanilla el camino que daba acceso a la casa de los Vernon.

Por fin, tras casi un día y medio de viaje, el campo se extendía ahora ante sus ojos, abierto y silencioso, ya desnudo en aquel mes de noviembre. Federica se incorporó y dejó caer la gruesa manta de lana, unió las manos en su regazo mientras observaba la casa de ladrillo regular, de proporciones sencillas, rodeada de arboledas y jardines que seguro serían espectaculares durante la primavera.

Al descender, un criado tomó su equipaje y, desde la pequeña escalinata, Catherine y Charles Vernon salieron a recibirla. Los recordaba de otra ocasión, hacía ya varios años, y se dio cuenta de que no habían cambiado tanto: conservaban el sosiego y la firmeza que ella necesitaba.

El hermano de su difunto padre se adelantó enseguida.

—Bienvenida, sobrina. Debe de estar fatigada por el viaje —dijo, estrechándole la mano con cordialidad.

Ella murmuró una respuesta tan baja que apenas se oyó. Catherine, que observaba con atención el rubor de sus mejillas y la mirada huidiza de la muchacha, quedó sorprendida: aquella criatura tímida y encogida no se parecía en nada a la joven «obstinada y

necia» que su cuñada había descrito en su carta.

Lady Susan apareció en ese instante, reclamando con su aguda voz, y tan erguida y serena como siempre, el lugar que en ese momento le pertenecía como madre de la recién llegada:

—Espero, Federica, que aquí aprendas a conducirte con mayor sensatez que en el colegio del que acaban de expulsarte —dijo con suavidad hiriente.

Federica inclinó la cabeza en silencio. Por supuesto, su madre nunca le hubiera permitido volver a su casa y convertirse en un estorbo en su ajetreada vida social. Ahogó un gemido; lo habitual con ella era el desdén.

Catherine reprimió un gesto de disgusto y, para distender el ambiente, ofreció el brazo a la muchacha con toda la cortesía que fue capaz de reunir y le dio un ligero apretón en la mano mientras la acompañaba al interior.

—Vayamos adentro, querida, este frío no es el mejor para comenzar una charla.

A pesar de la gélida mirada que le dirigía su madre, Federica sintió un atisbo de alivio. Su madre podía empeñarse en ningunearla una y otra vez, pero sus tíos parecían dispuestos a ofrecerle una hospitalidad largo tiempo anhelada.

Nada más traspasar el umbral, lady Susan se retiró a su habitación con la excusa de prepararse para la cena. Catherine Vernon mostró a su sobrina el dormitorio que ocuparía durante su estancia, mientras los lacayos subían el exiguo equipaje que había traído del internado, y la dejó descansar hasta la hora de la cena.

Federica, agotada tras el viaje y el cúmulo de emociones, se tumbó en la cama, disfrutando de una comodidad que durante un tiempo le había sido negada y, sin pretenderlo, se quedó dormida.

Media hora después, unos ligeros golpes en la puerta la

despertaron. Una doncella había llegado para ayudarla a adecentarse para la cena.

—Señorita Vernon, su tía quiere saber si se reunirá con ellos en el comedor. El hermano de la señora Vernon ha llegado hace poco y desea presentárselo.

—Sí, por supuesto, es lo que corresponde.

—Ah, no, señorita. Su tía ha insistido en que le diga que puede negarse si así lo desea, entiende que son demasiados cambios y no quiere importunarla.

Federica, acostumbrada a hacer lo que siempre se esperaba de ella, aceptó la ayuda de la doncella y, en pocos minutos, bajó las escaleras.

—Aquí estás, Federica. —Catherine se levantó de la silla para recibirla—. Confío en que hayas descansado y que esta cena no sea para ti un compromiso.

—Gracias, tía. Le agradezco la cordialidad.

—Para nada, niña —intervino Charles—. En una familia se funciona así.

Federica advirtió la mirada que su tío dedicaba a su madre mientras hablaba.

—Por aquí, este es tu sitio, pero, antes, déjame que te presente a mi hermano, Reginald De Courcy.

—Es un placer conocer a la hija de lady Susan, señorita Vernon.

—Oh, no seas tan adulador. —Lady Susan hizo un gesto exagerado con la mano para restar importancia a las palabras del joven Reginald—. Todos sabemos que la tozudez de mi hija ha provocado que tengamos que interrumpir nuestras actividades para prestarle atención. Por favor, comencemos a cenar ya; desde que me comunicaron su intento de fuga del internado, no consigo reponerme del disgusto.

El silencio que siguió fue más significativo que cualquier otra cosa que se pudiera haber dicho. Sin embargo, el único que no parecía incómodo por aquella intervención, Reginald, volcó toda su atención en la dama, que, complacida, sostuvo la conversación casi en exclusiva con él.

Avanzada la cena, Charles Vernon hizo varios intentos de incluir a Federica, pero esta respondía con frases breves. Catherine la observaba con sorpresa y compasión, convencida de que no había nada en ella que justificara las acusaciones de su madre.

Cuando por fin dieron por terminada la velada, ya preparados para irse a dormir, Catherine, prudente, comentó a su esposo:

—No consigo reconciliar lo que Susan nos escribió con lo que veo.

—¿No es obstinada ni necia, como decía? —preguntó él con una sonrisa leve.

—En absoluto. Es tímida, honesta, incluso obediente, de una dulzura que me sorprende. No hay en ella rastro de la rebeldía que su madre asegura.

—Entonces, ya lo ves, querida: no es la primera vez que tu cuñada acomoda la verdad a sus propósitos.

Catherine sabía que su esposo nunca había aprobado el matrimonio de su hermano pequeño con lady Susan, por mucha hija de duque que fuera, pero ahora comenzaba a sospechar que sus razones estaban justificadas.

Mientras tanto, en el refugio que su nueva habitación le proporcionaba, Federica daba rienda suelta a las lágrimas. Había conseguido escapar del internado y del matrimonio impuesto por su madre, pero la presencia de esta allí no dejaba de hacerle daño.

Agotada, con un tímido sollozo para no incomodar a nadie en la casa, se rindió al sueño.

Capítulo 2

Los primeros días en Churchill confirmaron lo que aquella escena había insinuado. Lady Susan gobernaba el salón con un ingenio capaz de encandilar a cualquiera: tocaba el piano con gracia y relataba anécdotas con tal vivacidad que los demás parecían insípidos a su lado. Reginald De Courcy estaba allí con frecuencia y la escuchaba con fascinación. Catherine, que conocía demasiado bien a su cuñada y a su hermano, observaba con aprensión la rapidez con que este parecía olvidar todo lo que le habían advertido sobre ella.

Federica, entretanto, se refugiaba en la discreción. Permanecía en un rincón con un cuaderno en las manos, copiando versos con letra aplicada, o fingía ocuparse en alguna lectura. Su silencio era tan constante que no pocos podrían haberla tomado por un mueble más del salón. Sin embargo, Catherine veía la rigidez de sus hombros, la dignidad con que callaba ante la indiferencia y los continuos comentarios mordaces de su madre.

Las cenas ofrecían un espectáculo semejante. Lady Susan desplegaba su encanto; Reginald la seguía con docilidad; Charles, con su habitual buena disposición, intentaba, con poco éxito, mantener la conversación en temas más prácticos... Fue en una de esas veladas cuando Catherine, con ánimo de dar a su sobrina una

oportunidad de ser escuchada, se dirigió a ella.

—Federica, ¿qué autores lees con mayor agrado?

La muchacha levantó los ojos, sorprendida.

—He copiado algunos versos de Cowper —respondió con timidez —. Y me gusta Thomson, también.

Lady Susan se inclinó hacia adelante con una sonrisa irónica.

—¡Thomson! La melancolía en persona. Así es mi hija: volcada siempre en lo insípido.

Federica bajó la vista de inmediato. Y, quizá por vez primera, hasta Reginald pareció desconcertado por el comentario. Catherine guardó silencio, aunque lanzó a su cuñada una mirada que dijo lo suficiente y se prometió que Churchill sería, al menos por un tiempo, un lugar donde la muchacha aprendiera a respirar sin miedo.

***

Un par de mañanas después, Charles Vernon recibía a su vecino y al joven aprendiz que lo acompañaba en la biblioteca. El despacho, más recogido, quedaba al otro lado de la casa y apenas recibía sol; en cambio, la chimenea de la biblioteca y el amplio ventanal ofrecían la claridad y la calidez necesarias para trabajar.

El señor Phillips traía asuntos de lindes y arrendamientos; Lionel Denny, muchacho de diecisiete años, permanecía a su lado con una carpeta de notas bajo el brazo, atento a las cifras que Charles repasaba con calma.

No habían avanzado mucho cuando Charles, tras fruncir el ceño, se levantó.

—Disculpe, William, el plano de la parcela no está aquí. Lo he olvidado en el despacho. Si quiere acompañarme, podemos cotejarlo y regresar para terminar con esto.

—De acuerdo, le sigo.—El señor Phillips se volvió hacia el joven—. Denny, espere aquí, ahora mismo nos reunimos con usted.

Lionel tomó asiento en la mesa más próxima a la ventana, desplegó la carpeta y repasó las cuentas. Casi al instante, la puerta se abrió de nuevo, y Lionel, creyendo que habían olvidado algo, levantó la vista.

Una joven, con un tomo entre los brazos, se detuvo en el umbral al ver que no estaba sola. Dudó un instante entre retirarse o seguir adelante; al fin inclinó la cabeza en señal de saludo, avanzó hasta la mesa y depositó allí un libro y un cuaderno.

—Perdone —murmuró—. No sabía que hubiera alguien.

Lionel se puso en pie de inmediato.

—Lionel Denny, aprendiz del señor Phillips, el propietario de la finca colindante.

—Federica Vernon. Encantada.

—Un placer, señorita Vernon. Me han pedido que espere —respondió él, indicando la carpeta—. Pero prometo no ser una molestia. Por favor, continúe con lo que haya venido a hacer.

Federica asintió y abrió el tomo que acababa de depositar en la mesa. Lionel, tras observarla un instante, volvió a sentarse y ambos dejaron que los segundos transcurrieran en silencio, hasta que ella tomó el volumen y se acercó a la escalera de mano.

—¿Quiere que le ayude? —preguntó Lionel, al verla dudar ante el estante alto.

—No es necesario. Estoy acostumbrada.

Colocó el libro con firmeza, aunque, al bajar un peldaño, tropezó apenas con la falda. Él dio un paso para ayudarla, pero Federica pronto recuperó el equilibrio. En ese momento, Charles Vernon entró acompañado del señor Phillips, con los papeles en la mano.

—Ah, ya veo que ha conocido a mi sobrina —dijo con su

cordialidad habitual, sin detenerse demasiado en la escena—. Federica, este es el joven Denny, aprendiz del señor Phillips, y quien también me asiste en algunos asuntos de la finca.

—Sí, tío. Ya nos hemos presentado.

Charles sonrió satisfecho, puesto que aquello resolvía cualquier formalidad, y volvió a su asunto con William.

—Bien, Denny, acompáñenos ahora; he encontrado el plano que buscábamos.

Federica recogió su cuaderno y, con un murmullo de excusa, se retiró hacia la puerta. Antes de salir, volvió la vista apenas un instante: Lionel, con la carpeta bajo el brazo, seguía a ambos caballeros hasta el escritorio. Pero, en el último instante, cuando Federica cerraba la puerta, volvió la vista hacia ella.

***

Pocos días después, Federica fue llamada al despacho de su tío.

—Siéntate, querida, tu tía y yo queremos comentarte algo.

La joven repasó mentalmente sus días allí, temerosa de haber cometido alguna imprudencia.

—Tranquila, Federica, aquí nadie va a reprocharte nada. —Catherine, al intuir el derrotero de sus pensamientos, fue directa al motivo de su charla—. Como sabrás, tu madre ha partido esta mañana.

—Según dice, un asunto *urgente* la espera en Londres. —Aunque Charles pretendía ser serio, dirigió a su sobrina una sonrisa de complicidad—. Y, para alivio de todos, nos ha pedido que nos hagamos cargo de ti.

Federica, sorprendida por la noticia, no acertó a responder.

—Si tú quieres, por supuesto. No queremos forzarte a nada. Pero

debes saber que para nosotros sería maravilloso que nos permitieras tutelarte.

—Gracias, tía... —Tragó saliva, incapaz de articular una frase coherente—. Es solo que... Bueno, no sé qué decir.

—¿Te parece bien?

Entonces miró a sus tíos con algo más de seguridad y permitió que, poco a poco, una tímida sonrisa aflorara a sus labios.

—Me encantaría.

***

Contra todo pronóstico, la vida de Federica cambió como nunca había soñado. La ausencia de su madre era un alivio y, aunque clamaba por recibir su afecto, a sus dieciséis años reconocía que aspiraba a un imposible y se obligaba a aceptarlo. Por suerte, sus tíos parecían dispuestos a rellenar todos esos huecos que, desde la muerte de su padre, nadie se había molestado en cuidar.

Además, tras la partida de su madre, Reginald también estuvo ausente unos días, dolido porque el *asunto urgente* que había reclamado a la mujer en Londres no era otro que su compromiso con aquel a quien en su momento había elegido como yerno, y el motivo de que ella huyera de aquella horrible institución para señoritas: James Martin.

Y ahora, sin saber cómo ni por qué, la vuelta de Reginald a Churchill había traído sobre ella una atención del joven que nunca reclamó.

Por eso se encontraba esa mañana de domingo en la iglesia de Churchill, sentada en el banco destinado a los Vernon, custodiada por Reginald a la derecha y sus tíos a la izquierda. Durante el oficio, Reginald había estado pendiente de todos sus movimientos: le

ofreció el himnario, le pasó el misal y le sonreía cada vez que ella le agradecía el gesto. Incluso, a la salida, le ofreció el brazo para acompañarla, y ella, no queriendo ser descortés, lo aceptó, aunque no sin cierta incomodidad ante las miradas de varios vecinos.

Sus tíos, que iban delante, se detuvieron a conversar con el señor Phillips y su esposa. Cuando llegaron a su lado, Federica observó que el joven muchacho con el que se cruzara tiempo atrás en la biblioteca acompañaba a sus vecinos.

—William —decía su tío en ese momento—, ya he revisado los puntos del lindero norte; pasen mañana por casa y los discutimos.

—Allí estaremos, Charles.

Tras las despedidas de rigor, Catherine se volvió para asegurarse de que su sobrina seguía sus pasos. Federica advirtió en esa mirada una muda pregunta y, quizá, una ligera curiosidad ante la pareja que formaba. En ese momento, Lionel Denny se retiró un poco para dejar espacio. Fue en ese instante cuando sus miradas se cruzaron; él inclinó apenas la cabeza y ella respondió con una leve cortesía y, sin querer, bajó la vista al brazo que enlazaba con Reginald y se sintió incómoda de pronto. Pero no tuvo tiempo para pensar, porque su acompañante continuó la marcha y, antes de darse cuenta, volvían a casa.

Capítulo 3

El lacayo abrió la puerta con estudiado gesto y dejó paso al señor Phillips y al joven que lo acompañaba. Tras los saludos de rigor, Charles Vernon se adelantó desde el vestíbulo con su cordialidad habitual.

—William, bienvenido. Pase, por favor. Y usted también, señor Denny.

Lionel inclinó la cabeza en señal de respeto. Aunque no era la primera vez que pisaba Churchill, aún sentía que cada visita era una nueva prueba.

—Les ruego que me acompañen a la biblioteca —añadió Charles —. El despacho sigue siendo demasiado frío en esta estación.

Mientras avanzaban por el pasillo, Lionel recorrió con la vista las estancias con disimulo. Había imaginado que acaso encontraría a la señorita Vernon en algún rincón, pero, al llegar a la biblioteca, comprobó que no estaba allí. Enderezó la espalda de inmediato, temeroso de que alguien advirtiera su distracción, y se concentró en los papeles que su tutor disponía sobre la mesa.

La mañana avanzaba con lentitud para desespero del joven Lionel Denny, mientras los tres se inclinaban sobre planos y cuentas y, de vez en cuando, se explicaba algún punto para el aprendiz.

Fue en una de estas ocasiones cuando, al levantar la vista del

papel, su atención se desvió. A través del ventanal descubrió una figura menuda que caminaba despacio por los senderos del jardín: Federica, con un chal gris sobre los hombros y un cuaderno en la mano, se detenía de cuando en cuando para anotar algo o revisar lo que ya tuviera apuntado. Lionel la observó unos segundos antes de obligarse a regresar a la escritura.

No fue la única vez. Varias veces en el transcurso de la mañana, sintió que la vista se le escapaba hacia la ventana.

Al cabo de una hora larga, Catherine apareció en la sala.

—Charles, querido, lleváis tanto tiempo que bien parece que estéis delimitando el condado entero. El té está dispuesto en el salón.

William se mostró encantado con la idea y Lionel recogió sus papeles con premura, pensando que, tal vez, tendría una nueva oportunidad de intercambiar alguna frase con la señorita Vernon. Pasaron al salón, donde Catherine había ordenado preparar una mesa sencilla: una tetera humeante, panecillos recién cortados, algo de mantequilla y fruta confitada.

Reginald de Courcy ya estaba allí, acomodado en un sillón con aire despreocupado. Se levantó al ver entrar a los invitados, saludó con cortesía y, como de costumbre, ocupó enseguida el espacio con su conversación animada.

Entonces, Federica hizo su aparición en la sala. Saludó con discreción y, tras un breve instante en que su mirada se detuvo en Lionel, tomó asiento al extremo de la mesa.

Para variar, Reginald dominaba la palabra, relatando con excesivo entusiasmo una visita reciente a Londres y exagerando los comentarios que había oído en una tertulia literaria. Lionel apenas intervenía: escuchaba con atención y tomaba algún pequeño sorbo de su té.

Federica, en silencio, percibía el contraste. La verbosidad de

Reginald hacía días que la fatigaba; Lionel, en cambio, con su postura callada y sus breves intervenciones, le transmitía calma y sosiego, como aquella vez que lo había conocido en la biblioteca. Recordó también la mirada fugaz del día anterior, a la salida de la iglesia, cuando él inclinó la cabeza en señal de saludo mientras ella caminaba del brazo de Reginald.

—Entonces, señorita Vernon —decía en ese momento William Phillips—, ¿comparte la fascinación de su tío por los libros?

Al saberse de pronto el centro de atención, Federica tragó saliva con disimulo, pero su tía acudió en su ayuda.

—Así es, de hecho, podría decirse que la biblioteca es un refugio para ella.

—Un lugar excelente para encontrar sosiego —comentó Lionel, que no pudo evitar la oportunidad de hablar con ella directamente.

Federica, tras una breve vacilación, se animó a responder.

—Para mí, mejor que cualquier salón.

—¡Sosiego! —exclamó Reginald riendo—. ¡No hay cosa más aburrida para la juventud que una sala sin ruido!

Lionel lo miró con serenidad.

—Tal vez. Pero también hay quien prefiere escuchar en lugar de hablar.

Después dirigió una sonrisa a Federica y esta bajó la vista hacia su taza, con modestia.

Cuando el té se hubo terminado y las bandejas quedaron vacías, William se levantó anunciando que debían retirarse. Lionel lo siguió, no sin antes inclinar de nuevo la cabeza hacia Federica en gesto de despedida. Ella respondió con una casi imperceptible sonrisa. Entonces, ahora que por fin estaba libre, se retiró a su lugar favorito de la casa.

Charles acompañó a los vecinos hasta la puerta, mientras

Catherine permaneció junto a su hermano.

—Si no me equivoco, Regi, quizá sea hora de que regreses a tus quehaceres.

El aludido se volvió con una mueca de diversión en los labios.

—Sí, creo que mis atenciones aquí han tocado fondo.

—Así que confirmas que estabas interesado en mi sobrina.

—Bueno, reconozco que me sorprendí bastante cuando cayó la venda que tenía en los ojos y descubrí que no tiene nada que ver ni con su madre ni con lo que esta dice de ella. Pero, si te soy sincero, ni la diferencia de edad ni las pocas cosas que tenemos en común son puentes que podamos salvar.

—Ha sido un placer tenerte aquí todo este tiempo, ya lo sabes. Y ahora que hemos aclarado este punto, estaré encantada de recibirte la próxima vez.

Una hora después, los Vernon se despedían de Reginald De Courcy, y Federica, con su partida, se sintió un poquito más ligera.

Capítulo 4

Los días siguientes, las visitas del señor Phillips aumentaron y, con ellas, las de Lionel Denny. Los temas que debían tratar no eran ligeros, y cada vez que llegaba la hora de marcharse, Lionel y Federica encontraban apenas unos segundos para cruzar miradas o alguna palabra cortés.

—Caballeros, ¿qué les parece si hoy tomamos el almuerzo en el jardín? —propuso Catherine—. Hace un día estupendo de primavera y sería una lástima no aprovecharlo.

Ese día, el trabajo se había alargado en exceso y la cortesía imponía aceptar la invitación. Por ello, tras mandar recado a su casa, William aceptó y pronto todos se sentaron a la mesa dispuesta para tal fin.

Si Catherine advirtió algo entre los jóvenes, no lo dejó ver; pero, con tacto, dio a su sobrina ocasión de intervenir, dado que la conversación derivó hacia las cosechas y los regimientos acantonados en las inmediaciones.

—Querida, espero que la presencia de nuestros soldados no te impida salir a disfrutar de la vida de Churchill.

—Te agradezco la preocupación, tía. La verdad es que tenerlos por aquí hace que me sienta segura.

—A todos, Federica, a todos —terció Charles—. Muchos jóvenes

han solicitado unirse a la milicia. ¿Qué opinas usted, Denny?

El aludido levantó la mirada, y solo entonces reparó en que Federica aguardaba su respuesta.

—Comprendo la necesidad de mantener el orden, pero si todos se alistan, ¿quién trabajará la tierra? Tal vez sea más útil que cada cual sirva donde mejor sabe.

La réplica agradó a todos, y más aún a Federica que, por un segundo, había temido que él también se hubiera contagiado de la fiebre del momento.

—Tiene mucha razón, joven Lionel, mucha. De hecho —William se detuvo unos segundos para limpiarse las comisuras con la servilleta de tela—, quería plantearle algo, Charles.

—Le escucho.

—Mis negocios me requieren y no puedo seguir dedicando tanto tiempo a las cuestiones administrativas que nos ocupan. Considero que el señor Denny ya ha demostrado sobradamente su capacidad; me gustaría que llevara las cuentas en mi nombre mientras estoy fuera. ¿Supone eso algún inconveniente para usted?

Lionel levantó la mirada de golpe, en un gesto poco habitual en él; recibir tal reconocimiento en público difícilmente podía discutirse. Además, si Vernon aceptaba, eso solo podía significar una cosa: que podría seguir viendo a Federica.

—Por mi parte, de acuerdo. El señor Denny ha mostrado juicio y honradez, cualidades ambas que aquí apreciamos.

—Les agradezco la confianza. Prometo que no les defraudaré.

Reanudaron la comida con un ambiente renovado de alegría y, terminados los postres, Catherine intervino de nuevo.

—Quizá los jóvenes quieran aprovechar los últimos rayos de sol mientras el señor Phillips y tú disfrutáis de una copa, querido.

Lionel, aún sintiendo la euforia de su nuevo cargo, se levantó y,

cumpliendo con las normas de cortesía, ayudó a Federica a ponerse en pie y le ofreció el brazo, que ella aceptó con gratitud. La sonrisa de la joven era tan radiante que, de inmediato, Catherine dio por bueno cualquier escándalo que su iniciativa pudiera ocasionar.

«Ya es hora de que esta muchacha empiece a vivir», pensó.

***

Paseaban en silencio, conscientes de que, a pocos pasos, junto al invernadero, la señora Vernon hacía de discreta acompañante, pero no por eso menos felices por ese acercamiento que les habían regalado.

—¿Puedo...?

—Señor Denny...

Entonces se miraron con un amago de risa, que disipó la rigidez del momento.

—Usted primero, señorita.

Ella volvió la vista al frente y, con un sutil movimiento, inició de nuevo la marcha.

—Sobre la milicia... ¿Lo piensa de veras?

—Absolutamente, señorita Vernon. No acostumbro a decir cosas en las que no creo.

Federica vaciló; volvió a sentirse pequeña, y a su mente acudió lo que su madre solía decirle: «A veces, Federica, es mejor permanecer callada y que te crean tonta, que hablar y confirmarlo». Lionel lo notó y moderó la voz.

—Disculpe, no quería resultar brusco. A veces tiendo a ser demasiado sincero, sin percatarme de que mis palabras pueden causar justo el efecto contrario al que busco.

—¡Oh, no! Usted no ha hecho nada malo, yo suelo hablar sin

pensar. Soy un poco atolondrada.

—Disculpe si le llevo la contraria, señorita, pero las veces en las que nos hemos cruzado no he observado de usted eso que dice; y, desde luego, durante el almuerzo no la he visto hablar de más ni una sola vez.

En esta ocasión, Federica no supo qué contestar, y Lionel, temiendo haber ido demasiado lejos, se apresuró a seguir hablando.

—En cualquier caso, debo decirle que sí, que pienso cada palabra de lo que dije. Entiendo que con nuestra situación actual con Francia todo el mundo quiera servir a nuestro país y a nuestro rey, pero algunos sirven mejor en su oficio que con un fusil.

Federica atendió a las palabras del joven y comprobó que el señor Denny y ella compartían opinión sobre la fiebre de alistamientos que había asolado Churchill.

—¿Y usted? —prosiguió Lionel deseoso de volver a escucharla—. ¿Qué opina?

—Bueno, yo... —dudó, no estaba acostumbrada a ser oída—. Siempre he pensado que todos somos buenos en algo y que deberíamos luchar por destacar en aquello que nos apasiona.

Lionel sonrió.

—Si me permite el atrevimiento, señorita Vernon, en verdad es un placer escucharla. No solo el timbre de su voz es... delicioso, sino que su planteamiento es impecable.

En cualquier otra situación, la respuesta de Lionel hubiera sido excesiva e indecorosa, y Federica lo hubiera tomado como un atrevimiento imperdonable; sin embargo, entre ellos, se había establecido un ambiente de camaradería que tenía más de complicidad que de cortejo o romanticismo.

—¿Puedo plantearle ahora mi pregunta?

—Oh, claro, por supuesto. Disculpe, había olvidado que tenía una

cuestión para mí.

—¿Le gusta Churchill? Usted no es de aquí, creo.

No respondió de inmediato. Miró el fondo del jardín y suspiró antes de lanzarse a una pequeña confesión sobre sí misma.

—No, me crie en Londres, pero, al morir mi padre, me convertí en una... carga, un lastre para mi madre, y hace menos de un año me prometió con un hombre que me doblaba la edad. Me negué y acabó enviándome a un internado para señoritas. —No había planeado contarle tanto de sí misma, pero decidió confiar en él—. Meses después de estar allí, cuando creí que me había salvado, recibí una misiva suya en la que me ordenaba acceder. Y yo..., supongo que llegué a mi límite y... ¡Dios mío! Ahora me parece mentira haberme atrevido a tanto...

—No, por favor, no se detenga ahora. Lo considero una situación suficientemente grave para justificar lo que sea que hizo.

—Está bien. Yo me escapé. O lo intenté, porque apenas pude poner un pie en la calle. La directora escribió a mi madre y ella me trajo aquí. —Como Lionel no contestó, creyó necesario aclararlo—. Quizá no era eso lo que imaginaba que hice.

—Todo lo contrario. Creo que hay que ser muy valiente para desafiar a una directora... y a una madre.

Su comentario arrancó una nueva risa en ella. Lionel se detuvo y la contempló. Y, sin verlo venir, él también empezó a reír. Al momento, ambos fueron conscientes de que estaban siendo observados y recuperaron el paso con formalidad. Pero algo había cambiado entre ellos.

—Lo creo de verdad, señorita Vernon. Hay muchas mujeres que aceptan su destino. Usted, a pesar de todo, decidió enfrentarlo. Porque... —una duda, insidiosa y punzante, lo asaltó de pronto—, perdone mi atrevimiento, ¿sigue comprometida?

—Oh, no, no. Después de llegar aquí, mi madre me comunicó que el señor Martin no quería por esposa a alguien tan *díscolo* como yo.

—¿Le ofendo si le digo que me alegro?

Pasaban en ese momento cerca de la señora Vernon y Federica no pudo contestar.

—Federica, cariño, el señor Phillips ya se marcha.

Había llegado la hora de despedirse y, aunque ambos deseaban alargar unos minutos más ese encuentro, se despidieron con cortesía, anhelando una pronta oportunidad para volver a conversar.

Capítulo 5

La oportunidad no tardó en llegar.

Con motivo de tratar la compra y venta de algunas parcelas cercanas a las suyas, Charles Vernon había organizado una reunión en la biblioteca. Lionel Denny, ahora que hablaba en representación de Williams Phillips, acudió al encuentro pertrechado con su inseparable carpeta y cubierto de un halo de felicidad que le parecía imposible disimular.

En cuanto le dieron acceso a la vivienda, buscó, con menos disimulo del que creía, a la joven por la que ya, para qué negarlo, se sentía totalmente fascinado. Hacía algo más de un año había abandonado su hogar para aprender el oficio de administrador en casa de un viejo amigo de su padre, cuyo hijo, varios años más joven que él, no podía considerarse compañero ni de juegos ni de aventuras. Así las cosas, la señorita Vernon se había convertido, en un principio, en una compañía interesante, y, con el tiempo y las pocas ocasiones en las que se habían visto y habían intercambiado frases de cortesía, en curiosidad sana. Pero, después de pasear con ella unos días antes por el jardín de los Vernon, había descubierto que era no solo una muchacha con criterio propio, sino una joven que, como él, prefería no precipitarse al hablar. Y aunque había percibido que algo la atormentaba, le había resultado una compañía

no solo agradable, sino deseable.

Y ese día, si lograba encontrar el momento, estaba decidido a charlar con ella de nuevo para descubrir si la ansiedad que había sentido por volver a verla tenía un motivo sólido o tan solo se debía a que la encontraba gratamente distinta al resto de las pocas muchachas que había conocido en su vida.

Detuvo el paso apenas un segundo cuando le pareció ver unos cabellos castaños como los de Federica desaparecer tras la puerta de la pequeña salita que quedaba justo enfrente de la biblioteca. Con el corazón acelerado, contuvo el aliento hasta llegar al umbral, pero su decepción fue notoria cuando descubrió que, quien fuera, había cerrado la puerta. Por tanto, algo desanimado, se adentró en la habitación en la que ya lo esperaba Charles Vernon.

—Ah, señor Denny. Ya está aquí. Pase, por favor, y tome asiento. Los demás no tardarán en llegar.

***

Federica acababa de cerrar la puerta de la salita. Quería terminar de copiar algunos versos que había encontrado interesantes en un libro que su tío Charles le había regalado esa misma mañana, pero ese día la biblioteca estaba ocupada. Así que había tomado el libro y su inseparable cuaderno y se había encerrado en la salita. En cuanto la reunión de su tío terminara, las esposas de los hombres con los que él estaba tratando acudirían al pequeño almuerzo ofrecido en la casa.

No había tenido ocasión de asistir a muchas reuniones sociales, ni antes ni después de su estancia en el internado y, con sinceridad, estaba algo nerviosa. Esta sería la primera en Churchill, y aunque su tía le había contado que era algo informal, más bien como si se

tratara de una reunión familiar, temía fallar. Temía ser el centro de atención por alguna torpeza o algún comentario poco acertado. Pero lo que le robaba la tranquilidad por encima de todo era ser consciente de que el señor Denny se encontraría entre los invitados.

Desde el primer día la había fascinado. Nunca hubiese adivinado que tenía apenas un año más que ella, y cuando su tía se lo confirmó, le resultó una agradable sorpresa. Su experiencia con James Martin primero, y con Reginald De Courcy después, le había dejado claro que no quería relacionarse con hombres que fueran significativamente mayores que ella.

No es que estuviera pensando en él de forma romántica, ¡por Dios!, pero era confortable contar con amistades de su edad. Y, bueno, para no faltar a la verdad debía reconocer que era un respiro que esa amistad fuera tranquila y sosegada, mucho más acorde con su carácter, y con el que, al parecer, tenía cosas en común.

Notó que, al hacer todas esas valoraciones sobre el señor Denny, su pulso se aceleraba, y, forzando una lenta respiración para volver a la calma, tomó asiento y abrió el libro por la página marcada dispuesta a ocupar sus pensamientos en un tema en el que no se encontraba tan perdida.

***

Las mujeres ya ocupaban algunas sillas en el salón donde se llevaría a cabo la velada. Catherine, con la firmeza y resolución que la caracterizaban, había mandado retirar los muebles de la sala para crear una pequeña pista de baile. Un pianoforte había sido colocado en una esquina de la habitación, esperando que algún atrevido le arrancara notas alegres.

Tal y como la anfitriona había dicho, aquello no era un baile

formal, sino una alegre manera de poner el broche a las tediosas reuniones de negocios: una velada en el salón principal con té, algunos dulces y un poco de música.

Los asistentes eran pocos, apenas cuatro parejas vecinales, los dueños de la casa, y los jóvenes Lionel Denny y la señorita Vernon.

Cuando los caballeros abrieron la puerta de la biblioteca, todas pudieron escuchar con atención las alabanzas de Charles al tutelado de Williams Phillips.

—Enhorabuena, señor Denny. Sus palabras han sido muy acertadas, y sus valoraciones, claves. Estoy seguro de que el señor Phillips se sentirá muy orgulloso cuando le hagamos llegar el resultado de esta reunión. Ha velado usted de forma perfecta por los intereses de William.

Que ese reconocimiento se hiciera de forma pública solo podía tener un motivo: Charles Vernon aceptaba el papel del joven Denny y, con ello, le abría de manera oficial la puerta de su círculo de confianza ante todos los presentes.

Federica, que permanecía sentada junto a su tía, con las manos entrelazadas en el regazo, retuvo cada una de las palabras de su tío y, secretamente, se alegró por Lionel.

A medida que los caballeros iban entrando en la sala, el ambiente se animó y el murmullo de la charla fue llenando de calor el momento. Y, al poco, la música empezó a sonar. En la primera pieza tan solo dos parejas se animaron a bailar, y Catherine, que había advertido el nerviosismo de su sobrina, aprovechó que Lionel Denny pasaba junto a ellas y lo detuvo.

—Señor Denny.

—Señora Vernon. Gracias por esta invitación.

Federica restó importancia al comentario con un elegante gesto de la mano.

—Más allá de que mi sobrina pueda bailar con mi esposo, estoy segura de que disfrutaría mucho más si pudiera hacerlo con alguien de su generación, ¿no crees, querida? —añadió.

La aludida se levantó quizá con demasiado ímpetu, mostrando en el gesto la contradicción que sentía: por un lado, a pesar de que había bailado infinidad de veces a lo largo de su formación, no se sentía del todo segura en un ambiente en el que apenas conocía a los invitados; por otro, poder hacerlo con la única persona con la que parecía compartir intereses y algo más, avivaba esa pequeña chispa de vida que creyó sentir meses atrás cuando se atrevió a rebelarse contra todos e intentó escapar de lo que todos esperaban de ella. Y se sentía muy tentada a dejarse llevar por esa nueva faceta. Aun así...

—Bueno, tía... No sé si mi madre consideraría correcto esto.

—Federica, lady Susan no está aquí y ha dejado muy claro que nosotros velamos por ti. Dime con sinceridad: ¿te gustaría bailar un poco?

Por toda respuesta, solo sonrió.

Lionel, que había estado conteniendo el aliento, lo dejó escapar rezando para que nadie lo notara y, presto, dio un paso al frente y se inclinó ante la joven:

—Será un honor, señorita Vernon.

Federica, algo ruborizada, aceptó la mano que él le ofrecía. Y así, en medio del salón, ambos se acomodaron en la pista de baile, junto con alguna pareja más que también había decidido unirse a la diversión; la música comenzó, una contradanza sencilla y alegre. Los primeros compases obligaron a Federica a concentrarse en el ritmo; el temor a errar la hizo tropezar con la falda, pero la voz baja de Lionel acudió en su ayuda.

—No tema, señorita. Solo sígame.

Ella alzó los ojos un instante. El gesto tranquilo de su compañero bastó para darle seguridad, y pronto sus pasos se ajustaron al compás.

Los movimientos de la danza los acercaban y separaban, permitiéndoles apenas un par de palabras en cada cruce.

—Quizá este sea un buen momento para que responda la pregunta que le formulé la última vez que nos vimos.

—Disculpe, señor Denny, pero no sé a qué se refiere.

Tuvo que esperar algunos segundos para que el baile los volviera a reunir, y Lionel no perdió el tiempo cuando volvieron a estar juntos.

—¿Le gusta Churchill?

Federica no respondió de inmediato. Miró, sin embargo, con cierto atrevimiento a su compañero a los ojos y respondió con una firmeza que a ella misma le sorprendió:

—Me permite pasar desapercibida. Y yo no sé hacer otra cosa sin pagar un precio. Aquí, por fortuna, nadie me exige nada que yo no esté dispuesta a dar.

Lionel no retiró la mirada. Estudió su rostro con tanto detenimiento que podría considerarse hasta indecoroso y no supo qué decir.

—Pero le responderé con algo más sencillo: sí, señor Denny, me gusta Churchill.

Tras una nueva interrupción, Lionel le ofreció su sonrisa más sincera y dos simples palabras que a ella le llegaron al corazón:

—Me alegro.

Siguieron bailando entre sonrisas tímidas y silencios cómodos. Sus movimientos eran medidos cuando estaban separados, y controlados cuando volvían a estar juntos porque, aunque el espacio era reducido, cada paso los acercaba de una manera que iba más allá de

la cortesía. Y ambos lo sabían, lo notaban en el otro, y esa impaciencia que caracteriza a la juventud pronto comenzó a ser evidente para Catherine y Charles, que los observaban con disimulada atención.

Cuando la música concluyó y Lionel la acompañó hasta donde sus tíos se encontraban, Catherine la abrazó suavemente por los hombros.

—Vaya, querida, creo que Churchill empieza a devolverte la alegría.

Federica inclinó la cabeza, sonrojada, mientras Lionel, retirándose discretamente, guardaba en silencio el recuerdo de aquel instante como el más luminoso de su vida hasta entonces.

Capítulo 6

La mañana siguiente recibió a Federica de un ánimo inusitado. Había dormido sin sobresaltos, algo que no recordaba haber disfrutado en muchos años, y despertó con la mente aún ocupada en los recuerdos de la velada anterior.

Esa noche sus sueños le habían hecho recordar el baile, las miradas, la seguridad que le ofrecieron las manos de su compañero cuando el compás los volvía a reunir...

Por supuesto, no tardó en reprenderse. No debía permitirse pensamientos de ese género; ¿qué podía ofrecer ella, sin fortuna ni dote? Y, sin embargo, el recuerdo era demasiado reciente para borrarlo con facilidad.

***

Lionel acudió a casa de los Vernon con renovada determinación. Las reuniones en la biblioteca eran ya parte de su vida, pero esa mañana lo animaba el hecho de haber descubierto en la señorita Vernon no solo una joven de natural reservado, sino un espíritu con juicio y sensibilidad que lo cautivaban. Si lograba tan solo cruzar unas palabras con la señorita Vernon, daría por bien empleado el día.

Y, en efecto, la vio brevemente descender la escalera mientras él

se dirigía a la biblioteca, pero tan solo pudieron intercambiar una breve sonrisa.

Durante los días siguientes, la joven estuvo ausente con frecuencia, acompañando a su tía en visitas al vecindario o en gestiones con la modista. Apenas hubo ocasión para más que un saludo rápido, y, mientras la primavera avanzaba, ambos jóvenes comenzaban a añorarse.

Una tarde que Catherine había dispuesto un té en el salón para recibir una visita, en la que Federica se encontraba presente, al ver salir a Charles seguido de William Phillip y de Lionel Denny, se tensó, deseosa de encontrar una excusa para intercambiar con él algunas palabras.

Su tía, siempre atenta a las reacciones de su sobrina, dijo con naturalidad:

—Querida, ¿te apetece dar un paseo por el jardín? Este sol primaveral no se disfruta todos los días.

La señora Jonas aprobó la sugerencia, y Federica, recogiendo el librito de poemas que siempre llevaba consigo, se retiró con una leve inclinación de cabeza, aguantando las ganas de salir corriendo.

Cuando Lionel, a punto de dejar el camino de acceso, vio que ella abandonaba la casa, improvisó:

—Con su permiso, señor Phillips, olvidé recoger un ejemplar de la biblioteca de los Vernon.

—No hay problema, señor Denny. Puedo aguardar unos minutos.

Mientras se sorprendía por haber cedido a los impulsos, hizo un quiebro en el último momento y giró hacia la derecha para dirigirse al jardín, por donde había visto desaparecer a Federica.

En ese momento, ella, que había dado ese rodeo para poder interceptarlos, chocó con el pecho de Lionel y el libro que llevaba en las manos acabó en el suelo. Lionel, para evitar que cayera, la

sostuvo por la cintura. El silencio reinó unos segundos más de lo que podía considerarse decoroso mientras ellos se observaban de cerca después de tantos días de saludarse en la lejanía. Hasta que, al mismo tiempo, se inclinaron para recoger el libro. Sus manos se rozaron levemente sobre la encuadernación.

—Disculpe, señorita Vernon —dijo Lionel, enderezándose con seriedad, aunque en su voz se adivinaba la emoción—. No era mi intención interponerme en su camino.

—No tiene por qué disculparse, señor Denny. Fui yo quien no miró por dónde iba —respondió ella, procurando que su voz no delatara la agitación que sentía.

—Confieso… —empezó, y enseguida bajó la vista, consciente de que sus palabras eran un atrevimiento—, que he echado en falta nuestras conversaciones.

Federica lo miró con timidez, y, tras una cálida sonrisa, se sinceró:

—Yo también, señor Denny. Muchísimo.

Lionel, con extraña delicadeza y sin pensarlo ni un segundo, acarició el dorso de su mano, pues ambos sujetaban aún el ejemplar.

—¿Le importa cedérmelo hasta mi próxima visita? Le pedí al señor Phillips un momento para recoger un libro de la biblioteca, pero solo era... una excusa.

—No se preocupe, quédeselo todo el tiempo que necesite.

La voz de Catherine los devolvió a la realidad. Federica, tras recuperar la compostura, se despidió con una ligera reverencia y volvió hacia la casa. Lionel, imbuido de una nueva energía, se unió a William Phillips mientras pensaba en su siguiente encuentro.

***

Al día siguiente, Catherine, observadora y prudente, decidió abordar

el tema con su sobrina.

Aprovechó que Charles estaba reunido de nuevo con algunos propietarios y arrendados de sus fincas, además de con Lionel Denny, y, mientras Federica leía en el salón, comentó:

—Has cambiado, querida. Te veo más alegre.

Federica sonrió con timidez, pero no respondió. Catherine, entonces, fue más directa:

—¿Has pensado en tu futuro? En lo que harás cuando llegue el momento de tu presentación en sociedad, de elegir un pretendiente y comprometerte.

La pregunta la tomó por sorpresa. Federica tragó saliva y, tras un silencio prolongado, se atrevió a hablar.

—No quiero casarme, tía.

—Vaya... No me esperaba esa respuesta. —Catherine, que había planteado la cuestión para dirigirla hacia el joven Denny, sintió una enorme curiosidad por saber el motivo—. ¿Te molesta si te pregunto por qué?

Federica observó a su tía, pues temía haberla defraudado, y, tras un tiempo en silencio, contestó con sinceridad.

—Lo que quiero decir es que no quiero un compromiso como lo entiende mi madre ni como trató de imponérmelo. He visto lo que puede hacer un matrimonio sin afecto, y, aunque mi padre murió siendo yo aún joven, recuerdo que entre ellos no se dirigían la palabra. Preferiría quedarme sola.

***

Mientras tanto, Lionel había salido un momento hacia el carruaje del señor Phillips, donde este había olvidado unos papeles necesarios para la reunión. Se dirigía de nuevo a la biblioteca cuando, al pasar

por el salón, oyó voces conocidas. No era hombre inclinado a la indiscreción, pero al reconocer el tono de Federica, se detuvo sin poder evitarlo.

Desde la tarde anterior no hacía otra cosa que rememorar el encuentro a escondidas que habían tenido y no dejaba de contar los minutos para volver a verla.

—No quiero casarme, tía.

El golpe fue certero: la esperanza que había cultivado en las últimas semanas se desmoronó en un instante y le provocó un dolor tan sordo que no se vio capaz de seguir ante esa puerta un segundo más. No esperó, no quiso escuchar lo que Federica añadió después en un susurro:

—Y, sin embargo, a veces pienso que quizá el futuro no sea tan oscuro como imaginaba.

—Querida, nunca lo es si escoges con el corazón.

Catherine le apretó la mano con ternura. La joven inclinó la cabeza, consciente de que sus sentimientos habían empezado a despertar.

Pero Lionel ya había abandonado la casa con paso firme, sin despedirse y argumentando una rápida excusa, convencido de que la señorita Vernon nunca lo vería con otro afecto que no fuera el de una amistad cortés. Esa misma semana aceptó un encargo de administrador en una finca lejana y partió de Churchill con prisa.

Los Vernon, sorprendidos por la prontitud de aquella decisión, no dejaron de repetir entre ellos que alguna razón grave debía haberlo impulsado. Y aunque Catherine procuró tranquilizar a su sobrina asegurándole que las puertas de Churchill estarían siempre abiertas para el joven Denny, Federica, en el secreto de su corazón, resolvió que aquella desaparición era un dolor al que tendría que acostumbrarse.

Capítulo 7

Los años habían transcurrido en calma para Federica Vernon. Tras la partida de Lionel, sin explicación ni despedida, extendió su decisión de rechazar el compromiso a cualquier otro candidato.

Durante algún tiempo se reprochó no haber sabido descubrir la causa de su huida; repasó con cuidado cada una de sus conversaciones, cada mirada, con la esperanza de hallar en ellas un indicio. Al final, cansada de especular, se resignó a pensar que, sencillamente, no había sido suficiente para él. Y, en consecuencia, abrazó la idea de permanecer soltera, persuadida de que era preferible esa tranquilidad a un matrimonio sin afecto. Llegar a esta conclusión no fue difícil y, a pesar de que disfrutaba de una vida sencilla y apacible, lejos de la presión de su madre y de la agitación de Londres, a menudo se levantaba sintiendo una tristeza infinita en su pecho.

Y cuando cumplió la edad en la que correspondía ser presentada en sociedad, su tía Catherine le habló con suavidad:

—Querida, si lo deseas, podemos viajar a Londres en primavera. Allí podrías conocer a otras jóvenes y, quizá, abrirte a nuevas oportunidades.

Federica agradeció la propuesta, pero, tras unos días de reflexión, se mantuvo firme.

—Tía, no deseo ser exhibida en un salón, ni tampoco he cambiado de opinión respecto al matrimonio. Aquí, con lo que tengo, me basta.

Al principio, Catherine se preocupó por lo que la tan tajante decisión pudiera significar para la reputación de su sobrina y sospechaba que el cambio de trabajo del joven Lionel Denny pesaba en la decisión de Federica. Pero la firmeza con la que explicó sus razones disipó todas las dudas. Charles Vernon, siempre práctico, zanjó la cuestión:

—Si nuestra sobrina es feliz en Churchill, no hay más que hablar.

Fue él también quien, viendo que la muchacha pasaba demasiado tiempo en soledad, le ofreció un nuevo propósito: ordenar la biblioteca familiar. Federica aceptó, con timidez al principio y, poco a poco, demostrando cada vez más interés, a medida que descubría la variedad de géneros que su tío escondía entre aquellos viejos estantes. Poco a poco dejó de ser la joven insegura que evitaba hablar en sociedad, y se convirtió en una mujer capaz de sostener una conversación sobre economía doméstica o de expresar sus opiniones sin temor.

Entonces, el día que cumplió veintiún años, sus tíos la hicieron llamar al despacho. En otra época ese gesto la habría sobresaltado; ahora lo recibió con serenidad.

—Has cumplido ya la mayoría de edad, Federica, y eso significa que ha llegado el momento de que sepas la verdad. —Ante la mirada de sorpresa de la joven, Charles se apresuró a dar el resto de la información—: Tu padre, antes de morir, dejó dispuesto que recibieras una renta anual, una pequeña suma, que quedara en fideicomiso para ti. No es una fortuna, pero bastará para asegurar tu independencia.

Ella abrió mucho los ojos.

—¿Independencia?

—Sí, querida —respondió Catherine con ternura—. Fue su último acto de amor hacia ti. Tu tío Charles fue el encargado de administrarlo.

La sensación de saber que había sido cuidada en silencio durante todos esos años, de conocer aquel gesto póstumo de su padre, conmovió tanto a Federica que no pudo evitar que las lágrimas acudieran de improviso a sus ojos.

—Hay una cosa más. —Después de concederle unos segundos a la joven, Charles continuó—: Ya sabes que, aunque no hemos tenido descendencia, tú eres como una hija para nosotros. Por eso, desde que llegaste a esta casa, tu tía y yo hemos pensado mucho en tu porvenir: años atrás adquirimos una propiedad, con la idea de reservarla para ti.

Le tendió entonces un legajo. Federica lo tomó con manos temblorosas.

—No entiendo...

—A partir de hoy —dijo Charles con calma—, esta finca es tuya. No es grande, apenas unos cuantos acres de tierra y una casa sencilla, pero basta para darte un espacio propio.

Federica levantó los ojos, primero hacia él y luego hacia Catherine, como si buscara asegurarse de que no estaba soñando.

—¿Mía? —murmuró.

—Solo tuya, querida —afirmó Catherine, posando una mano sobre la de la muchacha—. Nadie puede arrebatártela. Podrás administrarla como prefieras, aunque tu tío estará encantado de ayudarte en lo que necesites.

Federica permaneció en silencio unos instantes, asimilando aquellas palabras. No había heredado una fortuna, pero había logrado algo mucho mejor: su libertad.

***

Lionel Denny, entretanto, había seguido un camino mucho más áspero. Tras dejar Churchill, trabajó como administrador en una finca lejana, la primera que encontró que necesitaba cubrir ese puesto y que no puso muchas pegas a su juventud; y le fue bien hasta que, a la muerte del propietario, un heredero ambicioso se hizo cargo de todo y lo dejó sin empleo. Regresó a la casa paterna, donde comprobó con pesar que las reparaciones urgentes exigían más dinero del que poseía. Entonces, siguiendo el consejo de un conocido, se alistó en la milicia. El sueldo era modesto, pero le permitía contribuir, siquiera mínimamente, al sostenimiento de sus padres.

Pero, a principios de 1812, el golpe definitivo lo alcanzó: un derrumbe en la vieja casa de sus padres acabó con la vida de ambos. Lionel regresó de inmediato a Hawthorne End, donde, abrumado por la culpa, renunció a la milicia y se entregó a la tarea de reparar la vivienda con sus propias manos. Sin embargo, la empresa era titánica; sus pocos ahorros se consumieron en reparaciones y pronto se encontró al borde de la ruina.

Fue entonces cuando recibió la carta del coronel Forster, invitándole a reconsiderar su baja y reincorporarse al cuerpo. El dilema era cruel: volver a la milicia, con un sueldo modesto y una vida que detestaba, pero estable, o permanecer en su tierra, fiel a la memoria de sus padres, y arriesgarse a acabar en la miseria.

Capítulo 8

Diciembre 1812

Hacía un par de días que Charles Vernon había recibido una carta que le había alegrado y preocupado a partes iguales. Lo había comentado con su mujer y habían decidido hablarlo con su sobrina. Mas, al hallarse esta revisando su pequeña propiedad, aún no habían tenido tiempo de ponerla sobre aviso.

Escucharon el sonido de unos cascos en la lejanía y supieron que el momento había llegado.

Lionel Denny descendió del carruaje con aire grave. Traía consigo unos documentos que, más que simples títulos de tierra, representaban para él un vínculo con la memoria de sus padres y, al mismo tiempo, la única posibilidad de preservar lo poco que quedaba de su patrimonio. Durante semanas había dudado si desprenderse de aquella parcela —la única no sujeta al viejo *entail* familiar—, pero al no poder ya recurrir a su antiguo tutor, solo le quedaba confiar en la honradez de Charles Vernon. El paisaje lo devolvió, de golpe, a un mundo que había jurado dejar atrás.

La puerta se abrió al instante. Charles mismo lo recibió en el zaguán, con la cordialidad que siempre le caracterizaba.

—Señor Denny, bienvenido. Celebro verle después de tanto tiempo.

Lionel inclinó la cabeza con respeto.

—Le agradezco mucho que me haya permitido acudir. Sé que mi petición es poco común.

Charles sonrió con calma.

—Nada de eso. Pasemos a la biblioteca y hablemos con tranquilidad.

Tomó aire y avanzó con paso seguro hasta el vestíbulo, aunque sus ojos recorrieron los rincones con una ansiedad que intentaba disimular. El corazón de Lionel se agitó como si hubiera retrocedido en el tiempo de improviso, ante la idea de encontrarse de nuevo con ella, pero se reprendió en silencio, pues ese no era el tema que lo había llevado hasta allí.

Allí los aguardaba Catherine, quien lo saludó con afecto y no tardó en dejarlos para encargar un servicio de té. Los hombres, entretanto, trataron los asuntos que habían motivado la visita; Charles examinó con atención los papeles y prometió darles una lectura más reposada en los días siguientes.

Justo en ese momento Catherine se dirigía a la sala para anunciar que el té estaba servido, pero no tuvo ocasión porque en ese instante Federica entraba en la casa y avanzó unos pasos hasta el encuentro de su tía para saludarla después de sus días de ausencia.

—Ah, Federica, ya estás aquí. Ven, necesito decirte algo.

Sin embargo, no tuvo tiempo de decirle nada: Charles y Lionel aparecían por el pasillo.

Sus ojos se cruzaron con los de Lionel y ambos quedaron inmóviles por un instante.

—Señorita Vernon —dijo él, finalmente, con una inclinación formal que ocultaba el temblor de su voz.

—Señor Denny —respondió ella, apenas un murmullo.

Catherine, que no perdió detalle del leve rubor en las mejillas de

su sobrina, se apresuró a intervenir:

—Federica, querida, quizá puedas acompañarnos luego al salón. El té estará dispuesto en unos instantes. Señor Denny, está usted invitado, por supuesto.

Lionel desvió entonces la mirada de Federica y se giró hacia su anfitriona.

—Se lo agradezco de veras, señora Vernon, pero debo reemprender el camino. Aún me queda un buen trecho hasta casa, y con estos días cortos del invierno prefiero no tentar a la noche.

Federica sintió cómo un calor repentino le subía al rostro. Antes de pensarlo demasiado, avanzó un paso.

—Le acompaño hasta la puerta, señor Denny.

Él pareció vacilar, pero al fin asintió con un leve movimiento. Catherine, que nada ignoraba de aquella tensión, se limitó a sonreír y se retiró, junto con su marido.

Caminaron en silencio hasta llegar al vestíbulo. Federica se adelantó y abrió la puerta. Lionel se detuvo en el umbral, ajustando los guantes antes de salir. Ella lo observaba de soslayo, intentando acostumbrarse a la sensación que el cambio de sus facciones producía en ella: no era ya el muchacho que conoció, sino un hombre al que, estaba segura, el tiempo había marcado, a juzgar por la rigidez de su rostro y la inclinación de sus hombros.

Reuniendo coraje, habló:

—Señor Denny, ¿puedo preguntarle a qué ha venido?

—A un asunto de tierras, señorita Vernon. Disculpe, no sé si corresponde que la siga llamando así.

—Ese es el trato correcto, sí. —Federica hubiera jurado un atisbo de alivio en su mirada, pero no se atrevió a indagar más en aquellos ojos que la observaban—. Un asunto de tierras, decía.

Lionel carraspeó antes de responder.

—Deseo vender una parcela pequeña perteneciente a mis difuntos padres, a unas millas de aquí.

—¿Vender? —inquirió con cuidado.

—No lo hago con gusto, créame, pero hay momentos en los que es necesario tomar decisiones... aunque duelan. —No añadió nada más. Se limitó a inclinarse en una despedida cortés—. Le agradezco su compañía, señorita Vernon. Ha sido… grato volver a verla.

Ella respondió con una sonrisa leve, apenas un destello de calidez en su semblante.

—Buen viaje, señor Denny.

Él descendió los peldaños de piedra y se introdujo en el coche. Justo antes de girar por el sendero, volvió la cabeza. Federica, todavía en el umbral, lo observaba desaparecer de su vida una vez más.

Capítulo 9

El carruaje dejó a Federica en el sendero cubierto de escarcha. La tarde caía y el aire helado le obligó a ajustar mejor el manto sobre los hombros. Pero nada la detendría.

Charles le había contado, días atrás, que el señor Denny había regresado a Churchill con la intención de vender una pequeña parcela heredada de sus padres; no valía mucho, pero el señor Denny necesitaba liquidez y, al no haber encontrado a su antiguo tutor, había acudido a él con la confianza de que fuera una venta justa. Federica, que desde que lo viera días atrás no había dejado de recordar los pasados momentos a su lado, sintió que su corazón se alteraba apenas, pero la necesidad de entender por qué se había marchado acalló los latidos que ya comenzaban a golpear con fuerza.

El portón de hierro chirrió al abrirse. La fachada de Hawthorne End se alzaba sombría, marcada por el abandono; sin embargo, humo blanco salía de la chimenea, y aquel signo de vida le devolvió cierto sosiego. Antes de que pudiera llamar, la puerta se abrió. Lionel apareció en el umbral, con una chaqueta de lana oscura y el gesto sorprendido.

—Señorita Vernon… —dijo, incrédulo.

Federica sostuvo la mirada, temblando más por los nervios que

por el frío.

—Perdone la osadía. He venido porque… porque necesitaba hablar con usted.

Lionel la observó un instante más, como si no terminara de creer lo que veía, hasta que reaccionó y se apartó para cederle el paso.

El interior era sencillo, pero cálido: una chimenea encendida en el salón, muebles austeros aunque cuidados, y una mesa con papeles y herramientas.

Se quedaron unos segundos en silencio, hasta que Federica habló.

—Mi tío me habló de la parcela. Me relató lo acaecido a sus padres. Lo lamento.

Lionel asintió, sin alzar la vista.

—No tengo otra opción. Esta casa consume lo poco que tengo. Y pensé que al menos su tío sería justo con los números y haría un buen uso de esa tierra.

—Disculpe que le pregunte, pero ¿y su cargo de administrador?

Él respiró hondo, porque esa simple pregunta abría una herida que prefería ocultar.

—Desapareció con la vida de su propietario. Su heredero ya tenía un hombre de confianza, así que, de pronto, me encontré sin trabajo y sin más opciones que… la milicia.

Federica lo contempló en silencio, con el asombro reflejado en el rostro.

—¿Y qué pasó con aquello que dijo una vez en Churchill? —susurró—. Que cada cual debe dedicarse a lo que mejor sabe hacer.

Lionel esbozó una sonrisa amarga.

—La vida da muchas vueltas, señorita Vernon. No tuve elección. Mis padres necesitaban ayuda, y yo no podía mirar hacia otro lado. Tuve que elegir entre vocación y supervivencia.

Entonces, con voz firme, Federica replicó:

—Por eso estoy aquí. Porque yo tampoco tuve elección entonces: usted desapareció sin una sola explicación.

Lionel apretó los labios, antes de ser capaz de responder:

—Me fui porque la escuché. La escuché decir a su tía que no deseaba comprometerse.

—¿Me escuchó? —susurró, incrédula—. ¿Y por eso se fue?

—Sí. —Lionel sostuvo su mirada, con un rastro de amargura—. Yo pensaba que, con el tiempo, cuando hubiese llegado el momento, quizá habría tenido el valor de pedir su mano. Pero, al oír aquello, creí que mis ilusiones eran ridículas y supe que no había lugar para mí.

Federica cerró los ojos, buscando en su memoria aquel diálogo de hacía tantos años.

—No hablaba de usted, señor Denny. Me refería a los matrimonios de conveniencia que mi madre ansiaba para mí. Pero no hablaba de usted, nunca de usted.

El peso del malentendido cayó entre los dos, demasiado real para dejarlo pasar.

—Han pasado muchos años de aquello. Era un muchacho. No supe qué hacer más que huir. Y no puede hacerse una idea de la cantidad de problemas que vinieron a raíz de aquella decisión.

Ella lo contempló, reflexiva. El tiempo había cambiado a ambos, y sin embargo no podía negar que, en aquel instante, reconocía en él al mismo joven cuya compañía le había parecido siempre la más grata.

—Como dice, ha pasado mucho tiempo desde entonces, pero ahora ninguno de los dos somos aquellos jóvenes.

Lionel dudó. Luego, la miró con esperanza.

—Quizá... podríamos darnos tiempo para conocernos de nuevo. Para descubrir si todavía compartimos algo más que recuerdos.

Avanzó un paso más para acortar esa distancia que los separaba. Sostuvo su mirada y vio en su semblante una respuesta que no necesitaba ponerse en palabras. Entonces, recordó algo y, de súbito, dio la vuelta y se acercó a una estantería cercana. Tomó un volumen, desgastado por el uso, y, al volver, se lo tendió. Federica lo reconoció de inmediato.

—Quizá, ha llegado la hora de devolvérselo, señorita Vernon.

Tomó las manos de ella, que acunaban el libro y, en ese gesto y en aquel silencio se comprendieron como siempre y se acercaron como nunca.

Epílogo

Primavera de 1813. Hawthorne End

La propiedad de Hawthorne End, antaño deslucida y cercana a la ruina, comenzaba al fin a recobrar un aspecto digno. El tejado había sido reparado, los establos volvían a albergar un caballo decente y en el jardín delantero despuntaban los primeros brotes de la primavera.

El señor y la señora Denny —pues así debía llamárselos ya— no aspiraban a más de lo que poseían: una casa modesta, pero propia; una renta suficiente para sostener la vida sin lujo, fruto de la propiedad arrendada de Federica y del afecto de su padre, y, sobre todo, la tranquilidad de un hogar construido entre ambos.

Lionel había renunciado por completo a la milicia, encontrando mayor satisfacción en la administración de sus tierras, incluida la propiedad vendida a Charles Vernon y que este le había devuelto como regalo de bodas, aunque con frecuencia emprendía trabajos que su esposa juzgaba demasiado laboriosos para él. Federica, sin embargo, había aprendido a sonreír ante tales actos, pues cada uno de ellos no eran sino prueba de su empeño en ofrecerle un porvenir sólido.

Quienes los visitaban aseguraban que la calma que reinaba en aquella casa era tal que bastaba una tarde en su compañía para

convencerse de que, si bien ni riquezas ni títulos habían adornado su unión, pocas parejas podían considerarse más dichosas.

Y Federica, al recorrer cada estancia, encontraba en Hawthorne End el recuerdo de lo que había esperado en silencio tantos años y la confirmación de que la paciencia, cuando es sincera, rara vez se ve defraudada.

El castillo de Blaise

Isabel Jenner

Nota de la autora

Cada novela de Jane Austen es carismática y mágica, pero *La abadía de Northanger* tiene un lugar especial en mi corazón por su constante humor, su ingeniosa ironía y la conexión con Catherine, amante de la lectura y algo soñadora. Pero ¿qué sería de una escritora si no dejase volar su imaginación? Me siento muy feliz de poder participar en este homenaje, y espero que disfrutéis de esta historia en la que la misteriosa señorita Andrews y el pobre James Morland logran reparar sus corazones rotos.

Capítulo 1

«Cuídate y desconfía, mi querida Catherine,
de quien pretenda robarte el corazón».
Carta de James Morland a su hermana Catherine,
La Abadía de Northanger

Nadie que hubiera visto a Michaela Andrews durante sus Navidades más desdichadas habría podido imaginar que estaba destinada a enamorarse de nuevo. Y, para mayor desasosiego de su corazón, del mismo caballero hacia el que una vez afloraron sentimientos de naturaleza tierna y esperanzada. Aunque, quizá, la sorpresa se viera algo menguada por el poco conveniente hecho de que tales sentimientos nunca tuvieron la cortesía de llegar a desaparecer del todo.

Para comprender la espinosa relación de nuestra protagonista con James Morland, pues es él, y no otro, el objeto de sus desvelos, debemos remontarnos más de un año atrás, en Pulteney, cerca de Londres, durante una fría tarde de diciembre.

El padre de Michaela, abogado de profesión y de carácter honorable, siempre había tenido en alta estima a otro colega de su oficio, el señor Thorpe, quien, por desgracia, había fallecido dejando a una viuda y seis hijos. La mayor de las tres hijas, la hermosa Isabella Thorpe, parecía haber desarrollado un sincero cariño por Michaela ya que eran próximas en edad e intereses. Dado que

Michaela era su única hija, de carácter reservado además, y siendo él generoso en cuanto a su bienestar, el señor Andrews no había dudado en aprobar esa amistad y promover cuantos encuentros fueran posibles entre ambas. Así pues, Michaela había aceptado acudir a tomar el té en casa de los Thorpe aquel día de invierno, y las jóvenes se hallaban sumidas en una profundísima conversación en la que Isabella hablaba y Michaela daba su opinión con sonidos afirmativos o negativos en los breves lapsos de silencio en los que su interlocutora tomaba aire para continuar hablando.

Las elucubraciones de una atribulada Isabella acerca de cuál podría ser el largo perfecto de las cintas para el cabello se vieron interrumpidas por el alboroto que causó la llegada de su hermano, John Thorpe, quien se disponía a pasar unos días en casa durante las vacaciones de la universidad. Las hermanas más pequeñas, Anne y Maria, fueron las encargadas de dar la noticia a las jóvenes cuando irrumpieron en la salita donde tomaban el té. Michaela había observado, en el considerable tiempo que conocía a los Thorpe, que el afecto filial entre los hermanos era de tal magnitud, que solían saludarse con un desganado gesto con la cabeza o alguna observación acerca de las carencias de sus respectivos físicos, por lo que las mejillas arreboladas por la emoción y las risitas apenas contenidas de las muchachas denotaban que sucedía algo fuera de lo común.

El misterio quedó resuelto casi de inmediato, puesto que un caballero desconocido apareció tras los pasos de John Thorpe mientras Isabella y ella se ponían de pie para recibir a los recién llegados.

—Señorita Andrews, Isabella. Este es mi buen amigo de Oxford, James Morland, quien pasará con nosotros la última semana de Navidad.

Afirmar que el señor Morland era un hombre apuesto sería abusar de los cánones de belleza masculinos, pero algo en sus ojos oscuros impresionó vivamente a Michaela. Y, dada su afición a leer cuanta novela gótica cayera en sus manos, habida cuenta de la nutrida lista de títulos que había devorado de principio a fin, con sus pasajes de intriga, asesinatos, horror y sobresaltos, no se tenía por una joven impresionable. Pero este era un sentimiento diferente. Uno que, a sus diecinueve años, experimentaba por primera vez. Era la absoluta y total certeza de que podría entregar su corazón a alguien más que a los héroes de sus novelas. ¡Si tan solo supiera por dónde empezar! El sutil arte del cortejo, no obstante, le era casi tan desconocido como el caballero que había despertado su interés.

Isabella, quien la observaba de reojo con aire de entender lo que ocurría, se aproximó a ella mientras los hombres presentaban sus respetos a la señora Thorpe.

—Mi dulce criatura, no trates de engañarme, ¿acaso nuestro invitado es una amistad que te gustaría cultivar más en profundidad?

—¿Tan evidente resulto? —murmuró Michaela, acalorada, para luego agregar— ¿Supondría… un problema en lo que a ti respecta? No quisiera incomodarte.

—Oh, mi inmenso afecto por ti supera al que jamás podría llegar a sentir por alguien del sexo opuesto. Pierde cuidado, eres tan adorable que no tardarás en despertar su admiración y tenerlo encandilado.

Y, sin más dilación, Isabella Thorpe pareció tomar el asunto en sus propias manos.

—¿Por qué no nos sentamos todos a charlar un rato? O, mejor aún, a jugar a las cartas —propuso—. A no ser que usted y John prefieran estar en otro lugar, señor Morland. Los hombres siempre presumen de tener sitios importantes a los que acudir.

—Nada me complacería más que estar en compañía de tan distinguidas damas —replicó el aludido con una sonrisa amable.

Y su talante cortés, en perfecto contrapunto con el de John Thorpe, quien murmuró entre dientes que preferiría estar en una cuadra que con sus hermanas, encandiló todavía más si cabe a nuestra protagonista.

Una vez acomodados alrededor de la mesa, Michaela acabó sentada entre Maria y Anne, lo más alejada posible de James Morland mientras que Isabella, que se había ofrecido a distribuir los sitios dejándose llevar por el azar, se encontraba a la derecha del caballero, al que monopolizaba con su animado diálogo.

Una punzada de inquietud, no exenta de intuición, recorrió a Michaela.

—Confío en que usted y su familia disfrutan de buena salud, señorita Andrews —intervino John Thorpe desde el otro lado de Anne con cierta torpeza, quizá movido por el tenue suspiro que escapó de los labios de la joven.

—Sí, gracias. Les transmitiré su gentil interés.

—Y, dígame, ¿su padre sigue en posesión de ese impresionante purasangre?

Aquella pregunta la hizo sonreír de manera genuina

—Desde luego, no soñaría con deshacerse de él.

—Morland —John Thorpe se giró hacia su amigo—, te aseguro que mi caballo sigue siendo el más rápido de Inglaterra, no hay en todo el país otro animal que recorra diez millas por hora, pero que me aspen si el caballo del señor Andrews no recorre unas doce o trece, siendo generoso en mis cálculos.

Michaela, algo turbada, pero feliz de encontrarse de nuevo con los ojos oscuros y tranquilos del señor Morland, se dirigió a él con las mejillas arreboladas.

—Sin duda, el suelo desaparece al galopar sobre su lomo.

—¿Le agrada cabalgar, señorita Andrews?

Una respuesta afirmativa, si bien breve, se gestaba en los labios de Michaela. Lo que adolecía en elocuencia, lo suplía con un corazón sensible, que se vio arrollado por la réplica de Isabella, más rápida y mucho más vehemente.

—Mi queridísima Michaela es una excelente amazona. Yo, en cambio, solo puedo aspirar a mantenerme sentada sobre la silla de montar, aunque semejante posición con la espalda tan tensa favorece a la figura, o eso me dicen quienes me han visto, qué sabré yo. Pero mi dulce amiga, deberías haberme avisado acerca del atuendo que habías elegido antes de venir. De haber sabido que llevarías ese encantador tono malva, yo habría elegido algo más discreto que mi vestido amarillo. Es en exceso llamativo y sabes que soy una persona que aborrece destacar. ¿Debería ir a cambiarme?

El silencio fue tan breve, una vez más, que Michaela no pudo insertar ni una frase.

—No, desde luego que no, querida —se respondió Isabella a sí misma—. Eres demasiado generosa como para sentirte incómoda porque me haya excedido en mi indumentaria. ¿Cuál es su opinión al respecto, señor Morland?

—Si se refiere a sus caracteres, señorita Thorpe, estoy convencido de que ambas derrochan generosidad. Si, no obstante, están haciendo alusión a sus indumentarias, me temo que mi opinión es declararme por completo ignorante sobre esos temas.

—Oh, no debería haber puesto mis esperanzas en usted sabiendo como sé cuál sería el resultado. Ni me molestaré, pues, en mencionarle las complicadas trenzas de mi peinado.

Y, así, mientras Michaela resistía el impulso de llevar una mano a su sencillo recogido pelirrojo, el señor Morland volcaba de nuevo su

atención en los rubios cabellos de Isabella Thorpe.

Una vez llegó la hora de que Michaela se marchase, Isabella la acompañó hasta la puerta y le pidió encarecidamente que acudiese a la residencia de los Thorpe tantas veces como le fuera posible esa semana, por lo que la confusión de la joven acerca de las intenciones de su amiga no hizo más que aumentar. Antes sus dudas, y su firme decisión de apartarse de ser necesario, la reacción fue categórica.

—Mi queridísima Michaela, ¿cómo se te ocurre pensar siquiera que tengo otro interés en el señor Morland más allá del de verlo unido a ti? No te lo tendré en cuenta, puesto que los nervios del enamoramiento te ciegan, ni mencionaré que las amigas jamás se traicionan, y que yo soy tan leal en mis afectos que no hay nada en el mundo que no sería capaz de hacer si eso te ayudase. ¿Acaso no te considero un ángel y así se lo hago saber a quien quiera que sea el caballero que se atreva a pasarlo por alto?

Michaela se tragó el remordimiento por haber albergado la más mínima duda acerca de los planes de su amiga. Sus palabras, no obstante, la hicieron ser demasiado consciente de que su rostro, aceptable en sus mejores días, palidecía en comparación con la belleza de Isabella; pero era algo a lo que no había dado importancia hasta ese momento y se conminó a no quedarse varada en las cosas que no estaban en su mano cambiar.

—Y, por supuesto, no necesitas agradecerme lo mucho que me esfuerzo en allanar el camino del romance entre ese joven y tú —continuaba Isabella con sus explicaciones—, incluso a sabiendas de que te alejarás de mí y ya no podremos charlar de nuestras novelas ni de moda a nuestro antojo cuando se produzca la feliz unión, pues no concibo otro desenlace. Prométeme que, cuando os desposéis, me escribirás todos los días, una correspondencia que yo devolveré

con rapidez.

Michaela, emocionada, prometió todo cuanto su querida amiga le pedía. Visitó la residencia de los Thorpe tan a menudo como resultaba prudente, escuchó con avidez cada pedazo de información que el señor Morland proporcionaba, como, por ejemplo, que su familia residía en el pequeño pueblo de Fullerton, en Wiltshire, o que se contaba entre los mayores de diez hermanos. También atesoró los detalles que Isabella le proporcionaba, como que su color favorito era el violeta.

Y siguió prendada de los ojos oscuros del señor James Morland. En quien no dejó de pensar una vez que la semana de vacaciones acabó y él regresó a Oxford. Ni en los meses que siguieron, en los que Isabella y el resto de las mujeres Thorpe se fueron a tomar las aguas Bath y recibía correspondencia cada vez más espaciada de su amiga.

No dejó de pensar sus ojos, ni siquiera, cuando se enteró por medio de una carta de la señora Thorpe a su madre de que el señor James Morland y su hija Isabella estaban comprometidos en matrimonio tras las semanas que habían pasado juntos en Bath.

No pudo dejar de pensar en ellos, ni siquiera cuando se animó a sí misma a olvidar para tratar de recomponer su corazón, rasgado por dos estocadas distintas pero igual de dolorosas. La deslealtad de una amiga y la indiferencia de un amor que nunca fue.

Capítulo 2

La llegada a Bath de Michaela, apenas un año después de los dolorosos acontecimientos en Pulteney, no estuvo acompañada por truenos y relámpagos, ni sombras que hicieran del lugar un destino hostil, acorde a la imagen que albergaba en su mente como escenario de sus pesares. Al contrario, se encontró con un ambiente distendido, calles amplias y elegantes, y un tiempo de lo más agradable.

Conforme a su carácter práctico, se decantó por vivir el presente en lugar de obcecarse en el pasado, empeñada en desterrar la imagen de Isabella y el señor Morland paseando por esas avenidas que fueron testigos de su cortejo. Al fin y al cabo, la esperaban unas cuantas semanas de estancia en Bath, así que se le antojaba del todo innecesario colaborar en su propia tortura de manera voluntaria.

La artífice de semejante viaje no había sido otra que su madre. La señora Andrews, preocupada por el hecho de que su hija hubiera pasado una cantidad de tiempo atroz (es decir, todavía más de lo habitual) embebida en sus novelas en los últimos meses, con escasas ganas de salir de casa y un círculo social cada vez más reducido, había propuesto ir a Bath puesto que un cambio de aires vendría bien a la joven. Michaela, fiel a su naturaleza, no le había

explicado el motivo de su desasosiego, y mucho menos le había pedido elegir cualquier otro destino antes que la ciudad balneario, incluso algún tétrico bosque alemán igual que los descritos en *El Nigromante de la Selva Negra*, puesto que habría dado lugar a una ardua andanada de preguntas.

Una vez acomodadas en Queen Square, una céntrica plaza de la ciudad, la señora Andrews no escatimó ni un instante en llevar a su hija a socializar al balneario o, al menos, intentarlo. Y esa fue su misión ineludible durante los siguientes días.

Michaela hizo cuanto pudo por agradarla, es decir, sonreír con aire abstraído mientras sumaba las cosas que tenía en común con las jóvenes y los caballeros que la presentaban.

Se bastó de una sola mano para ello.

Hasta que, al cabo de unos días de estar allí, coincidió con una dama que parecía próxima a su edad en uno de sus lugares favoritos, una la librería. Ambas estaban interesadas en la novela *El castillo de Otranto* y la señora Tilney, pues así resultó llamarse su nueva conocida (aunque insistió en que se dirigiese a ella por Catherine), fue tan amable como para cederle la única copia que había, con la promesa de prestárselo si todavía se encontraban ambas en Bath.

A Michaela esa promesa se le hizo sencilla, ya que pensaba devorar la terrorífica historia en un santiamén. Lo que no calculó, no obstante, fue la elevadísima frecuencia con la que las dos coincidieron en los salones de té y en los de baile, en los cuales se intercambiaban saludos efusivos (en especial, por parte de la señora Tilney) y frases breves, aunque amables. Incluso conoció al esposo de Catherine, el señor Henry Tilney, un hombre de la iglesia afable aunque algo excéntrico de carácter. La señora Andrews, entretanto, si bien hubiera deseado que se relacionase con alguna muchacha

soltera o, en especial, con un caballero apto para el matrimonio, no se opuso a que su hija cultivase su trato con los Tilney.

Era la primera amistad con la que Michaela se sentía inclinada a entablar tras la traición de Isabella y, si bien la joven ya no era exactamente la misma puesto que su desconfianza seguía presente, los libros le parecían un tema seguro a tratar y nada en la forma de actuar de la señora Tilney era motivo de alarma. Al contrario, sentía que podría mantener una conversación distendida con ella, como esas con las que hacía largo tiempo que no se deleitaba, si tuviera la oportunidad.

Tanto fue así que, cuando terminó de leer *El castillo de Otranto*, se dirigió a la residencia de Catherine Tilney durante su estancia en Bath para cumplir su palabra, y esta la hizo pasar, emocionada.

—Michaela, no sabes cuánto me alegro de verte. ¿Aceptarías una invitación para tomar el té y contarme así los detalles más espeluznantes de la novela?

—Me encantaría una taza de té —sonrió la joven—. Aunque no te desvelaré las partes relevantes por nada del mundo.

Pasaron un buen rato charlando y saltando de obra de terror gótico en obra de terror gótico hasta que el tema se entremezcló, inevitablemente, con senderos más personales.

—Me siento entusiasmada al hablar libremente contigo de mis lecturas —dijo Catherine—. Mi esposo también lee novelas góticas, pero no se puede mantener una conversación seria con él y asegura, no sin razón, que tengo una imaginación demasiado desbordante. Lo cierto es que, cuando me alojé como invitada de su familia en la abadía de Northanger, convertí a su padre, el general Tilney, en un verdadero villano capaz de cometer cualquier crimen, puesto que estaba muy sugestionada por mi lectura de *Los misterios de Udolfo*. Por suerte, todo el malentendido se resolvió de la mejor manera.

Además, Woodston, donde vivimos, es un pueblo encantador, pero escasea en cuanto a vecinos con mis gustos.

—Lo mismo me ocurre en Pulteney. A excepción de alguien con quien solía disfrutar de momentos así —confesó sin pensar.

Se calló de manera abrupta, pero Catherine había dejado la taza de porcelana sobre la mesa y la miraba con vivo interés.

—¿Pulteney, dices? ¿No tendrás relación, por casualidad, con Isabella Thorpe, de Pulteney?

A Michaela le tembló un poco su propia taza entre los dedos.

—¿La conoces?

Y con esa pregunta ya había respondido de manera afirmativa a la cuestión de Catherine sin percatarse de ello, dividida entre eludir cualquier alusión más extensa sobre su antigua amiga o saciar su curiosidad acerca de cómo la señora Tilney e Isabella habían llegado a relacionarse.

Catherine se expresó sin ambages.

—Tuve el… infortunio de entablar una sincera relación de afecto con ella el año pasado aquí mismo, en Bath. Pero… ¡claro! Tú eres la señorita Andrews, ávida lectora.

—¿Isabella te habló de mí? —no pudo menos que sorprenderse.

—En varias ocasiones. Y en buenos términos, en general. No quisiera enturbiar vuestra amistad, en caso de que todavía desees mantenerla. Aunque mi conciencia no me permite quedarme callada sin advertirte de que podrías llevarte una amarga decepción con la señorita Thorpe.

Michaela todavía trataba de asimilar el hecho de que los caminos de las tres se hubieran cruzado de aquella manera. La sinceridad de Catherine en su advertencia, más que justificada, hizo que también expusiera su verdad con cautela.

—Me hubiera encantado escuchar tu consejo un año atrás,

Catherine, pero ya no mantengo contacto con Isabella.

—Me abstendré de preguntarte el motivo, pero lamento sinceramente que hayas tenido una mala experiencia con ella.

—Lo mismo digo.

—En realidad, yo podría haber perdonado los inconvenientes provocados por su carácter si no hubiera herido a mi hermano.

Un sentimiento ominoso se cernió sobre Michaela.

—¿Tu hermano?

—En efecto. Isabella le rompió el corazón.

No podía ser. Las fechas coincidían con su cortejo con James Morland, pero quizá Isabella había dejado un rastro de corazones lastimados en la ciudad y ni Catherine Tilney ni su hermano tuvieran ninguna relación con los Morland.

—De hecho, estoy casi convencida de que habéis sido presentados —dijo Catherine en ese momento, y el alma de Michaela cayó hasta sus pies.

—Si me permites un momento, haré que venga al salón.

—¡No es necesario que lo molestes! —casi chilló Michaela, con un pánico creciente.

—Al contrario —desechó sus palabras mientras se levantaba—. Llegó ayer a Bath a una hora bastante tardía, tras renegar durante meses de la ciudad balneario, pero ya es hora de que abandone sus aposentos y se dé cuenta de que puede y debe llevar una vida completamente normal, incluso aquí.

Abrió la puerta del salón y se asomó para pedir a alguien, uno de los lacayos, tal vez, que cumpliera con su empeño de traer al caballero ante ellas. Y Michaela deseó que le crecieran unas alas, aunque fuesen demoniacas, para saltar por la ventana y desaparecer de una escena que sabía que se tornaría dramática. Unos pasos precedieron a una voz que había llegado a conocer igual que las

notas de una partitura.

—Cathy, ya he vuelto a este horrible lugar, ¿qué más quieres de mí?

Unos ojos oscuros se detuvieron sobre los castaños de ella.

—Michaela, este es mi hermano, James Morland. James, ¿puede que la señorita Andrews te resulte familiar?

El aludido siguió observándola con profunda atención, hasta que negó con la cabeza.

—No es posible.

Las palabras, dichas con semejante aplomo, eran lo más parecido a una bofetada que Michaela hubiera experimentado en su protegida vida.

—El señor Morland tiene razón, no es posible —se exigió pronunciar, amparándose en su orgullo—. Catherine, ya me marcho. Señor Morland.

Hizo una breve reverencia y se apresuró en llegar a la puerta, pesarosa por lo que pensaría Catherine de lo abrupto de su partida, pero incapaz de mantener la compostura ni un minuto más.

Escuchó unos pasos rápidos tras ella.

—¡Michaela! —la detuvo Catherine con gesto preocupado—. Si he hecho algo por lo que deba disculparme, dímelo por favor, no era mi intención.

—Lo sé —la calmó—, es que me siento algo indispuesta.

Se notaba en la actitud de Catherine que estaba ansiosa por arreglar las cosas, no obstante, se controló.

—Desde luego, permíteme que mande llamar a un carruaje.

—No será necesario. Me vendrá bien caminar y algo de aire fresco.

—¿Nos veremos pronto, entonces?

—Haré lo posible por reponerme —evadió concretar nada.

Lamentaba mucho, muchísimo, el tener que dejarla así, pero era imposible quedarse bajo el mismo techo que James Morland por voluntad propia. No importaba que el compromiso con Isabella pareciera haberse roto, él había negado conocerla de antes, ya fuera de manera inconsciente porque realmente no la recordaba, o porque renegaba de ese pasado; en cualquier caso, iba a evitarlo y, si eso suponía evitar también a Catherine Tilney por el momento, tendría que resignarse a ello.

Capítulo 3

Tras tomar su decisión, a la venerable edad de casi veintiún años Michaela se sabía dueña de su destino. Excepto, claro está, cuando su madre intervenía.

—Querida, tus amigos te estaban buscando por todo el salón de baile.

La joven, que había logrado eludir a los Tilney un par de días, pese a que extrañaba a Catherine, se giró hacia el matrimonio con la esperanza de que, al menos, estuvieran solos. Pero allí estaba también James Morland, quien inclinó la cabeza hacia ella con esa nueva cautela que no le había conocido en Pulteney, donde se mostraba entusiasta, parlanchín y transparente, como si Isabella también le hubiera arrebatado la ingenuidad de la que le había privado a ella.

Catherine extendió las manos y tomó las de Michaela.

—Espero que te encuentres mejor de salud.

—Sí, agradezco tu preocupación.

La señora Andrews la miró con sospecha, puesto que no tenía noticia alguna de que su salud se hubiera visto comprometida excepto por el riesgo de atragantamiento a causa de la montaña de pastelitos que había estado añadiendo al plato del desayuno esas últimas mañanas.

—No sabes cuánto me alegra oír eso, ya que tengo una propuesta para ti, y espero que te haga feliz.

—¿Una propuesta que me hará feliz? —repitió con un parpadeo.

—¿Viene de parte de algún galán? —le pareció oír murmurar a su madre.

—¿Qué te parecería ir de excursión al castillo de Blaise? Durante mi anterior estancia en Bath, no tuve la oportunidad de llevar a cabo mi propósito de explorar su espléndida arquitectura.

—Lo que mi esposa quiere decir es que está ansiosa por descubrir fantasmas condenados a vagar eternamente y escuchar sonidos de cadenas arrastrándose por rincones tenebrosos —intervino el señor Tilney.

—Oh, no le hagas caso. Ya te dije que él disfruta de los relatos de terror tanto como nosotras.

—Sería más aproximado afirmar que los disfruto el doble, ya que encuentro el mismo placer en leerlos yo mismo como en la reacción que provocan cuando los lee mi esposa —replicó, sonriendo.

Catherine lo amonestó con la mirada antes de dirigirse de nuevo a ella.

—¿Qué me dices, Michaela? Haremos noche en Clifton, puesto que es un viaje de cincuenta millas.

Era un plan maravilloso. Divino. Nada le habría gustado más a Michaela que aceptar, pero no sabía cómo preguntar con discreción si su hermano también formaría parte del grupo. En cuyo caso, lo más sensato sería declinar. Aunque James Morland continuaba sin intervenir en la conversación, así que estaba empezando a plantearse si daba lo mismo que él estuviera o no, puesto que todo apuntaba a que seguiría ignorándola.

—Hija mía —intervino de nuevo la señora Andrews—, tienes mi absoluta aprobación para recrearte la vista con nuevos escenarios.

Además, irás con una mujer casada como perfecta carabina, por lo que no será necesario que yo te acompañe, así podré darla una tregua a mis pobres huesos.

Michaela echó un vistazo subrepticio al hombre que permanecía ajeno a todo y se mordió el labio. La tentación por decir que sí a una oportunidad que se le antojaba irrepetible era más grande que su determinación de mantenerse apartada, y emprender un viaje sin su familia no había hecho más que añadir aventura y emoción, como si fuera a convertirse en la protagonista de su propia novela.

—En ese caso, acepto la invitación.

—¡Espléndido! —dio palmas Catherine—. Me siento tan emocionada que partiría hoy mismo si pudiera, pero debemos prepararnos de forma debida y atender los compromisos adquiridos previamente al viaje. ¿Qué te parece que salgamos el próximo miércoles, Michaela?

Eso le daba casi una semana de margen para cumplir con los compromisos que tenía apalabrados con allegados. Es decir, ninguno. Sin querer poner en evidencia ni a ella ni a su amiga, asintió con la cabeza y Catherine volvió a expresar su deleite.

—Ahora que está todo acordado —intervino Henry Tilney—, ¿me concedería el próximo baile, señora Tilney?

Catherine se alejó con su esposo hacia el centro del salón y Michaela se quedó de pie entre su madre y James Morland en una posición de lo más incómoda. Iba a despedirse con una breve reverencia antes de que él pudiera hacerlo primero, cuando la señora Andrews emitió una tosecilla y contempló al señor Morland mientras arqueaba ligeramente una ceja.

—Iba a comentarle a Michaela que es una lástima la escasez de caballeros en esta velada, ¿no le parece señor Morland?

Michaela sintió tanto calor en las mejillas que podrían combinar

con su pelo. Él se limitó a mantener su actitud seria, sin dejar entrever lo que pensaba.

—Permítanme asistirlas —dijo antes de girarse en su dirección—, ¿le apetece bailar, señorita Andrews?

Rechazar su petición demostraría una absoluta falta de modales, puesto que él había sido lo bastante cortés como para cumplir la poco velada indirecta de su madre y prestarse a compartir una danza.

Tomó su mano extendida, mientras pensaba en cosas banales, como la mejor manera de cortar patatas asadas o que iba a bailar por primera vez con el hombre que había capturado su corazón para luego romperlo sin saberlo siquiera. Se colocaron en posición y, al cabo de unos momentos en los que orbitaron el uno alrededor del otro, el señor Morland se decidió a hablar.

—No he podido evitar fijarme en que no es usted dada a conversaciones insustanciales, señorita Andrews.

—Podría denominarse economía de palabras, señor Morland.

Fue como si las facciones masculinas se tensaran un poco más y, si Michaela hubiera tenido más experiencia sobre caballeros que se estaban recuperando de un desamor, habría sabido que trataba de no sonreír. Pensó, en cambio, que lo había incomodado.

—Pero no tiene que sentirse obligado a charlar conmigo *además* de bailar esta pieza juntos.

—Tengo la sensación de que usted se ha sentido más obligada que yo, y debo confesar que eso me intriga.

Michaela estuvo a punto de dar un traspié, y las manos de James Morland en su cintura la sostuvieron.

—¿Que le intrigo dice?

—En efecto. ¿Se trata de timidez o acaso mi presencia le resulta… desagradable?

—No esperará de verdad una respuesta por mi parte a esas suposiciones —repuso Michaela.

—Me disculpo por mi impertinencia. Es justo que usted me haga una pregunta personal, señorita Andrews.

—¿Acudirá a la excursión del castillo de Blaise?

El señor Morland apretó los labios, sin esperar que la conversación tomase ese derrotero,

—Lo cierto es que no. Mi hermana se ha obcecado en arrastrarme hasta Bath como una especie de cura para el… problema que me aqueja, pero hay lugares a los que no deseo regresar y recuerdos que prefiero no revivir.

Estaba segura de que el problema que lo aquejaba se llamaba Isabella Thorpe y que esos recuerdos y lugares tenían que ver con ella, así que era natural que Michaela pensase que había elegido omitir sus encuentros en Pulteney por voluntad propia.

—Confío en su capacidad para evitar el pasado, señor Morland, lo ha demostrado conmigo.

La música terminó en ese momento, y Michaela se despidió de un sorprendido James Morland.

Ya en sus aposentos, algunas horas después, se dijo que tenía que alegrarse por no verlo en la excursión y, a ser posible, en ningún otro lugar. Se preparó para leer algunas páginas antes de dormir, tan concentrada en la fascinante nueva historia, en lugar de la manera en la que las manos de James Morland la habían tocado en el baile y en lo novedoso que había sido tener su atención absoluta, que solo tuvo que releer la misma línea seis veces.

A la mañana siguiente, acababa de desayunar cuando le llegó una carta. Rara vez tenía correspondencia, así que se apresuró a abrirla, extrañada de que procediera de la residencia de los Tilney.

Estimada señorita Andrews:

Espero que disculpe mi insolencia una vez más, pero le pedí a mi hermana Cathy que me proporcionarse su dirección para transmitirle un mensaje que considero importante que sepa, y más tras su despedida en el día de ayer. Es evidente que ambos recordamos nuestro primer encuentro en Pulteney las pasadas Navidades, pero debe saber que no era mi intención en absoluto omitirlo, sino que me tomó por sorpresa encontrármela a usted en Bath tras todos esos meses, ¡y junto a mi hermana, nada menos!. Mi reacción no justifica mis acciones, pero al ver su rostro igual de conmocionado y escuchar su negativa en conocerme, pensé que la incomodaría más que refutase sus palabras y, como le dije anoche, supuse que no quería que se la relacionase conmigo. Mi razonamiento para llegar a esa conclusión es que es amiga de la señorita Isabella Thorpe, con quien imagino que sabe que no acabé en buenos términos, y es por lealtad hacia ella. Si la he ofendido o he sido causa de malestar, le ruego que me disculpe, pues esa no era mi intención.

Le hubiera dicho todo esto en persona, pero tengo la impresión de que mis palabras le agradarán más por escrito.

Atentamente,

James Morland

Michaela sostuvo la carta en entre los dedos un buen rato, francamente perpleja por las confesiones que le habían sido reveladas, antes de responder.

Estimado señor Morland:

Acepto de buen grado sus disculpas y le ofrezco las mías

por el malentendido. Yo también supuse, equivocadamente, que usted no deseaba relacionarse con nadie del pasado que le recordase su estancia o vínculo con los Thorpe. Actualmente no mantengo ningún contacto con Isabella, y solo me cabe esperar encarecidamente que las cosas continúen así en el futuro; incluso cuando me haya convertido en una respetable anciana con la vista cansada por mis numerosas lecturas y mis ojos no sean tan agudos como ahora, por lo que confunda a la gente a la que deseo y no deseo saludar.

Por cierto, permítame a mí transmitirle que tiene razón. Las palabras me dejan una impresión más profunda por escrito y, como habrá podido sospechar, me resulta más sencillo (y extenso) expresarme de esta manera.

Atentamente,

Michaela Andrews

Para estupor de Michaela, el señor Morland no terminó el contacto con esa última misiva.

Estimada señorita Andrews:

Supone para mí un sincero alivio que el malentendido se haya resulto, y le agradezco que me haya aclarado sus circunstancias con respecto a Isabella Thorpe y su inexistente relación. Aunque bien podría haberme dicho que era su más querida amiga, y yo no habría tenido derecho a reprocharle nada. No puedo ocultar el hecho de que me he vuelto una persona más suspicaz desde su desafortunado paso por mi vida, pero yo mismo debería saber mejor que nadie que no se debe juzgar el carácter de una persona por su asociación con

otras. Lección aprendida.

Permítame pedirle consejo, ¿cree que es demasiado pronto para fingir ya una dolencia en la vista y evadir así compromisos y saludos tediosos? ¿O debería esperar a alcanzar una edad más avanzada? ¿Un año, tal vez? ¿Cuántos libros tendría que aducir que he leído para semejante logro?

Por cierto, señorita Andrews, me resultan igual de estimulantes su economía de palabras al hablar, como la abundancia con las que se dirige a mí por escrito.

Atentamente,

James Morland

Era posible que Michaela todavía siguiera un poquito prendida del señor Morland. Tal vez ayudase que las cartas entre ellos, en las que descubrían sentimientos compartidos por sus circunstancias y sus personalidades, así como gustos diametralmente opuestos, se siguieran sucediendo a lo largo de los días; en algunos de los cuales, se encontraba con Catherine, quien le dedicaba sonrisas entendedoras. En las escasas ocasiones en las que se cruzaba con James Morland, aunque no mencionaban las misivas, que parecían ser un secreto compartido a voces, sus miradas cómplices hacían que su corazón latiera a un ritmo descontrolado.

La mañana previa a su excursión al castillo de Blaise, su amiga fue a visitarla y le comunicó la noticia que menos deseaba recibir. Su hermano pondría rumbo a Fullerton para resolver asuntos pendientes, mientras ellos se encontraban fuera de Bath. En su cabeza, era consciente de que la estancia del señor Morland llegaría a su fin en algún momento, pero no había podido refrenar la ilusión de imaginarlo uniéndose a su grupo tras su constante correspondencia.

—¿Hay algo que quisieras transmitirle a mi hermano, Michaela? ¿Alguna nota que pueda entregarle?

Catherine la miraba con ojos esperanzados.

—No sabría qué decirle y tampoco estoy segura de que el señor Morland esté interesado en recibir noticias mías antes de partir.

No le había mencionado nada en su última carta, y se sentía dolida.

—Oh, Michaela, tienes todo el derecho a decirme que son asuntos que no me conciernen, pero creo tener una impresión bastante acertada de los sentimientos que albergas por mi hermano.

La joven se sonrojó, y fue aliciente suficiente para Catherine.

—Hace poco que os conocéis, por lo que no puedes hacerte una idea de cómo era antes, pero James se ha encerrado mucho en sí mismo desde que rompió su compromiso, así que tratar con él requiere de cierta paciencia. Sin embargo, lo he visto más animado en los últimos días que en el último año, y también creo intuir la razón. Tal vez… si uno de vosotros alentase al otro a mantener el contacto…

La conciencia no le permitía a Michaela mantener la farsa de encuentro con el señor Morland en Bath ante su amiga por más tiempo.

—Catherine, hay algo que debo confesarte.

Cuando terminó su relato sobre la semana con los Thorpe durante las Navidades, Catherine Tilney se hallaba boquiabierta e indignada.

—¡La desfachatez de Isabella no conoce límites! ¿Cómo pudo comportarse así contigo? Me alegro tanto de que sus tretas no acabasen atrapando a mi hermano en un matrimonio infeliz y de que tú todavía sigas sintiendo afecto por James. No permitas que ella continue interponiéndose en tu felicidad.

Con semejante apoyo por parte de Catherine y haciendo acopio de

una valentía que no conocía límites (sabía que no tendría que mirar a James Morland a los ojos en mucho tiempo), garabateó unas cuantas líneas que entregó a su emocionada amiga.

Estimado señor Morland:

Solo ahora que se marcha he reunido el coraje para decirle que en ninguna de las ocasiones en las que me preguntó si su presencia me resultaba difícil de soportar, le he respondido de manera directa y franca. No lo desprecio en absoluto. Más bien, todo lo contrario.

Con afecto,

Michaela

Apenas pudo pegar ojo esa noche a causa de los nervios por su audacia, preguntándose cuándo o si llegaría una respuesta por parte de James.

Por suerte, la excursión de dos días serviría para mantener su mente distraída, y la mañana llegó antes de lo esperado. Ya estaba vestida y su equipaje listo cuando los Tilney llamaron a la puerta. Su madre la despidió con efusividad, y ella estaba tan emocionada que tardó un momento en darse cuenta de la expresión abatida que mostraba Catherine cuando se reunió con ella en las escaleras de entrada de la casa. Un gesto extraño para un plan que llevaba tanto tiempo deseando.

—¿Ocurre algo, Catherine?

—Me temo que sí —murmuró, mientras echaba un vistazo a su espalda, donde su marido, Henry Tilney, charlaba con un hombre de buena planta en uniforme militar—. El hermano mayor de Henry, el capitán Tilney, vino anoche por sorpresa a nuestra casa. También pasará unos días en Bath antes de volver con su regimiento. Mi esposo le ha ofrecido unirse a nuestro grupo y ha aceptado.

—Oh, ¿y eso supondría un problema? —preguntó Michaela, extrañada.

—Verás…

El ruido de cascos de un caballo que se apresuraba hacia ellos la interrumpió. James Morland, quien conducía un elegante faetón, era quien acudía con tanta premura a su encuentro.

Michaela aferró la mano de Catherine, consternada.

—¿Le entregaste mi carta?

Ella parecía igual de conmocionada que Michaela.

—Así es, querida…

Así que, la señorita Andrews se encontró cara a cara con James Morland, a quien prácticamente le había profesado su amor.

Y este no parecía nada complacido.

Capítulo 4

—Buenos días —saludó James mientras descendía del vehículo—. He tenido que posponer mis asuntos en Fullerton unos días debido a cierto suceso aquí en Bath, me alegro de haber llegado a tiempo antes de que comenzara la excursión a Blaise.

Henry Tilney devolvió el saludo con efusividad, pero el caballero no le prestó excesiva atención. Las miraba a ella y a Catherine con gesto hosco.

—Me gustaría hablar con ambas, si no es inconveniente retrasar unos minutos la partida.

Michaela los condujo al recibidor para tener algo de privacidad, y con demasiados nervios como para alegrarse por el cambio repentino de los acontecimientos.

James Morland paseaba de un lado a otro sobre el suelo de mármol, a la par que se golpeaba el muslo con los guantes que se había quitado. Entonces, se detuvo con brusquedad y se giró hacia las dos mujeres.

—¿Y bien?

Su experiencia era nula, y sus referencias, hipérboles literarias, pero Michaela no creía que fuera así como se pedía matrimonio.

—¿Y bien qué, James? —replicó Catherine.

—He esperado hasta el último instante, porque pensé que ibas a

detener esta insensatez. ¿De verdad vais a viajar en compañía de Frederick Tilney? ¿Con una dama soltera?

Y luego posó sus ojos oscuros en Michaela con una intensidad que no esta no supo interpretar. ¿Qué ocurría con el capitán Tilney? Y, lo más importante, ¿quizá la suerte estaba de su parte y James no había llegado a abrir su carta por lo que no tendría necesidad de perecer de mortificación en ese mismo instante? Decidió enfocarse en el tema más fácil.

—¿Puesto que soy la dama soltera a la que está aludiendo, debería sentirme inquieta por la compañía del capitán Tilney?

Fue Catherine quien respondió.

—No quiero alarmarte, Michaela, pero Frederick es un hombre que se mueve por sus instintos.

—Lo que quiere decir mi hermana, señorita Andrews, es que puede que el capitán Tilney intente seducirla. Es su pasatiempo favorito, y uno en el que parece tener éxito, por lo que no sería usted la primera.

—¡James! No tienes por qué ser tan brusco. Michaela, lamento las palabras de mi hermano. Todavía es amargo para él encontrarse en presencia del capitán.

—Adelante, señorita Andrews, pregunte el porqué de mi… amargura. O cuéntaselo tú, Cathy.

Hubo un silencio tenso. Michaela estaba a una brizna de hierba de tomar de nuevo el camino más valeroso. Pedirles que no le contasen nada en absoluto.

Catherine se aclaró un poco la garganta.

—El compromiso de James con Isabella Thorpe se rompió porque Isabella desarrolló un repentino afecto por el capitán Tilney cuando se conocieron aquí mismo, en la ciudad balneario, el año pasado.

Un sonido entre incrédulo e indignado abandonó los labios de

Michaela.

Aquella revelación era sumamente escandalosa. Y debía de haber provocado un profundo dolor en James.

—Michaela, ¿sucede algo, querida? ¿No te marchabas ya?

La voz de la señora Andrews interrumpió cualquier réplica apropiada que la joven estuviera a punto de dar. En concreto, ninguna.

—Voy a tranquilizar a mi madre, será un momento y me uniré al resto en el carruaje.

No dio opción a los hermanos a oponerse, subió las escaleras desde donde le había llegado la voz de su progenitora y trató de ser lo más fiel posible a la realidad, por lo que se limitó a explicar que el señor Morland se quedaría un tiempo más en Bath y había venido para contar las noticias en persona.

La sonrisa de la señora Andrews denotaba unas expectativas que Michaela temía albergar con respecto a James puesto que las circunstancias eran, en el mejor de los casos, poco alentadoras debido a la presencia del capitán Tilney y los sentimientos que este había removido. No obstante, si James había pospuesto su regreso a Fullerton para ponerla sobre aviso, ¿no significaba que cabía hacer un pequeño hueco a la esperanza? ¡Ah! Cuán peligrosa era la esperanza, sin duda.

—¿Os acompañará el señor Morland al castillo de Blaise?

—Claro que no, madre. Que prolongue su estancia en la ciudad no implica que se una a nosotros.

Un chasquido de la lengua de la señora Andrews sirvió para que Michaela se despidiese, por segunda vez, y pusiera distancia antes de que se viera retenida por una nueva diatriba acerca de la suma importancia del matrimonio.

Al bajar las escaleras, se sorprendió al escuchar hablar a Catherine

y a James, puesto que había supuesto que la estarían esperando fuera o que este último se habría marchado, incluso.

—Leer la confesión de la señorita Andrews ha sido una tortura, Catherine.

Lo malo de escuchar conversaciones ajenas, aunque no fuera a propósito, era que, por lo general, se escuchaban cosas que no se deseaba oír. No obstante, la agitación en Michaela Andrews fue tal, su congoja tan descarnada, que no pudo alertar de su presencia.

—James, te pido que trates de ser caballeroso y cuides de Michaela.

—Me obligas a una tarea descomunal, hermana.

Michaela debió de hacer algún ruido, como contener un sollozo, quizá, porque los dos se callaron y se giraron en su dirección.

—¡Michaela! —dijo Catherine, demasiado efusiva —, ¿estás lista para irnos?

Quedarse se le antojaba ahora una opción más atractiva y, si se tenía en cuenta que su madre estaba ansiosa por enumerarle las cualidades de una esposa (entre las que no se incluía leer), aquello era decir algo. Pero Michaela era incapaz de pensar en una excusa coherente en esos momentos, por lo que asintió con la cabeza.

—Excelente, marchémonos pues.

Catherine salió a la calle la primera y después Michaela, sin mirar a James Morland ni un segundo.

Henry Tilney se apresuró a ayudar a su esposa a subir al carruaje, junto al que ya se encontraba de pie el capitán Frederick Tilney, y ella se encaminó hacia el vehículo hasta que una mano en su codo la detuvo.

—Señorita Andrews, yo también he decidido unirme a la excursión de estos días, por lo que me complacería que me acompañase en mi faetón durante el viaje. Cathy ha dado su aprobación.

Cuatro minutos antes, Michaela se habría sentido una mujer afortunada. Si tan solo pudiera pasar aquellos momentos tan dolorosos con la facilidad con la que se pasan las páginas de un libro, para situarse en otro punto de la historia…

—Creía que iría en el carruaje con Catherine. Si hay espacio para mí.

Era indudable que lo había. Pues así habían planeado viajar en un principio junto al señor Tilney y al capitán.

Este último volvió y se alejó del vehículo pasa dirigirle una leve reverencia.

—Me parece que no nos han presentado formalmente. Capitán Frederick Tilney a su servicio.

Era un hombre apuesto, no cabía discusión a ese respecto. Aunque no despertó ningún sentimiento tierno en Michaela, sino más bien recelo por lo que había sucedido con Isabella Thorpe.

—Capitán Tilney —le devolvió la formalidad.

E ignoró al caballero que todavía estaba de pie a su lado, mientras el capitán se ofrecía a ayudarla a subir al carruaje.

—Señorita Andrews —volvió a insistir James—, no veo la necesidad de que vaya incómoda habiendo espacio de sobra para distribuirnos.

—Morland —pronunció el capitán Tilney con un deje de burla—, ¿has venido a hacer de niñera? Creo que no te funcionó muy bien la última vez. Se me ocurre que la señorita Andrews y yo podemos viajar en el faetón, así charlaremos a nuestro antojo para conocernos mejor.

El ofrecimiento de hablar con un caballero bien parecido sin nadie que los interrumpiera fue como descender un nivel más a los infiernos para una atribulada Michaela.

—No resulto ser buena conversadora en el mejor de los días,

capitán Tilney. Me temo que hoy me inclino por el silencio absoluto.

Él parpadeó como si estuviera frente a una criatura extraña.

—Mi faetón será como una tumba todo el camino, señorita Andrews —intervino James.

La joven no debería encontrar esa proposición tan atractiva.

Lo descorteses que le resultaron los modales del capitán Tilney, el rostro atribulado de Catherine, que se preocupaba por ella, y la seguridad de que James Morland mantendría su promesa de no pronunciar palabra, la llevaron a alejarse del carruaje y subirse en el vehículo de su hermano.

Recorrieron las veinte millas aproximadas hasta Clifton en unas dos horas y media, en las cuales tan solo se escuchó el girar de las ruedas y los cascos de los caballos. De refilón, podía ver que James apretaba las riendas con fuerza, tenía los nudillos blancos, y su mandíbula estaba tensa, como si se estuviera forzando a no dejar escapar ni un sonido.

La expedición ya no se le antojaba aventurera a Michaela, y solo deseaba que pasara cuanto antes, pues no estaba segura de cuántas veces soportaría que el mismo caballero le pisoteara el corazón.

El faetón se detuvo, y James lo rodeó para ayudarla a bajar antes de que ella pudiera hacerlo sola. La sostuvo un momento más por la cintura.

—Señorita Andrews, yo…

—¿Me permite escoltarla hasta el alojamiento, señorita Andrews?

El capitán se había acercado a ellos mientras el señor Tilney asistía a Catherine y rechazarlo sería una grosería, por lo que enlazó su codo con el suyo.

Se dirigieron al hotel York, donde tenían pensado reservar habitaciones para la noche.

—Supongo que este lugar le provocará nostalgia a Morland. —El

capitán Tilney se inclinó un poco hacia ella con aire conspirador, aunque su voz era perfectamente audible para todos los que estuviesen alrededor—. Aquí es donde le propuso matrimonio a su antigua prometida, según tengo entendido.

Michaela disimuló un traspié.

—¿Y a usted, señorita Andrews? ¿Cómo le gustaría que la cortejasen?

Le pareció escuchar una pequeña conmoción a su espalda, por lo que se giró un poco y se encontró con Catherine sujetando con fuerza el brazo de James.

—Sin mezquindad, capitán Tilney —llegó a responder antes de que Henry Tilney los alcanzase.

—Vamos, Frederick. Entraremos primero a preguntar por el alojamiento.

Los hermanos Tilney desaparecieron dentro del edificio, no sin que antes el capitán le dedicase una mirada calculadora a Michaela, como si aceptase un reto.

El asunto del hospedaje quedó resuelto pronto. Por lo que se dedicaron a realizar las actividades típicas de Clifton y sus alrededores. Probaron una exquisita sopa en el hotel, acudieron al balneario de Hotwells a tomar las aguas y se entretuvieron en mirar algunos recuerdos y fruslerías que estaban a la venta.

En todo momento, el capitán Tilney trataba de acercarse a ella. En todo momento, James Morland se interponía con aspecto de hombre torturado. Y Michaela tenía constancia de que eso era exactamente lo que era, un hombre torturado tanto por el recuerdo de Isabella Thorpe como por ella misma y sus sentimientos no correspondidos.

La joven, entregada a cualquier distracción con la que despejar su mente, compró unos retículos para ella y su madre junto a una animada Catherine, quien sostenía otro bolsito entre sus manos. Sus

ojos castaños se desviaban por voluntad propia hacia los cristales de cuarzo de St. Vincent Rocks, atraída por sus destellos, pero reticente a gastar más chelines en un capricho. Demasiado tentada para continuar cerca de ellos, se excusó ante Catherine y se alejó por primera vez de su amiga en todo el día.

El capitán Tilney aprovechó esas circunstancias para aproximarse una vez más.

—Permítame invitarla a un helado mientras el resto pierde el tiempo con bagatelas, señorita Andrews. Son los mejores de toda la zona.

—Eso sería del todo inapropiado, capitán —se negó de inmediato.

—¿Y no lo hace eso más emocionante, mi cándida jovencita?

—Lo hace inquietante, señor.

Aquello dejó sin palabras al capitán Tilney por un momento, por lo que se dispuso a regresar junto a Catherine.

—Si me disculpa…

El capitán alzó la mano para retenerla, y Michaela se movió con tal prontitud para apartarse que se enredó con el bajo del vestido. A punto de caer, se vio sujeta por Frederick Tilney, y la joven no pudo contener un suspiro por encontrarse entre sus brazos en lugar de en el suelo, el lugar donde prefería estar.

En esa postura tan comprometida los encontró James Morland. Su rostro, de nuevo, una máscara de enfado.

Capítulo 5

«Y su elocuencia quedó reducida a una mirada».
La abadía de Northanger

—Aparte las manos de la señorita Andrews —dijo James con los puños apretados.

Habría resultado tan heroico como en las novelas si no fuera porque sus acciones no partían del afecto sino de la promesa que le había a su hermana acerca de protegerla de su cuñado, y porque Michaela ya le había dado un discreto manotazo al capitán para que la liberase.

—Me preguntaba dónde estaría metido, Morland. Después de tenerle pegado como una pulga todo el día, se me hacía extraño que no cumpliese con su papel de niñera.

—Basta —interrumpió ella con severidad—. No quiero participar en esta rivalidad absurda que no me concierne. Pueden resolver antiguas rencillas amorosas sin mí.

Ambos hombres la miraron perplejos. Y ella les devolvió la mirada con aplomo.

—Me niego en rotundo a seguirle el juego, capitán. Así como me niego a ser una obligación para usted, señor Morland. Y —añadió— sería un alivio no ver a ninguno de ustedes mañana en el castillo de Blaise.

Había sido un día demasiado agotador para sus emociones como para repetirlo.

—Buenas noches, caballeros —se despidió sin esperar una respuesta siquiera, puesto que los Tilney ya se acercaban a ellos.

—Michaela —exclamó Catherine, ajena a lo ocurrido—, uno de los vendedores nos ha confirmado que el hotel York está definitivamente encantado.

—Maravilloso —gruñó la joven—. Prefiero la compañía de fantasmas a otras en estos momentos.

Ignoró los resuellos indignados a su espalda y pidió retirarse ya a descansar. Hubo un momento, durante la noche, en el que escuchó pasos al otro lado de su puerta. Sintió una inmensa afinidad con Catherine que no había experimentado antes, ya que todas las novelas de terror que habían pasado por sus manos alguna vez sirvieron como combustible para que su imaginación conjurase presencias demoniacas y seres de ultratumba que acudían a visitarla.

Una vez amaneció, y ella seguía de una pieza, llegó a la conclusión de que su amiga habría acudido a su cuarto para hablar con ella, pero se habría marchado al ver la luz apagada. El tiempo era lluvioso, muy acorde con su estado de ánimo. Tan ensimismada estaba en sus pesares, que por poco no pisa un papel medio enganchado bajo la puerta.

Se agachó a recogerlo y, al desplegarlo, algo cayó al suelo. Sus dedos temblaron un poco al tocar el precioso cristal de cuarzo, que emitía pequeños destellos pese a la tenue iluminación. El mismo que había sostenido en sus manos el día anterior para luego dejarlo con pena. Con premura, estiró el papel para leer su contenido.

Estaba en blanco.

Se apresuró a ir al encuentro del grupo, presa de la agitación.

Catherine y el señor Tilney la estaban esperando con una sonrisa.

—Buenos días, Michaela. El tiempo no es perfecto, pero merecerá la pena ver el castillo de Blaise, ¡por fin!

Algo en ella sabía la contestación de su amiga, pero habló de todos modos.

—Catherine, tengo algo que preguntarte. ¿Te acercaste a mi habitación anoche?

Ella la contempló extrañada.

—No. ¿Ocurre algo? —Luego se animó más—. ¿Viste algo terrorífico? ¿Escuchaste algún sonido inquietante?

—Temo que tendremos que visitar todos los lugares embrujados de Inglaterra puesto que no cejará hasta que se tope con un fantasma—murmuró Henry Tilney.

Michaela los ignoró a ambos y miró en derredor.

—¿Dónde están sus hermanos?

—Oh, Frederick se marchó temprano de vuelta a Bath en busca de otras diversiones. Y no veo a James desde anoche, pero no ha dejado ningún recado. Puede que la experiencia de venir hasta aquí haya sido demasiado para él.

O podría ser que ya no tuviera motivos para quedarse si el capitán Tilney se había marchado. Pero, entonces, ¿de dónde había salido el cuarzo y por qué?

—¿Nos marchamos a Blaise? —Se impacientó su amiga.

Tras una eternidad, atisbaron las murallas y torres del castillo.

Catherine se hallaba desolada, puesto que no parecía lóbrego o en ruinas, ni encajaba con ninguna tenebrosa descripción digna de un libro gótico, tal y como llevaba fantaseando desde hacía un año. Y, por supuesto, distaba de ser el más antiguo de Inglaterra.

Tilney, divertido.

Y Michaela, quien apretaba el cuarzo contra su pecho, en una

lucha encarnizada por desenredar sus sentimientos y encontrarle un sentido a lo que estaba sucediendo.

—Bueno, ya que hemos llegado hasta aquí, nos acercaremos hasta las murallas, como mínimo —dijo Catherine—. ¿Nos acompañas, Michaela?

—Creo que prefiero esperar dentro del carruaje.

Su amiga pareció a punto de insistir, pero debió de ver su expresión y solo asintió antes de salir bajo el aguacero con su esposo.

Al cabo de un momento, la puerta se volvió a abrir.

Michaela estaba segura de que Catherine regresaba porque la lluvia era demasiado intensa como para disfrutar del paisaje. Se giró hacia su amiga, pero, en su lugar se encontró con el señor James Morland, quien cerró la puerta a su espalda y se sentó frente a ella, calado hasta los huesos.

La joven sujetó el cuarzo con más fuerza, pegado a un corazón que latía desbocado por la cercanía de ambos es un espacio tan cerrado.

—¡Señor Morland! ¿Qué hace aquí?

—Siento mucho contravenir los deseos que tan explícitamente expuso ayer respecto a no querer verme, pero me temo que me sería en sumo grado doloroso acatarlos sin resolver una enorme duda que me corroe.

—¿Qué duda tan grande puede ser esa que lo lleva a presentarse de esta manera, sin que estemos acompañados?

James sacó una carta de un bolsillo interior que Michaela reconoció de inmediato. Era la que le había entregado a Catherine en Bath, donde se expresaban sus sentimientos.

A Michaela, con las mejillas rojas por completo, le costó hablar.

—Le agradecería que se deshiciera de esa misiva como si nunca

hubiera existido.

James apretó la mandíbula.

—¿De verdad quiere cortar toda relación conmigo?

—En efecto.

—¿Creéis que vuestro corazón está tan endurecido que podréis ver sin emocionaros los sufrimientos a los que me condenaríais? —recitó James una frase de *Los misterios de Udolfo*.

Una lágrima rodó por la mejilla de la joven.

—¿Por qué conoce esa frase?

—Catherine me dijo que, de entre la sorprendente cantidad de libros que había leído usted, este era su favorito. Así que lo tomé prestado de su biblioteca para sentirme más cercano a usted con cada palabra.

—¿Cómo confiar en lo que dice si lo oí decir que lo que contenía esa carta —señaló el papel que James Morland sostenía entre los dedos como un tesoro—, que mi confesión era una tortura para usted?

James se sacudió como si lo hubiera abofeteado.

—¿Por eso se mostró tan distante y me acusó de manera errónea de permanecer a su lado por obligación? ¿Por eso quería alejarse de mí? Esa era la duda que me carcomía. Y lo que oyó es cierto.

Michaela trató de salir del carruaje, pero James le tomó la mano.

—Su confesión era una tortura porque su excursión a Blaise me impedía responder a sus afectos de la manera en la que anhelaba hacerlo. Porque me atemorizaba pensar que el capitán Tilney se interpondría de nuevo. Aunque ver cómo también lo rechazaba anoche me dio esperanzas.

—Creo que no le entiendo…

—Estoy enamorado de ti, Michaela. Completa e irremediablemente. Has vuelto a hacerme confiar donde antes solo

había decepción. Y a querer con más fuerza.

—James —solo pudo pronunciar ella.

—Quiero expresar la declaración que ansió hacerte de todas las formas posibles. Quiero gritarlo a viva voz y, también, quiero escribirlo con puño y letra delante ti, quiero demostrártelo con gestos que muestren lo mucho que me importas además de con palabras. Por eso he roto las reglas para estar contigo en estos momentos y por eso anoche dejé un papel en blanco junto al cristal de cuarzo que ayer contemplabas con embeleso pintado en tus preciosos ojos, y que te mereces junto a todos los tesoros del mundo.

Michaela abrió la palma donde sostenía la piedra que relucía como un diamante. Luego sacó la hoja de papel de su retículo. James tomó el papel con una mano y la mano de Michaela con la otra.

—También necesito que sepas que los asuntos que me reclamaban en Fullerton se trataban de hablar con mis padres y obtener su aprobación para pedir tu mano. ¿Te casarás conmigo, Michaela Andrews?

—No puedo dejar que tu corazón sufra, James Morland. Acepto ser tu esposa.

—Entonces, lo sellaremos de tu manera favorita.

James sacó una pluma del abrigo y garabateó en el papel:

Mi querida Michaela, quien me ha hecho saber lo que es el amor, acepta tomarme por esposo y hacerme el hombre más feliz del mundo incluso cuando nuestra vista falle y no podamos leer esta nota.

Michaela, pasó los ojos por cada letra con una inmensa sonrisa, antes de que el hombre de quien llevaba enamorada desde que lo conoció se inclinase sobre ella y depositase un dulce beso en sus

labios, envueltos por la pintoresca estampa del castillo de Blaise.

Boceto de una melodia

Arlene Sabaris

Nota de autora

Cuando se me presentó la idea de escribir una historia inspirada en el mundo de Jane Austen, pensé primero en la riqueza de su universo literario. Para mí, lo admirable de Austen es que, incluso en figuras secundarias, siempre hallamos rasgos humanos reconocibles: virtudes, defectos, deseos, que hacen que sus obras sigan dialogando con nosotros más de dos siglos después.

Entre esas figuras inolvidables están, por supuesto, las hermanas Bennet. Elizabeth, con su ingenio; Jane, con su belleza; Lydia y Kitty, con su frivolidad y coquetería… Y, en medio de todas ellas, Mary: la hermana que parece destinada a quedar en segundo plano, recordada solo por su rigidez, sus frases solemnes y sus discretas intervenciones al piano. No posee la gracia social, no logra brillar en los bailes ni ser admirada en los salones. Precisamente por eso, Mary me resulta fascinante: porque es un personaje incompleto, apenas esbozado, y porque detrás de esa seriedad forzada late la necesidad de ser reconocida. Me pregunté entonces qué habría sido de Mary años después.

Decidí darle una nueva oportunidad. Mi intención no es convertirla en alguien distinta, sino rescatar lo que Austen dejó apenas sugerido y preguntarme: ¿qué habría pasado si Mary encontrara, al fin, una mirada que la reconociera?

Este relato es, pues, un homenaje doble: a Jane Austen, cuya genialidad radica en la humanidad de cada uno de sus personajes, y a esa figura discreta que merecía otra oportunidad. Porque incluso los personajes que parecen condenados a ser secundarios guardan una historia que merece ser contada.

Querida lectora, te invito a acompañar a Mary en este recorrido: quizás descubras la belleza de una mujer que aprende a ser dueña de su propia melodía.

Capítulo 1

De entre todas las certezas posibles, la más evidente sobre las hermanas Bennet era que cada una era distinta de las demás. Si un extraño las hubiese visto juntas en un salón, con dificultad habría adivinado que eran familia. El cariño que las unía perdonaba los defectos, y la costumbre de la convivencia desdibujaba incluso sus virtudes. Y en ese último terreno —el de la costumbre—, Mary Bennet era sin duda la más afectada, al menos desde su propio punto de vista. Estaba convencida de que ni sus padres ni sus hermanas la valoraban lo suficiente. Desde que Jane, Lydia y Elizabeth se casaron, Mary había permanecido en casa con sus padres y su hermana Kitty. Algunos años —y varios sobrinos— después, también Kitty se había desposado. Así fue como Mary llegó a los veinticuatro años sin haber recibido jamás una propuesta de matrimonio. Solía pasar temporadas en casa de su hermana Jane, consintiendo a sus sobrinos, aunque de vez en cuando también visitaba Pemberley.

Al principio del matrimonio de Elizabeth, Mary se hizo muy amiga de Georgiana Darcy, pero cuando al casarse se convirtió en Georgiana Langford, las visitas a Pemberley comenzaron a espaciarse, en especial porque Elizabeth solía pasar largas temporadas viajando con su marido. Fue en una de esas visitas que

Georgiana y Mary se reencontraron en Pemberley. El señor Langford solía ausentarse por largos periodos debido a sus compromisos comerciales, y pocas veces llevaba a su mujer, que se pasaba los días, en cambio, recorriendo pasillos en Pemberley o tocando el piano para entretenerse, pues aun no se acostumbraba a su nueva casa en Londres. Había escrito a Mary para pedirle que la acompañara unos días, ya que su hermano y Elizabeth no regresarían hasta el final del verano.

Cuando Mary llegó, traía consigo un modesto baúl con más libros que ropa, y un sombrero rosa que consideraba el más elegante de sus sombreros de tarde. Abrazó a Georgiana, que parecía aún la misma chiquilla de dieciséis años que Mary había conocido cuando Elizabeth y Darcy se comprometieron. Conservaba los bucles largos y rubios, y esa sonrisa encantadora y juguetona que Mary nunca había logrado imitar.

Algo le sucedía a Mary con las sonrisas: no lograba que las suyas parecieran espontáneas o sinceras. Para ser justos, casi nunca sonreía… y por tanto, tenía poca práctica.

De vez en cuando se miraba al espejo, ensayando algunas frases ingeniosas para comentar en las reuniones, o practicando algún poema que pudiera recitar justo cuando se hablara de un tema que no le interesara. Si el momento lo ameritaba, concluía con una sonrisa tenue, casi imperceptible. Pero, de inmediato, su rostro se contraía, y una expresión desolada se instalaba en sus facciones. Cuando eso ocurría, volvía al principio y repetía todo, buscando que quedara perfecto.

Pocas veces tenía oportunidad de mostrar sus coreografiadas interrupciones. En parte porque cada vez la invitaban a menos reuniones sociales, y en parte porque, cuando por fin lograba intervenir, alguna otra voz —más fuerte o interesante que la suya—

solía opacarla sin esfuerzo.

Y no es que sus frases carecieran de interés del todo. Pero Mary no tenía el mayor tino para escogerlas, o mejor dicho, el momento elegido para pronunciarlas era casi siempre inadecuado o contradictorio. Porque, ¿quién habla de la importancia de estar bien abrigado en pleno verano?

Pero así era ella. Cuando Georgiana la condujo a uno de los salones, les sirvieron limonada y bocadillos.

—El té de jazmines es uno de mis favoritos, una vez Elizabeth y yo lo tomamos juntas en este salón. Estaban en una caja de porcelana azul que Darcy había traído de Oriente —dijo Mary mientras daba un sorbo a la limonada.

—¡Oh, lo siento! ¿Prefieres uno de esos? Puedo pedirle a Cathy que lo busque. Es solo que pensé que con tanto calor una limonada era más adecuada —respondió Georgiana algo contrariada.

—¡Oh, no! La limonada está deliciosa. Solo hacía un comentario. En tu carta decías que tenías grandiosas noticias —replicó Mary cambiando pronto de tema, pues en realidad no había ensayado una frase ingeniosa para un brindis con limonada.

—¡Así es! Pero quería que estuvieras aquí, así no podrías negarte. Se trata de un encargo muy importante, me han pedido una recomendación y has sido mi primera opción, estoy muy emocionada de que digas que sí.

—¿De qué se trata? —preguntó Mary con la voz en un hilo, pues se le hacía extraño que alguien pensara en ella para cualquier cosa.

—Es Amelia. Una sobrina de mi marido; tiene quince años. Sus padres viven en París y ahora están de viaje de negocios con Henry y la han enviado a su casa de campo, es aquí muy cerca, compartimos una parte del lago. Amelia necesita lecciones de piano, la señora Whitmore enfermó y no podría ir. Es solo por unos meses,

pero pensé que te vendría bien.

—¿Lecciones de piano?

—Vivirías con Amelia, por supuesto, y le harías compañía. Es una chica muy dulce, de vez en cuando viene a visitarme. ¡Oh, Mary! ¡Espero que este proyecto te entusiasme tanto como a mí! Supuse que te serviría para cambiar de ambiente, ya que en tus cartas siempre te quejas de tus tardes solitarias, ahora que Kitty se ha ido.

Mary tenía una expresión de incredulidad en el rostro. Jamás habría adivinado que la sorpresa de la que Georgiana hablaba en su carta tuviera que ver con ella dando lecciones de piano.

—Pero es que… no soy maestra de piano, Georgiana ¿Estás segura de que es una buena idea?

—¡Es la mejor idea que se me ha ocurrido jamás! No lo anunciaremos, por supuesto, así que no debes preocuparte por tu reputación. Será solo algo privado, así que es aceptable.

—No me preocupa tanto la reputación como poder en realidad enseñarle algo a alguien…

—Ya conoces todas las lecciones de la Sra. Whitmore, es perfecto. Los Kingsley tienen una enorme biblioteca, creo que casi tan grande como la de Pemberley, estoy segura de que estarás muy bien allá. Y Amelia es una chica muy dulce, ya lo comprobarás. Iremos juntas mañana, si te parece bien, por supuesto.

Georgiana hablaba con incontenida emoción. Parecía como si hubiera esperado largos días para contar su grandiosa noticia, pero el rostro de Mary solo reflejaba una profunda confusión. Desde hacía ya varios años, Elizabeth había dispuesto que Mary tomara lecciones con la señora Whitmore, la maestra de piano de Georgiana. Con solo unos meses de trabajo, Mary había mejorado considerablemente y Georgiana que era una aventajada alumna, siempre la animaba a aprender piezas más complejas, pero Mary tenía la costumbre de

tocar las teclas con tal seriedad, que la pieza más alegre podría sonar insípida en sus manos. La señora Whitmore solía decirle a Mary con frecuencia «debes dejar que tu alma pase a través de tus dedos», pero Mary siempre respondía con alguna frase ensayada sobre la imposibilidad de lograr aquello que la maestra pedía.

Fue una de esas tardes, después de las lecciones, cuando Georgiana descubrió aquello que tal vez la misma Mary no sabía sobre sí misma.

El sol caía con delicadeza sobre los ventanales del salón de música, una luz dorada apenas rozaba los bordes del piano. Mary había esperado que la casa quedara en silencio, como lo hacía siempre cuando se marchaba la señora Whitmore. No por miedo al juicio, se decía, sino por costumbre. No era lo mismo tocar cuando alguien escuchaba. No era lo mismo cuando alguien la miraba y esperaba a que se equivocara en una nota o dos.

Colocó las partituras con cuidado. No una pieza reconocida, no una de aquellas que había estudiado con la señora Whitmore, ni tampoco de las complicadas que Georgiana insistía en que practicaran juntas, sino una variación que había estado componiendo en secreto, en sus tardes más solitarias. Una mezcla de un adagio y una elegía. Algo propio.

Sus dedos, más seguros que años atrás, se deslizaron con una elegancia sin ostentación. El sonido flotó por el salón sin temer el eco. Por un momento, Mary no pensó en Elizabeth ni en Jane, ni en lo que diría su padre. Pensó en cómo vibraban las cuerdas bajo sus dedos, en cómo el aire parecía sostener cada nota como si le importara. No escuchó la puerta abrirse. Tampoco los pasos. Pero cuando terminó la última nota y dejó reposar las manos sobre el regazo, sintió que no estaba sola.

Giró la cabeza con sobresalto. Georgiana estaba en el umbral, sin moverse. No aplaudía. No sonreía con entusiasmo. Solo la miraba. Su expresión era tranquila, casi solemne. Como si acabara de entrar en una iglesia.

—¿Por qué nunca has tocado así delante de la señora Whitmore? —le preguntó sin titubeos y con el rostro serio.

Mary no supo qué responder. No sabía si debía reír, disculparse o seguir en silencio.

—Estoy tocando como siempre —respondió al fin, apenas en un susurro.

Georgiana caminó despacio hasta ella. No se sentó. Tan solo dejó una mano sobre el borde del piano, sin apartar los ojos de Mary.

—Tal vez no nos necesitas en lo absoluto, solo necesitas el piano.

—¿De verdad escuchaste algo distinto? ¿He tocado mejor? La verdad es que no podrías saber si me he equivocado porque no conoces esta pieza.

—Solo puedo decirte que, si te has equivocado, me resulta por completo indiferente. Lo que he escuchado es hermoso y me has conmovido. Quizás debas tocarlo para la señora Whitmore.

—¡Oh, no! De seguro encontraré alguna forma de arruinarlo…

Mary bajó la cabeza y Georgiana se compadeció de ella. Desde entonces, había intentado que su amiga tocara la pieza delante de la maestra, pero nunca lo consiguió. Después del matrimonio de Georgiana, las lecciones fueron suspendidas, por eso al surgir la oportunidad, ella no dudó en recomendar a Mary para sustituir a la señora Whitmore y acompañar a Amelia. Aquella tarde quedó decidido.

Las amigas iban en el carruaje recorriendo la distancia entre ambas casas. Georgiana le contaba a Mary un poco más sobre la familia de Amelia, que había llegado a instalarse en Londres desde

París. Amelia era la única mujer y la más pequeña de seis hermanos, todos ya casados, la familia conocía poca gente en Inglaterra y aunque Amelia hablaba inglés a la perfección, solía ser tímida para la conversación, por eso quedó decidido cuando sus padres salieron de viaje, que Georgiana quedaría a cargo de acompañarla de vez en cuando.

A medida que el carruaje avanzaba con lentitud por el camino de grava, Mary se inclinó apenas hacia la ventanilla, con las manos enguantadas descansando en su regazo, nerviosa por la tarea que le había sido asignada. El sendero estaba flanqueado por hayas centenarias que formaban un arco natural sobre el camino, como si la casa misma deseara recibir a sus huéspedes desde mucho antes de que alcanzaran su puerta.

Al cruzar el portón de hierro forjado cubierto de filigranas, un cambio casi imperceptible en el aire le indicó que estaban entrando en otro mundo. El zumbido de los insectos, el murmullo de los arbustos mecidos por el viento... todo sonaba más quieto, más ordenado. Se parecía mucho a Pemberley, pero estaba cubierto por multitudes de árboles, podados con cuidado casi escultórico, en el jardín delantero. Una explanada verde con suaves formas onduladas y parterres de flores dispuestas con tal armonía que parecía obra del azar, pero que solo podía conseguirse con la más paciente dedicación. Peonías, malvas y rosas trepadoras bordaban las paredes de piedra del costado, y desde allí se adivinaba un seto recortado que de seguro ocultaba un jardín más pequeño. El carruaje se detuvo.

Un banco de hierro pintado de blanco al pie de un pequeño estanque —casi oculto entre juncos—y una estatua de mármol parecía mirar a los visitantes con la misma calma con que lo hacía la casa que emergía entre el follaje, no era imponente como

Pemberley, era apenas un cuarto de su tamaño, quizás, pero a Mary se le antojaba mucho más encantadora. La fachada de piedra clara con contraventanas pintadas de gris pálido, coronada por hiedra en flor que subía por una de las esquinas como si quisiera abrazarla por completo, adornada por aquel encantador jardín, Mary pensó que si un jardín podía parecer una invitación a quedarse… entonces ése era uno.

Las dos mujeres bajaban del carruaje cuando Amelia salió a su encuentro. Su vestido de muselina blanca, con una lazo sencillo y rosa atado a la cintura, flotaba sobre la grava mientras la chiquilla casi volaba al encuentro de las dos mujeres. Se colgó del cuello de Georgiana con una inmensa sonrisa y después, con una timidez repentina, escondió sus manos en la espalda en espera de las debidas presentaciones. Mary no podía creer el entusiasmo suscitado ante su futura alumna y sonrió un poco, una sonrisa sincera, breve pero sincera, ¡si tan solo pudiera verse al espejo en aquel instante! Aquella primera tarde, estuvieron juntas las tres, paseando en los jardines, conociendo la casa y el estanque, el pequeño invernadero dispuesto en el jardín trasero, uno de los lugares preferidos por Amelia.

—¿Y bien, Amelia? ¿Emocionada? Ahora tendrás mucho más ocupadas tus tardes —refirió Georgiana mientras escudriñaba los nuevos brotes de lavanda.

—¡Oh, mucho! Solo espero ser lo bastante buena —respondió la chiquilla, sonrojándose en seguida.

—¿Y qué tal van tus clases con el joven Pembroke?

—Tan bien como pueden ir, considerando que no tengo talento alguno para el dibujo. Supongo que el señor Pembroke es demasiado paciente… o muy ingenuo. Estoy segura de que no puedo mejorar, y él está empecinado en lo contrario. Su padre, en cambio,

es mucho más realista respecto a mi escasa habilidad para los trazos complejos.

—Thomas Pembroke es el hijo mayor de mi antiguo maestro de pintura, quien durante un tiempo dio clases a Amelia, pero ya se ha retirado —explicó Georgiana a Mary—. Ha llegado hace apenas unas semanas y, al igual que tú ahora, se ha instalado en la casa para continuar con las lecciones de arte de Amelia tres o cuatro veces por semana. Estoy segura de que se llevarán muy bien. Y en cuanto a ti, Amelia, exageras al decir que no tienes talento.

—Amelia, ¿por qué crees que no tienes talento para pintar? ¿Te lo ha dicho tu maestro? —preguntó Mary, con una preocupación genuina, nacida de una sensación que le era con tristeza, familiar.

—No. Mis maestros son generosos, y creen que solo necesito practicar. Pero pienso que solo podemos ser muy buenos en aquello que disfrutamos. Y a mí, pintar… me mortifica. Temo equivocarme en cada trazo, en cada línea. Es imposible crear algo bello cuando se siente tanto miedo…

Mary la miró con compasión, pero al mismo tiempo, meditando sobre aquella sabiduría joven que había sido expuesta ante ella. Mary se sentía igual más de la mitad del día, temerosa de equivocarse, de no cumplir con las expectativas de los demás. ¿Sería que acaso, no podría ella misma ser grandiosa en nada? ¿Estaba en realidad preparada para ser una maestra cuando ella no estaba segura de hacerlo bien?

Capítulo 2

Llegado el final de la tarde, Mary recorrió la soledad de su aposento con soltura. Era mucho más grande que el suyo en casa y tenía obras de arte colgadas de las paredes, que ella no había soñado con ver nunca. De alguna forma se sentía parte de algo especial. Georgiana se había marchado aquejada de un dolor de cabeza y ahora Mary se preparaba para reunirse con Amelia para cenar. Como sus padres estaban fuera, la niña podía cenar con sus maestros en un comedor informal para la servidumbre, en vez de hacerlo sola en el comedor principal.

Georgiana no había parado de hablar del talentoso maestro y ahora Mary sentía incluso algo de curiosidad por conocerlo. El cabello castaño que siempre llevaba recogido lucía algo alborotado, así que lo alisó en el espejo antes de ir al encuentro de los demás cuando sonó la campanilla. Dejó el peine sobre el tocador. No había hecho gran cosa con su cabello, pero se había tomado el tiempo de arreglarlo. No por vanidad, se dijo, sino por cortesía. Iba a cenar con una alumna y un desconocido. Lo mínimo era estar presentable. Se alisó la falda del vestido azul pálido y salió de la habitación con paso firme.

Al llegar al comedor de diario, notó que la mesa estaba dispuesta para tres, con una lámpara de aceite en el centro y loza sencilla, sin

adornos. Las ventanas abiertas dejaban entrar el aire fresco del campo y el olor tenue de las lavandas del jardín.

Amelia ya estaba allí, de pie junto a la silla del centro, con expresión expectante. Su vestido era el mismo del paseo vespertino, pero llevaba un listón nuevo en el cabello.

Unos pasos suaves resonaron en el pasillo. Mary se volvió. Era él. El señor Thomas Pembroke entró con la serenidad de quien no tiene prisa por presentarse. Vestía con sobriedad: chaqueta oscura, chaleco claro. Hacía el gesto de acomodarse los puños, aunque no traía guantes. Al verlas, se detuvo apenas, e inclinó la cabeza.

—Señorita Kingsley, nos vemos nueva vez, y asumo es usted la señorita Bennet —murmuró.

—Señor Pembroke —respondió Mary, correspondiendo con una leve inclinación.

Los tres se sentaron. Durante unos segundos, solo se oía el leve crujido del pan al partirse y el sonido lejano del jardín. Fue Amelia quien rompió el silencio.

—¿No les parece curioso que esta sea una cena de maestros y alumna?

—No del todo —replicó Thomas, sin apartar la vista del plato—. Muchos hogares nobles han tenido círculos de estudio privados. Aunque no solían incluir estofado y pan tibio.

Amelia sonrió, divertida. Mary, en cambio, lo observó de reojo. Había cierta precisión en su forma de hablar, como si eligiera las palabras con tanto cuidado como las pinceladas de esos cuadros que solía pintar.

—Lo cierto es que no tengo experiencia en cenas académicas —añadió Mary, con suavidad—. Pero me alegra empezar con una alumna tan encantadora.

—Y con un colega tan… propio —agregó Amelia, mirando al señor

Pembroke con picardía.

Él alzó la ceja, pero no replicó. Mary notó entonces un detalle: el silencio de Thomas no era distante, sino selectivo. Parecía reservar sus palabras para cuando en realidad las consideraba necesarias. Y eso, en lugar de incomodarla, le resultó… curioso.

La doncella volvió para servir el plato principal. El aroma de hierbas y mantequilla llenó el recinto. No era un banquete. Era, como todo en aquella casa, medido pero suficiente.

—¿Toca usted por las mañanas o por las tardes, señorita Bennet? El uso del salón es compartido y no quisiera interrumpir sus ejercicios —preguntó Thomas de pronto.

Mary lo miró con sus ojos marrones muy abiertos. No esperaba una pregunta, y mucho menos una dirigida a ella.

—Por las mañanas, por lo general. Aunque a veces prefiero la última hora de luz. Podré adaptarme a los horarios que hayan establecido.

—La música, como la pintura, cambia con la luz —respondió él, bajando la vista a su plato.

Amelia los observaba a ambos, divertida. Había en la escena algo de ensayo, como si se tratara de una obra que apenas comenzaba su primer acto. Y sin embargo, ninguno de los tres parecía fuera de lugar.

—Amelia me ha dicho esta mañana que ve sus oportunidades como artista lejanas y, por alguna razón, inalcanzables. Estoy segura de que exagera…, ¿no es así, señor Pembroke? —preguntó ella, procurando desviar la conversación antes de que derivara hacia la música.

—Se sorprenderá, señorita Bennet, al descubrir, que nuestra alumna es dueña de una virtud escasa en estos tiempos y en estas tierras. Le garantizo que exagera, todo porque es una jovencita

prudente y humilde —respondió él, observando a Amelia con una sonrisa en los labios.

Mary se quedó absorta en aquel rostro afable que sonreía con aparente sinceridad, arqueando los labios de forma sutil, mientras un discreto hoyuelo se pronunciaba en su mejilla derecha. Algo en su mirada se le hacía familiar, pero no podía encontrar qué. Los ojos grises de Thomas, hasta entonces fijos en Amelia, se alzaron de pronto hacia Mary. Ella sintió el aire que se detenía en su pecho, como si un peso invisible la obligara a bajar la mirada. Bajó el rostro de pronto y trató de recuperar la compostura recurriendo al único método que conocía para disimular su nerviosismo.

—La verdadera humildad, como afirma Fordyce, no se adorna de palabras, sino de conducta… —recitó Mary, con una sobriedad ensayada que contrastaba con la naturalidad en la sonrisa del joven maestro.

—Ya podrá comprobar por usted misma mis palabras. Amelia será una alumna ejemplar.

Al retirarse a sus aposentos después de planificar las clases del día siguiente con algún orden conjunto, Mary volvió a sus libros y a sus notas. La luz del candelabro titilaba mientras ella peinaba su largo cabello. El aspecto del joven maestro no le resultaba indiferente, no estaba segura, pero le parecía haberlo visto antes. Tenía el cabello rubio atado en una cola con un listón negro, no era demasiado largo, la mirada profunda, como si escondiera cierta tristeza; pero lo que más llamaba su atención era la curva irregular de su sonrisa. Debía tener unos treinta años, si ella no lo evaluaba mal, y con gran probabilidad no estaba casado, de lo contrario no podría vivir allí en casa de los Kingsley. Su comportamiento durante la cena había sido discreto, pero amable. El tono de su voz le resultaba conocido, o tal

vez solo se sentía cómoda al escucharlo. Era formal, pero gracioso, o por lo menos eso pensaba Amelia, que reía con frecuencia en respuesta a sus comentarios. Pero Mary no entendía bien lo que pasaba, tal vez porque estaba muy ocupada buscando frases inteligentes en su cabeza para introducirlas cuando fuera su turno de hablar. Debía pensar más rápido para poner atención a lo que decían, se lamentó en alguna ocasión cuando se descubrió sonriendo con retraso, incapaz de seguir el ritmo de su charla. Aquellas frases que había memorizado parecían inútiles frente a la espontaneidad de los otros. Aun así, el resto de la noche fue agradable, una notable mejora a lo que habían sido sus noches en los últimos meses. Se sintió esperanzada de que la idea de Georgiana fuera en efecto un cambio positivo en su vida.

Se levantó temprano y se reencontró con el grupo en el desayuno. La conversación giró en torno a las tareas que debía cumplir Amelia en sus clases de arte, dibujar las peonías del jardín al aire libre. Tenía que hacerlo al caer el sol, así que las clases de música serían por la mañana.

Después del desayuno, Mary fue a esperar a que su alumna llegara de vuelta. El salón de música, aunque modesto en tamaño, era el corazón más íntimo de la casa. La luz entraba con generosidad por dos amplios ventanales que daban al jardín delantero, lo que lo convertía también en el lugar más apropiado para las lecciones de dibujo. En un extremo descansaba el piano, con la tapa entreabierta, y junto a él un atril cargado de partituras; en el otro, una mesa robusta servía de forma indistinta para disponer láminas, carboncillos y pinceles. Un caballete reposaba cerca de los ventanales con un lienzo en blanco que parecía aguardar con paciencia el primer trazo. El ambiente conservaba una mezcla de

fragancias: la cera del barniz, el papel recién desplegado, un leve rastro de pigmentos y el tenue perfume de las flores que Amelia recogía para decorar el alféizar. Era un espacio compartido por las artes, donde la música y la pintura parecían conversar en silencio, turnándose el protagonismo según la hora del día.

Al fondo del salón un estante de varios pisos estaba lleno de libros y un sofá de mullidos cojines con entramados dibujos azules completaba un rincón perfecto para leer.

Mientras Mary acomodaba partituras sobre el piano con nerviosismo de principiante, Thomas Pembroke entró con absoluta discreción. Ella no lo notó de inmediato y se sobresaltó ligeramente cuando él se dirigió a ella en tono amigable.

—No se preocupe, me iré enseguida. Puede continuar en sus tareas. Me llevaré el caballete al jardín para ubicarlo en el mejor lugar. Disculpe la interrupción.

—¡Oh! No es molestia alguna. Lamento que debamos compartir el salón. Yo… terminaré en seguida. Si soy del todo sincera, creo que Amelia será tan maestra para mí como pueda serlo yo para ella. ¿Tienes usted algún consejo para mí? Tiene más experiencia que yo en todo esto de impartir clases.

—Cuando hay talento, no somos más que un faro en el camino, querida señorita Bennet. Amelia es una niña muy talentosa, pero es también muy insegura. Ha de ser usted la luz que ilumine sus pasos en la música. Ya verá que será fácil enseñarla.

—¿Hace mucho que es su maestro? Sé que ha sido alumna de su padre…

—Si lo que de verdad quiere preguntar es si estoy preparado para ser maestro, siendo que el maestro es mi padre…

—¡Oh, no! Mis disculpas si le he parecido ofensiva, no quise… —replicó Mary sonrojándose y dejando caer las partituras por todo el

salón.

Thomas, galante, se apresuró a recogerlas y no pudo evitar una leve carcajada.

—No debe usted preocuparse, estoy acostumbrado a las dudas sobre mi trabajo. No es tan fácil cuando se es hijo del mejor. Pero he podido trazar mi camino. No en Londres, por supuesto. Hace años que soy maestro en París, de la señorita Amelia y de otras jóvenes. En Londres habría sido tan solo una sombra de mi padre. He regresado por petición expresa de la señora Georgiana Langford y de los Kingsley para pasar este verano en Derbyshire junto a Amelia —dijo mientras la ayudaba a organizar las partituras.

—No me malinterprete. Soy la menos adecuada para juzgar su calidad como maestro. Como he dicho antes, no me avergüenza admitir que Amelia será mi primera alumna.

—Lo siento, quizás estoy demasiado acostumbrado a que se me cuestione. No deseo interrumpirla más —sentenció con una ligera inclinación—. Solo recuerde lo que le he dicho: será un faro para Amelia, y sus dedos sabrán guiarla. Estoy seguro de que lo logrará. Ha sido un placer, señorita Bennet.

Mary lo observó en silencio, incapaz de encontrar otra de sus frases ensayadas. Aquellas palabras parecían resonar todavía en la sala. A pesar de que ya había salido del salón, algo de él se había quedado en el aire, no sabía si era la esencia cítrica que dejaba a su paso o el eco de su voz armoniosa diciendo su nombre.

Amelia llegó al salón con impecable entusiasmo y los dedos ansiosos por tocar. La lección no tardó en dar inicio.

Capítulo 3

Habían transcurrido varios días desde la primera cena, en la que Mary Bennet y Thomas Pembroke se conocieron. Durante ese tiempo, la rutina de clases y comidas compartidas había dado lugar a pequeños espacios de conversación: a veces trivial, a veces profunda. Entre lecciones, Mary descubría que Thomas no era un hombre de muchas palabras, pero sí de observaciones hábiles; él, a su vez, parecía complacido en escuchar las reflexiones ensayadas de ella, incluso cuando quedaban a medio camino entre la solemnidad y la timidez.

Una tarde, mientras Amelia ordenaba sus bocetos al final de la clase y se excusaba para salir al jardín en busca de flores, Mary y Thomas permanecieron unos instantes solos en el salón de música. La luz entraba en líneas casi multicolores por los ventanales que comenzaban muy cerca del piso y de pronto todo el salón cobró un brillo particular. Amelia se veía a lo lejos en el jardín recogiendo flores, tal como había prometido. Mary se acercó al servicio de té y pasó cerca de Thomas antes de sentarse. Era algo que solían hacer los tres cada tarde, tomar el té al terminar las clases de arte.

Thomas se apoyó en el respaldo de una silla, con el cuaderno de dibujos en la otra mano y se dirigió a Mary con voz titubeante.

—Hace unos días escuché a la señora Langford hablar con

entusiasmo de la boda de su hermana, la señora Darcy.

Mary lo miró con un leve asombro.

—Ah, sí… fue una boda memorable. Nunca había visto a Elizabeth tan radiante. Y el señor Darcy… —hizo una breve pausa, como si temiera excederse—. Sus ojos hablaban más que cualquier discurso.

—Sí. Parecían muy felices. Me temo que usted no lo recuerda y por eso dudo hace días si debería decirlo, pero, nos conocimos muy fugazmente esa tarde, usted y yo, en Pemberley—comentó con tono reflexivo.

Mary sintió la taza de té temblar en sus manos y la colocó con cuidado sobre la mesa.

—¿Nos conocimos usted y yo, dice?

—Creo que la frase correcta sería «nos vimos fugazmente». Verá, yo era uno de los dibujantes contratados para hacer retratos ese día. Llevaba usted un rato cerca del piano, a punto de tocar, por lo que me pareció. Se veía indecisa. Su padre se acercó, le murmuró algo al oído y usted se quedó pensativa y comenzó a caminar muy despacio, en mi dirección. Levantó la mirada y al verme, aceleró el paso.

—Tiene razón, no lo recuerdo.

—Yo… apenas lo recordé cuando la señora Langford mencionó la boda. Aun así, me parece que lo correcto es que tenga usted esto —replicó abriendo el cuaderno de dibujos y extendiendo un boceto.

Mary extendió la mano con sorpresa y observó el papel amarillento, el grafito delineaba con sencillez su joven figura de frente al piano. Apenas rozando con la yema de los dedos las teclas del instrumento, como si el más leve movimiento pudiera delatarla. Sus hombros tensos y la expresión del rostro de pura contención: labios apretados, el destello de deseo reprimido oculto en los párpados casi cerrados por completo.

Alrededor de ella, se adivinaban apenas los contornos de la estancia: los perfiles borrosos de personas conversando, la vaga sugerencia de guirnaldas nupciales colgando en el fondo. Pero el dibujo concentraba toda la atención en Mary y en el piano. El joven Pembroke había capturado el instante entre la osadía y el temor: el boceto lo mostraba sin remordimientos, la juventud atrapada entre la obediencia y el impulso. Mary recordó aquel instante, lo que su padre le dijo al oído, la forma en la que se había alejado del piano recordó aquellos ojos grises que parecían juzgarla, ahora sabía a quien pertenecían. La vergüenza de aquel momento regresó con todo su ímpetu y Mary no se atrevía a pronunciar palabra ante Thomas que seguía apoyado en la silla, esperando alguna reacción de su parte.

Antes de que Mary pudiera replicar, Amelia regresó con un ramo de margaritas que traía como trofeo.

—¡Las he encontrado! —anunció, interrumpiendo sin saberlo la conversación.

En aquel momento, Mary ocultó el dibujo en su falda y se disculpó, retirándose de inmediato a su cuarto.

Más tarde esa misma noche, se sintió indispuesta y no llegó a cenar. Estaba echada sobre la cama escudriñando cada trazo de aquel dibujo y preguntándose por qué Thomas había guardado aquel boceto por tantos años. Pronto lo que era solo un recuerdo vergonzoso, se transformó en preguntas en su cabeza. Si bien por momentos volvía a escuchar la voz de su padre diciéndole al oído «Mary, no se te ocurra, querida, estamos en Pemberley, hay cien pianistas mejores en este salón», por otros pensaba en la emoción de Thomas al contarle que se habían visto antes. Esa noche decidió ver aquel evento con otros ojos, no todo tenía que ser amargura en su vida, quizás había alguna otra razón para que él le diera aquel

dibujo.

Por la mañana, Mary recogió su cabello de forma distinta, se puso su vestido rosa pálido con su lazo favorito en un tono verde oscuro y fue al encuentro de Thomas y Amelia. Un repentino entusiasmo la embargaba. Al llegar al comedor, Amelia ya estaba en su lugar.

—Pensé que me abandonaría a mi suerte otra vez, señorita Bennet.

—Lo lamento. Pero hoy ya me siento mucho mejor —comentó mirando al pasillo en espera de que el señor Pembroke entrara.

—Ayer he practicado mucho, repetí el allegro de la primera parte más de veinte veces. Sus recomendaciones sobre la posición de mi muñeca han sido en realidad reveladoras. No pensé que algo tan simple pudiera hacer tal diferencia. Ahora puedo tocar mucho más tiempo sin agotarme. Espero que quede bien hoy.

—Estoy segura de que así será. Ayer casi lo consigues. Solo es cuestión de practicar. ¿Y qué pasó con esas margaritas? ¿lograste pintarlas?

—¡Oh! Para eso he tenido que recurrir a un plan distinto. Le he pedido al señor Pembroke que esta tarde practiquemos hacerlo desde otro punto de vista. Y usted me ayudará.

—¿Yo? ¿Cómo podría ayudar yo?

—Hemos descubierto, el maestro y yo, que soy mucho mejor en los retratos. Así que usted y el señor Pembroke posarán esta tarde en el jardín, para que yo pueda pintarlos. Estoy segura de que me saldrán muy bien las margaritas si no las pinto a ellas. ¿Entiende? Quiero despistar a mis dedos… Estarán allí quietos por una hora o dos, mientras hago mi mejor esfuerzo en retratarlos… y a las flores, por supuesto.

En ese momento, Thomas Pembroke entró al comedor. Mary sintió

sus ojos posarse sobre ella y vio la curva en sus labios dibujarse, ella también sonrió, esta vez sin bajar la mirada.

—¡Buenos días! Supongo, señorita Kinsgley, que le ha contado a su maestra su plan para esta tarde —exclamó al escuchar a su llegada el entusiasta discurso de su alumna.

—¡Justo hacía eso, señor Pembroke! Hoy se han desvelado todos, llega usted tarde al desayuno, por primera vez, además —exclamó Amelia con tono condescendiente.

—¡Me disculpo! Me temo que ha sido difícil conciliar el sueño. Tal vez todo ese plan suyo es lo que me ha impedido dormir, siempre he estado del otro lado del pincel y me pone muy nervioso que sea al revés.

La conversación giró en torno al inusual pedido de Amelia y al terminar se despidieron para que pudieran iniciar las clases de pianoforte. Esa mañana, Amelia consiguió terminar con maestría la pieza y Mary sonrió satisfecha al ver el progreso. De algún modo sentía que en parte ella responsable de su mejora.

La hora pautada para la clase de arte eran las cinco de la tarde, justo al atardecer. El paisaje era encantador. El sol declinaba tembloroso sobre las colinas de Derbyshire, tiñendo los campos de anaranjado. Alrededor de un banco de madera se disputaban el protagonismo las margaritas dispersas entre la hierba alta, con las campanillas azules que crecían a su alrededor. Las amapolas rojas brillantes y las dedaleras púrpuras se alzaban silvestres construyendo un camino pequeño que daba al invernadero y al pequeño bosque de abedules que se alzaba detrás. Amelia había pedido a Mary usar una sombrilla y sentarse en banco junto al maestro.

A una distancia de por lo menos veinte pasos estaba dispuesto el

caballete y una mesa con pinturas. La mucama de Amelia estaba en un asiento a su lado, dispuesta a ayudar con la pintura, pues el maestro no podría acercarse al lienzo hasta que ella no terminara, ese era el acuerdo. Mary observaba divertida la complicidad de Amelia con el señor Pembroke que bromeaba sobre su incapacidad de estarse quieto por dos horas como ella había pedido. Cuando al fin tomaron su lugar en el improvisado escenario, los maestros estaban sentados en el mismo banco. Pasaron algunos minutos antes de que uno de los dos hablara y entonces fue Mary quien rompió el silencio.

—Supongo que ahora es cuando debemos fingir una conversación.

—O… quizá podríamos conversar de verdad.

—Ese también es un camino…

—Salió usted corriendo ayer. Había recibido críticas terribles a mi obra antes, pero nunca nadie había salido corriendo.

—¡Oh! ¡No tengo gran control de mis emociones y su retrato trajo muchas a mi memoria! Supongo que eso para usted será un halago y no una crítica terrible. Sin conocerme pudo plasmar en ese boceto tanto de mí, todo lo que quiero ocultar y que usted sin embargo ha podido ver. Me preguntaba, ¿por qué guardó ese dibujo todo este tiempo? Quiero decir, no lo entregó como parte de su contrato de esa noche…

—¿Puedo hablar con total sinceridad? Esperaba poder dárselo a usted algún día. Le parecerá una tontería, pero tal vez era esa esperanza la que me hacía conservarlo… aunque debo admitir que cambié mi cuaderno de dibujo muchas veces.

—No me parece una tontería. Solo… inusual. Tiene usted gran talento, me habrá observado quizás por un minuto o dos y pudo dibujarme con gran perfección.

—¿Puedo continuar hablando con sinceridad?

Mary escuchó la voz de Amelia gritarle que debía cerrar la sombrilla. Obedeció al tiempo que asentía a la pregunta de Thomas.

—Debo hacer una confesión. Llevaba mucho más que uno o dos minutos observándola, captó usted mi atención tan pronto entró al salón. En realidad, caminaba hacia usted para hablarle cuando se acercó al pianoforte y se quedó absorta allí y entonces ya no pude decir nada. Y luego cuando su padre le habló, debió esconderse en alguna habitación el resto de la noche porque no la volví a ver. No tuve más remedio que captar su recuerdo en un retrato. Alguien tuvo la gentileza de decirme su nombre y por lo menos supe que era usted hermana de la novia.

—Y… cuando se acercaba para hablarme aquella tarde, ¿recuerda qué iba a decirme? —preguntó Mary sintiendo que la voz le temblaba.

—¡No tengo la menor idea! —dijo Thomas con una carcajada que hizo a Mary reír también—. Así como tampoco sé muy bien qué decirle ahora…, pero por lo menos puedo intentarlo.

—El temor a no estar a la altura puede convencer al más confiado de no intentarlo.

—¿Eso también es de Fordyce?

—No…, esa soy yo

—Pues me parece mucho más importante eso que viene de usted que todos esos autores que le gusta citar. No los necesita.

Mary se sonrojó y no pudo evitar una sonrisa. Se apresuró a ocultar un rizo rebelde detrás de su oreja porque no encontraba qué hacer con las manos ahora que ya no sostenía la sombrilla. Pasaron un rato más en completo silencio. Mary no estaba segura de lo que estaba ocurriendo hasta que en un impulso Thomas se puso en pie, le sudaban las manos. Se inclinó hacia un arbusto y recogió una margarita. Se la entregó en silencio, mirándola de un modo que

Mary no supo sostener más de un instante. La flor le quedó temblando entre los dedos, tibia todavía como si guardara el calor de la mano de él. Durante unos segundos, todo pareció quedar suspendido en el aire.

Después, Thomás se enderezó y se alejó con paso firme hacia su alumna, que continuaba absorta frente al caballete intentando recrear la escena.

—No se acerque, maestro, prometió esperar al final—gritó Amelia al ver que Thomas se había dejado a su puesto.

Thomas no tuvo más remedio que volver al banco, aunque por lo lento de sus pasos era evidente que seguía nervioso. Volvió a sentarse y esta vez le preguntó a Mary cómo iban las clases de Amelia y se perdieron en una conversación trivial sobre notas musicales. Mary apretaba la margarita en su mano y aunque no se daba cuenta, una tenue sonrisa se había instalado en sus labios.

Capítulo 4

El retrato debía mantenerse en secreto por un día más, así que la tarde siguiente en la clase el maestro Pembroke estaba listo para verlo. Mary también había acudido al salón de música para ver la obra terminada que se hallaba oculta todavía, así que se encontraron conversando sin premeditación en espera de Amelia.

—La paciencia es un requisito indispensable para cualquier artista, pero debo decir que no tengo mucha —comentó él, observando el paño de lino sobre el caballete de su alumna.

—En la música ocurre algo parecido —replicó Mary con timidez—. Una nota sostenida puede parecer poca cosa, pero si se toca sin alma, toda la pieza se derrumba.

Thomas volvió la vista hacia ella con un interés sincero.

—Entonces estamos condenados a enseñar lo mismo, cada cual en su lenguaje.

Mary sonrió apenas, sorprendida de haber provocado esa chispa de complicidad. Quiso añadir una cita que había memorizado de Fordyce, pero la descartó en el último momento.

Amelia entró al salón sonriente al ver el público expectante.

—Estoy muy satisfecha con el resultado, así que no escucharé ninguna de sus críticas señor Pembroke. Ha quedado tan perfecto cómo es posible.

Todos llevaron la mirada hacia el atril. Amelia develó la pintura que revelaba en un banco a sus dos maestros, rodeados por un jardín de perfectas margaritas y campanillas azules. El cielo anaranjado con trazos imprecisos de nubes les coronaba y las copas de los abedules en el fondo brillaban con un tono plata muy bien logrado. El vestido blanco de Mary y el traje marrón de Thomas jugaban a estar más cerca de lo que en realidad habían estado mientras posaban y sus rostros en la acuarela se miraban de frente, sonriendo. Un silencio profundo llenó el cuarto de música. Mary elogió a Amelia, pero optó por marcharse: temía que su presencia impidiera a Thomas decir todo lo que pensaba. Y, quizá, no estaba preparada para escucharlo aún. En su cabeza, la imagen de ellos dos sentados en el banco del jardín, de pronto había cobrado vida y el retrato ya los dibujaba bailando un vals sobre la hierba o caminando lado a lado en dirección al arroyo. Tal vez era mejor imaginar todo eso en otro lugar y no frente a sus ojos.

—Por mí puede quedarse señorita Bennet, no tengo más que halagos para Amelia, ha conseguido por fin reflejar la belleza de las margaritas y ni hablar de su habilidad para retratarla a usted. Supongo que conmigo ha sido generosa.

—Me encantaría quedarme, pero Georgiana me ha pedido ir a Pemberley a tomar el té con ella y conociéndola, es muy posible que me quede a cenar. Así que nos encontraremos mañana.

Mary salió apresurada del salón y por un instante creyó sentir la decepción en la despedida de Thomas, pero no podía darse el lujo de ilusionarse, no todavía. Estaba ansiosa por contarle a Georgiana todo lo que había ocurrido, quería su consejo sobre qué debía hacer, si es que debía hacer algo. Malinterpretar las intenciones de Thomas era lo peor que podía pasarle, quizás solo estaba siendo amable. Georgiana podía ayudarla.

Cuando llegó a Pemberley, el rostro de Georgiana era de una felicidad absoluta. Abrazó a Mary con ternura y la asió del brazo ansiosa. Caminaron en dirección a uno de los salones. Cuando ya estuvieron acomodadas en las poltronas, sirvieron el té y Georgiana pidió a su sirvienta que las dejara solas.

—No podía esperar para decirle a alguien. ¡Ha pasado! ¡Por fin estoy embarazada, Mary! El doctor ha venido esta mañana y me lo ha confirmado.

—¡Oh! ¡es una noticia maravillosa!

—¡Soy tan feliz! Había llegado a pensar… ¡Oh, no debo pensar más en eso! ¡Lizzie se alegrará tanto!

Mary y Georgiana celebraron las buenas nuevas y durante un buen rato toda la conversación giró en torno a los síntomas y a las sospechas. Tal y como Mary esperaba, la invitación se extendió a la cena, donde continuaron hablando, ahora con mayor discreción pues los sirvientes estaban escuchando. Cuando terminaron, por sugerencia de Mary, pasaron al salón de música para conversar un poco más antes de despedirse.

—En menos de un mes terminarás en casa de los Kingsley, ¿estás de verdad lista para volver a casa? Se me ha ocurrido una idea, pero no te la diré hasta dentro de dos semanas. Amelia ha sido una alumna estupenda, ¿no es así?

—¡Lo es! Somos maestros afortunados.

—Y… ¿todo bien con Thomas? ¿ha sido amable?

—Muy amable. De hecho, hay algo que quiero mostrarte.

Mary había llevado consigo el dibujo. Lo ocultó en un libro que había llevado con la excusa de devolver. Lo abrió y sacó el pergamino y se lo pasó a Georgiana sin decir nada. Georgiana tomó el dibujo y lo exploró a la luz de un candelabro. Elogió los trazos y miró la firma al final, «T.Pembroke». Miró a su alrededor solo para

darse cuenta de que el dibujo había sido hecho en ese mismo salón. Reconoció el pianoforte y el candelabro con forma de león en la pared. Primero no dijo nada, pero después tomó a Mary del brazo y la condujo a un sofá donde se sentaron juntas.

—¿Y esto?

—Thomas…, el señor Pembroke lo hizo el día de la boda de Lizzie y tu hermano.

—No recordaba que él y su padre fueran los retratistas ese día. ¿Y tú lo tenías? ¿Te lo dio esa noche? ¡Es decir que ya os conocíais de antes! ¡Que os habéis reencontrado!

—¡No, no! No me lo dio esa noche… me lo dio hace unos días.

—¿Qué? ¿Y te lo ha dado, así como así?

—Pues… lo ha guardado. No sé muy bien por qué. Estaba seguro de que algún día volvería a verme y me lo podría entregar. Solo que eso no había ocurrido hasta ahora.

—Thomas se fue a París hace años. Creo que poco después de la boda. ¡Oh pero esto, Mary, esto lo cambia todo! Creo que en este dibujo hay mucho más que solo la esperanza de volverte a ver. Ahora que lo pienso…

—¿Qué?

—Soy una tonta. ¿Cómo no me di cuenta antes?

—Georgiana, me estás asustando, ¿de qué no te diste cuenta?

—¡Oh, querida! No me prestes atención, solo estoy diciendo locuras. Pero, Mary, ¿has encontrado en Thomas algo más que la amabilidad de la que hablaste antes?

—No lo sé. Hay algo en él, Georgiana, es algo que no puedo explicar. Cuando me ve con aquellos ojos grises, siento que mi vientre se hunde. Y me escucha con tal atención… es decir, antes de que me diera el dibujo, cuando hablaba con él sentía que en verdad me escuchaba. Y… me obliga a decir lo que pienso, no de forma

literal, es solo que, siento que puedo decirle cualquier cosa y no me juzgará. ¿De verdad piensas que puede tener algún interés… en mí?

—¡Oh, Mary! Thomas Pembroke está enamorado de ti. ¡Oh, cuántas noticias grandiosas en un solo día!

—Pero ¿cómo puedes estar segura de algo así?

—Confía en mí. Lo está. Ahora solo debes asegurarte de que te gusta de verdad.

El carcajeo de Georgiana se prolongó hasta la puerta donde las amigas se despidieron con efusividad y Mary aprovechó las ultimas luces en el cielo para volver a la casa de los Kingsley a pie. Media hora después pasaba por el banco de madera del jardín delantero donde el día antes se había sentado con Thomas. Revivió el momento y nuevas escenas comenzaron a danzar en su mente. En algunas, Thomas la tomaba del brazo y caminaban en el invernadero, en otras bailaban en un gran salón en Londres y en otras paseaban en un bote en el Sena. Ninguna era igual a la otra y cada una le daba un poco más de felicidad. No entendía por que Georgiana tenía tanta seguridad de que Thomas estaba interesado en ella, pero elegía confiar en el criterio de su amiga por pura conveniencia.

Entró en su cuarto y se desvistió. En aquel momento, pensó en Kitty que ahora vivía en Escocia. En su forma risueña y juguetona que le ganó más de un admirador poco convincente y de lo que ella misma definió como el amor de su vida. Mary nunca pudo reírse con tanta soltura como ella. Pensó también en Jane, en su belleza irremediable incluso al despertar, esa belleza que Mary no lograba ver ante el espejo, aunque tuviera el más hermoso de los vestidos. Pensó en Lydia, en su coquetería infinita y en su indisposición a interesarse en algo más que en ella misma, a veces Mary soñaba con tener un poco de su despreocupación. Pensó también en Lizzie y

en su criterio tan formal para algunas cosas y tan libre para otras, Mary envidiaba su convicción que nunca requería de las citas de un libro para hacerse escuchar. Todas sus hermanas tenían algo que ella quería tener. Muchas veces se sintió tan invisible y poco importante, tan distinta. Y ahora se daba cuenta de que alguien la había visto. Alguien se había quedado a mirar lo suficiente para descubrir, tal vez no una sonrisa coqueta o una belleza inmarcesible, pero sí algo que valía la pena dejar plasmado en la eternidad y vivir con la esperanza de recuperarlo algún día.

Se durmió con aquel pensamiento feliz y por primera vez en mucho tiempo pensó que no necesitaba nada de sus hermanas, que ser ella era mucho más que suficiente. La notable mejoría de Amelia, la admiración secreta de Thomas, las frases cada vez menos necesarias de Fordyce, algo le decía que ser Mary Bennet no era tan malo después de todo.

Capítulo 5

Las semanas que siguieron, las conversaciones de Mary y Thomas en el comedor o en el cuarto de música, cada vez más pasaban del arte a la música y a la vida misma, sin Amelia de por medio. Y durante las clases, la niña que se sumergía en el piano o en el atril, mientras sus maestros que ahora compartían las clases sin horarios establecidos y estaban juntos a cualquier hora, se mostraba tan encantada como ellos de no tener reglas para sus lecciones.

Los padres de Amelia enviaron una carta anunciando su regreso y la partida inmediata a París para una semana después y por eso los días más recientes habían transcurrido entre la nostalgia y la urgencia de una inminente despedida.

Una mañana, Georgiana llegó de improviso mientras Amelia estaba en sus lecciones de piano. Con discreción y el deseo de no interrumpir, le pidió a Thomas, que escuchaba la lección desde un sofá leyendo un libro, que la acompañara al jardín hasta que terminara la lección. Cuando Mary quiso interrumpir la lección para ser ella quien acompañara a Georgiana, ella insistió en que continuaran hasta el final. Tomaron el camino al invernadero alejándose de la casa cuando Georgiana inició con voz segura.

—Señor Pembroke, hace días quería conversar con usted.

—¿Ah sí?

—Sí. Seré breve. Estoy convencida, si mi memoria no me falla, de que usted fue quien me pidió una recomendación para que alguien diera lecciones de piano a Amelia mientras estuviera aquí en Derbyshire.

—Hmmm sí. Y creo que ha sido una gran idea, Amelia ha mejorado mucho y…

—Y creo recordar, señor Pembroke, — le interrumpió enérgicamente—que fue usted quien sugirió que la señora Whitmore tal vez no era la más adecuada para dicha tarea y que tal vez debería pedirlo a alguna alumna de la señora Whitmore que fuera de mi entera confianza.

—No recuerdo la conversación con tanto detalle, señora Langford —replicó Thomas con la voz titubeante.

—¡Oh, pero por fortuna para nosotros yo tengo excelente memoria! Y le recuerdo con perfección, cuando venía con su padre a mis clases de arte, estaba usted como su aprendiz.

—Hace algunos años de eso...

—Esperaban en el salón contiguo al cuarto de música donde yo tomaba lecciones con la señora Whitmore y ¡oh sorpresa! Una alumna más, que resulta llamarse Mary Bennet. Al terminar, yo pasaba a clases de arte y Mary se iba al jardín o a cualquier parte.

—Tiene usted mejor memoria que yo.

—¡Oh no, señor Pembroke! ¡Creo que tiene usted mucho mejor memoria que yo! ¡Se ha ido a París y no le ha dicho nada, no le ha dicho que la admiraba desde entonces! Es usted el dueño de un alma cruel si ahora pretende que no ha sido también quien me ha inducido a traer a Mary como maestra de Amelia.

—Señora Langford…

—Solo dígame una cosa, y no espero más que sinceridad de su parte. ¿Tiene usted una esposa secreta en París que le está

esperando?

—¿Qué? ¡Absolutamente no! Yo… yo la amo…

—¿A mí?

—A Mary…—respondió con una carcajada nerviosa al ver la expresión de terror en Georgiana.

—¡Oh! Va usted a matarme de suspenso, señor Pembroke. Me parece una terrible desgracia que no se lo haya dicho usted aún a ella, en especial si no hay ningún matrimonio secreto que se lo impida. Esperé para venir porque cuando ella me contó del dibujo, lo supe enseguida y me imaginé que usted se lo diría en un día o dos, pero han pasado dos semanas.

—No sé cómo decírselo. Esas tardes cuando la escuchaba tocar en Pemberley, me asomaba por las hendeduras. Podía distinguir cuando era ella que estaba al piano. A veces, durante las clases de arte, ella se quedaba al piano y tocaba sola. Mi padre estaba convencido de que era una locura acercarme. Me fui a París como ya sabe. Y sí, tal vez al regresar quería volver a verla, pensar que no era imposible.

—Nunca sabrá si es imposible si no se lo dice.

—«El temor a no estar a la altura puede convencer al más confiado de no intentarlo». Eso me señaló alguien hace poco.

—Pues ese alguien es muy sabio. Hágale caso.

Georgiana y Thomas regresaron a la casa pues ya Mary venía a su encuentro. Cuando se cruzaron Georgiana miró a Mary con seriedad y señaló: «estaré con Amelia, dado que el señor Pembroke quiere decirte algo» y se marchó con prisa hacia la casa. Mary la miró sorprendida y luego dirigió su mirada a Thomas que estaba pálido y se había quedado mudo, además.

—¿Está todo bien? —le preguntó preocupada.

—¿Caminamos? —preguntó él mientras señalaba con una mano el camino a los abedules, y con la otra se frotaba la cabeza,

despeinándose la coleta.

—¿Y bien?

—Debo hacerle una confesión muy importante. He tenido oportunidad de decirlo, pero ya lo ha dicho usted, el miedo me ha impedido intentarlo. Lo haré de todos modos. La he admirado desde hace tiempo, le escuchaba tocar en secreto cuando lo hacía en Pemberley en la soledad del salón, durante las clases de arte de la señora Langford.

—¿Estaba usted allí?

—Muchas veces quise darle el dibujo, pero no me atreví. Era muy joven e ingenuo, y quizás un poco cobarde, no menos de lo que soy ahora que estoy temblando como una hoja.

—No diga eso, requiere valor siquiera reconocerlo —expresó Mary descubriendo una inusual valentía en ella. Pero algo en la voz de Thomas le daba tanta seguridad que se sentía capaz de decir cualquier cosa.

El atardecer se dejaba caer en el cielo, tal como aquella tarde del retrato y el olor de los brotes de lavanda del invernadero, llegaba con la brisa calmando la tensión del momento.

—Estos meses a su lado me han convencido de algo que ningún retrato ni melodía puede contener: la verdadera belleza está en usted, en lo que calla y en lo que dice sin darse cuenta. El dibujo fue un reflejo, la música un augurio… pero ahora sé que mi corazón ya no pertenece a un recuerdo, sino a Mary Bennet, la mujer de carne y hueso que está frente a mí. No puedo ofrecerle más que una casa modesta en París y el sustento sencillo de un maestro, pero estoy convencido de que, juntos, hallaríamos la felicidad.

—Yo también estoy convencida de que seríamos muy felices juntos —respondió Mary tomando las manos de Thomas y encerrándola en las suyas.

—¿Quiere decir que me acepta?

—Supongo, señor Pembroke —dijo Mary conteniendo una sonrisa —, que no tendré más remedio que aprender a amar París.

Thomas contuvo el impulso de alzarla en el aire; en su lugar, inclinó el rostro y besó con ternura las manos que aún sostenían las suyas. Allí quedaron, bajo el cielo anaranjado, rodeados de margaritas y campanillas azules, entrelazados como el primer trazo de una melodía que apenas comenzaba.

Siempre nos quedará la piratería

Mia Heywood

Nota de autora:

La primera vez que leí *Sentido y sensibilidad* tenía dieciocho años y acababan de romperme el corazón por primera vez. Siempre diré que es el libro de mi vida y que me encontró en el momento en el que más lo necesitaba. Me ha acompañado en innumerables momentos y tengo un ejemplar que siempre viaja conmigo allá donde voy.

Por todo esto, les tengo un especial cariño a las protagonistas de esta historia (y, especialmente, a Marianne), así que, cuando me propusieron este proyecto, no dudé en aceptar y acabé, por supuesto, eligiendo esta novela tan especial para mí.

Este relato está protagonizado por Margaret Dashwood, la más pequeña de las hermanas Dashwood, protagonistas de *Sentido y Sensibilidad*. En la novela original, tiene solo trece años, por lo que lo observa todo desde la posición de una niña que aún no ha sido presentada en sociedad. Sin embargo, esta historia se ambienta unos cuantos años después del final de la original, por lo que ya es una joven dispuesta a enamorarse y vivir nuevas aventuras.

En la película de 1995, Margaret y Edward siempre bromean sobre la piratería, que era lo único que parecía quedarles, así que he querido rendirle también un pequeño homenaje a esta adaptación que tanto me gusta (¡y que ganó un premio Oscar en su momento!).

Capítulo 1

—Edward, dile a mamá que no pasará nada por ir a Londres.

El reverendo Edward Ferrars sonrió al escuchar aquella pequeña súplica de la menor de sus cuñadas, la pequeña Margaret Dashwood. Aunque, a decir verdad, ya no era tan pequeña. Hacía unas semanas había cumplido diecisiete años y estaba deseando conocer el mundo.

—Es un mal momento —respondió la señora Daswhood antes de que él pudiera intervenir a su favor—. Elinor acaba de ser madre y necesita toda nuestra ayuda.

—Pero si yo apenas hago nada.

—Tu compañía le viene muy bien. Y le vendrá aún mejor ahora que Marianne estará fuera unas semanas.

—Porque estará en Londres. No es justo que ella pueda ir y yo no.

—Tu hermana es una mujer casada que acudirá allí con su marido para cumplir unos compromisos —le recordó—. El coronel tiene que asistir a unas reuniones que lo mantendrán un tiempo alejado del campo y ella, por supuesto, marchará con él. Pero tú no tienes ninguna excusa más allá de la diversión.

—A mis hermanas las dejaste ir con la señora Jennings —le recordó—. No les negaste un poco de diversión a pesar de que no hacía tanto de la muerte de padre.

—Eran otros tiempos. No las necesitaba en casa, pero tú eres necesaria aquí ahora mismo.

—En realidad, señora Dashwood, creo que mi esposa podría apañárselas sin la ayuda de Margaret durante unas semanas —habló por fin Edward, aunque mantuvo su habitual tono prudente para no enfadar a su suegra—. Elinor se encuentra bien, el pequeño está bien atendido y usted es una compañía muy grata para ella. Creo que no le importará que su hermana se ausente unos días. De hecho, estoy bastante seguro de que la entristecería saber que se la ha privado de visitar Londres por su causa.

—¡Exacto! —asintió Margaret—. Mamá, por favor. Marianne y el coronel cuidarán bien de mí. No me dejarán sola ni un momento, ni me permitirán divertirme en exceso. Ya sabes lo que mi hermana opina de la sociedad londinense.

La mujer suspiró. Era cierto que, desde aquel viaje a Londres que a punto había estado de costarle la vida a la mediana de sus hijas, esta no tenía demasiada estima a la ciudad y sus gentes. Decía que era un lugar en el que reinaba la hipocresía y donde no se podía ser verdaderamente feliz. Por lo que no tenía que preocuparse porque Margaret acabara en algún tipo de fiesta inmoral o porque su reputación se viera comprometida.

Y, sin embargo, le costaba mucho dejarla ir. Más de lo que le había costado dar permiso a sus dos hermanas mayores.

Quizás seguía viéndola como una niña, aunque era más que evidente que se había convertido en una mujercita que estaba deseando conocer el mundo más allá de los muros de aquella casa.

—Por favor, mamá —le volvió a suplicar—. Te prometo que me comportaré mejor que nunca y no seré un estorbo para Marianne y el coronel.

Margaret puso su mejor sonrisa, en un intento desesperado por

obtener su aprobación. Aquel lugar hacía mucho que se le había quedado pequeño. Desde niña había soñado con el mundo, con el océano, y siempre consultaba aquel viejo atlas que era su único escaparate a lo que había más allá y le mostraba rincones de ensueño. Así que justo en ese momento que por fin tenía la posibilidad de salir de casa, no pensaba dejarla pasar sin luchar.

—Si quiere, podemos consultarlo con Elinor, pero estoy convencido de que ella estará de acuerdo con nosotros.

La mujer asintió, dando el asunto por pospuesto, y aguardó hasta que la mayor de sus hijas regresó con su pequeño bebé de solo unas semanas en los brazos, cambiado y alimentado. Los dos se habían empeñado en no contar con ninguna ayuda (decían que, aunque las rentas de aquella parroquia les permitían vivir, no eran generosas en exceso, por lo que no podían derrochar en cosas como una nodriza u otra criada más), así que se encargaban solos del pequeño William.

—Tenemos una consulta que hacerte, querida —le dijo Edward en cuanto se hubo acomodado—. Aunque creo que tu hermana y yo ya sabemos la respuesta.

—Pues contadme, a ver si os sorprendo.

—Marianne me ha invitado a ir con ellos a Londres, pero mamá no quiere darme permiso.

—¿Y eso por qué? —le preguntó, extrañada—. No te opusiste cuando Marianne y yo fuimos invitadas cuando teníamos su edad.

—Necesitáis nuestra ayuda. Acabáis de ser padres y no contáis con una nodriza, como tu hermana, que pueda asistiros.

—Pero no nos hace falta, mamá —se apresuró a responder ella—. Edward y yo nos organizamos bien. Ya sabes que una buena planificación es clave para salir adelante. Lo aprendimos bien después de la muerte de padre.

—Sí, ya sé que te encargaste de todo en un momento en el que yo no podía hacerlo y que, si las cuatro salimos adelante, fue gracias a ti. Pero un hijo implica mucho más trabajo.

—Nos apañaremos sin Margaret. Tampoco hace mucho aquí.

—¿Ves? Justo lo que yo he dicho… Y no es que quiera evitar tu compañía, Elinor, sino que me encantaría aprovechar la oportunidad que me brindan de conocer un lugar tan impresionante como Londres.

—Seguro que es una buena experiencia que recordarás para siempre.

Elinor sonrió. Quería que su hermana pequeña, que tan soñadora había sido siempre, pudiera vivir aventuras, aunque esperaba que su experiencia en Londres no fuera tan terrible como la que habían vivido ella y Marianne. A pesar de no haber pasado por una situación potencialmente mortal como la de Marianne, no guardaba el mejor de los recuerdos de los días que pasó allí.

—Por favor, mamá —volvió a pedirle—. Ya has oído a Elinor: no me necesita aquí. Y yo deseo tanto ir a Londres… Además, Marianne se aburrirá sin mi compañía.

—Marianne jamás podría aburrirse en una casa con biblioteca. Además, tiene dos niñas pequeñas.

—Y una nodriza que las cuida, así que tiene bastante tiempo libre. —Elinor rio—. Mamá, si esto fuera algo imprudente, yo sería la primera que se negaría, mas… ¿qué puede pasar? Serán solo unas semanas y el coronel se encargará de que a Margaret no le suceda nada.

—Supongo que está bien. —La señora Dashwood suspiró, derrotada—. Puedes ir, Margaret.

—¿De verdad?

Margaret lanzó un chillido y abrazó a su madre con fuerza.

—Pero tendrás que hacerles caso a tu hermana y al coronel en todo —le puso como condición—. No quiero oír ni una queja sobre tu comportamiento.

—Te lo prometo. Seré la más educada de todas las damas y no haré nada que no me permitan.

—Eso espero.

El resto de la tarde transcurrió entre planes y sueños. Margaret estaba ansiosa y no paraba de hablar sobre los lugares que esperaba ver durante su estancia en la capital y los demás la escuchaban, divertidos.

Solo esperaban que la experiencia fuera tan enriquecedora como ella esperaba.

Capítulo 2

El viaje a Londres, que tan largo y tedioso resultó al resto del grupo, fue un suspiro para Margaret, que disfrutó de todos los paisajes que los recibían. Se sentía como la protagonista de una novela que comenzaba la aventura de su vida.

—Por fin. —Marianne resopló cuando, al fin, el carruaje se detuvo frente a la casa—. No habría soportado ni un solo minuto más aquí sentada.

—Pues a mí me ha parecido un viaje maravilloso —respondió su hermana—. Y la ciudad nos ha recibido con un sol tan alegre.

—No te encariñes mucho con él, Margaret, no es el más amistoso y no tardará en marcharse —bromeó el coronel mientras bajaba del carruaje. Se giró desde la puerta y tendió una mano a su mujer—. ¿Verdad, querida?

—Londres es un lugar en el que, mejor, estar solo de paso —masculló ella al tiempo que aceptaba su mano y descendía—. Por suerte solo tendremos que padecer este lugar unas cuantas semanas.

—Podría haber venido solo…

—¿Y convertirnos en la comidilla de todas las damas aburridas de la ciudad? ¡Ni pensarlo! Prefiero morir antes que convertirme de nuevo en el motivo de todos sus comentarios.

Brandon rio al escuchar aquel comentario de su esposa. A pesar de que el tiempo y las experiencias habían ido aplacando su vena dramática, esta aún salía a relucir de vez en cuando.

—Lo pasaremos de maravilla, ya verás, Marianne —insistió Margaret mientras bajaba también—. Esto es mucho más divertido que el campo.

—Ya veremos si sigues opinando lo mismo cuando regresemos…

—Seguro que disfrutas mucho tu estancia, Margaret —dijo Brandon en tono conciliador—. Venga, vamos, te enseñaremos la casa.

Entraron a la viviendo, donde ya se había instalado el servicio. La nodriza subió a las gemelas a su habitación y el coronel aprovechó para enseñarle las estancias principales a su cuñada, así como el que sería su dormitorio durante su estancia.

—Te dejo para que descanses. La cena estará lista en una hora.

—Gracias, coronel.

En cuanto se quedó sola, Margaret corrió hacia la ventana, la abrió y se asomó. La calle en la que se encontraba aquella imponente casa parecía bastante tranquila, llena de otras viviendas similares. Estuvo allí durante al menos diez minutos, observando a las pocas personas que pasaron y disfrutando del ambiente de Londres, tan diferente al del campo. Tan cargado de historias.

Unos golpes en la puerta la hicieron darse la vuelta. La doncella le sonrió desde el umbral, con cierta disculpa.

—Señorita Dashwood, ¿quiere empezar a prepararse ya para la cena?

—Sí, por supuesto. Muchas gracias.

Se alejó de la ventana tras echar un último vistazo. Se moría de ganas de que llegara el día siguiente y poder salir a explorar la ciudad.

***

Por la mañana, nada más desayunar, Margaret sugirió ir pasear, aprovechando que el tiempo de Londres aún no había cambiado.

—Sería mejor aprovechar ahora, antes de que empiece a llover —dijo a modo de excusa—. No quiero pasar toda mi estancia aquí encerrada.

—Yo tengo unos asuntos que atender, pero Marianne estará encantada de salir.

—Supongo que sí. —Ella suspiró. Preferiría quedarse en casa, disfrutando de un buen libro y evitando posibles encontronazos, pero entendía que su hermana pequeña tuviera otras inquietudes en aquel momento—. Podríamos ir a Hyde Park.

Apenas una hora más tarde, las dos hermanas junto a su doncella paseaban por el animado parque, al que toda la buena sociedad parecía haber acudido aquella soleada mañana. Muy a pesar de Marianne, que no se sentía especialmente sociable aquella mañana, se encontraron a varios conocidos con los que tuvo que detenerse a charlar. Le preguntaron sobre sus niñas, se interesaron por saber cuánto tiempo permanecerían en la ciudad y le extendieron alguna que otra invitación a cenar.

—Su hermana está por supuesto invitada —dijo una de aquellas mujeres, mirando de arriba abajo a Margaret de forma poco disimulada—. Será más que bienvenida a mi hogar, señorita Dashwood.

—Es muy amable de su parte —respondió Marianne por ambas—. Y, por supuesto, iremos. Esperaré su invitación formal.

—La semana que viene la tendrá, señora Brandon.

Se despidieron y la mayor de las hermanas resopló.

—Por favor, Margaret, marchémonos ya —le pidió—. Tú ya has

visto la ciudad y yo estoy cansada de tanta hipocresía y planes con personas con las que no me apetece pasar más de cinco minutos.

—Parecíais amigas.

—Claro, porque, con el paso de los años, he aprendido a ser amable aun cuando no quiero, pero me cuesta mantener la fachada más allá de cinco minutos. ¡Imagina como lo paso en las cenas rodeadas de esas cotillas aburridas!

—¿Entonces no iremos a ninguno de esos compromisos?

—¡Qué remedio! No creo poder encontrar excusas para faltar a todos y no quiero dejar a Christopher en evidencia, así que no nos libraremos de esas cenas.

Margaret contuvo una sonrisa. A pesar de saber que a su hermana aquello no le apetecía, ella se moría de ganas de poder degustar la buena sociedad londinense durante un par de noches.

—Seguro que, si estamos las dos juntas, lo pasaremos bien —le prometió, agarrándose de su brazo—. Alegra esa cara, Marianne. Ahora me tienes a mí aquí y todo será mucho más divertido.

La mayor sonrió con indulgencia. Le gustaba cómo relucían los ojos de su hermana al decir aquello. Era una jovencita llena de vida y ganas de conocer el mundo, que aún no había experimentado las grandes decepciones ni la hipocresía de la sociedad.

Solo esperaba que nadie se aprovechara de aquella inexperiencia y la destrozara, como le había pasado a ella mismo. Por suerte, y a pesar de que Margaret era una soñadora, había heredado algo de la sensatez de Elinor y no dejaba que sus emociones la consumieran por completo.

—¿Sabes qué? Creo que tienes razón. —Le dio una pequeña palmadita en la mano—. Tenerte aquí hará esta estancia mucho más divertida.

Alargaron el paseo, aunque, en cuanto el cielo comenzó a llenarse

de nubes, temiendo un posible chubasco, decidieron regresar a casa. El coronel no tardó demasiado en llegar también, con una noticia que hizo refunfuñar a su esposa y gritar de emoción a Margaret.

—La esposa del capitán Harrison organiza un baile mañana e insiste en que, como estamos en la ciudad, debemos asistir.

—¡Pero esa mujer es muy pesada! —protestó Marianne—. La última vez que nos encontramos no me dejó ni un segundo de tranquilidad en toda la noche. Quería saber mi opinión sobre hasta el más mínimo de los detalles. ¡Como si a mí realmente me importara algo de lo que me enseñó!

—Ya sabes que te adora, querida —contestó él, encogiéndose de hombros—. Además, no se lo tengas en cuenta. Las dos tenéis casi la misma edad y ella se siente muy sola tan lejos de su familia y amigas. Es normal que quiera entablar amistad con alguien con quien suele coincidir.

—Eso no es excusa.

—Marianne…

—Sí, puedo entenderla —concedió ella al fin al ver que su esposo iba a sermonearla recordándole que no todos tenían la fortuna, como ella, de vivir a escasa distancia de sus hermanas y poder verlas cada día—. Pero sus fiestas me resultan muy tediosas.

—A esta tendremos que asistir. Además, seguro que a Margaret le encanta. Será su primer baile en Londres.

Ella, que había tratado de serenarse, volvió a gritar y asentir al escuchar aquella afirmación. Un baile. En Londres.

No podía creerse la suerte que tenía. Había soñado con algo así, pero había creído que no tendría la ocasión.

—Por favor, Marianne, di que iremos —le suplicó—. Quiero ver cómo es un baile en la ciudad.

—Como en el campo, pero un poco más estirado —replicó ella,

aunque sonrió. Se había ablandado antes de que su hermana terminara la frase—. Está bien. Iremos. Seguro que será divertido.

—¿Y me presentarás a caballeros con los que bailar?

—A alguno, por supuesto, pero tendrás que ser muy cuidadosa.

—¡Te lo prometo! Seré la más prudente de toda la reunión, Marianne.

Las dos hermanas sonrieron. Una, ansiosa porque llegara el baile, y la otra contenta por ver a la otra tan feliz.

Capítulo 3

—Esto es impresionante.

—Margaret, compostura, por favor.

La pequeña de las Dashwood asintió, pero fue incapaz de desdibujar la mueca sorprendida, ni de dejar de mirar a todas partes, como si estuviera ante algo completamente maravilloso. Aunque, siendo totalmente sincera, sí que lo era. Era el salón más bonito que había visto en toda su vida con su enorme lámpara de araña y sus preciosas pinturas.

¿De verdad estaba despierta?

—Coronel Brandon, señora Brandon.

Una voz la sacó de sus pensamientos y se giró de forma algo brusca. Una pareja, de edades similares a las de su hermana y su marido, se acercaba a ellos de forma amistosa. Debían ser los anfitriones.

—Capitán, señora Harrison —les devolvió el saludo—. Tan resplandeciente como siempre.

—Muy amable, coronel —respondió ella—. La señora Brandon también se ve radiante. ¿Y cómo están sus pequeñas?

—De maravilla —contestó Marianne—. Crecen un poco más cada día.

—No sabe cuánto me alegro.

—Muchas gracias, señora Harrison, y también por extender su invitación a mi hermana. Deje que se la presente: esta es la señorita Dashwood. Margaret, esta es la señora Harrison.

—Encantada de conocerla —saludó Margaret—. Y, tal y como le ha dicho mi hermana, gracias por extenderme una invitación para su baile.

—Cuantos más mejor. Además, seguro que tiene ganas de divertirse en la ciudad y no hay nada como un buen baile para eso. Así que disfrute y, si necesita algo, no dude en buscarme.

Se alejaron y los tres continuaron su camino por la sala. Varios caballeros y damas se acercaron para saludarlos, por lo que aprovecharon para presentar a la menor, que estaba encantada por recibir tantas atenciones y conocer a jóvenes de uniforme tan apuestos.

—¡Teniente Wilson! —dijo Brandon al ver a un joven de buen porte y peinado impecable. Era bastante joven, aún debían faltarle años para los treinta, pero lucía su uniforme con orgullo.

—¡Coronel! Me alegro de verlo. ¿Cómo se encuentra? No sabía que estaba en Londres.

—Serán solo unas semanas. Tengo que tratar personalmente unos asuntos.

—Espero que los solucione pronto. Sé que prefiere el campo a la ciudad.

—Es un remanso de paz. —Brandon rio—. Permítame que lo presente. Querida, este es el teniente Wilson, el hijo del almirante Wilson, ¿lo recuerdas?

—Por supuesto. —Le tendió la mano y él se la besó—. Su padre es un hombre muy valeroso por lo que tengo entendido.

—Lo es, sin lugar a dudas. Así lo ha declarado su majestad —respondió con un cierto retintín que a Margaret no le pasó

desapercibido.

—Y esta es la hermana de mi esposa, la señorita Dashwood.

El teniente se giró y su respiración se cortó durante unos instantes al ver a aquella dama frente a él. Era hermosa, llevaba un vestido con el que parecía un ángel y sus ojos relucían con una intensidad que hacía mucho que no veía.

—Un placer, señorita —consiguió responder tras unos segundos en los que ella tampoco le quitó el ojo de encima.

—Lo mismo le digo, teniente.

—¿Viene a menudo por Londres? —le preguntó, tratando de alargar aquella conversación como fuera. No le apetecía que la señorita Dashwood se marchara para seguir saludando a los conocidos de su cuñado.

—Es la primera vez —confesó ella, algo azorada. No quería parecer una ignorante—. Pero es una ciudad maravillosa. Aún no me he marchado y ya estoy deseando regresar.

—Me alegra mucho que esté disfrutando de su estancia, pues.

La música cambió y el teniente no dudó ni un instante en aprovechar la ocasión ofrecer una mano a la joven.

—Señorita Dashwood, ¿me concedería este baile? —le preguntó—. Si no lo tiene ya comprometido, por supuesto.

—No, aún no. —Margaret miró a Marianne, algo indecisa. Se moría de ganas de bailar y, de haber estado en el campo no lo habría duda ni un instante, pero no sabía si sería apropiado en la ciudad.

—Ve a bailar con él —la animó el coronel—. Nosotros seguiremos saludando a algunos conocidos. Estaremos aquí cerca.

—De acuerdo.

Aceptó la mano del teniente, con fingida serenidad para que él no se diera cuenta de su emoción, y dejó la condujera hasta la pista de baile, donde ya varias parejas habían comenzado a deslizarse.

—¿Le gusta bailar, señorita Dashwood? —le preguntó él, tratando de entablar conversación.

—Me encanta. Creo que es una actividad muy divertida.

—A mí también me complace y aprovecho para hacerlo siempre que tengo ocasión.

—¿No se divierte en el barco?

—No es el lugar más entretenido del mundo, si me permite la confesión.

—No me lo creo. —Margaret abrió la boca, sorprendida—. ¡Pero si un barco es algo magnífico que le permite recorrer todo el mundo! Puede ir hasta cualquier rincón, incluso a los más recónditos.

—No crea que he visitado tantos lugares —le explicó él al tiempo que una sombra se dibujaba en su mirada—. Estoy a las órdenes de mi padre y él es ya un viejo marinero que se ha acostumbrado a pasar más tiempo cerca de la costa que en los dominios de ultramar. Apenas navegamos y, cuando lo hacemos, es para misiones diplomáticas que, en mi opinión, carecen de interés.

—De verdad que me cuesta creerlo. Siempre había pensado que los marineros eran algunas de las personas más afortunadas del mundo por poder explorar a su antojo.

—Ojalá fuera así, mas siempre estamos bajo las órdenes de alguien que manda más que nosotros y que nos obliga a doblegarnos a sus caprichos por muy absurdos que los veamos.

—Bueno, supongo que siempre nos quedará la piratería.

El teniente se quedó petrificado al oír aquellas palabras y Margaret enrojeció al darse cuenta de que, quizás, no era la expresión más acertada que usar hablando con un miembro de la armada de Su Majestad que, probablemente, se habría enfrentado a barcos enemigos e incluso piratas en alta mar.

Él la observó de arriba abajo, tratando de averiguar si aquello era

una broma o aquella dama tenía realmente contacto con forajidos. Sabía que podía pecar de desconfiado, pero se había visto en vuelto en tantas situaciones comprometidas en los últimos años que no podía evitar dudar incluso de los seres más angelicales.

Nunca se sabía dónde podía haber una emboscada.

—Es solo una tontería que decíamos el esposo de mi hermana y yo cuando era una niña —le aclaró—. Tenía un atlas que llevaba a todas partes y soñaba con conocer cada uno de sus lugares, pero sabía que era muy complicado poder lograrlo, así que Edward y yo decíamos que la piratería sería nuestra única opción para lograr nuestros sueños. Lamento si lo he incomodado, nunca ha sido mi intención.

—No, discúlpeme usted a mí. Creo que he sido un poco brusco. Supongo que son las malas costumbres adquiridas de mi padre.

—No se llega a almirante sin luchar contra unos cuantos malhechores, supongo.

—No, desde luego que no. Pero no hablemos de él. Sigamos con nuestro baile y…

No pudo terminar la frase. La música se detuvo y todas las parejas finalizaron aquella danza con elegancia.

—Creo que es un poco tarde para eso. —Margaret suspiró—. Aunque ha sido un baile muy agradable, teniente.

—¿Querría, pues, concederme otro?

—Pues sería un honor, pero… —La joven miró hacia los lados, buscando a su hermana y su cuñado. Sabía que no era adecuado conceder dos bailes la misma noche al mismo caballero, mucho menos dos seguidos. No quería que la gente hablara, ni especulara sobre ellos porque, por muy apuesto y agradable que le pareciera el teniente, era solo un hombre al que acababa de conocer y del que apenas sabía nada—. Creo que no es lo más adecuado. La

sociedad…

—Oh, veo que ya no le gusta tanto la piratería, señorita Dashwood —bromeó él, dejándole claro que entendía su postura y no se había molestado. Entendía, al igual que ella, que a menudo era mejor cumplir con las rígidas normas sociales. Por muy absurdas que pudieran parecerle—. Es una lástima, aunque entendible. Los británicos somos gente de costumbres arraigadas.

—Aun así, si quiere, puede acompañarme a buscar a mi hermana —sugirió ella, que no tenía ganas de separarse—. No me importaría ser escoltada por todo un teniente de la Marina británica.

—Pues no se hable más. No sería digno de alguien en mi posición dejar a una dama indefensa.

—Sería un auténtico deshonor para el cuerpo.

Los dos rieron y salieron, al fin, de la pista de baile, por la que habían comenzado a deslizarse parejas de nuevo. Deambularon por la sala, el uno junto al otro, hablando de unos y otros temas mientras fingían buscar al coronel y su esposa.

Marianne los observaba de lejos, sin perder de vista a su hermana pequeña ni un segundo.

—¿Estás viendo lo mismo que yo? —le preguntó a su marido, que también observaba a la joven pareja con curiosidad.

—Creo que sí.

—¿Y es un joven de fiar?

—No lo conozco demasiado, pero su familia tiene una muy buena posición y, por lo que he oído de él, tiene unas magníficas perspectivas. Y no solo por estar a las órdenes de su padre.

—Eso no responde a si él es una persona de fiar. Hay caballeros que saben fingir muy bien que son hombres honorables cuando, en realidad, son solo unos villanos disfrazados.

—No se le conoce ningún escándalo, ni es aficionado a las

apuestas o los clubes.

—¿De verdad? —le preguntó ella, algo menos inquieta pero aún alerta. Sus malas experiencias pasadas la habían vuelto muy desconfiada en lo que a los caballeros respectaba.

—Por supuesto. Nunca pondría la seguridad de Margaret ni su reputación en juego.

—Supongo que deberíamos darles un voto de confianza. Aunque ya han charlado suficiente. Tampoco queremos darles de qué hablar al resto de invitados de la fiesta, ¿no te parece?

—Estoy totalmente de acuerdo. Además, empiezo a estar algo cansado de esta fiesta y creo que ya hemos saludado a suficientes conocidos. ¿Te apetece que volvamos a casa?

Marianne suspiró, aliviada.

—Creo que es lo más hermoso que me has dicho desde que nos conocimos.

Brandon rio y contuvo las ganas de besar a su dramática esposa.

—Vayamos, pues, a buscarla antes de que algún otro caballero la saque a bailar y nos veamos forzados a aguardar durante, al menos, otra pieza.

—Dudo que se acerquen estando el teniente tan cerca. —La mujer rió—. Es todo un guardián.

Aun así, prefirieron no arriesgarse y fueron a buscar a Margaret que se despidió, con mucho pesar, del teniente, quien le aseguró que tendría noticias suyas antes de su marcha.

Y nada podría haberla hecho más feliz en su primer baile.

Capítulo 4

—Señorita Dashwood, tiene una visita.

Margaret estuvo a punto de tirar su libro al escuchar aquello. Se irguió en el sofá y se apresuró a acicalarse el pelo.

—¿Esperas a alguien? —bromeó Marianne al ver su nerviosismo. Sabía perfectamente en quién había pensado su hermana

—¿Yo? Cielos, no, claro que no —masculló, nerviosa—. Pero será mejor dejarle pasar. Sea quien sea. No queremos parecer descorteses. Mamá se enfadaría con nosotras si se enterara.

—Sí, seguro que se trata solo de eso. —Marianne sonrió y le hizo un gesto a la criada—. Hágale pasar.

Margaret se dio unos pellizcos en las mejillas. Quería estar radiante cuando el teniente entrara. No quería darle una mala impresión en su primer encuentro después del baile.

Aunque su ilusión se desvaneció en apenas unos instantes cuando la puerta del salón volvió a abrirse y la figura que entró no fue precisamente la del apuesto teniente sino la de una mujer a la que toda aquella familia conocía muy bien.

—Señora Jennings —la saludó, tratando de ocultar su decepción —. Qué sorpresa.

—¡Mis niñas! Qué alegría me da verlas. Tan radiantes como siempre.

—No sabía que estaba en Londres —intervino Marianne. Intentaba ser amable con aquella mujer que tan bien las había tratado siempre, mas le costaba bastante. Seguía pareciéndole una cotilla algo insoportable—. ¿Cuándo ha llegado?

—Ayer mismo, pero no tuve tiempo de venir a saludarlos. Ya saben que los viajes son siempre caóticos.

—Demasiado —le confirmó—. Por eso prefiero el campo.

—Es desde luego mucho más relajante. ¿Cómo se encuentra su madre? ¿Y la querida Elinor, el reverendo Ferrars y su pequeño?

—De maravilla y el pequeño es el niño más precioso del mundo. Al igual que mis sobrinas.

—Por supuesto —asintió la mujer—. Estoy deseando poder verlas de nuevo. Seguro que han crecido mucho desde mi última visita.

—Lo han hecho y están preciosas —respondió su orgullosa madre, con los ojos relucientes—. Dentro de un rato las traerá la nodriza y podrá saludarlas.

—Estupendo. ¿Y el coronel?

—Ha salido a solucionar unos asuntos, pero no debería tardar ya demasiado en regresar.

Y, efectivamente, apenas unos minutos después, antes de que la mujer pudiera terminar de contarles su turbulento viaje, Brandon entró a su hogar. Pero no lo hizo solo.

—¡Teniente! —exclamó Margaret, levantándose como si acabaran de pincharla con una aguja—. Qué sorpresa.

—Buenos días, señorita Dashwood —la saludó él con una inclinación de cabeza—. Señora Brandon.

—Estaba en la puerta cuando he llegado —explicó el coronel, aunque no añadió, por respeto a la dignidad de aquel joven, que lo había encontrado debatiéndose sobre si llamar a la puerta o no, como si al otro lado lo aguardara un temible ejército en lugar de la

casi inofensiva Margaret—, así que lo he invitado a pasar.

—Espero que no les haya molestado la intromisión.

—Por supuesto que no. Además, ayer en el baile me prometió que vendría a visitarme, así que habría sido muy descortés por su parte no hacerlo.

—Oh, ¿estuvieron en un baile anoche? —intervino la señora Jennings, que se había quedado apartada en aquella conversación y no podía consentirlo.

—¡Señora Jennings! —exclamó el coronel—. No la había visto, disculpe mi falta de modales. No sabía que se encontraba en Londres.

—Llegué ayer mismo y me he pasado a saludar en cuanto he podido.

—Le agradecemos inmensamente su visita. Es siempre un placer recibirla —respondió con educación—. Permítame presentarle al teniente Wilson. Teniente, esta es la señora Jennings, una querida amiga de la familia.

—Encantado de conocerla.

—Igualmente. ¿Wilson dice? ¿Está usted emparentado con el famoso almirante?

—Es mi padre —respondió él, con aquella sonrisa que tan ensayada tenía siempre para ese tipo de situaciones.

—¡Qué maravilla! Es un hombre muy valeroso. No he tenido el placer de conocerlo en persona, mas he oído muchísimas historias sobre él. Es todo un honor conocer a su hijo. Especialmente si es un buen amigo de mi querida Margaret. Es una joven excepcional, como ya habrá podido comprobar y…

—Señora Jennings —se apresuró a interrumpirla el coronel antes de que pudiera decir algo que pusiera en evidencia a la chica, que había comenzado a ponerse roja—, ¿y qué la trae a Londres? ¿Viene

solo a pasar la temporada o hay algún otro motivo? Espero que se encuentre bien de salud.

La mujer dejó de prestarles atención y el teniente aprovechó para sentarse junto a Margaret, que había recuperado su asiento en el sofá.

—¿Cómo se encuentra hoy?

—De maravilla. ¿Y usted? ¿Agotado después del baile?

—No lo suficiente como para no venir a verla —respondió con cierta zalamería que la hizo reír—. Vaya, veo que, al menos, le parezco divertido. Aunque no sea un auténtico lobo de mar.

—Es un marinero de secano —continuó ella la broma—. Un caso único, desde luego.

—Como usted. Me gustó mucho conocerla anoche.

Margaret se sonrojó. ¿El teniente la estaba cortejando de verdad? ¿O sería solo una visita amistosa?

—A mí también. Pasamos un rato muy agradable en el baile.

—Y me encantaría que se repitiera alguna vez mientras dure su estancia en la capital —se atrevió, por fin, a pedirle—. Si usted está de acuerdo, por supuesto.

Margaret se sonrojó de nuevo al escuchar aquello y tuvo que hacer un esfuerzo para no delatar su emoción. No quería parecer desesperada o una pueblerina poco acostumbrada a ese tipo de atenciones.

Marianne, el coronel y la señora Jennings los observaban de forma poco disimulada y cuchicheaban sobre la situación, que parecía cada vez más clara.

—Es un joven muy apuesto —murmuró la señora Jennings, sin quitarle el ojo de encima.

—Lo es —confirmó Marianne.

—Y teniente de la Marina.

—Así es.

—¿Desde cuándo lo conocen?

—El coronel es amigo de su padre, pero Margaret lo conoció anoche —le explicó por encima. A pesar de ser la primera interesada en aquello, no quería airear la vida privada de su hermana con la mujer más cotilla de toda Inglaterra.

—Harían una pareja estupenda.

—No adelantemos acontecimientos. Apenas se conocen.

—Pero…

—Por cierto, ¿cómo se encuentra su familia, señora Jennings? —la interrumpió Marianne, tratando de desviar la atención de la mujer. Ya habían hablado demasiado de los dos jóvenes y no quería hacerlos sentir incómodos—. Hace mucho que no tengo la dicha de verlos.

—¡Están estupendos! Es una delicia ver a todos mis pequeños.

La mujer empezó a relatarles, con todo lujo de detalles, las últimas anécdotas de sus nietos, dejándoles, al fin, privacidad a Margaret y el teniente, que continuaron con su charla y quedaron en verse al día siguiente.

—Debo marcharme ya, me están esperando, pero vendré a recogerla para dar ese paseo —le prometió al tiempo que se ponía en pie. Carraspeó y se giró hacia Marianne y el coronel, que habían vuelto a centrar su atención en ellos—. Siempre y cuando a ustedes no les moleste, claro está. No quisiera pasar por encima de su autoridad.

—No nos importa —se apresuró a decir Brandon—, ¿verdad, querida?

—En absoluto. Estaremos encantadas de salir a pasear con usted.

—¿Las dos? —preguntó Margaret.

—Por supuesto. No pretenderías ir sola, ¿cierto? Toda señorita

debe ir acompañada por una carabina.

—Claro porque, si no, seríamos piratas —masculló la menor, haciendo reír al teniente.

—Pasaré mañana a recogerlas a ambas —dijo—. Y ha sido un auténtico placer conocerla, señora Jennings. Espero que volvamos a coincidir pronto.

—Si sigue frecuentando a la querida Margaret, no le quepa duda de que así será, teniente.

—Pues entonces le confirmo ya que nos veremos porque, si se me permite, pienso seguir frecuentándola.

—Se le permite —respondió, sin pensar, Margaret.

La joven se sonrojó y todos se echaron a reír, aunque el teniente le dedicó una mirada cargada de significados y de esperanzas de futuro.

No podían estar más agradecidos a aquel baile.

Capítulo 5

Los días siguieron pasando y el teniente y Margaret siguieron viéndose a diario. Los paseos dieron paso a algunos encuentros más formales en cenas y reuniones. El teniente incluso comió un día en casa de la señora Jennings junto a Margaret y los Brandon, y se habló de un encuentro con el Almirante que, al final, no sucedió puesto que este tenía que atender sus deberes oficiales con la Corona y estaba demasiado ocupado para conocer a la mujer a la que su hijo cortejaba.

Aprovecharon cada día al máximo y su relación fue consolidándose poco a poco. Margaret no quería hacerse demasiadas ilusiones, consciente de que podrían quedar en nada, pero no podía evitar imaginarse cómo sería una vida junto a James (al que ya había empezado incluso a llamar por su nombre de pila y tutear). Serían tan felices los dos juntos…

—No puedo creerme que te marches mañana —murmuró James mientras Margaret y él paseaban, seguidos, muy de cerca, por Marianne—. Londres se va a quedar muy vacío.

—A mí también me cuesta creer que tenga que volver al campo justo ahora —respondió ella—. Es terrible. No me apetece separarme de ti, pero mi hermana detesta tanto la ciudad que, en cuanto esté todo empacado, pondrá rumbo lejos de aquí.

—Te voy a extrañar muchísimo.

—Y yo a ti también.

Lo miró, con los ojos ligeramente empañados, y él sintió una punzada en el estómago. Habría hecho lo que fuera por evitarle esa pena, mas solo había una forma de lograr eso y no sabía si sería demasiado precipitado. Al fin y al cabo, apenas se conocían desde hacía unas semanas y, aunque se complementaban bien y no podían soportar la idea de separarse, ¿no era pronto para pensar en algo tan importante como el matrimonio? Además, ¿qué pasaría con ellos cuando su padre lo reclamara y tuviera que regresar al barco? Había tantas cosas que deberían aclarar antes de dar un paso tan importante que no se atrevía a hacerlo.

—Te prometo ir a visitarte pronto —dijo en lugar de pedir su mano — y te escribiré cartas a diario.

—Tardarán mucho en llegar —respondió ella, dibujando una pequeña sonrisa que consiguió que a él se le acelerara el corazón.

—No me importa en absoluto. Solo quiero que sepas que estaré pensando en ti cada instante.

—En cuanto me surja la oportunidad, regresaré a Londres —le prometió ella—. A lo mejor la señora Jennings me invita a pasar unas semanas con ella, para que pueda disfrutar de la temporada al completo.

—Eso sería maravilloso.

—No sé si usaría esa palabra…

—Bueno, la tendríamos sobrevolando todo el rato sobre nuestras cabezas, sin darnos ni un solo instante de tregua, pero… merecería la pena por poder estar juntos, Margaret.

Cuando el paseo llegó a su fin y la joven pareja se detuvo frente al hogar de los Brandon, no pudieron evitar suspirar.

—Vendré a verte mañana antes de que os marchéis.

—Partiremos temprano…

—Soy un marinero, no lo olvides —replicó él, dejando claro que no pensaba dejarla marchar sin despedirse—. Me he enfrentado a cosas peores y seguro que me han hecho madrugar aún más por cosas mucho menos importantes que decirte hasta pronto.

—Es muy amable, teniente —intervino Marianne—. Le veremos mañana entonces.

—Aquí estaré. Es una promesa, Margaret.

Se despidieron y las dos hermanas entraron a la casa, donde Margaret suspiró otra vez.

—¿De verdad no podemos quedarnos unos días más?

—No, debemos regresar ya al campo. No quiero que la ciudad afecte a la salud de las niñas y ya sabes que tengo demasiados conocidos con los que no quiero encontrarme.

—Pero James…

—Si el teniente está realmente interesado en ti, te hará una propuesta. —Marianne agarró a su hermana del brazo y le dedicó una mirada de preocupación que la hizo quedarse petrificada en el sitio. A pesar de que el teniente le parecía un joven maravilloso, no podía evitar acordarse de cómo otro hombre que también era, en apariencia, fantástico la había destrozado con su falta de honestidad cuando ella tenía la edad de Margaret. Y no podía consentir que ella pasara por lo mismo también—. Pero hasta que no lo haya hecho, hasta que esas palabras no hayan salido de su boca, ten mucho cuidado.

—¿Por qué…?

—Tú solo hazme caso —la interrumpió—. Si no te hace una propuesta formal, si no pronuncia que quiere comprometerse contigo, no deberías hacerte ilusiones ni creer que te convertirá en su esposa.

—Él no es así.

—No serías la primera en sufrir un desengaño. —La cogió de la mano y suspiró—. No quiero que sufras. No hay nada peor que un mal de amores a tu edad. Algunos han llegado incluso a acabar con vidas.

Después de aquellas palabras de su hermana, Margaret se pasó el resto del día inquieta. Todos lo achacaron a los nervios del viaje y al hecho de tener que despedirse del teniente, pero la realidad era que no podía dejar de darle vueltas a la advertencia de Marianne. ¿Y si James solo se había estado entreteniendo y se olvidaba de ella en cuanto abandonara Londres? ¿Y si sus promesas de cartas y visitas quedaban en nada porque para él aquel cortejo había sido un mero entretenimiento que, en realidad, no iba a ninguna parte? Quizás por eso no le había presentado al almirante. Tal vez le había mentido para que ella creyera que tenía la intención, pero no se había dado la ocasión cuando en realidad ni siquiera le había hablado de ella a su padre. Creía conocer a James mas le quedaba la duda.

Se pasó la noche en vela, dando vueltas sobre aquel colchón que, a cada minuto que pasaba, le resultaba más incómodo. Era casi como dormir sobre una montaña de piedras puntiagudas que se clavaban cada vez más y más en su espalda.

Cuando llegó el alba y, con este, la hora de levantarse, Margaret no había dormido más de diez minutos y se arrastró fuera de la cama como si tuviera atada una pesada carga que la lastrara. Pero, de nuevo, nadie pareció sorprenderse de aquello: la veían como una joven algo dramática a punto de despedirse de su pretendiente.

—¿No dijo el teniente que vendría? —le preguntó el coronel a Margaret cuando terminaban de empaquetar sus cosas en los carruajes.

—Sí, eso me aseguró —murmuró ella, cada vez más angustiada.

¿Y si Marianne tenía razón?

—No pasa nada —murmuró ella al ver la mirada sombría de su hermana menor—. No es el fin del mundo.

—Dale aún un par de minutos antes de sentenciarlo, querida —le dijo su esposo al percatarse de la cada vez más sombría expresión de Margaret—. No todos los jóvenes encantadores carecen de honor.

—James vendrá —murmuró Margaret—. Dijo que lo haría y yo… yo le creo.

Los minutos siguieron pasando y, cuando ya parecía que no había nada que hacer, que el teniente iba a faltar a su promesa y no acudiría a la despedida, apareció corriendo por la calle como alma que persigue el diablo. Venía algo desaliñado, como si acabara de levantarse y no le hubiera dado tiempo a acicalarse (algo que, sinceramente, no le pareció descabellado a ninguna de las dos hermanas).

—¡Margaret, espera! ¡Espera, por favor!

La joven, que ya estaba junto al carruaje, no avanzó ni un solo paso más y aguardó hasta que James, exhausto y sin aliento, llegó a su lado.

—Menos mal que aún no se ha marchado. Temía llegar demasiado tarde y que ya hubiera partido.

—Estaba a punto de hacerlo. Creía que faltarías a tu promesa.

—Jamás podría hacerlo —respondió—. Nunca incumpliré mi palabra si se trata de ti.

—¿Lo dices de veras?

—Por supuesto. Eres muy importante para mí, Margaret. Muchísimo.

El teniente suspiró. Apenas había sido capaz de dormir aquella noche. No podía soportar la idea de que la señorita Dashwood se marchara y no poder seguir viéndola como había hecho hasta

entonces. Temía que la distancia apagara la llama que los envolvía, que ella pudiera olvidarse de él por culpa de la distancia que los separaría hasta aquel momento.

Y, a pesar de que seguía creyendo que aquello era precipitado y que podían surgir cientos de complicaciones que acabarían por frustrarlo todo entre ellos, sabía que debía dar un paso al frente para no perderla para siempre.

Sabía que Margaret Dashwood era el amor de su vida y no pensaba dejarla marchar sin presentar batalla.

Era todo un teniente de la Marina, así que no iba a dejarse amedrentar.

—He pasado la noche en vela dándole vueltas a tu marcha y lo que sucederá ahora entre nosotros.

—Yo también —le confesó ella—. Me preocupaba haber sido solo un entretenimiento pasajero.

—¿Un entretenimiento? —James abrió mucho los ojos, alarmado al escuchar aquello—. ¿Cómo puedes pensar algo tan horrible?

—Se oyen muchas historias hoy en día y temía… Bueno, son solo tonterías. Ahora me ha quedado demostrado que sí te preocupas por mí.

—Me preocupo y… —James tomó una bocanada de aire, muerto de nervios—. No sé cómo pedirte esto.

—¿El qué?

—Que… que te cases conmigo, Margaret. Sé que puede parecerte precipitado, pues apenas nos conocemos desde hace unos días, pero jamás había conocido a una mujer como tú. Eres brillante, divertida, decidida…Eres un sueño hecho realidad y no puedo imaginarme pasar ni uno solo de mis días lejos de ti.

Ella abrió mucho los ojos. A pesar de que una parte de su corazón había anhelado que algo así sucediera, no había imaginado que

realmente pasaría.

—¿De verdad?

—No he hablado más en serio en toda mi vida. —La tomó de la mano y los dos se miraron directamente a los ojos—. Dime que sí y ahora mismo me subiré a un caballo y te seguiré para poder pedirle permiso a tu madre para desposarte cuanto antes.

—Creo que con el de Marianne y el capitán bastará. —Ella se echó a reír, incapaz de contener su felicidad, y él se relajó. Sabía que su respuesta sería afirmativa—. Por supuesto que me casaré contigo, James.

—Entonces, ¿me conceden su mano? —preguntó girándose hacia la hermana y el cuñado de la joven—. Sé que debería haber acudido primero a la familia para obtener su consentimiento, mas no podía dejarlo pasar ni un minuto más. No podía arriesgarme a perderla.

—Tiene nuestro consentimiento, teniente —respondió Marianne, aliviada. Toda la tensión que había acumulado durante las últimas horas y el miedo a que su hermana pudiera pasar por algo parecido a lo que experimentó ella había desaparecido—. Aunque tengo algunas preguntas sobre cómo piensan vivir a partir de ahora. No esperará que mi hermana se eche a la mar, ¿cierto? Estoy segura de que nuestra madre querrá saberlo antes de dar ella también su aprobación al enlace, por lo que debería ir pensando en el futuro que puede darle.

—Creo que aún queda bastante tiempo para eso.

—Y, si no conseguimos ponernos de acuerdo sobre cómo convertirnos en un matrimonio al uso, siempre nos quedará la piratería, ¿no crees?

Ella rio al escuchar aquello y asintió. A pesar de que no dudaba de su capacidad de adaptarse al uno al otro y diseñar una vida en común que los complaciera a ambos, la idea de montarse en un

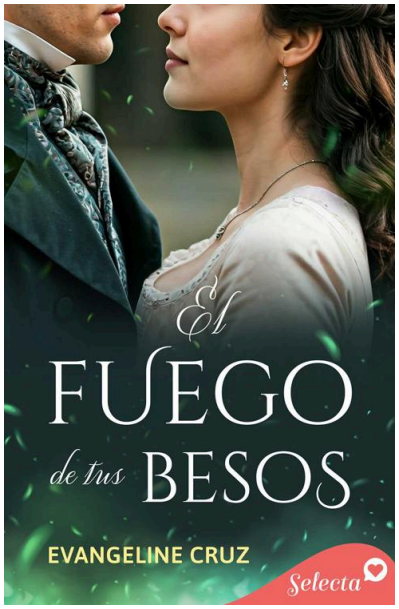
barco junto a James e irse lejos no la disgustaba en absoluto.

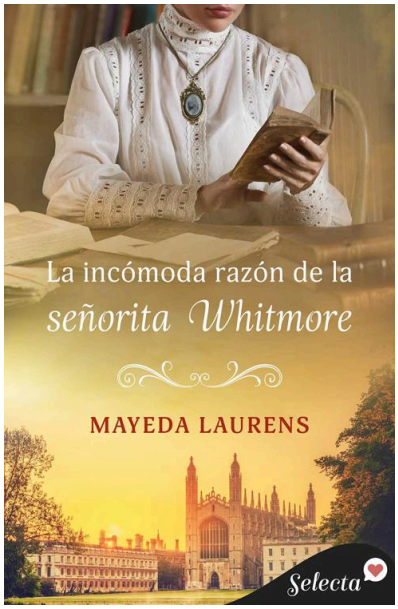
—Sí, siempre nos quedará la piratería.

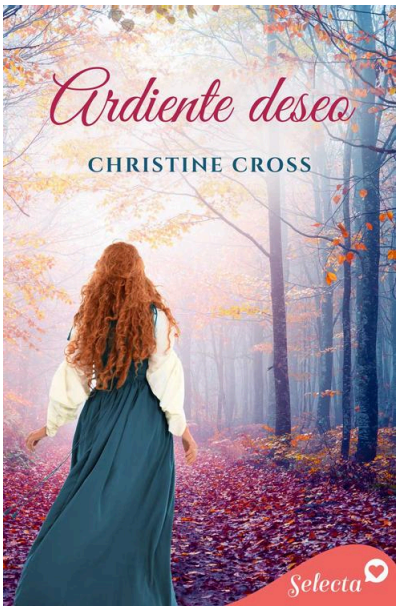
Si te ha gustado

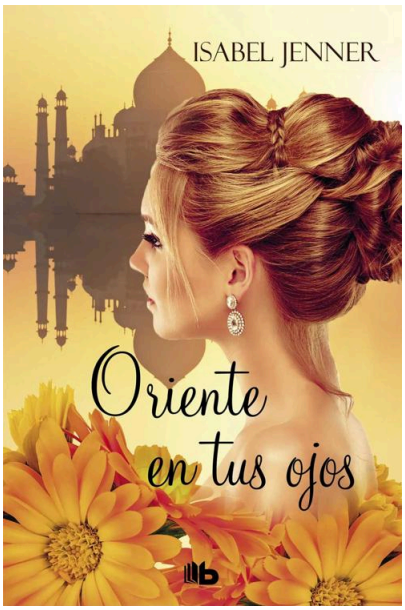
Mi querida Jane Austen

puedes disfrutar de estas

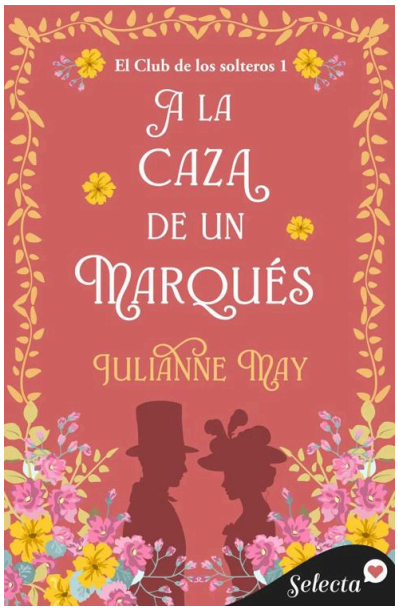


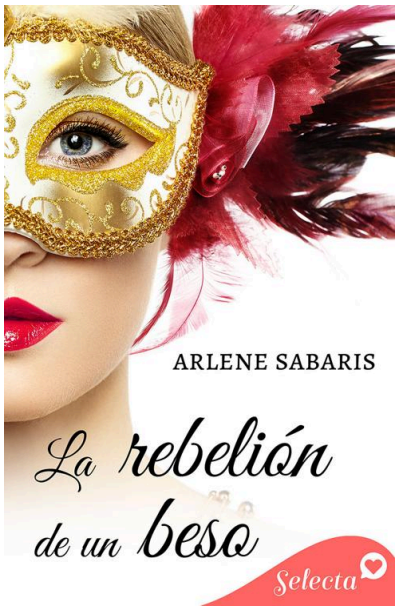


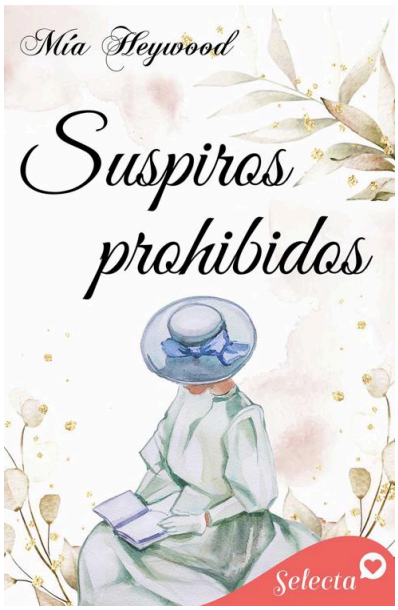

Ardiente deseo
CHRISTINE CROSS
Selecta


ISABEL JENNER
Oriente en tus ojos


NOA ALFÉREZ
CADA VEZ QUE
Te amo
Los hermanos Craven 1
Selecta

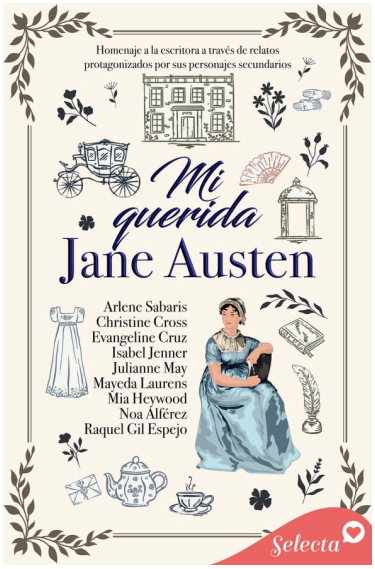

El Club de los solteros 1
A LA CAZA DE UN MARQUÉS
JULIANNE MAY
Selecta


ARLENE SABARIS
La rebelión de un beso
Selecta


Mía Heywood
Suspiros prohibidos
Selecta

Detrás de cada heroína, de cada pareja, de cada célebre romance de Jane Austen, hay otras historias que aguardaron durante mucho tiempo a ser contadas.

¿Sientes curiosidad por saber que fue de muchos de los personajes secundarios que Jane Austen insinuó? ¿Qué ocurrió con Mary Bennet, Anne de Bourgh, Elisabeth Elliot, Frederica Vernon, James Morland o Mary Crawford, entre otras?



En esta **antología de relatos**, las plumas de varias de las autoras más prestigiosas de romance histórico **rescatan las vidas y**

romances de personajes secundarios de las novelas de **Jane Austen** que parecían destinados al olvido.

Entre paseos campestres, dulces cartas y bailes de salón descubrimos amores ocultos, **promesas que palpitan y pasiones tan intensas** como discretas.

Una obra que **combina ingenio, ternura y nostalgia de un tiempo** donde el más leve roce de una mano podía cambiar el curso de los latidos, el destino de dos almas.

Una antología única, escrita desde el profundo respeto y amor hacia la autora.

Una lectura imprescindible para las **lectoras que adoran el universo de Jane Austen**, el romanticismo, la época de la Regencia o que se quedaron con ganas de saber más de los personajes secundarios de sus famosas novelas.

Un homenaje que no te puedes perder.

Christine Cross es el pseudónimo que usa la escritora Marta Luján para sus novelas de romance histórico y contemporáneo. Nacida en Cuenca, en 1970, ya desde niña sentía pasión tanto por la lectura como por la escritura. Deseaba que sus historias hicieran soñar a muchos lectores y los enamoraran.

Tras vivir durante veinte años en el extranjero, regresó a España y decidió dedicarse a la escritura de forma completa. Siendo una apasionada lectora de novela romántica, en 2018 comenzó a publicar romance histórico con la editorial Selecta: historias ambientadas en el Londres victoriano y de Regencia; algo que continúa haciendo en la actualidad, con cerca de treinta títulos publicados en diversas editoriales y géneros.

Christine Cross es una gran amante de la Historia, de las culturas antiguas y de todo lo relacionado con la mitología. Disfruta de una buena lectura, del cine clásico y de un buen anime japonés.

Noa Alférez nació en Berja, Almería, en 1976. Siempre le ha gustado la fotografía, la pintura y en definitiva todo lo que requiera algo de creatividad. Lectora incansable, disfruta de todo tipo de géneros, especialmente novela negra, suspense y romance, pero a la hora de crear se siente cómoda escribiendo novela romántica, especialmente romance histórico, aunque no descarta probar con otros géneros en algún momento. Se adentró en este mundo por casualidad y como un reto más que cumplir. Su primera novela salió a la venta en 2021 y desde entonces han llegado unas cuantas más, entre ellas la serie Greenwood que ha tenido una acogida

inmejorable por parte de las lectoras del género. Lo que comenzó como un hobby se ha convertido en una pasión, que espera que la acompañe siempre.

Evangeline Cruz nació en el cálido sur de España, donde vivió hasta que, finalizados sus estudios universitarios de Lengua y Literatura Inglesa, decidió viajar y conocer mundo. Ha residido en Inglaterra, Italia y Austria y, actualmente, vive en España y trabaja como profesora, compaginando esta labor con la escritura.

Lectora compulsiva desde niña (siendo sus géneros favoritos los clásicos, la historia y el romance), ha escrito desde siempre, especialmente, romance histórico.

Fue finalista del I Premio Chic de novela. Ha publicado una novela de romance histórico medieval, *La bastarda del rey Sancho*, con la editorial internacional Cherry Publishing y *Así pasen los años*, una novela romántica de época, con Ediciones Kiwi.

Ha sido ganadora del XIII premio internacional HQÑ, de Harper Collins Ibérica, con la novela *Escríbeme si en tus sueños me encuentras*.

Publica con asiduidad en Selecta, el sello de romance digital de Penguin Random House. Algunas de sus novelas más reconocidas son *Seducción escocesa, Un castillo en las Highlands, La tentación del capitán, Bajo el hechizo de la luna escocesa*…

Raquel Gil Espejo vive en Añora, su localidad natal, enclavada en pleno corazón del Valle de Los Pedroches. Es diplomada en Pedagogía Terapéutica. Trabaja como Agente de Igualdad y es la presidenta del Ateneo de Los Pedroches. Como novelista, comenzó a publicar sus manuscritos con Selecta, con quien ha publicado, hasta la fecha, veinte novelas, siendo algunas de ellas: la serie «Inmarcesible», las novelas históricas *Entre la piel y el alma, Bajo el Puente de Rialto, El perfume de los céfiros* o la saga de las «Hermanas Atwood», ambientada en el Londres victoriano. También ha escrito varios libros infantiles y juveniles, inéditos hasta la fecha. Así como la obra de teatro *Boda en Añora*, de la que es coautora, editada por la Diputación de Córdoba, y ha participado en la antología creativa en homenaje a D. Juan Valera en el 200.º aniversario de su nacimiento. Como poeta, forma parte del movimiento internacional Grito de Mujer o del Encuentro Internacional de Poesía Ciudad de Cabra; entre otros. Del mismo modo, participó en el II Encuentro de «Escritores de Los Pedroches» y participa activamente en numerosas antologías poéticas. En el año 2017, publicó su primer poemario, *Te olvidaste de Blancanieves*. En 2023, el segundo, *Sobreviviremos en el país de las caricias*, con la editorial Con M de Mujer. Es jurado del Premio de Poesía «Hilario Ángel Calero» ciudad de Pozoblanco. Raquel es miembro de la Academia Española de Literatura Moderna y pertenece a la Asociación Andaluza Crea para el fomento de la Cultura.

Julianne May, nacida en diciembre de 1985 en Buenos Aires, Argentina, es una autora de novela romántica.

Titulada en relaciones públicas, le encanta estudiar, pero su mayor

pasión es crear mundos que le permitan viajar sin importar dónde esté. Es por eso que, desde muy pequeña, se ha dedicado a explorar el arte para alimentar esa llama interior. Sin embargo, solo en la escritura encontró el medio ideal para plasmar esos universos y, al sumergirse en las aguas de la romántica, supo que sería un viaje sin retorno.

Como fiel admiradora de Jane Austen, no pudo evitar enamorarse de la Regencia inglesa, y así surgieron la trilogía *Caballeros de las sombras* y la serie *Los Preston* .

Actualmente, aunque también escribe comedias, continúa navegando por el apasionante océano de las novelas románticas históricas.

Mayeda Laurens. Nacida en Madrid, pero afincada muy lejos de allí, Mayeda Laurens lleva años dedicada a la escritura en todas sus facetas. Sin embargo, siendo una empedernida lectora de novela romántica, nunca hasta ahora se había animado a escribir este género.

Isabel Jenner nació en Madrid en el verano de 1986. Enamorada de las letras y de países lejanos, se licenció en Traducción e Interpretación y en Estudios de Asia Oriental, con especialidad en Japón. Gracias a una beca, pudo cumplir su sueño de vivir en Tokio, aunque no desarrolló todas sus habilidades ninja por el bien de la humanidad. Los libros son su transporte favorito a la emoción y a la aventura, y cree que las palabras no están hechas de tinta, sino de

pura magia. Su primera novela, *Oriente en tus ojos*, ha resultado finalista del VII Certamen de Novela Romántica Vergara-RNR.

Arlene Sabaris. Dominicana. Autora de poemas, cuentos y novelas, es una profesional de las finanzas y los derechos humanos, que trabaja en el sector de cooperación internacional. Amante desde niña de las letras más que de los números, decidió completar su formación académica con diversos cursos de narrativa, corrección de textos y emprendimiento cultural. Realizó estudios técnicos de Periodismo en el Instituto Dominicano de Periodistas y una doble maestría en narración y creación literaria/ Guion de tv, cine y radio, en la Escuela Europea Des Arts.

Es colaboradora de varias revistas y miembro directivo del proyecto de promoción de la literatura escrita por mujeres, Fundación Anticanon. Pertenece además al cuerpo docente del primer diplomado de escritura creativa para escritoras del Caribe.

Ha recibido varios premios desde su niñez tanto en poesía como en narrativa, en la que destaca por los géneros de romance y misterio. Con la editorial Selecta de Penguin Random House ha publicado las novelas *Si me quisieras* y *Un Amor del pasado*, además de la trilogía *Romance en la colonia*, ambientada Santo Domingo, la primera ciudad de América,. Sus escritos también forman parte de las antologías *Grito de Mujer, Ritmo que late*, de Dominican Writers y *Mujeres Inspiradoras*, de Casa de Francia.

Mia Heywood es el seudónimo para novela histórica de la escritora

María Heredia (Estepona, 1995). Enamorada de la literatura y el siglo XIX, Jane Austen es su autora de cabecera (aunque suene a cliché) y le encantan las historias que la transportan a la época del Romanticismo, la Regencia o el reinado de la reina Victoria. *La perla y el bandido* es su primera incursión en la romántica histórica, pero no será la última.



Edición en formato digital: diciembre de 2025

© 2025, Christine Cross, Noa Alférez, Evangeline Cruz, Raquel Gil Espejo, Julianne May, Mayeda Laurens, Isabel Jenner, Arlene Sabaris, Mia Heywood
© 2025, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: María José Losada
Imágenes: shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-19687-94-4

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks

Facebook: SomosSelecta
Twitter: penguinlibros
Instagram: somosselecta
Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

[1] Licencia que se toma la autora. Aunque no sería lo más común en la época, sería socialmente admisible, visto como un arreglo familiar respetable dado el rango y fortuna de los Darcy.

Índice

Mi querida Jane Austen

El corazón en juego

- Prólogo
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Epílogo

Una cita junto al mar

- Nota de la autora
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6

Capítulo 7
Capítulo 8
Floreció el jardín tras la tormenta
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Las estaciones del corazón
Nota de la autora:
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Por un suspiro
Nota de la autora
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3

Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Al final del espino
Nota de autora
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Epílogo
El castillo de Blaise
Nota de la autora
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Boceto de una melodia

Nota de autora
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Siempre nos quedará la piratería
Nota de autora:
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Si te ha gustado esta novela
Sobre este libro
Sobre las autoras
Créditos
Notas